ciencia ficción en bits

AXXÓN

296

BARB.DIN
2010

Axxón 296, diciembre de 2020

Editorial - Axxón 296

ARGENTINA

Este nuevo número de Axxón incluye el retorno de un querido amigo de la casa, Víctor Conde. Víctor ha publicado en entregas su novela “Tecnómadas”, y poco tiempo después de ello ha querido compartirla con nosotros, lo cual le agradecemos mucho.

Mientras tanto, las colaboraciones han seguido llegando. A veces, dar una respuesta a quienes envían sus textos puede demorar; nuestro equipo de evaluadores está compuesto de voluntarios, y puede haber una demora en la evaluación de los textos. Además, en la medida de nuestras posibilidades, seguimos dando devoluciones y sugerencias para mejorar aquellos textos que no publicamos. Eso lleva su tiempo, por lo que agradecemos la paciencia.

Gracias por su atención, y que disfruten este número.

Tecnómadas: Primera parte - Prólogo, Capítulos 1, 2, 3

Víctor Conde

 **ESPAÑA**

Para Thais, mi pequeña viajera.

Tengo la profunda sensación de que en cierta medida hay tantos universos como personas. De que cada individuo vive hasta cierto punto en un universo de su propia creación.

—Philip K. Dick

Cuando duerme, los mundos le pertenecen.

—Jan Delvian

PRÓLOGO: LA CANCIÓN DEL SILENCIO

Hubo un zumbido inaudible en el espacio profundo. Luego, un apelmazarse de la luz, unos grumos que aparecieron donde antes solo había oscuridad, como si unas anfractuosidades de espuma girasen en el espesor de un líquido, y el zumbido se convirtió en masa.

Había sido el último salto que el objeto podía dar por el Hipervínculo. Sus motores, exhaustos, no le permitirían hacer ninguno más, lo que significaba que la luz, esa antigua barrera, volvería a marcarle una frontera intraspasable. Estaba condenado a continuar su viaje a velocidades infrarrelativistas, lo que podía significar la ruina. No para él, pues era eterno: a menos que chocara contra algún objeto errante o lo atrajera el campo de gravedad de uno de esos sumideros cósmicos llamados estrellas, su cuerpo y su mente podían funcionar eternamente. Pero eso no era lo que él quería. Tenía prisa. Debía cumplir una misión.

El objeto que había salido del Hipervínculo era una nave. O más bien,

la reconfiguración de un montón de materia y de recursos en forma de nave espacial, con capacidad de movimiento autónomo. Originalmente, antes de partir hacia el espacio profundo, no había sido eso. Ni siquiera había tenido nombre con el que llamarse a sí misma. Cuando viajaba en estado de reposo en la bodega de la Gran Nave no era más que una masa cúbica de mil ochocientas toneladas de sensometal en estado inerte, durmiendo un largo sueño a la espera de que lo llamaran para que se pusiera en manos de quienes estaban destinados a usarlo, es decir, los colonos de los lejanos asentamientos del Imperio Gestáltico. El sensometal era uno de los últimos gritos en la tecnología del Imperio, un sistema de computación sólida que eliminaba el desplazamiento de la energía y su degradación. El principio de no desplazamiento de la energía hacía que su mente estuviera a la vez en todos los lugares de su cuerpo y en ninguno en concreto. Así de eficiente era. Así de extraño.

En las sabias manos de los colonos se transformaría en lo que ellos necesitaran en ese momento: cuchillas para arados, paredes para graneros, motores para camiones, circuitería para antenas… lo que fuera necesario para aumentar el nivel de productividad de la colonia. Sus células hacían de anfitriones para bacterias arqueriotas y microorganismos extremófilos destinados a su uso en ambientes de cultivo extremos. El sensometal estaba contento con ese destino: había sido creado para servir, para hacer evolucionar cualquier otra tecnología atrasada con la que entrara en contacto hacia escalones superiores, volviéndola más moderna, más competitiva. Sus mejoras se extenderían como un virus por toda la materia inerte y por el software que encontrase en su camino. Era, a todos los efectos, un «actualizador» del nivel de vida de cualquier asentamiento humano.

Sin embargo, ese bello sueño nunca tuvo lugar. Porque por razones desconocidas, justo en mitad de la misión de la Gran Nave, esta fue destruida. Y su carga, incluyendo el montón de sensometal inerte, quedó flotando a la deriva en el espacio, a millones de kilómetros de ninguna parte.

¿Cómo cumpliría ahora su misión?

Recordaba muy poco del desastre. Sabía que había sido embarcado en Delos, la capital del Imperio, y que su destino final eran los mundos diamantinos de Nubia Sagitarii, allá en el borde exterior. No era un viaje muy largo, a pesar de los miles y miles de pársecs que separaban ambos sistemas solares: como todas las grandes naves de carga, la que lo llevaba a él contaba en su interior con unos navegadores mnémicos del Teléuteron, cuyas mentes enlazarían con la del supremo Emperador Gestáltico para

teleportar la nave directamente a su destino —ellos decían «proyectar»—. El carguero desaparecería de la existencia en Delos y volvería a materializarse, instantáneamente, en la órbita del mundo de destino.

Por desgracia, un vuelo de rutina se convirtió, jamás supo por qué, en una debacle: los sentidos del sensometal, colocados en modo pasivo, despertaron al percatarse del caos que se desataba a su alrededor. Aturdido, vio cómo la bodega se desgarraba, todo su contenido expulsado al espacio. Los tripulantes gritaban de pánico, corrían a las cápsulas de salvamento, todo el mundo estaba muy asustado. Vio fuego en las bolsas de oxígeno contenidas por los campos de fuerza, las ondas expansivas de las explosiones, el metal de la nave madre desgarrándose y calcinándose a medida que unas gigantescas bolas llenas de fuerza cinética impactaban contra ella. Cuando el cubo de sensometal fue expulsado al vacío, pudo ver la terrible realidad: la nave había aparecido por error en las cercanías de una estrella —no sabía ni siquiera si era *su* estrella, Nubia Sagitarii, aunque no lo parecía—, en medio de un enjambre de asteroides que estaba siendo atraído hacia ella a enorme velocidad. Esas rocas estaban pulverizando el carguero, convirtiéndolo en un borrón de metal triturado que se sumaba a la inmersión en aquellos dantescos campos gravitatorios.

¿Cómo era posible? El Emperador jamás cometía esa clase de errores. ¿Cómo habían aparecido tan cerca de un pozo gravitatorio? ¡Era una locura, un suicidio! Aquel sistema solar ni siquiera parecía estable, sino que estaba lleno de polvo y caos: era un entorno muy primitivo en el que los objetos planetesimales todavía se agregaban para formar cuerpos mayores, y llovían sobre los planetas para alterar su forma y composición. Un entorno muy peligroso para cualquier objeto construido por el hombre.

Al cubo le quedaban pocos segundos para encontrar una solución y escapar, o se convertiría en otro asteroide engullido por el horno solar. Así que hizo lo que mejor sabía: evolucionar. Convertirse a sí mismo en otra cosa. Y su elección, obviamente, fue una nave estelar.

Se reconfiguró para adoptar un diseño de chalupa de corto alcance, toda motor y núcleo de empuje, sin espacio para pasajeros ni cabina. Le habría gustado salvar a alguno de aquellos desdichados que morían a miles a su alrededor, pero era demasiado tarde, pues la nave no tenía tripulación, solo mente y cuerpo. Cuando estuvo preparada, expulsó unas partículas con masa de reposo muy baja, pero que al moverse ganaban la suficiente inercia como para impulsarla hacia delante. Saltó al Hipervínculo. Era una forma de viajar muchísimo más lenta que a través de la conexión mnémica, pero al menos la sacaría de aquella trampa mortal.

Y así fue como empezó su viaje de varios siglos.

La capacidad de salto de la pequeña nave era muy limitada, por lo que usó todos los trucos conocidos por el hombre para acelerar, que ella podía rescatar de sus bancos de memoria: desde frenados aéreos a efectos de tirachinas electromagnéticos, todo lo que pudiera impulsarla en una dirección determinada sin tener que gastar su valioso combustible, destilado a partir de sí misma. La nave canibalizaba sus propias entrañas para saltar al Hipervínculo, lo cual implicaba que mientras más saltos ejecutara, menos cantidad de ella quedaría para llegar al destino final.

Sin embargo, la pregunta crucial seguía siendo cuál era ese destino.

Con la cantidad de detrito cósmico que había en aquel sistema era muy improbable que hubiese mundos colonizados cerca, así que hizo nacer en su proa una antena de leptones y sondeó con ella las luces cercanas, las estrellas del vecindario. Y, ¡oh, milagro!, encontró algo: un faro que le devolvió la señal. Un intervalo musical corto en la canción del silencio.

Contenta, la sensonave fue en aquella dirección. Atravesó campos vacíos, hectáreas de luz solar sembradas de partículas rutilantes. Una nebulosa, el cuento inacabado que una estrella interrumpió. El problema era que tardaría en llegar hasta allí: a la distancia a la que estaba de aquel otro sol y dada la poca velocidad que podía desarrollar su motor recién nacido, le llevaría un par de siglos en cómputo humano alcanzar su destino. A ella no le importaba, por supuesto, pues podía vivir eternamente, pero ¿qué pensarían los humanos a los que se debía en cuerpo y alma? ¿Qué opinión tendrían de ella si aparecía con cuatro o cinco generaciones de retraso, dispuesta a servir a los hombres actualmente vivos cuando fueron sus *tatarabuelos* los que más la necesitaban?

Ese problema estaba fuera de su alcance. No podía hacer más que lo que ya hacía, pues no fue culpa suya que la Gran Nave se destruyera. Así pues, con un encogimiento de hombros digital, aceleró rumbo a aquella baliza y rezó, si es que las mentes cuánticas rezan, por llegar a tiempo para resultarle útil a la colonia.

Lo que jamás pensó fue que cuando llegara allí, ya quedaría poca civilización a la que socorrer.

PRIMERA PARTE: ALLÁ DONDE EL TIEMPO PALADEA EL SABOR DE LA VICTORIA

1. EL PESCADOR

TELÉMACUS

Recuerdo una historia que solía contarme mi padre.



Ilustración: Pedro Bel

Hablaba de luces que no eran luces, más allá del cielo. Hablaba de otros mundos, y de lugares tan lejanos y hermosos que intentar comprenderlos podía ser dañino para nosotros, los que hemos nacido en la Frontera y no comprendemos las cosas más allá de una cierta simpleza. Hablaba de todo lo que hubo antes de la Caída, y del vacío que trajo el hecho de que nos quedáramos solos.

¿O quizá fueron los demás los que se aislaron? Siempre me he hecho esa pregunta. Si lo que cuenta mi padre es cierto, y no son solo los desvaríos de un viejo loco, hubo algo mucho más grande que esto en los tiempos del abuelo de su abuelo. Un universo tan grande y complejo que nos faltan palabras para abarcarlo. Tal vez hayamos borrado las expresiones que hacían falta para definirlo, pues el desuso crea olvido, y el olvido ignorancia. ¿Pero quiénes se separaron cuando todo se vino abajo: nosotros, los pobres que vivimos en este planeta desolado al que llamamos Enómena, que gira alrededor del sagrado ojo de Mia Tetis… o los supuestos habitantes de esos mundos increíbles, hijos de las mil luces escondidas tras el cielo?

Crecí temiendo que jamás encontraría una respuesta.

Crecí equivocado.

¿Cuál es el sonido del fin del mundo?

Para Radhus Sfilgam, guardaespaldas personal del Intérprete de los Muertos, fue la exhalación ventosa de una bestia Romy, recién salida de su guarida y con un enfado de mil demonios por haber sido despertada de su largo sueño. Pero eso, una hora antes, no lo sabía. Una hora antes, todavía estaba pilotando la barcaza de su amo por encima del Mar de Tradis, una de las extensas áreas de antigravedad del planeta. Una hora antes, aún se creía

inmortal, pues su puesto de responsabilidad le granjeaba el respeto de los seres inferiores —entendidos como tales los enómenos que no pertenecieran al clan de su amo—. Y como todo aquel que se ha acostumbrado demasiado pronto a estar arriba, jamás pensó que su caída dolería tanto.

Pero es injusto comenzar esta historia por él. Si quiero contarla bien, debo empezar hablándoos del hombre que lo mató: Telémacus Olfhen.

En el momento en que sucedió lo que a punto estoy de relatar, yo aún no le conocía. Me enteré de todo —con mayor detalle del que me habría gustado— más tarde, cuando nuestros caminos al fin se cruzaron. Pero la historia de Telémacus empieza en el momento en que él pensó que se acabaría, es decir, el día que salió por última vez a pescar truchas cero-g con su hijo Veldram. Él llegaría a pensar, retrospectivamente, que no tuvo que haber sobrevivido a aquello. Que sería la última efeméride anotada en el libro de su vida, antes de cerrarse con un fuerte ¡plomp!

Estaba equivocado. Los finales tienen eso: que si se los mira desde el lado correcto, en realidad son la semilla de un nuevo principio.

Telémacus y su hijo en el pequeño catamarán, eso sí me lo puedo imaginar. Pertenecían por adopción a la etnia Lum, aunque no hubiesen nacido en ella. El hijo tal vez sí, pues la madre era una lumita que Telémacus había conocido al poco de pedir refugio en su aldea. Pero desde luego el padre no. Telémacus era grande y fuerte, y cuando salía a cazar, sus manos demostraban esa confianza y fluidez en los movimientos típica de los que han sido entrenados en el arte de la Muerte. No solía hablar de su pasado, y los de la tribu nunca le preguntaban nada por respeto a su intimidad. Pero sospechaban cosas. Y hablaban entre ellos compartiendo las más disparatadas teorías, como que era un antiguo mercenario entrenado en los escuadrones de castigo, por ejemplo, a sueldo del Intérprete. O que se había fugado cuando alguien de dentro había intentado traicionarlo. O que venía de las tierras que había más allá del mar, de algún pueblo guerrero que por fortuna aún no había descubierto aquellas costas… A partir de ahí, esa historia parecía una derivación de la anterior.

Lo único cierto era que Telémacus sabía luchar, y muy bien. Y que le había enseñado algunos de esos trucos a su hijo Veldram cuando era pequeño, «solo para que sepas defenderte en caso de necesidad». La gente iba a verlos entrenar muchas veces a su casa, porque les fascinaban los movimientos plásticos del padre: la seguridad en los golpes, la precisión cuando arrojaba cuchillos, la elegancia con la que se recuperaba de las acrobacias y dejaba sus pies flexionados, preparados para la siguiente llave.

Era la horripilante belleza de lo funesto.

Su oficio, como el de la mayoría de los varones lumitas, era la pesca. O más bien la recolección, pues dadas las características de nuestros «mares», no había inmersión de redes para recoger las presas. Estas subían solas a la superficie, a lo que ellos llamaban familiarmente la piel invisible. Para que entendáis estos conceptos, quizá sería mejor que os describiese primero cómo son nuestros mares: no contienen agua, como los viejos afirman que pasa en otros mundos, sino espacio vacío. Aire. Porque no son enormes volúmenes de líquido —me cuesta imaginar eso cuando lo describo; no puedo concebir que exista tanta agua junta en el universo—, sino regiones muy extensas en las que la gravedad del planeta está al revés: repele, en lugar de atraer. Levanta las cosas en lugar de aplastarlas contra el suelo. Pero no lo hace eternamente, sino que ese raro efecto se extingue justo a cien varas del lecho de abajo. Ahí es donde forma una frontera invisible, la famosa piel, en la que los fragmentos de la roca de abajo que han subido se detienen. Todos a la misma altura. Y forman una película fina que se prolonga hasta donde alcanza la vista. Dice una vieja leyenda que, si algún día lográsemos volar tan alto como las estrellas y contemplásemos nuestro mundo desde arriba, lo que veríamos serían parches de ingravidez tiñendo de gris áreas irregulares del planeta semejantes a continentes.

Por lo menos no era un océano corrosivo como esos de los que hablaban las leyendas de los viajeros del espacio, hechos de amoníaco y estables a temperaturas imposiblemente heladas, que formaban lagos y mares someros.

Pero volvamos a Enómena: semejante océano de ingravidez tiene sus peculiaridades, como por ejemplo la forma de nuestros barcos, grandes tentetiesos diseñados para que la pera inferior los mantenga horizontales a medida que avanzan por esa suave tensión superficial. Se dice que un barco lumita jamás podría llegar a volcar porque la pera y la gravedad no le dejarían. También resulta peculiar nuestra manera de pescar, que consiste en disparar al lecho marino una carga explosiva, que cuando llega abajo detona y libera una nube de piedras y tierra que sube hasta hacer más densa la piel. Entonces nos ponemos a cribarla con nuestros cedazos, a ver qué encontramos. Es un oficio tranquilo, aunque no exento de peligros.

El fatídico día en que comienza mi historia, Telémacus y Veldram se hallaban faenando en el bajío de la Ostra Púrpura, a treinta minutos de su aldea. Recordaron bien aquel día porque estaba lloviendo, y todos estaban deprimidos. Es porque allí, en la costa, llueve tan poco que cuando pasa marca hitos en la vida de las personas, y difumina lo vivido entre una y otra precipitación.

Bajo aquella cortina húmeda, fue el adolescente el primero que divisó la silueta del otro bajel en la distancia.

—Papá, compañía —dijo, oteando por encima de la baranda. Sus ojos estaban posados en el objeto que se acercaba, pero sus expertas manos seguían limpiando la red.

Telémacus se aseguró de dejar listo el explosivo antes de mirar. Había momentos delicados en el arte de la pesca en los que una distracción solía acarrear malas consecuencias. Así que, aunque sentía curiosidad por saber a qué se refería su hijo, no levantó los ojos del saco de profundidad hasta que la pólvora estuvo bien segura, y la mecha en su sitio. A su lado descansaba su pequeña y artesanal mochila cohete, un invento necesario para las raras ocasiones en las que el pescador tenía que «sumergirse» para recuperar su plomada, o para cazar con el arpón de aire comprimido algún pez-sonda.

Cuando terminó, alzó la vista. Y comprendió que en los próximos minutos la cosa iba a ponerse muy seria.

—*Felbercap*. —Era un juramento muy propio de nuestra tierra. Y muy malsonante. A Veldram lo violentaba que su padre lo usase—. Es la barcaza ceremonial del Intérprete de los Muertos, de la tribu de los dravitas.

El joven se asustó. Había oído muchas historias sobre ese oscuro barco, y ninguna de ellas buena.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó, alterado—. ¿Huimos?

—No nos daría tiempo, son más rápidos que nosotros. De todos modos no hemos hecho nada malo, solo estamos pescando —rumió su padre—. Sigue con lo tuyo. Si se nos acercan, yo hablaré.

Padre e hijo continuaron con su labor calladamente, como si la presencia de los recién llegados no fuera con ellos. Nervioso, Veldram apartó con una pala ancha la costra de tierra que formaba la piel para mirar abajo, a las profundidades. Por debajo de la película opaca de tierra estaba oscuro: el sol la atravesaba por innumerables huecos minúsculos, formando una miríada de columnas brillantes, pero había zonas lóbregas en las que costaba ver lo que tenían debajo.

—¿Cuánto tiempo cuestan estas redes, papá? —La pregunta de Veldram era pertinente, pues la moneda de los lumitas era el szkab, un concepto abstracto que tenía su equivalencia en horas de trabajo, no en pequeños trocitos de algún mineral valioso.

—Quince. Así que no las rompas o te veo trabajando esta noche.

En aquel lugar el lecho sí estaba iluminado, y pudo distinguir unas truchas cero-g, llamadas así porque variaban de tal forma la densidad de sus

cuerpos que podían nadar en aquel líquido compuesto de antigravedad pura. Pero la presa jugosa no eran ellas, sino sus huevos, que poseían una alta reactividad que servía de combustible para los motores de repulsión, como el que movía el catamarán de Telémacus. Y también la barcaza que se les acercaba.

—Padre, veo nidos de truchas. Muy juntos alrededor de una protuberancia verde. ¡Tira el explosivo!

—No creo que sea buena idea. Esa protuberancia, como tú la llamas, es el maxilipedio de una bestia Romy que duerme bajo tierra. Su boca. —El joven lo miró con pavor, y luego a las fauces del monstruo, que permanecían cerradas. Allí abajo estaba, con su oscuro jaspe encaramado a una masa de esquisto y caliza—. Pero no la despertaremos, tranquilo. Aprende esto: donde veas muchos nidos juntos de truchas, probablemente habrá una Romy cerca. Se aprovechan del calor que desprende su caparazón para incubar.

—Entendido. Trasladémonos a otra zona, entonces.

—No hay tiempo.

El ruido de las velas repulsoras de la barcaza parecía el de un enjambre de insectos, colonias cúbicas de pentamorfos que revoloteaban como mariposas. Era un vehículo mucho más grande que el catamarán, de varias cubiertas de altura, y poseía repulsores no solo en las velas y en el timón trasero, sino también en la punta de cada remo. Así, los esclavos que los manejaban podían controlar no solo el giro, sino también la profundidad a la que el bajel se hundía en la piel. Por debajo del casco le salía el típico mástil de estabilización, con tres contrapesos.

Por la baranda de estribor se asomó una persona a la que el hijo de Telémacus no conocía, pero su padre sí. Era Radhus Sfilgam.

—Vaya, vaya, pero qué tenemos aquí —exclamó, chupándose las encías. Su cara de comadreja adquirió un aspecto cetrino—. Si es nada menos que el bueno de Telémacus en persona.

—Hola, Radhus —saludó sin mucho entusiasmo—. ¿Qué mala gravedad te trae?

—Qué manera más despreciativa de tratar al que fue tu protector cuando ingresaste en nuestra orden. Eso es feo.

—Eso pasó hace mucho tiempo. —El padre miró a su hijo con la expresión de quien no quiere que escuche ciertas cosas—. Ya no llevo esa vida. Ahora pesco truchas y perlas de coral. Soy un hombre pacífico.

—¡Qué bonito oficio! ¿Se te da bien? A mí me regaló mi antigua

amante un collar de esas perlas. Fue justo antes de que la vendiera como esclava a otro clan —sonrió el guardaespaldas del Intérprete de los Muertos —. Me gusta mirar esas cositas brillantes tan hermosas. Es como si sobre ellas convergieran diversos factores: simetría, orden, refractancia, proporción… Encierran todo lo que hemos podido rescatar de nuestros recuerdos como especie.

—Para mí son solo combustible. Mueven mi barquita y mi economía familiar.

—Buen tesoro, entonces. ¿Por aquí hay muchas?

—Oye, Radhus, ¿qué *felbercap* quieres de mí? Estoy trabajando.

El hombre se apoyó en la baranda. Era más viejo de lo que parecía, con ojos negros incrustados en una telaraña de arrugas. Su complexión fuerte hablaba de un pasado lejano pero vigoroso, de una juventud donde se culminaron proezas atléticas, pero que había quedado muy atrás.

—Ja ja, tú siempre al grano. Me gusta. Vengo a reclutarte otra vez para la causa, pescador. Necesito tu experiencia para un asunto delicado.

Los ojos de Telémacus brillaron.

—Dimití hace tiempo, y mis buenas razones tuve —gruñó—. Te hará falta más que una simple petición para obligarme a cambiar de idea.

—¡Obligar es una palabra muy fea! Yo no obligo, solo sugiero. Y espero que mis sugerencias sean tomadas en cuenta.

—Por el bien de quien te escucha, ¿no?

—Si tenemos que llegar a la fase de obligación, Olfhen… es que estaba muy equivocado con respecto a ti. —Una señal de su dedo se materializó en forma de cuatro hombres que se asomaron a la baranda. Se parecían a su jefe en las ropas y en los horrendos peinados en trenzas, con la salvedad de que ellos iban armados. Era la primera vez que Veldram veía artilugios como aquellos, pero su padre reconoció la peculiar forma de las carabinas energéticas. Reliquias de otra época que solo los grandes clanes como los dravitas poseían—. Anda, sube a bordo y déjame invitarte a una copa. Ya verás que la oferta que tengo para ti es muy lucrativa. Hagamos esto por las buenas.

Veldram miró a su padre. Estaba buscando el nudo de angustia, el carbón de su nerviosismo. Estaba allí, alojado en su pecho como un coágulo cercano al corazón. Pero Telémacus lo tranquilizó con un golpecito en el hombro, y tiró como quien no quiere la cosa el saco de profundidad por la borda. Atado a una cuerda, el explosivo fue cayendo lentamente hacia el fondo marino, justo sobre la cabeza de la bestia Romy.

—Vale, Radhus; si te empeñas, te haré el favor de escucharte. —Lo dijo con una inflexión peculiar—. Pero déjame que termine de cribar esta zona. Si mi esposa me ve volver con las manos vacías, me mata.

—Lo lamento pero no hay tiempo, amigo. Además de contigo, tengo que hablar con otros antiguos cazadores antes de que acabe la jornada. ¡Subid ya!

Sus sicarios arrojaron una escala por la borda, y les apuntaron con sus armas. El hijo de Telémacus se hizo un ovillo tras la delgada baranda del catamarán, pensando que eso podría protegerlo de las descargas láser, pero su padre no se achantó. Miró a Radhus con mal disimulado desprecio.

—¿Cuánto combustible has quemado en la barrigona de tu barcaza para llegar hasta aquí? ¿Seis medidas, diez…? No creo que hayas gastado todos esos recursos para matarme. Así que déjate de bravatas, imbécil.

Radhus, que no era un hombre acostumbrado a ser insultado, perdió los nervios, aunque en el fondo sabía que el pescador tenía razón. De la comisura de la boca le brotó un repentino chorro de imprecaciones entre violentos graznidos, una ráfaga sucia que puso a sus sicarios en movimiento: empezaron a descender por la escala, dispuestos a abordar el pequeño catamarán y llevarse por la fuerza a sus ocupantes. Veldram se abrazó a su padre.

En ese momento, la carga explosiva llegó al fondo del mar y detonó.

Para cualquiera que no esté familiarizado con la pesca en gravedades inversas, imaginar una explosión es fácil: se coge un gran pedazo de suelo, se remueve y se desmenuza, y a continuación se lanza al aire. La dispersión de las partículas es la normal y adopta la típica forma de cúpula. Falso. En gravedad invertida las explosiones adoptan una forma muy peculiar: para empezar, la seta está al revés, formando un embudo, una especie de bulbo puesto boca abajo. Y la velocidad de las partículas desprendidas no tiende a frenar, sino a acelerarse cuanto más suben. Es decir, que cuando una carga de profundidad revienta, dibuja en torno a ella un bulbo raquídeo de tierra y piedrecitas, que se desmenuza cuando el detrito de la explosión *acelera*, siendo repelido hacia la superficie, y llega hasta los pescadores en forma de ondas concéntricas que también van al revés. No se abren como cuando tiras una piedra a un estanque y ves cómo reacciona el agua: aquí se juntan hacia el centro, lo que amasa el «botín» en torno a las barcas de pesca.

Todo son ventajas, salvo cuando tu carga despierta a una bestia Romy con muy malas pulgas que reposa plácidamente en su periodo de hibernación.

Los sicarios saltaron a la barca amenazando a sus ocupantes.

Telémacus se agarró al mástil —que no era más que el extremo contrario de la pera, su contrapeso—, y esperó unos segundos a que algo pasara. Fuera lo que fuese lo que él sabía pero Radhus no, se haría patente de inmediato.

—No me obligues a… —empezó Radhus, pero no terminó la frase, porque su barcaza sufrió una convulsión. Fue golpeada por algo desde abajo, un golpe tan tremendo que la alzó unos centímetros en el aire para dejarla caer después. Toda la gente que había en la sobrecubierta se tambaleó y cayó al suelo. Uno de los sicarios, que estaba descendiendo por la cuerda, resbaló y cayó al vacío con un grito. Su cuerpo se quedó flotando en una parodia de cero g justo en el límite de la piel, pero entonces, algo invisible tiró de él hacia abajo y lo engulló.

Veldram apenas pudo seguir el veloz movimiento de su padre cuando se echó encima de uno de los sicarios que habían subido a la barca: en primer lugar le estrujó el dedo que tenía en el gatillo del arma para que esta se disparase y le diese de lleno a su compañero, para a continuación agarrar la carabina con ambas manos y golpearle con la culata en la cara.

El sicario retrocedió, dolorido, y un puntapié de Telémacus acabó de arrojarlo por la borda. El padre de Veldram se encajó la carabina que acababa de robarle en el hombro y empezó a disparar contra los agentes del Intérprete que aún estaban asomados a la cubierta.

—¡Veldram, agáchate! —le gritó a su hijo, el cual, acongojado, se tapó la cabeza con la red de pesca. Pero aún tuvo tiempo de asombrarse cuando vio cómo algo largo y tubular asomaba su fea extremidad por encima de la piel invisible: se trataba de un tentáculo de medio metro de ancho y por lo menos veinte de altura, que al alcanzar toda su longitud se abrió en la punta como si fuera una vaina, mostrando tres esferas preparadas para captar tanto señales bioluminiscentes como perturbaciones en un campo magnético, opsinas sintonizadas para sentir las corrientes eléctricas.

Eran los ojos de una criatura de las profundidades.

Radhus estaba tan ocupado ofendiéndose por la actitud de Telémacus y por su desfachatez al resistirse a sus órdenes, que no vio el tentáculo hasta que fue demasiado tarde. Se acuclilló en la cubierta de la barcaza para que los disparos del pescador no lo alcanzasen, y le chilló:

—¡Esta ha sido tu última tontería, Telémacus, acabas de firmar tu sentencia de muerte! ¡El drav Raccolys jamás te perdonará semejante traición! ¡Os perseguirá eternamente, a tu familia y a ti!

—Si lo ves, dile de mi parte que los lumitas ya no necesitamos de sus servicios —le increpó—. A partir de ahora, nos bastaremos nosotros solos

para escuchar las voces de nuestros ancestros.

Telémacus le dio una patada a la palanca que controlaba el impulsor, y la pequeña barca empezó a acelerar alejándose de la nave grande. A su alrededor detonaban impactos de plasma, en medio de lluvias de chispas y gotas de hierro fundido, a medida que los disparos de los sicarios caían sobre ellos. Pero él siguió disparando a cualquiera que asomara la cabeza, y su puntería, mientras militaba en las filas de los cazarrecompensas, había sido legendaria.

—¡Sigue agachado, aún no estamos fuera de peligro! —le ordenó a su hijo, el cual, entre sollozos, balbuceó:

—¿Cuándo lo estaremos, papá? ¡Dijiste que su barcaza era más rápida que la nuestra!

—Lo es, pero no podrán salir en persecución. Mira.

La visión de Veldram estaba filtrada por una malla de fibras cruzadas, pues lo observaba todo a través de la red de pesca, pero aun así comprendió a qué se refería su padre: la barcaza estaba escorada hacia delante, hundida unos metros por la proa, lo cual sería imposible a menos que alguien —o algo— hubiese apresado su mástil de estabilización y estuviese tirando de él hacia abajo.

A través de una oquedad en la piel invisible pudo constatar que su teoría era correcta: dos tentáculos de la bestia Romy se habían enroscado en torno a la pera de la barcaza, y estaban tirando con fuerza hacia abajo. El nervio y el poderío de aquellos seres estaban fuera de toda duda, pues el folclore de los Lum estaba decorado con historias espeluznantes sobre pescadores que salieron un día a la mar a por su botín, pero fueron succionados por esos horribles pseudópodos. El joven Veldram supuso que a los sicarios del Intérprete les quedaban solo unos minutos de vida.

Un sicario desesperado, al ver el tentáculo de los tres ojos, se situó en el podio de control de un cañón coaxial pesado, un artefacto negro y sucio que dominaba la cubierta del buque. Empezó a hacerlo rotar sobre su eje para apuntar al tentáculo, y sin duda podría haberlo partido en dos de una descarga, de no ser porque Telémacus lo enfiló en la mira, se tomó su tiempo para apuntar, y mató al artillero de un sólido disparo en las costillas.

Radhus, colérico, señaló con un dedo impregnado en la más ardiente furia al pescador y tomó el lugar de su artillero, girando el cañón en dirección a la barquita. A su espalda, el tentáculo hacía lentos barridos sobre la cubierta, apresando a la gente con sus ventosas y descargando su ira en salvajes explosiones de velocidad.

—¡Eres un traidor, Telémacus! ¡Rompiste tu juramento a la orden, y quemaste el poco honor que te quedaba al salir huyendo! ¡El castigo más benévolo que podría aguardarte es la muerte! ¡Y el drav Raccolys hará que se cumpla, para ti y para tu familia! —se desgañitó—. ¡Ni uno solo sobrevivirá de tu apestoso linaje!

Una sombra se proyectó sobre él cuando tenía prácticamente a tiro la barca de pesca. Lentamente, con ese temor frío de quien se sabe presa de un designio inevitable, Radhus se volvió. Las piernas le parecieron bolsas de agua caliente cuando vio aquellos tres ojos imposibles cernirse sobre él. Pero el cuerpo del hombre nunca llegó a tocar el suelo, pues unas fibras salieron disparadas desde el centro de las ventosas, lo agarraron y lo absorbieron hacia una herida que se acababa de abrir longitudinalmente en el tentáculo.

Telémacus, que había visto cazar en el pasado a las bestias Romy, sabía que no era una herida sino una boca vertical, llena de colmillos que convirtieron el cuerpo de Radhus en carne molida en cuestión de segundos. Le tapo los ojos a su hijo para que no viera la carnicería mientras aceleraba al máximo su enclenque esquife. La Romy no se fijaría en ellos teniendo una presa mucho más apetitosa a mano.

Mientras la barcaza ceremonial del Intérprete de los Muertos se partía en dos y se hundía con toda su tripulación, los dos pescadores se pusieron a salvo, rumbo a su aldea. Aquel día no traerían nada útil en sus sacos, nada que vender para sacar adelante a su familia, pero no les importaba: el destino del que acababan de escapar era mucho más aciago.

—¿A qué se refería con que eres un traidor, papá? —le preguntó en un momento dado su hijo—. ¿De quiénes huiste, y por qué?

La mente de Telémacus, en ese momento un torbellino de recuerdos, no estaba preparada para contarle esa historia.

—Ya te lo contaré otro día, hijo, pero no ahora. Has de saber que nos hemos metido en un buen lío —suspiró—. Uno del que, sinceramente, no sé cómo vamos a salir.

ARTHEMIS

El palacio del drav Raccolys era un caos. O lo más parecido al caos que podía haber en aquel mundo. Desde que el drav había muerto asesinado —según las malas lenguas— por uno de los administradores de paz, su lujoso palacio, un conjunto de edificios que abarcaba casi tres kilómetros cuadrados, era pasto de las alimañas. Pero no de las que vivían en el

desierto de alrededor, sino de las que Telémacus le había dicho a su hijo que daban miedo de verdad: las que vestían ropas nobles, comían todos los días en salones de lujo, e intentaban disimular su condición de chusma de la peor calaña bañándose en perfumes caros.

El drav, como todos los administradores de paz, había sido un amo despiadado, y también un estricto gestor de sus posesiones. Esto no habría sido algo excesivamente malo de no ser porque dentro de esa palabra, «posesiones», los dravs incluían no solo la tierra y todo lo que hubiese sobre ella, sino también a la gente que la habitaba. Para la retorcida mente de un administrador, los seres vivos no eran personas, ni animales, sino «activos»: números que crecían o decrecían en sus libros de cuentas según lo próspera que hubiese sido la temporada.

Para los miembros de su gabinete y sus respectivos clanes de cazarrecompensas, que se habían quedado huérfanos no hacía mucho, la forma que tenían de hacer las cosas en Enómena era la mejor. O si no la mejor, al menos, la única posible. Habían pasado cuatro generaciones desde el Día del Apagón, cuando las naves espaciales dejaron de volar. En aquella época, según contaban los que aún tenían acceso a tales leyendas, Enómena pertenecía a una gigantesca ecúmene galáctica benévola llamada Imperio Gestáltico, compuesta por miles y miles de mundos terraformados extendidos por todo el brazo espiral. Debido a un prodigio —una hechicería, dirían muchos— llamado proyección mnémica, esas naves no tenían que valerse de su propio sistema de impulsión para recorrer aquellas vastas distancias; bastaba con que los miembros de una secta ya extinguida «enlazaran» sus mentes con la de un dios llamado Emperador Gestáltico, y este teleportaba las naves de un sistema solar a otro. Daba igual cómo de inconmensurables fueran las distancias, el Emperador los trasladaba de un punto a otro del camino en un parpadeo.

Gracias a ese milagro, que habían llegado a dar por sentado todos los habitantes del imperio, la gran civilización de las Cinco Ramas de la especie humana florecía prósperamente. La hacía *posible*. Pero un mal día, sin previo aviso, el milagro se extinguió. Los miembros de aquella secta hoy olvidada intentaron conectar sus mentes con el *psykhôs* central, y no pudieron. Nadie les respondió. Asustados, se miraron unos a otros rezando porque aquello fuera algo temporal y se restableciera pronto el equilibrio.

Pero este nunca llegó. La teleportación mnémica no volvió a ser posible, y por algún innombrable cataclismo que ni los escolásticos pudieron explicar, los poderes psíquicos desaparecieron del universo. Todo lo que hacía posible sus vidas, su estado de bienestar, su comunicación con mundos muy lejanos, se esfumó de la noche a la mañana. Años después, a

los habitantes de Enómena les llegaron ecos de lejanísimas transmisiones de taquiones que contaban cosas espeluznantes sobre una guerra a escala galáctica que, sin embargo, nunca alcanzó a los mundos de la periferia. Si realmente ocurrió un cataclismo semejante, Enómena no se enteró. Estaba demasiado lejos y no tenía ninguna importancia estratégica.

Sencillamente, los olvidaron.

La casta de los drav, y todas las demás que se disputaban el dominio del planeta, fueron una consecuencia de aquello. Enómena, como casi todos los mundos de la periferia, estaba aún a medio terraformar cuando el contacto se cortó. No poseía un equilibrio planetológico sostenible a largo plazo, por lo que muchas de las cosas que se intentaron, fracasaron. La comida escaseó. Los recursos minerales y energéticos se agotaron rápidamente, y no existía una forma fácil de extraerlos del subsuelo. Como muchos líderes desesperados de la época dijeron, cuando uno tiene una fuente inagotable de recursos a un ¡plop! de distancia —entiéndase por tal el ruido que muchos se imaginaban que hacían las naves al saltar—, no se para a pensar que esa fuente en realidad se halla a una distancia tan descomunal que a la mente humana le cuesta entenderla.

Los dravitas y muchos otros clanes de mutantes postmnémicos fueron una consecuencia directa de aquel cataclismo. Nadie, ni los más ancianos eruditos, sabían qué había ocasionado que los derivantes y los portadores más poderosos de aquella época —gente con poderes psíquicos garantizados por unos fantasmas llamados Ids— mutaran en… otras cosas. Sus cuerpos cambiaron, algunos dijeron que por culpa de un poder desatado que estaba contenido en sus cerebros por los Ids y que de repente corrió libre, salvaje. Era la mnémica, ese regalo de los dioses, volviéndose en contra de sus dueños y haciéndoles daño.

De todas las mutaciones que llenaron de repente el ecosistema de Enómena con algo parecido a un biotopo de alienígenas, una de las más aberrantes fue la de los drav: sus antiguos cuerpos homínidos se transmutaron en masas de carne blanda parecidas a gigantescas ensaimadas, con un racimo de ojos central asomando por su parte superior; globos oculares del tamaño de pomelos que nadaban en una solución gelatinosa de color verde oscuro. Algo repulsivo a la vista. Lo curioso era que aquellos engendros, de casi dos metros de diámetro, pensaban con una eficacia y una rapidez dignas de las antiguas computadoras. Y jamás olvidaban nada. La teoría más extendida era que la mnémica había mutado sus cuerpos para que fueran todo cerebro, todo masa encefálica, y el racimo ocular del centro no era sino una concesión a su antigua biología, su «interfaz» para contactar con el mundo.

Por desgracia, con la aceleración del pensamiento también llegó la crueldad, nadie supo por qué. Aquellas masas de neuronas líquidas, en lugar de usar sus capacidades para el bien, las emplearon para canibalizar lo poco que quedaba de la civilización de Enómena y volverse los amos de todo. En lugar de regentes, se convirtieron en tiranos. Y la debacle se aceleró.

De todo lo que habían conseguido los dravitas, lo más estable era lo que llamaban la arquitectura del terror. Era una civilización piramidal basada en la fuerza, donde la base de la pirámide del poder era muchísimo más ancha que la cúspide. El drav era el piramidión de su propio sistema de mando, y por debajo de él estaban sus señores de la guerra, a los que llamaba «administradores de paz», y un interventor general que respondía al gracioso nombre de Intérprete de los Muertos. Entre todos, mantenían el único asomo de orden que había en aquel planeta. Entre todos, gobernaban con mano de hierro y castigaban con extrema crueldad las infracciones.

Lo único que impedía que cualquiera de ellos se alzara como máximo señor de las moscas sobre un imperio de cenizas, como Telémacus bien sabía, era que los drav eran una raza autoexcluyente. Se odiaban a muerte unos a otros. El único propósito que albergaba un drav con respecto a cualquier otro de su misma especie era el asesinato y el exterminio. Por eso competían enconadamente entre sí. Y por eso había varios focos de poder en el mundo y no uno solo. Telémacus daba gracias por ello, y siempre decía que de no ser por ese equilibrio de poderes, los supervivientes del holocausto ya haría tiempo que se habrían extinguido.

No había pasado ni una semana desde que habían encontrado muerto al drav Raccolys, y su reino ya parecía un gallinero. En el interior del palacio había un gran salón de reuniones —que, cuando al drav le apetecía, podía convertirse también en arena de combates—, que en el momento en que entró el Intérprete de los Muertos, subiendo por escalones de basalto hasta una amplia antesala, estaba atestado de dravitas que discutía a grito pelado.

—¡El trono no puede permanecer desocupado tanto tiempo! ¡Debemos nombrar a un sucesor! —gritaban algunos.

—¡Lo primero es encontrar y castigar a los responsables! —les respondían otros.

—¡No! ¡Organización, antes que nada debemos garantizar una organización!

El Intérprete entró en aquel espacio que nunca había conocido la luz del sol, y que solo se iluminaba por el brillo frío de unos hachones de

fuego. Caminó despacio y en silencio bajo inmensas palas de metal que movían el aire entre chirridos agudos y fiebre de metales, y trepó hasta un estrado en el que había unos sillares. Solemnemente, tomó asiento. Los sillares ocupaban un segundo lugar con respecto al trono central del drav, que dadas sus características físicas no se parecía en modo alguno a una silla, sino más bien a una pequeña pecera llena de agujas que en tiempos se habían clavado en el cuerpo del líder, monitoreándolo.

Kar N'Kal, el Intérprete de los Muertos, alzó una mano pidiendo paz, y no la bajó hasta que cesó la algarabía. Centenares de ojos, no todos humanos, se posaron en su siniestra y ominosa figura. Los asistentes a la reunión cubrían sus cuerpos o bien con la indumentaria de los cazadores de recompensas y los mercenarios, o bien con prendas que imitaban las de los Señores de las Estrellas: botas altas, capas señoriales, pellizas de piel de toro o borceguíes que les llegaban hasta la rodilla. Los que se creían muy importantes lucían mitras de oro como si fueran coronas.

—Hermanos, calmaos —dijo Kar N'Kal con voz sosegada—. Nuestra organización se enfrenta a una crisis sin precedentes, pues nuestro amado líder ha sido asesinado. Jamás creímos que esto pudiera llegar a suceder, pero ocurrió. Para aquellos que estáis sedientos de venganza, os diré que los culpables serán hallados y debidamente ajusticiados. Para los que estáis preocupados por la inminente invasión del resto de los clanes que aún conservan a su drav (uno de los cuales, y si lo pensáis no andaréis errados, podría estar detrás de esto), os diré lo siguiente: tomaré las medidas pertinentes para proteger el palacio contra un ataque bien organizado. No conseguirán doblegarnos. No nos borrarán de la faz de Enómena.

Eso arrancó un coro de aplausos. Era justo lo que aquella chusma quería oír. En líneas generales, a nivel personal Kar estaba de acuerdo con el discurso que les acababa de soltar… pero con matices. Con importantes matices.

—Queremos que se abra el erario y se contabilicen las recompensas —dijo un cazador, del gremio de los rastreadores de presas—. Raccolys nos debía mucho dinero, y si va a seguir funcionando este mismo sistema, nos deberá más cuando empecemos a cobrarnos las cabezas de los culpables de su asesinato.

Carroña, eso es lo que sois, pensó Kar, mirándolo a él y a los de su clan con disgusto. *Solo pensáis en cazar y cobrar. Para quién o por qué, os da exactamente igual. Supongo que la palabra cazarrecompensas define precisamente eso.*

—El erario dará para pagaros, no tienes que preocuparte por eso,

Bloush —le dijo de mala gana—. Tú y tus hermanos de profesión podéis estar tranquilos. De hecho, podéis salir ya ahí fuera a empezar la temporada de caza. Sabéis que los culpables de este desastre siguen libres, y que quienes los contrataron seguro que están ahora mismo celebrando su victoria. Cada segundo que pasa, es un segundo más que están disfrutando de una vida que nos les pertenece.

El cazador se puso en pie. Pertenecía a otra de las mutaciones de Enómena, unos seres que existían solo desde el Día del Apagón y que eran conocidos como ragkordis: humanoides con la cabeza deformada hacia atrás y órganos sensoriales situados en los hombros y alrededor de las caderas, en lugar de en el centro de la cara. Allí, donde deberían haber estado sus ojos si fueran humanos normales, había una especie de vulva con unos labios que se abrían en iris, y que en lugar de órganos sexuales contenía un diencéfalo troncoidal que, según lo que se contaba de ellos, les permitía captar ondas de radio y otras frecuencias mucho más débiles, así como transmitir también en ellas. Los ragkordis eran aparatos de radio vivientes.

—El árbol de pruebas aún no ha sido demostrado —dijo—, pero creo que todos en esta sala sabemos quiénes son los candidatos más probables: Darok, Ursa y Qamleq, los tres señores del crimen de las Tierras Baldías. —Al oír esos nombres, la gente hizo asentimientos con la cabeza y empezó a murmurar—. Desde hace muchos años codician los terrenos pertenecientes a Raccolys, y han luchado por ellos en más de una ocasión.

—Tienes razón, son los candidatos más probables —admitió el Intérprete—, pero eso no los convierte directamente en culpables. Si alguno de vosotros comienza una cacería sagrada contra ellos, podría acelerar lo que todos sabemos que acabará ocurriendo: la guerra entre clanes. Y no nos conviene que dé comienzo… aún.

—¡Pamplinas! Una acción rápida y brutal suele ser el mejor atajo para conseguir la victoria. ¡Ahora mismo, antes de que tengan tiempo de preguntarse qué vamos a hacer! Decapitemos a esas tres serpientes y sus reinos caerán también en el caos. Entonces jugaremos en igualdad de condiciones.

«¡Sí, acción, acción!», gritaron los presentes, poseídos por una rabiosa ansiedad de llevar a cabo alguna acción, la que fuera, para que diera la sensación de que los antiguos siervos de Raccolys no estaban paralizados por el miedo. Pero Kar N’Kal no estaba seguro: una respuesta rápida y salvaje transmitiría un mensaje contundente a sus enemigos, sí. Pero ¿y si se equivocaban de blanco? ¿Y si atacaban a algún clan que podría ser su

aliado en la futura guerra contra los demás? Aunque la familia de Raccolys era numerosa, y su palacio un gran bastión, en realidad no tenían nada que hacer si los otros drav los atacaban en masa. Los aniquilarían, y esa, por mucho que a los administradores de paz allí presentes no les gustara oírlo, era una certeza matemática.

Se levantó para pedir paz. Esta vez le costó más conseguir que se callaran. Cuando su voz volvió a ser audible, exclamó:

—¡Tranquilizaos, hermanos! Las retribuciones de sangre serán exigidas y las cabezas culpables debidamente empaladas. No podemos arriesgarnos a dar un paso en falso. Tenemos que averiguar quién mató a nuestro amo, y por qué, y yo en persona autorizaré la cacería sagrada. ¡Debemos ser sensatos, o nuestra rabia se volverá contra nosotros!

Esas palabras no calaron bien entre la audiencia, que se levantó en masa y empezó a protestar a grito pelado, algunos incluso a insultarse y a empujarse. Algunas armas fueron desenfundadas mientras el Intérprete sacudía con decepción la cabeza. No, aquello no estaba saliendo bien. Tendría que hablar con los maestros cazadores aparte, a solas, para intentar conformar un plan de acción que…

Unos estampidos resonaron en las grandes puertas dobles del salón. Alguien quería entrar, y quería que todo el mundo se diera cuenta.

Un esclavo salió a ver quién era, pero un empujón lo hizo entrar de nuevo rodando por el suelo. Las puertas se abrieron lo justo como para dejar pasar una única figura humana, delgada y no demasiado alta, pero enfundada en una armadura con musculatura inteligente de diamadio y placas de blindaje antiláser. Su silueta era indudablemente la de una mujer, y tenía la cabeza cubierta por un casco ceremonial endhary, un óvalo de metal líquido que iba cambiando conforme la luz incidía sobre él.

Todo el mundo se quedó mudo, paralizado del asombro, mirando a la recién llegada. Su reputación la precedía, eso el Intérprete lo tenía muy claro: era la cazadora más famosa del planeta, Arthemis de Ésfenox. Y traía un saco agarrado con una mano, un saco manchado por la parte inferior de rojo.

Arthemis se detuvo en medio del enorme semicírculo, repasó a los presentes con la mirada, y arrojó el saco a los pies del Intérprete de los Muertos. Al abrirse dejó salir rodando tres cabezas cercenadas, cuya identidad arrancó una exclamación de todos los presentes: eran Darok, Ursa y Qamleq. O lo que quedaba de ellos.

—Uauh —murmuró Bloush—. Menuda entrada.

Kar N'Kal miró de hito en hito a la cazarrecompensas, e iba a decir algo, pero esta se le adelantó.

—El tiempo para los debates acabó hace días. —El casco de metal líquido le deformaba la voz—. Mientras vosotros perdíais el tiempo hablando, yo he estado trabajando. Y aquí está la prueba.

—P… pero… ¡qué has hecho! —explotó el Intérprete, tirándose con furia de los cabellos anudados en tirabuzones—. ¡Cómo te has atrevido a tomar esta clase de iniciativa, sin… sin un contrato previo, sin una cacería sagrada!

—Déjate de monsergas, Kary. No te atrevas a contaminar el aire con tus estupideces. Esto era lo que había de hacerse, y yo lo he hecho. Mañana mismo tenemos que marchar sobre el resto de los clanes e invadirlos, antes de que se recuperen del *shock*.

—¿Así por las buenas? ¿Y cómo pretendes ganar esta lucha? ¿Aniquilándolos a todos a la vez?

Suponiendo que la muerte de Arthemis era lo que decretaría el Intérprete de un momento a otro, e intentando ganarse su favor, uno de los mercenarios atacó a la cazadora a traición: su látigo neural restalló en el aire, lanzándose como una cobra sobre la mujer. Pero esta reaccionó a una velocidad que solo una armadura con estructura muscular controlada por sapiencial podía conseguir, y atrapó la punta del látigo en el aire. Con un segundo movimiento igual de veloz, desenfundó una pistola de pulsos y lanzó un rayo a los pies del mercenario. No golpeó su cuerpo, sino al control que abría la trampilla que conducía a las mazmorras y criaderos de abajo, donde el drav almacenaba a los «activos» que quería traer como diversiones a su arena particular… y a las criaturas que debidamente los devorarían.

El mercenario cayó y se quedó atrapado por la trampilla cuando volvió a cerrarse. Durante un par de segundos gritó pidiendo ayuda, hasta que algo arrancó la mitad inferior de su cuerpo de un mordisco y se la tragó, y él dejó de moverse.

La cazadora se sentó en una silla y puso los pies, cruzados, sobre el respaldo de la de delante.

—A la vez no —respondió a la pregunta de Kar N'Kal—. De uno en uno.

Los demás cazadores estallaron en risas e hicieron gestos de respeto hacia Arthemis. Se notaba que la admiraban mucho. El propio Bloush le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, a modo de saludo, que ella

devolvió. Kar N'Kal estaba de los nervios, como el resto de los administradores de paz allí presentes. ¡Guerreros! No había quien los entendiera. Un psicótico instinto suicida los impulsaba a entrar en combate y a meterse en las situaciones más desagradables sin pensar en las consecuencias. La guerra era su sustento, y el peligro su diversión. Los despreciaba profundamente, pero no podía quitárselos de encima. Los necesitaría más que nunca, ahora que la guerra con los otros clanes era una certeza.

—¿Y cómo pretendes empezar tu absurda invasión, Arthemis? —le preguntó, el veneno rezumando de su boca.

El casco de la cazadora giró hacia él. No tenía ojos ni ningún rasgo facial, solo reflejos resbalando por su superficie como plata pura.

—Pues como empiezan todas las guerras: reclutando un ejército.

2. ANTIGUAS RELIQUIAS DE LOS ANCIANOS

TELÉMACUS

¿Cómo distinguir la leyenda de los hechos en esos mundos tan alejados en el tiempo? Planetas que para el resto de la ecúmene eran solo destellos diamantinos perdidos entre el polvo de miles de estrellas, cuyo pasado era un mito y su futuro una incógnita. Mundos donde lo irracional oscurece la brecha de los tiempos, con escasos medios más allá de su cultura y sus despojos para averiguar quiénes eran y hacia dónde se dirigían…

El hecho de vivir allí suponía un doble desafío, sobre todo para las mentes inquietas, ansiosas de conocimientos. Por un lado estaba la fatalidad de la lucha diaria por la supervivencia, que no resultaba fácil para ninguno de sus habitantes, estuvieran en el estrato social que estuvieran. La vida era difícil tanto para los campesinos y los pescadores cero g como para los caciques cuya existencia estaba constantemente amenazada por otros de su misma calaña. Por otro lado, si uno poseía un cerebro inquieto que se preguntaba si eso era todo, si no había nada más a lo que pudieran aspirar, la existencia era una frustración constante, un eterno preguntarse «dónde estaríamos ahora si esa edad dorada de la que hablaban nuestros ancestros no se hubiese colapsado».

Si bien vivir en una sociedad arcaica que no conoce nada más ni tiene otros puntos de referencia es duro, la sensación se acrecienta cuando uno

sabe positivamente que hubo algo más, un marco muchísimo más grande al que pertenecieron pero que ya se extinguió, y que nunca volvería a resurgir. Una tribu que ha vivido desde tiempos inmemoriales en una selva sin conocer nada salvo a ella misma no anhelará nada más, no tendrá sueños con un mundo más sofisticado y perfecto. Pero los habitantes de Enómena sabían que eran el despojo de una civilización anterior. La tecnología remanente estaba ahí para demostrarlo: motores que operaban con una ciencia que ellos habían olvidado y que eran incapaces de replicar; armas que disparaban rayos letales capaces de desintegrar la materia sólida pero cuyo principio físico era el mismo que el del milagro; robots oxidados que aún funcionaban pero que nadie sabía cómo reparar si se estropeaban; naves que nunca más podrían volar y cuyos restos descansaban como dinosaurios muertos en medio de las llanuras…

Eran lo que quedó de algo gigantesco que se vino abajo. Y esa certeza les dolía más que sus precarias condiciones de vida. Porque no es lo mismo vivir sumidos en una ingenua ignorancia y jamás haber tenido nada, que haberlo tenido todo y sentir que un día lo perdieron. O —peor aún— que les fue arrebatado.

Su mundo estaba lleno de pruebas de que ese pasado glorioso realmente existió. Por ejemplo, lo que los pueblos dispersos por su superficie llamaban el Hilo, una cuerda muy fina que partía del suelo y que ascendía hasta el cielo, y que se podía ver en el horizonte desde cualquier punto del continente. Nadie sabía lo que era el Hilo, ni quién lo había construido, pero alrededor de él gravitaban mil religiones. En ese mismo saco se podría meter mucho más aparte de la tecnología que usaban diariamente, como los motores que les proporcionaban electricidad y que funcionaban mirando directamente al sol, o los camiones sin ruedas que flotaban a un metro del suelo, capaces de transportar voluminosas cargas sin apoyarse en la tierra. Si uno se alejaba de los enclaves civilizados y se internaba en las zonas inexploradas del planeta, como un arqueólogo avanzando entre ruinas milenarias, podía toparse de repente con una ciudadela muerta o con una nave estrellada entre densas marañas de follaje. La inesperada geometría de un ala o de un tren de aterrizaje podía sorprenderlo, y una compuerta oxidada podía representar un acceso al imposible titilar de un motor de fusión, o al destello cuántico de una mente inorgánica.

Pero todas esas maravillas estaban llenas de peligros, y eran pocos los exploradores que dedicaban su vida a recorrer el mundo buscándolas. Solo habían pasado unos cuantos siglos desde el Día del Apagón, pero resultaba sorprendente cómo se habían perdido los recuerdos, y a qué increíble

velocidad había quedado cubierto todo por una pátina de oscurantismo milenario. El Hilo, aquel coloso enigmático, se alzaba sobre todos ellos más allá de los grandes desiertos para recordarles constantemente la falta de lógica que tenía su existencia.

Mientras atracaba la barca en el muelle de su aldea, Telémacus alzó la vista al cielo y vio pasar el Carro de Diamantes, una procesión de cinco destellos que cruzaban de una punta a otra la bóveda celeste a intervalos regulares. Todos los habitantes de la aldea convenían que no era un fenómeno natural. Había una antigua leyenda que afirmaba que ese tren de luces no estaba formado por asteroides ni pequeñas lunas, ni tampoco por dioses montados en sus carros, sino por naves transluminicas de gran tamaño que llevaban orbitando Enómena desde los tiempos del gran apagón. Esa misma leyenda las había transformado en objetos de culto, e inculcaba disparatadas fantasías en la mente de los que las observaban.

Desde niño, Telémacus había oído historias sobre esas cinco naves y los supuestos tesoros que contendrían. «Circunnavegadoras solares», era su nombre antiguo. La imaginación popular, con el paso de las décadas, las había poblado con criaturas de angelical presencia o con demonios aterradores. Y había llenado sus bodegas con tantas maravillas tecnológicas que, si solo a una de ellas le diese por descender a tierra un día de estos, cambiaría para siempre la faz del planeta devolviéndolo a su esplendor pasado.

Sueños de salvajes atrasados.

Telémacus era un hombre demasiado práctico como para creerse esos bulos. Él había tenido acceso a un telescopio, una vez, una reliquia que guardaba la *místar* de su aldea, la guardiana de las tradiciones. Y lo había usado para escrutar el cielo en busca de huellas de ese pasado glorioso. Al enfocarlo hacia los cinco diamantes, comprobó que efectivamente eran objetos metálicos y de perfil irregular, demasiado proporcionado y geométrico como para tratarse de objetos naturales. Eran naves espaciales, no cabía duda, y además de enorme tamaño. Pero estaban muertas. No había ni una sola luz en su fuselaje, ni estelas de impulso en sus motores. Si algunas vez contuvieron vida, esta se había extinguido hacía tiempo o estaba dormida esperando quién sabía qué.

Esas naves nunca bajarían a tierra. Si pudieran hacerlo, o si sus tripulaciones *quisieran* hacerlo, habría sucedido hacía mucho tiempo. Y no había ningún aparato en Enómena capaz de alcanzar esa órbita. Los únicos ingenios voladores que existían los tenían los zsama, una tribu de los cañones ventosos del sur, y eran poco más que aviones que sí, que podían

elevarse a gran altura, pero bajo ningún concepto salir al espacio exterior. Y también algunos tópteros de vuelo bajo que estaban en posesión de los dravitas y que usaban en sus incursiones en busca de esclavos.

Como decía, Telémacus era un hombre práctico. Y hacía mucho que había dejado de soñar con ese hipotético día en que la mnémica volvería a funcionar, y los cielos se abrirían para que descendieran naves llenas de ángeles que afirmarían ser sus primos del Imperio Gestáltico, que venían para sacarlos de aquel erial y llevarlos de vuelta al paraíso.

Sueños de viejas.

Atracó la barca en el muelle y la aseguró atando una cuerda a la pera del contrapeso. Unos bancos de anémonas cristalinas brillaban como triunfales cristales inteligentes. Su hijo saltó de manera experta a tierra firme, llevándose los sacos vacíos como prueba del fracaso de su expedición. Los demás marineros se asombraron al ver los impactos negruzcos que aún echaban humo, y que las armas láser había dejado como recuerdo en la quilla.

—¿Otra vez piratas, Olfhen? —le preguntó un compañero con el que solía salir a faenar.

—No, algo peor: dravitas.

La sola mención de ese nombre bastó para que todo el mundo en el muelle se tensara.

—¿Cerca de aquí? ¿Hablaste con ellos?

—Hablar es un término muy eufemístico para esto —gruñó, raspando con el dedo el manchón negruzco de un láser—. ¿Sabéis si la *místar* está arriba, en el templo?

Le dijeron que sí, que estaría preparando las ceremonias religiosas del cambio de estación. Telémacus mandó a su hijo a casa para que le dijera a su madre que no se preocupara, que iría después a verla, y subió corriendo las escaleras hasta el templo. Los lumitas tenían un panteón de dioses heredados de la edad antigua, cuyos nombres habían sido los mismos de los Arcontes del Emperador Gestáltico. Aquellas potencias, igual que quienes las adoraban, poseían una sociedad oligárquica rígidamente estratificada.

Entró en el edificio de piedra y lo primero que le llamó la atención fue la humedad: una fría brisa hacía vacilar los fuegos de los pebeteros, presagiando la agitación de la primavera. La mohosa fragancia de los tapices de hierba que colgaban de las paredes recordaba el dulce abrazo de los bosques. En medio de la sala había una mujer de espaldas, vieja pero no consumida por la edad, con la piel tatuada —ella misma era un evangelio

lleno de historias— y un cabello que empezaba a ralear. Su rostro solía mostrar una calma adusta, pero de vez en cuando era traspasado por el relámpago de emociones intensas que no tenían un origen claro. Ser una persona apasionada era un privilegio que todos daban por sentado en una *místar*.

—¡Telémacus! Solo tú logras pisar con tanta fuerza en las baldosas como si quisieras ser el último en usarlas. ¿Has cambiado de idea sobre lo de asistirme esta noche en las ceremonias?

—Me temo que no, Liánfal. Traigo malas noticias.

Ella puso cara de reproche.

—No me gusta que digas esas cosas, me arruinas el delicado estado emocional que necesita la liturgia.

—Ojalá no fuera heraldo de esta clase de noticias, pero así lo han dispuesto los dioses: los dravitas dieron conmigo, otra vez. Me pidieron que volviera con ellos. Que lo dejara todo atrás, incluyendo a mi hijo, y volviera a unirme a sus filas.

La *místar* dio por perdido su precioso equilibrio emocional y cerró el libro de las ceremonias. Era un volumen escrito en piel de saurio marino, lleno de jeroglíficos que solo unos pocos sabían interpretar. Había quien decía que algunas azoras ni siquiera tenían traducción a sonidos, sino que eran igualdades matemáticas que demostraban ideas filosóficas, pero la única que estaba segura de eso era Liánfal.

—Por supuesto, te negaste —dijo con un resoplido—. Es lo que yo habría hecho.

—Me negué, sí. Y no se lo tomaron bien.

—¿Sobrevivió alguno? —Lo dijo con sorna, y con ese puntito de confianza de quien conocía lo suficiente del pasado oculto del cazador como para saber a qué se exponían quienes lo desafiaban.

Telémacus cogió un pedazo del pan duro que se usaba en la liturgia y empezó a roerlo. Era una afrenta contra el templo, pero sabía que la sacerdotisa no se lo reprocharía.

—Creo que no. Tuvieron la mala suerte de atacarme en la vertical de la cueva de una bestia Romy. Su barco se hundió. —Recordó el ataque, el desastre, las decenas de cuerpos que se quedaron flotando en la capa de ingravidez. En un mar cero g no podías hundirte como en los de agua, así que un náufrago podía pasarse literalmente días flotando hasta que se muriera de hambre o lo rescataran. El problema era cuando tenías una bestia tentacular bajo tus pies que sabía que tenía todo el tiempo del mundo

para pescar a sus presas, según le fuera entrando hambre.

—Ya. Qué pena. —La mujer se frotó la cara, intentando hacer oídos sordos a las voces de sus antepasados que le estaban diciendo que se lo habían advertido: que aquel extranjero de turbio pasado solo podría traerles la ruina a largo plazo. Que tendrían que haberlo expulsado de la aldea en cuanto llegó. *Sí, claro,* contestó a los espíritus, malhumorada: *Y todas las cosas buenas que este hombre ha hecho por nosotros las olvidamos cuando nos conviene, ¿no?—*. Sé sincero, amigo mío: ¿volverán en mayor número? ¿Vendrán a buscarte aquí?

Él asintió.

—Me temo que sí. Entre los que murieron estaba Radhus Sfilgam, uno de los administradores de paz del Intérprete de los Muertos. No dejarán pasar esa afrenta. —Tiró el pan duro al interior de una vasija ceremonial—. Pero no te preocupes: me marcharé de la aldea junto con mi familia mañana. Solo se ha desatado una tormenta que llevaba años gestándose; nada que me coja por sorpresa.

La mujer aventó el aire con las manos, pidiendo calma. Le gustaría acudir a su libro sagrado para resolver esto, como hacía con otros problemas, pero por desgracia no contenía este tipo de respuestas. Habría que acudir a otro libro mucho más completo y apto para cualquier eventualidad: el sentido común.

—Espera, no te precipites… Déjame darle un par de vueltas y consultarlo con la almohada. A lo mejor hay una solución intermedia que no implique el exterminio en represalia de nuestra tribu, ni que tengas que huir con tu esposa y tu hijo.

—Con esas bestias no sirve la sutileza, vieja amiga, y lo sabes. Y el misticismo no va a ayudarte en esta ocasión. La mejor opción para todos es que yo escoja el exilio y que vosotros no digáis nada. Confianza por ambas partes, o por ninguna.

Los ayudantes del templo estaban allí, tiesos como estalagmitas e intentando ignorar la conversación pero sin perderse un ápice de ella. Como no quería que estos problemas se convirtieran en el cotilleo de moda, Liánfal cambió al lenguaje inframatemático de sus antepasados, el Interlac-13. Era la lengua de una raza ya extinta cuyos logros matemáticos habían inducido el uso de sus expresiones en todo el sistema, de modo que tenían palabras que mezclaban verbos enraíticos cúbicos con sustantivos logarítmicos neperianos. Muy pocos lo conocían, pero era un nexo de unión entre Telémacus y ella.

—{Aunque te marches de aquí} =mañana mismo/, si quieren hacernos

daño/ lo (harán):sup:*3*. Represalias, se llama [eso=0]. Y no podremos hacer {nada por defendernos}. Tú eres nuestro único $\int^{2}$guerrero.

—Σ(Ya) —le respondió en el mismo idioma—. Pero {yo solo}/$_4$ no puedo con todo el clan $\int^{2}$dravita. Otra opción [sería=0] >entregarme, ir por mi propio <pie> al palacio de Raccolys a {pedir perdón}… pero ya sabes las (consecuencias que tendría eso)ч. Me matarían tras un (juicio=sumarísimo) donde las dos opciones no serían a)$_1$ inocente y a)$_2$ culpable, sino b)$_x$ culpable y b)$_y$ súper culpable.

Ella lo miró con dureza.

—<Entonces>, ¿qué {opciones} nos quedan? ¿*Esperar* un milagro/$_2$? Σ¿Suplicar por la #clemencia del $\int^{2}$drav?

—No lo sé. [Ellos]:sup:*3* no conocen el (=significado) de esa palabra. Dame tiempo /para pensarlo/. Necesito entrar en el {santuario de las reliquias}. No sé por qué, pero hay algo en ellas<$_y^x$ que siempre me ha ayudado a concentrarme, √(a limpiar mi mente) de todo lo superfluo y enfocarla en una /sola cosa‰.

La mujer se echó a un lado, inclinándose el grado suficiente como para demostrar que no estaba acostumbrada a hacerlo. Le señaló una puerta lateral, y obsequiosamente le indicó el camino.

—Hazlo. Yo hablaré con tu esposa. Quizá así salgamos todos ganando. —Esto lo dijo otra vez en lumita. Telémacus le dio las gracias y atravesó la puerta, pasando a otra habitación apenas iluminada por unas velas.

No había término en lengua conocida que le hiciera justicia a aquel cubículo. Algunos lo llamarían ermita, pero no era esa su función. Otros dirían que era un simple almacén para los objetos sagrados de la tribu, pero eso también se le quedaba por debajo. Para Telémacus era un lugar donde la *místar* tenía almacenadas las reliquias sagradas, pero no estaba pensado para que la gente acudiera allí a adorarlas, ni tampoco para mantenerlas separadas del pueblo.

Se puso en cuclillas y colocó las manos en las rodillas. Miró al frente, a las tres reliquias, y una vez más trató de enfrentarse a sus secretos, a su misterio. Hermética e incontrovertible, la historia de aquellos objetos desafiaba a cualquiera que intentara buscarles alguna lógica. Por un lado estaba el Engranaje de Polidio, un fragmento de motor de nave estelar apenas un poco más pequeño que un humano adulto, y que era imposible tocarlo con las manos desnudas porque siempre, siempre soltaba una descarga que podía dejar sin sentido al lumita más fornido. Tras un periodo de inconsciencia lleno de sueños raros, algunos afirmaban que proféticos, el

objeto te devolvía sentido tras sentido hasta completar los cinco… pero siempre se quedaba con una parte de ti, muy pequeñita. Algo que tú perdías para siempre y que a él lo hacía más misterioso.

Luego, estaba el Casco del Tecnomante, un yelmo de piloto espacial medio quemado que aún tenía unas manchas negras por la parte de dentro, que podrían ser restos de la sangre de su dueño. Nadie conocía la identidad de este, solo se sabía que el casco había sido recuperado por un buscador en una nave estrellada en el desierto, aventura que le había costado un brazo, una pierna y las ganas de seguir buscando. Estaba considerado un «objeto sagrado» porque quien lo usaba, al rato de tenerlo puesto empezaba a sentir una conexión con una mente superior, una conciencia distinta a la suya. Esa mente, que muchos creían la de Dios, le hacía preguntas e intentaba mostrarle imágenes inexplicables, llenas de figuras geométricas y diagramas que flotaban en su campo de visión. Había muchos que se habían vuelto fanáticamente devotos tras asistir a esos prodigios. Por eso veneraban al Casco.

Telémacus provenía de otro sistema cultural, un poco más avanzado —o menos subdesarrollado, según se mirara— que el de los lumitas, y sospechaba que eso no era más que un interfaz neural que aún seguía funcionando en la circuitería de aquel trasto viejo, y que cuando alguien se lo ponía intentaba conectar con su cerebro para transmitirle sus últimos informes sobre el estado de la nave. Pero no se lo iba a decir a aquella buena gente. Ellos necesitaban sus apoteosis religiosas para poder seguir adelante tanto como él sus truchas cero g. El ateísmo era un privilegio de los pueblos avanzados y su estado de bienestar, nunca surgía de aquellas tribus.

Pero de las tres reliquias, la que más sobrecogía al pescador era la que llamaban el Tapiz de Sílice. Era básicamente una placa vertical de un material dorado al que llamaban sílice solo por buscarle un símil, porque nadie conocía su auténtica naturaleza. A veces parecía una cortina sólida de luz fluctuante que ondeaba por la cámara como un chaparrón líquido, creando oníricas sombras que deambulaban por sus propios medios por las esquinas de la habitación. Estaba tatuada con lo que parecían jeroglíficos, aunque a Telémacus le recordaban más a circuitos integrados. Tejidos matemáticos que fluctuaban a la luz en retirada.

El Tapiz conservaba algún tipo de energía interna, de eso tanto él como Liánfal estaban seguros. Tenían la teoría de que se trataba de un fragmento del cerebro de una nave translumínica, quizás una rodaja de su prodigiosa personalidad IA que había caído del cielo cuando el resto de su cuerpo explotó. Unos peregrinos la habían encontrado flotando en el mar

ingrávido y había acabado allí. En una página del libro de Liánfal había escrita una frase tan críptica que podía aplicarse sin muchos problemas a aquel objeto: «Inteligencia artificial basada en nanoeventos». Pero como nadie sabía lo que significaba eso, tanto podía ajustársele como un guante como ser una tontería digna de un idiota.

Ninguno de los tres objetos era interactivo, ni siquiera el casco. No servían para nada, ni respondían a ningún estímulo. Como cualquier objeto sacro, simplemente estaban allí, protegidos tras el velo de su propia inaplicabilidad. La gente se sentaba y los miraba, y solo con eso había quien se llevaba de aquella habitación un beneficio que no tenía al venir.

Telémacus se frotó los ojos, cansado. Era un agotamiento psicológico, no físico. Cuando huyó de los dravitas, en el pasado, encontró refugio entre aquellas buenas gentes, que le habían proporcionado algo que ni todo el oro del universo podía comprar: tranquilidad. Reposo. Incluso una familia. Durante un tiempo pensó que aquella prosperidad basada en el anonimato duraría para siempre, o al menos hasta que su hijo Veldram creciera y pudiera valerse por sí mismo, pero la ilusión se rompió antes de tiempo. Ahora no solo había puesto en peligro a su familia, sino también a todos los lumitas, pues era costumbre entre los clanes de los dravs el castigar a todo el colectivo por la infracción de uno solo de sus miembros.

Mañana reuniría al consejo de ancianos y se lo diría. Les plantearía el problema de la manera más sencilla y directa posible: si querían escapar a la ira de los dravitas, tendrían que emigrar a otros territorios más lejanos. Al sur, tal vez, a las Montañas de Cinabrio. O al oeste, a los archipiélagos móviles de las gigantescas anémonas-isla, animales tan inmensos que sobre sus caparazones cabían poblados enteros. Ya había habitantes sobre ellas que buscaban una simbiosis perfecta con su organismo-isla. Seguro que si se ponían a ello, los lumitas encontrarían una anémona joven que no hubiese sido colonizada todavía.

Por supuesto, esto les sentaría a sus conciudadanos como una patada en sus partes nobles. Se enfadarían muchísimo con él y algunos hasta exigirían su cabeza. Pero tenía una poderosa aliada, Liánfal, una mujer cuya palabra siempre era tenida en cuenta. Mientras ella lo apoyara, las voces más radicales del concejo no se atreverían a exigirle que se entregara a los dravitas. Pero que todos tendrían que huir, eso era algo seguro.

¿Este era el mundo que quería legarle a su hijo? ¿Por qué todos los intentos por sacar orden del caos se saldaban con un estrepitoso fracaso? ¿Acaso la ambición de los codiciosos hacía todo lo posible por contrarrestar los intentos de la gente buena por cambiar las cosas, para no tener que salir

nunca de la barbarie?

Telémacus se había dado la vuelta para salir del pequeño santuario cuando un sonido lo alertó. Era una palpitación que se sentía más dentro de su propio cuerpo que en el aire, como si fuera una sensación mística que lo tocase con muda persistencia. Llegó acompañada por un crepitar de ecos, como el balanceo de una campana tubular oído desde muy lejos. Era un tic-tic-tic rítmico.

Lentamente, el lumita —aunque no perteneciera a la tribu, le gustaba que lo llamaran así— se giró sobre sus talones.

Los ojos se abrieron como platos cuando vio que había un brillo inusual en el Tapiz de Sílice. Liebres blancas zigzagueaban por el laberinto de circuitos como las pinceladas de algún críptico lenguaje. Parecían versos hechos de electricidad entonados por una voz ajena a la noche. Un puñado de sílabas primitivas dispersas como una pregunta formulada al aire húmedo.

El hombre retrocedió hasta darse en la cabeza con el dintel de la puerta, salió tambaleándose y señalando siempre hacia dentro. Liánfal terminó de echarle un rapapolvo a un acólito que había hecho las cosas al revés, y lo miró, extrañada.

—¿Qué pasa, amigo mío? ¿Tu edad te exalta, despojándote de síntomas físicos y llenándote de problemas mentales? —le preguntó con una sonrisa. Pero entonces advirtió, por su expresión, que el pescador no estaba para bromas.

Algo muy gordo estaba pasando.

—Mira —le dijo simplemente Telémacus, y se echó a un lado.

La cara de la sacerdotisa se demudó. No es que se le vaciara meramente la sonrisa, es que ni siquiera dejó una ondulación de piel en su lugar. Sus pupilas estaban clavadas en la reliquia que emitía aquel pulso de luz y aquella música de campanas tubulares. El objeto hablaba, estaba emitiendo una señal. Jamás había hecho nada parecido desde que conocían su existencia.

—¡Es… está vivo! ¡Canta! —exclamó la *místar*.

—Algo lo ha hecho activarse. Quizá una señal que esté captando de otro lugar.

—Sí, ¿pero de dónde? T… tenemos que avisar a todos de esto. Que lo vean antes de que cese. ¡Llamad al consejo, rápido! —les gritó a los acólitos.

Telémacus salió corriendo del templo mientras su mente descartaba la dimensión religiosa del asunto y se hacía preguntas prácticas: ¿qué había pasado para que un pedazo de tecnología volviera a la vida tras tantos siglos? ¿Qué había cambiado? ¿Y por qué de las tres reliquias la única que reaccionaba a ello era la de los circuitos semilíquidos?

Era el típico misterio que podían pasarse el resto de la vida intentando explicar. Pero una cosa era segura: entre esto y la visita de los dravitas, la vida de Telémacus ya no volvería a ser la misma. A veces, el destino no te sugería cosas cuando quería forzarte a un cambio. Simplemente, te atropellaba con ellas. Y era problema tuyo si sobrevivías o no.

ARTHEMIS

Amrá era el sol, que tenía una relación nupcial con un segundo objeto luminoso más pequeño y cuya órbita debía ser extremadamente rara y excéntrica, una especie de óvalo, pues lo cierto era que apenas entraba en el sistema. Solo se lo veía acercarse a su hermano mayor una vez cada diez años, y entonces las cercanías del sol se convertían en una fiesta de abalorios de oro macizo y tapices de auroras boreales tejidos en el vacío. A este segundo objeto lo habían bautizado Thyle, nombre que tenía dos significados, uno más noble —el pájaro de fuego que vuela por el firmamento— y otro más jocoso —se llamaba así al proverbial cuñado que uno nunca espera y que aparece de vez en cuando para tocar las narices—. Enómena, con sus dos lunas gemelas, era el segundo planeta en orden después de una roca calcinada a la que llamaban Rigolastra, «el broche resplandeciente», cuyo movimiento de traslación siempre presentaba la misma cara a la estrella, por lo que en su cara oculta había fondos de cráteres lo suficientemente fríos como para que en ellos hubiera hielo, a pesar de que todo a su alrededor eran lagos de metal fundido.

Enómena estaba en la franja de la vida, en su extremo cálido, y con una terraformación lo suficientemente avanzada —aunque caótica— como para no parecer una simulación descartada en la mente de un sapiencial. Y luego estaban Gotrys y Sarpedón, dos bolas de dióxido de carbono con tormentas de ácido sulfúrico y sin campos magnéticos perceptibles, que eran las joyas del firmamento por una cualidad singular: sus órbitas corrían paralelas, muy cercana la una a la otra, y estaban enlazadas por una cadena de asteroides que se doblaba sobre sí misma adoptando la forma de un doble ocho. De los planetas del sistema, eran los únicos que compartían un nombre común, la Dumbara o «presea de los amantes», pues vistos desde la distancia eran como dos hermanas enlazadas por un collar.

Las seguía un cinturón de asteroides cuya silueta distaba mucho de ser redonda, pues la llegada cíclica de Thyle lo deformaba convirtiéndolo en algo parecido a un cardiograma. Más allá estaban los dos únicos gigantes gaseosos de que disponía el sistema, el primero con un doble anillo que parecía oro blanco con incrustaciones de diamante extrusionado, y una sola luna visible, Amaltea, puntuada por un acné de bronce de cañón, monel y peltre. El campo magnético de esta luna, siglos atrás, estuvo rodeado por un misterio que dejó asombrados a los astrónomos de aquel entonces, pues se extendía en ondas por fuera del planeta… y quizás fuera un efecto de pareidolia típico de los cerebros humanos, pero lo cierto era que visto en perspectiva recordaba poderosamente a la cara de una mujer que entonase una canción dedicada a las estrellas.

Más allá, hacia las negras profundidades del espacio… solo polvo cometario que brillaba como láminas de esquisto, y unos objetos planetesimales tan diminutos que ni siquiera tenían nombre, y que parecían puntos suspensivos al final de esa frase que era el sistema estelar de Enómena.

Este planeta era el único habitable, y por eso tenía el privilegio de darle nombre al sistema. Antes del Día del Apagón pudieron existir enclaves habitados más allá, incluso en la infernal superficie de Rigolastra, que seguro que estaba abarrotada de minerales preciosos, o en las caras gemelas que se besaban de la Dumbara, con su alianza de asteroides. Pero si esos enclaves existieron, hacía siglos que no se sabía nada de ellos. Solo los rememoraban unos tapices tejidos como trajes ceremoniales, que colgaban de las paredes de algunos templos, y que parecían batallas entre coloridos monstruos. Para la gran mayoría de los habitantes de Enómena, sin embargo, eran solo eso: figuras míticas sin relación con ningún logro científico.

El palacio-fortaleza del drav Raccolys —había que gritar «¡Que en paz descanse!» con fervor cada vez que se pronunciara ese nombre, o te ganabas la cárcel— era en realidad un amasijo de edificios. Se parecía mucho al Kon-glomerado, la ciudadela donde vivía el clan rival de los Kon, y cuyo palacio tenía una arquitectura parecida. La masa central era una pirámide truncada con un espaciopuerto en la cima, que hoy en día solo era utilizado por los aviones de los zsama, cuando venían a rendirle pleitesía al drav y a pagar sus tributos, y por los zepelines de guerra y los tópteros dravitas, su única fuerza aérea. Desde su punto más alto podían verse a lo lejos los fuegos de los barrancos de Devianys, unos profundos cañones en los que ardía desde hacía siglos la basura del periodo de colonización del planeta, que nadie podía ni sabía cómo apagar. Ese incendio se había

originado en uno de los barrancos por causas desconocidas, después de que los primeros colonos metieran allí todos los residuos de su civilización, y llevaba lanzando humo y partículas tóxicas a la atmósfera ni se sabía el tiempo. ¡Que arda y se consuma por sí solo!, era lo que decía todo el mundo. Pero llevaba muchos años haciéndolo, y no parecía que fuera a extinguirse nunca.

Al edificio central del palacio lo escoltaban cinco torres de planta triangular, acabadas en punta, que era donde residía la plebe, y donde estaba la maquinaria que proveía de electricidad al palacio, agua corriente y otros milagros tecnológicos. En uno de aquellos pináculos vivía la cazadora Arthemis, en un diminuto apartamento que bastaba para que una persona que no fuera demasiado exigente se encontrara a gusto.

La cazadora entró en su casa, colgó las armas del armero que había junto a la entrada y, sin quitarse el casco, se sentó en el sofá frente a la pantalla veo-ve, un horror tecnológico que parecía una madeja de cables que salía del suelo como un bulbo raquídeo cultivado en una maceta. Ese tronco retorcido acababa en un cristal que más que una pantalla de televisión recordaba a las hojas del codeso, solo que formadas por pequeños cristalitos.

Cuando tocó un botón, los foliolos se iluminaron formando una imagen, la de un hombre con aspecto de sarabaíta y mirada esquiva, que se alegró de ver a su amiga Arthemis al otro lado de la pantalla.

—¡Querida, has vuelto! Me dijeron que armaste un buen follón por pura iniciativa, cazando por tu cuenta en…

—Corta el rollo, Dolan. Necesito que me busques a un cliente para el viaje sensorial.

—¿El viaje…? —El hombre frunció el ceño. Le recordó a un instructor que había tenido en la academia militar, un tal Nosekemierdanowsky, que había tratado de violarla una noche. El pobre había sacrificado sus pelotas al gran dios de las pistolas de neutrones—. ¿Aún te funciona ese chip que tienes dentro de la cabeza?

—A pleno rendimiento. Y sigo ofertando las mismas experiencias psicosensoriales de siempre: el cliente conectado verá, oirá y notará todo lo que yo haga mientras dure la cacería. Asistirá en primera fila, justo detrás de mis ojos, a la inigualable experiencia de la caza del hombre, con asesinato final incluido. ¿Qué hay más excitante que eso?

—Pocas cosas, la verdad… —Era una buena oferta que se pagaba muy bien en el mercado negro, así que Dolan echó mano de la intuitiva cortesía que exigían tales ocasiones—. Te agradezco que siempre te acuerdes de mí

en estas ocasiones, gatita.

—No es por afinidad personal, sino porque eres el mejor consiguiendo clientes para los psicoviajes. Ah, y como vuelvas a llamarme «gatita» te pongo en la lista de dianas potenciales del gremio de cazadores, para que cualquier colega que se cruce contigo se saque un dinerillo extra llevándose tu cabeza en una maleta.

El hombre empezó a sudar.

—Eh… te ruego me disculpes, Arthemis, no era mi intención ofenderte.

—Ya, seguro que no. ¿Correrás la voz de que estoy ofertando esto? El porcentaje que te ofrezco es el de siempre. Comienzan las pujas a partir de setenta mil.

—Claro que sí, aunque no será fácil…Verás, este tipo de comercio se está poniendo duro desde que los clientes descubrieron que la experiencia no es del todo, ejem, inocua para ellos. —El hombre esbozó una sonrisa nerviosa mientras recorría con los dedos el pie de una copa. Estaba en un bar tomando algo mientras hablaba con la cazadora—. Hay quien dice que los cazadores usáis estas conciencias como, ejem, escudo ante ataques de dispositivos de sobrecarga neural. De producirse el ataque, todo el daño se lo lleva el huésped.

—Hay cazadores faltos de escrúpulos que hacen eso, pero yo no. Necesito el dinero del cliente, no voy a sacrificarlo para que me proteja contra un ataque. Déjaselo meridianamente claro. Esas tonterías no son más que chismes, y los chismes me desagradan porque tienden a ser mucho más pretenciosos que la verdad.

—Ya, por supuesto. En fin, gat… Arthemis, veré qué puedo hacer. Esta noche bucearé un poco por el Callejón Protón, a ver cómo está el ánimo para contratar esa clase de servicios.

—Gracias, Dolan —sonrió ella detrás del casco. La imagen que este reflejaba de la pantalla veo-ve se deformó por los costados—. Eres mi sanguijuela preferida. Siempre puedo contar contigo.

Él comprendió la insinuación y cortó la llamada. Arthemis sentía un placer travieso en dejar a los demás con la palabra en la boca. Por eso prefería el contacto telemático en lugar de las reuniones en vivo. Resoplando, se dejó caer hacia atrás en el sofá mientras la cadena automática de noticias, que se activaba siempre que el usuario apagaba el visor como un último cartucho del mundo del comercio y la civilización por llegar hasta sus acólitos, canturreó por los altavoces:

—¡Tik ta-naa! ¡Tik tak! Duerma tranquilo sabiendo que nos ocupamos de usted. Para mañana le tendremos preparadas nuevas y maravillosas noticias, como que la base de datos de noticias Urgha-XC, que ha operado ininterrumpidamente durante 664 años, necesita de su ayuda para paliar su déficit crónico y no desaparecer. Colabore con Urgha-XC y no permita que este estupendo legado ancestral se pierd…

De una patada, Arthemis desconectó el aparato. Se quitó el casco, cuyas nanoceldillas se recogieron como pétalos de una flor que se guardaran en la zona del cuello de la armadura, y su cara recibió la caricia del aire por primera vez en todo aquel ajetreado día. Para ser una chica de treinta y pocos años conservaba una tersura en la piel digna de una adolescente: tenía las mejillas muy blancas, como conservadas en hielo, y unos chapotes rojos a la altura de los pómulos poco acordes con el clima caluroso de aquella región. Su cara parecía tener direccionalidad, pues había una cierta inclinación en el labio superior, en los ojos almendrados y en las cejas que sugería que sus rasgos apuntaban en una sola dirección, hacia la punta pizpireta de su nariz. Era como si señalara algo usando toda la cara. Pero no era una mujer fea: vista desde delante, su cara combinaba todos esos ángulos puntiagudos en una simetría bastante intrigante.

Una vez le dijeron que se parecía a Ky pero en versión humana. Ky era un gatito que había tenido siendo niña, en la casa de sus padres. No recordaba mucho de él, salvo que tenía el pelaje dorado y que solía pararse y quedársele mirando como si estuviera haciéndole una pregunta. El gato llegó a viejo y falleció, y ella nunca supo cuál era su pregunta.

En realidad sí que quería usar a su cliente del psicoviaje como escudo, por mucho que ante Dolan jurara que no. Alguien le había chivado que los asesinos a sueldo de los Kon se regodeaban en el uso de bombas neurales progresivas, y si no quería verse indefensa contra una de ellas, tenía que ser previsora y armarse con un escudo psíquico. ¿Y qué mejor que otra mente que compartiera con ella su cerebro en esos momentos? Al fin y al cabo, si había alguien lo suficientemente cabrón como para pagar una considerable suma de dinero para vivir en primera persona el placer del asesinato —y eso era básicamente lo que ofertaban los psicoviajes—, merecía sufrir un «desafortunado accidente». No sentiría la menor pena por él.

Por lo pronto, lo que necesitaba con más urgencia era una ducha y un poco de relax clitorial. Se daría ambas cosas en cuanto se quitase aquella pesada armadura y comiera algo, ya que hacía como veinte horas que no cejaba en el ejercicio físico —cazar presas era muy extenuante— y nada había entrado en su barriga salvo aire.

Cuando estaba a punto de desnudarse, el chivato de la puerta principal vibró. Había alguien ante su puerta. Extrañada, y mientras el visor se quejaba en la sala de estar, activó la cámara del pasillo. Arrugó el entrecejo al ver nada menos que a Bloush, el cazarrecompensas ragkordi, con las manos cruzadas a la espalda.

Se puso otra vez el casco y entreabrió la puerta.

—¿Bloush? ¿Qué cojones haces en mi casa?

—Perdona mi intromisión —sonrió el otro, curvando los labios hacia arriba todo lo que le dejaba su vulva facial—. Pero tenía que hablar contigo sin estar en el ámbito del gremio. ¿Me invitas a unas hojas calientes de karasdas y charlamos?

Lo siguiente que notó el cazarrecompensas fue la frialdad del cañón de la pistola de la mujer empujando hacia dentro los labios de su vulva.

—Ey ey ey, que vengo en son de paz —protestó—. Seguramente me habrás escaneado antes de abrir la puerta, y sabrás que no llevo armas. Buen rollo, tía.

—Y una mierda buen rollo. Tienes cinco segundos para decirme por qué te has molestado en venir hasta aquí antes de que convierta tu escaso cerebro en una nube rosa. Y quien diga que la desintegración molecular no tiene valor terapéutico, que se vaya al cuerno.

—¡Está bien! No te precipites, mujer. Esto… ¿no crees que el pasillo es mal sitio para tratar temas de índole, digámoslo sí, delicada? Seguro que esto está lleno de oídos indiscretos.

En lugar de dejarlo entrar, Arthemis salió fuera y siguió encañonándolo hasta que entraron en el ascensor. Pulsó el botón de parada entre dos pisos y activó un perturbador de frecuencias, que trabajaba al límite de la onda corta de las frecuencias de red normales.

—Estamos solos. Habla.

—Los chicos y yo hemos estado hablando sobre esa cosa tan increíble que hiciste con las cabezas de Darok, Ursa y Qamleq, los tres administradores de paz que liquidaste. —No hacía falta que especificara quiénes eran esos «chicos» a los que hacía referencia: Arthemis sabía que la última moda en el mundillo de los cazadores era asociarse para tener más posibilidades de cobrar presas más grandes. Bloush se refería a los Tábanos, su círculo íntimo de escoria. Siempre habían sido muy teatrales —. No me creo que hayas visitado sus respectivas fortalezas y que te hayas llevado solo sus cabezas. Seguro que un ave de rapiña de tu calaña vio muchísimas cositas brillantes por allí, y sintió la tentación de que alguna

cayera en su bolsillo…

El casco espejo de la cazadora se inclinó unos grados hacia la izquierda.

—¿Y qué, si hubiera sido así? ¿Algún problema con eso?

—Para nada, todo lo contrario. Eres un ejemplo a seguir para nuestra profesión, una mujer que nunca descuida los detalles y que siempre está atenta a cualquier oportunidad de enriquecimiento. Lo que queremos es ofrecerte un trato.

—Trabajo sola.

—Lo sé, pero hay algunas operaciones delicadas que tú sola no puedes hacer, y con amigos sí… Si quieres puedes obligarme a sacártelo sílaba a sílaba, pero acabarás admitiendo que cuando entraste en el Kon-glomerado para ajusticiar a Ursa, tus avariciosos ojillos de urraca aprovecharon para registrar su alcoba en busca de la llave de iridio. ¿A que sí?

La mujer se tensó imperceptiblemente. Era lógico que otros miembros de su gremio se hubiesen dado cuenta ya de eso, pero no esperaba que fuera Bloush el que viniera a decírselo. Durante el turbulento pasado reciente de Enómena se habían producido muchas disputas por el poder, cada una de las cuales giraba en torno a la posesión de un recurso: la primera fue por el simple mantenimiento del orden y la ley, y sobre quién sería el regulador de esas leyes. La segunda, por el control de la energía, de los combustibles. De la producción de material fisionable y el derecho a explotarlo industrialmente. La tercera y más angustiante, por la posesión de los últimos reductos de tecnología pre-Aislamiento, que la civilización actual no sabía replicar.

Los frentes de las violentas energías de la guerra habían arrasado con muchas comunidades antes prósperas, y habían obligado a los supervivientes a agruparse en cantones, a esconderse tras murallas, a vivir bajo tierra en agujeros. Quien tenía el poder era quien podía conseguir más armas, o más fuentes de energía, y no se las dejaba robar por sus vecinos. En este sentido, el drav del Kon-glomerado, que aún seguía con vida —a quien había matado Arthemis era a su administrador de paz más importante, no a él—, poseía un tesoro que los demás clanes temían: la llave para activar unos horrores del mundo antiguo llamados hecatonquiros. Habían sido escondidos en Enómena por los militares del Imperio Gestáltico quién sabe con qué propósito. A lo mejor, especulaban algunos, por estar tan alejada del núcleo imperial quisieron esconder en ella un arsenal secreto. Los registros de aquella época se habían perdido, pero la existencia de los hecatonquiros era un hecho, y había sido descubierta por el drav del Kon-

glomerado, un aborto con forma de tortilla gigante llamado Bergkatse, en las profundidades de un viejo búnker. Nadie sabía cómo controlar esos artefactos mortales una vez se liberaran, y la mayoría de las veces causaban más daños colaterales que lo que les habían ordenado concretamente destruir.

Lo único cierto era que el drav poseía el control que los activaba, un artefacto al que gracias al automatismo de la libre asociación, la gente llamaba la llave de iridio. Y que quien se la robara tendría en sus manos un poder inconmensurable.

—Oh, oh —dijo Arthemis—. Ja, ja.

—¿Cuál es la parte del «oh, oh», y cuál la del «ja, ja»?

—La primera corresponde a mi sorpresa porque no esperaba que fueseis tan osados, tus amigos Tábanos y tú. Hace falta valor para proponerme que comparta con vosotros un logro que me he ganado yo sola. Y la segunda es porque si te mato ahora, que es lo que probablemente haré, el secreto de dónde vivo no morirá contigo, seguramente. Si tú lo has averiguado será un secreto a voces, así que después de deshacerme de tu cadáver voy a tener que vérmelas con algo peor que un ataque a la fortaleza del Kon-glomerado: una mudanza. —La pistola láser emitió un siseo como de sobrecarga eléctrica cuando la amartilló.

—Antes de que empieces a empacar, escucha lo que tengo que decirte —tembló el hombre—: No queremos robarte nada ni pedirte que compartas cosas que los demás no nos hemos ganado. Solo te ofrecemos nuestra colaboración, pues sola no vas a poder entrar en la fortaleza móvil de Bergkatse para robar la llave. Te voy a dar solo un nombre. —Hizo una pausa dramática—: Telémacus Olfhen.

—¿Telémacus? ¿Qué tiene que ver ese traidor contigo?

—Conmigo, nada. Pero sé dónde está. Corre el rumor de que el muy imbécil de Radhus Sfilgam se hundió con su barcaza porque encontró al maestro de cazadores, y en vez de intentar negociar con él, lo amenazó delante de su hijo.

—Sí… —sonrió—, Telémacus es muy capaz de hundir toda una barcaza de guerra y matar a un administrador solo por eso.

—Sé dónde está. O al menos tengo una sospecha. —De lo nervioso que estaba, su propia voz le sonaba como si estuviera hablando a través de una caja de galletas saladas—. Es el único que ha estado cerca del lugar donde se guarda la llave y ha salido vivo para contarlo. Conoce el interior de la fortaleza móvil y sabrá guiarte hasta ella. Y si me permites que

transforme ese singular en un plural… mis colegas y yo te acompañaremos y compartiremos los riesgos. Como es obvio, sacaremos tajada.

Arthemis estuvo unos segundos mirando fijamente a su colega. Luego, se inclinó hasta que el vaho de la respiración del otro dibujó mariposas en su yelmo.

—¿Cómo sé que puedo fiarme de ti? ¿O que Telémacus aceptará acompañarnos?

El ragkordi se encogió de hombros, haciendo que los ojos que tenía sobre estos últimos giraran sus cuencas oculares hacia la mujer.

—Lo primero es obvio: por mi encanto personal, que es irresistible. Y lo segundo también es fácil: lo último que le sugeriste al Intérprete de los Muertos fue que reclutara un ejército para prepararse para la guerra. ¿Por dónde crees que empezará?

3. LOS TEMORES DE UNA MUJER SABIA

LIÁNFAL

No siempre había sido guardiana de las tradiciones, ni siquiera una mujer santa. Tenía un pasado, como todos allí, y al igual que todos, Liánfal era tan reacia a desvelar datos sobre él como a dejarse ver desnuda por la calle. No es que temiera que los demás pudieran usar ese conocimiento contra ella, sino que algunos podrían verse tan influidos por él que sus propias vidas cambiarían sin remedio. Y no quería eso. Deseaba que todo siguiera con la paz y la tranquilidad de costumbre, sin que nada cambiase.

Sin embargo, una vocecilla le decía que hiciera lo que hiciera a partir de ese momento, eso ya no sería posible.

A veces, cuando la campana del templo tocaba las horas o llamaba a cumplir con las abluciones, una parte de su pasado estallaba en su mente como una fotografía con cada martillazo del aldabón. No solía pedirle a ninguno de sus ayudantes que la tocara, sino que ella misma colgaba todo su peso de la cuerda y hacía sonar los tang, tang, tannnnggg tan reverberantes de aquella cosa que, pese a su tamaño y prepotencia, no dejaba de ser un instrumento musical.

Cada aldabonazo tenía una réplica en forma de recuerdo, bien fuera de su infancia en aquella gran ciudad cuyo nombre ya no recordaba —ella corriendo por las calles, medio desnuda, intentando encontrar algo que comer o poniendo cara de gatito abandonado para que algún paseante le

tirase una moneda—; de su adolescencia en una casa de geishas en Tájamork —siendo usada para el placer de los extraños mientras sus ojos se perdían en los techos de las habitaciones, viendo cómo la luz que se colaba por los postigos hacía destacar los húmedos enyesados—; o cómo escapó de todo eso subiéndose a un transporte de mercancías que pasaba y que no tenía ni idea de adónde podría llevarla. Pero le daba igual, pues cualquier lugar del mundo sería mejor que aquel. A su espalda quedó para siempre la avenida de las caricias de Tájamork, yaciendo exhausta, sepultada sobre sí misma y oliendo a vino aguado.

Ya nunca más lloraría a solas bajo los arcos de sus soportales; nunca más pensaría en una ciudad que no estaba hecha de ladrillo sino de las relaciones entre sus medidas geométricas y los acontecimientos de su historia: el espacio vacío entre las columnas de los templos y el que separaba las manos de los prisioneros de los barrotes de su celda; la sombra que se alarga cubriendo el ojo del puente hasta el agua del río, y los faroles que empavesan las fachadas de las casas ducales; la altura a la que gira la veleta más alta y el salto del hombre arruinado que canta sus deudas mientras se suicida.

Los lumitas la acogieron cuando la vieron flotando en el mar cero-g como el despojo de un naufragio. La aceptaron como miembro de su tribu después de que les demostrase que tenía una habilidad especial para memorizar e interpretar las tradiciones. No le resultaba difícil, pues un credo religioso era tan fácil de recordar como las normas de una casa de citas, y tenía tantos giros y excepciones como aquellas, así que pronto se convirtió en aprendiza del templo, y de ahí fue escalando hasta la posición que ocupaba ahora. Sesenta inviernos tenía aproximadamente —ni siquiera ella estaba segura, pues nunca le habían dicho con seguridad en qué año había nacido—. Y muchos recuerdos de los que sentirse avergonzada, aunque no menos cantidad de otros que la hacían sentirse orgullosa.

Como *místar* de la aldea había tenido que enfrentarse a ciertas decisiones peliagudas, incluyendo el arbitraje de casos difíciles de homicidio o de agresión por celos —era lo habitual en un entorno donde las religiones debían ser sobrias, solemnes y defensivas, y donde el diseño consciente del mito podía ser mucho más determinante que a la creatividad de su evolución natural—. Pero nunca se había encontrado con una situación tan drástica como la que se le presentaba aquella noche, en la que el concejo se había reunido en la casa consistorial. Estaban los ancianos, tan mustios como sus facciones y resignados a que el tiempo volviera débiles sus piernas e incierto su andar. También sus consejeros, jóvenes ambiciosos con un ojo siempre puesto en la silla de su maestro. Y ella, que como

representante del clero tenía voz y voto en todas las áreas.

Telémacus fue el primero en hablar, y aunque omitió el suceso de la reliquia del Tapiz de Sílice, fue bastante claro en todo lo demás. A medida que lo iban escuchando, tanto su esposa como los miembros del concejo ponían caras de inquietud más acusadas.

—…Así que esta es la situación —dijo Telémacus para concluir su relato—: La mala fortuna quiso que los dravitas me encontrasen justo en aquel momento y que amenazaran a mi hijo, cosa que jamás toleraré. Tengo una deuda de sangre pendiente con ellos, y no cejarán hasta que la salde. Por eso —miró a Vala, su mujer— creo que el camino más sensato para mí y para mi familia es el del exilio.

Hubo rumores que cruzaron la sala de un lado a otro como una marejada de sonidos. Telémacus supo entonces que el futuro le estaba acechando: que le aguardaba un desenlace, una consumación. Por más que intentara evitarla, estaría esperándole emboscada en cualquier parte del camino.

Hay cosas en la vida de las que no puedes huir, solo enfrentarlas o dejar que te pisoteen. Y Telémacus no era un hombre acostumbrado a dejarse pisotear.

—¡Así que nos has puesto a todos en peligro solo por salvar a tu hijo! —exclamó iracundo uno de los vocales del concejo—. ¡Sabías lo vengativos que son los dravitas, y aun así nos marcaste a fuego en sus mapas, cuando hasta ahora ni siquiera sabían que existíamos!

Liánfal se puso en pie y dio un golpe con su báculo ceremonial en el suelo. Toda la sala se calmó.

—Defender a un hijo nunca ha sido, ni será, motivo para la vergüenza o el arrepentimiento. Tú deberías saberlo mejor que nadie —le reprochó al vocal—, pues te he visto salir en defensa de tus hijos cada vez que fue necesario. Así que no le eches en cara a Telémacus que hiciera lo mismo. Es cierto, hermanos y hermanas, que el peligro nos acecha ahora más que nunca, pero no por lo que vosotros creéis. Aunque penséis que el terrible acontecimiento en el que se vio envuelto Telémacus es lo más extraño que ha ocurrido últimamente, no es verdad. Como muchos sabéis, porque lo visteis ayer con vuestros propios ojos, el Tapiz de Sílice ha hablado. Lo ha hecho por primera vez desde que los dioses decidieron que fueran los lumitas quienes lo custodiaran.

Más murmullos y asentimientos de cabeza. El más venerable de los ancianos, que hablaba por boca de su ayudante pues ya no tenía fuerzas para alzar la voz, le susurró unas cosas al oído. Su ayudante se puso en pie

y dijo con respeto:

—El padre Pollexfen quiere hacer constatar algo, y también tiene una pregunta. Respecto a lo primero, desea recordar tanto a los presentes como a los dioses invisibles que nos están escuchando que los lumitas somos un solo ser, una sola alma. Y que aunque Telémacus Olfhen no naciera en nuestra tribu, se ha ganado su pertenencia a ella como miembro de pleno derecho. Gracias a su talento para la caza no morimos de hambre hace unos inviernos, pues encontró los caladeros de los tiburones blindados y nos enseñó a pescarlos. —Hubo murmullos de asentimiento, sobre todo de Vala y de su hijo, que abrazaron a Telémacus al oír aquellas palabras—. Así que su opinión es que si la familia de Olfhen está en apuros, entonces lo estamos todos. Debemos enfrentarnos a la amenaza como un solo ser, no como un cuerpo en el que la cabeza está enfadada con los brazos y estos a su vez con las piernas. Un cuerpo así jamás lograría ponerse en pie y andar, y moriría de hambre tumbado para siempre en el mismo sitio.

»Respecto a su pregunta, al padre Pollexfen le gustaría saber si la *místar* ha examinado las otras dos reliquias, y si ha encontrado alguna pista en ellas sobre lo que le pasa a su hermana mayor.

Liánfal meditó la respuesta. Conocía a su gente y sabía lo susceptibles que eran a los augurios y las profecías, por lo que tenía que tener un cuidado enorme con las cosas que les contaba. Cualquier mala interpretación de un prodigio podría empujarlos a hacer algo de lo que luego se arrepintieran.

Dejó vagar la vista más allá de la línea de cabezas. Si hacía un círculo con los dedos podría ver enmarcados en él los edificios de la aldea, agazapados como sapos en las estribaciones de la bahía. La amenaza estaba escrita en las volutas de humo que salían de las chimeneas, en las calles vacías y en los establos que albergaban a los animales. «CUIDADO», proclamaban las veletas que seguían el capricho de los vientos, construidas con fragmentos de desconocidas aleaciones que, de ser sometidas al fuego, se sublimarían en asfixiantes nubes de miedo. Todo en la noche advertía que algo malo estaba a punto de pasar, y que los lumitas, creyeran o no en la profecía, sufrirían sus consecuencias.

—Respecto a lo primero, he de decir que pienso exactamente igual que el padre Pollexfen —dijo la *místar*—. Somos una sola piel, un solo ser, y si uno corre peligro, lo corremos todos. Nos enfrentaremos a los dravitas como una sola fuerza, y en el peor de los casos, si hay que huir… huiremos todos. En lo tocante a su pregunta, diré que sí, que he examinado las otras dos reliquias sagradas, pero no parecen haber sido afectadas por lo que le

pasó al Tapiz. Este ha hablado por sí solo, y cualquiera que haya sido su mensaje, nos lo ha transmitido solamente a nosotros.

Eso pareció gustarles a los presentes, que se sentían importantes porque una reliquia sagrada les hubiese hablado a ellos y a no a las otras reliquias. Un poco de chauvinismo tribal no les vendría mal en estas circunstancias. Lo que no les había dicho a ninguno salvo a Telémacus era que el Tapiz no había dejado de latir en ningún momento después de su activación inicial: seguía palpitando con una señal mucho más débil que la del día anterior, y que solo podía ser escuchada si uno pegaba el oído a la placa dorada. Pero ahí estaba. Fuera lo que fuese lo que había desatado la actividad en la placa de circuitos, seguía activo.

Ella, precisamente por ser la sacerdotisa guardiana de los misterios, era quien menos relacionaba tales misterios con causas metafísicas. Los demás creían que las reliquias estaban de algún modo relacionadas con los dioses, y que eran objetos preternaturales. Ella no. Al igual que Telémacus, que también procedía de otra cultura más avanzada, sabía que aquellos tres pedazos de tecnología no eran más que eso, y que si uno de ellos había vuelto a la vida tras tantos años era porque algo lo estaba llamando. Algo que no tenía nada que ver ni con los lumitas, ni con los dravs, ni con ninguna de las culturas de aquel planeta. ¿Pero qué sería? ¿Y por qué se había puesto en funcionamiento justo ahora?

De repente, un chiquillo entró corriendo en la casa consistorial con tensión en la mirada.

—¡Cuidado, globos! ¡Vienen, se aproximan!

Los reunidos salieron a toda prisa. No les fue difícil distinguir las siluetas de los aerostatos a los que se refería el niño: grandes y de aspecto amenazador, los zepelines de guerra dravitas parecían mucho más pesados que el aire, pero se elevaban como enormes ballenas azules. Eran lentos, pero su sola presencia en medio de un cielo por lo demás tranquilo nunca era un buen presagio. Como lentos paquidermos, se diferenciaban con su brillo metálico del fondo de nubes, y cruzaban el azul dejando estelas de un vapor azucarado como rocío de mar.

Eran tres, y se acercaban a región de la costa donde no solo se levantaba el pueblo de los lumitas sino también otras ciudades como Tájamork o los enclaves comerciales del sur. Hacia allí se dirigieron los zepelines, cosa que tranquilizó por el momento a Telémacus. Si se trataba de un reclutamiento forzoso empezarían por los centros de mayor población, pero solo era cuestión de tiempo que los visitaran a ellos también. Ahora, más que nunca, estaban corriendo contra el tiempo.

El antiguo cazarrecompensas cruzó una mirada preocupada con Liánfal.

—Se nos acaban las opciones —murmuró, intentando añadir la cantidad correcta de inquietud.

—Sí —asintió ella, sus labios comprimidos en una fina línea blanca. Telémacus sabía que no era una expresión neutral, pero no sabía cómo interpretarla—. Recoge tus cosas, partiremos en cuanto el pueblo esté en condiciones de viajar. Nos lo llevamos todo menos las casas.

—Sin vehículos no iremos muy lejos.

—Tenemos las barcas. Intentaremos atravesar el mar hasta llegar a las otras costas.

Él sacudió la cabeza, taciturno.

—Son demasiado lentas. Nos verán desde el aire y nos cazarán.

—Si tienes algún plan mejor, dilo.

—No lo tengo, pero pensaré en uno. Dioses, estas situaciones me recuerdan lo viejo que soy.

—Hace tiempo aprendí, Telémacus, que las mujeres tienen fechas de nacimiento y los hombres «hacetantos». Hace tanto que no hago esto, hace tanto que no me preocupo por lo otro…

Él sonrió.

—Muy agudo. Da la alarma, que todo el pueblo se prepare.

—De acuerdo. Ordenaré empacar las reliquias. Se vienen con nosotros.

La actividad fue frenética a partir de ese momento, pues todos sabían lo que significaba una leva de reclutamiento: los dravitas pasaban con sus máquinas volantes por las ciudades y los pueblos y se llevaban a todo hombre y mujer en edad de resultar útil para una de sus locas incursiones en el territorio de los otros clanes. Y eso nunca salía bien para ellos, para los campesinos y pescadores, pues normalmente los usaban como carne de cañón.

Telémacus pensó que las palabras de la *místar* habían sido proféticas: «Somos una sola piel, un solo ser, y si uno corre peligro, lo corremos todos». Los temores de aquella mujer sabia se habían hecho realidad. Y había llegado el momento de que ese ser único moviera sus anquilosadas piernas y saliera de allí pitando.

ARTHEMIS

El tóptero en el que viajaba la cazadora junto con el grupo de Tábanos de Bloush era un aparato pequeño y veloz, con grandes rotores que en lugar de hacer girar sus aspas las batían como si fueran alas de insecto. Con eso conseguía una buena sustentación —allá arriba sus alas tenían bastante aire que morder— y, lo que era más importante, discreción. El tóptero era un aparato silencioso, la típica sombra que te caía encima desde el cielo y que no veías venir hasta que era demasiado tarde. Eso era bueno para su profesión, y les resultaría útil sobre todo ahora, que se disponían a cobrar una presa que se conocía a la perfección todos los entresijos de su oficio.

Telémacus había sido el más talentoso de los cazadores en otra época, y aunque se hubiese marchado, Arthemis no iba a cometer el error de subestimarlo. Por los dioses, el hecho de que hubiese hundido nada menos que una barcaza de guerra habiendo sido sorprendido pescando, sin más armas que una barquita y una red, demostraba que seguía en forma. Si Arthemis había accedido a traerse a Bloush y a su gente era simplemente para usarlos como carne de cañón, en caso de que las cosas se pusieran feas.

—Ahí está ese poblado de pescadores cero-g —anunció, sobrevolando la línea de casas que se asomaban al acantilado. La salmuera, comprimida por las ondulaciones de antigravedad de la costa, se apelmazaba en las rocas formando una serie de circunvoluciones que desde el aire se veían como bellos anagramas, opacos y espesos como manteca—. ¿Estás seguro de que Telémacus vive ahí?

Bloush, el ragkordi, consultó un aparato con aspecto de rastreador grande y aparatoso.

—Sí. Y aún debe de tener escondida en alguna parte su armadura de randio, porque el material semiradiactivo me aparece claro en el escáner.

—Estupendo. Aterrizaré detrás de ese promontorio y nos acercaremos caminando. Que tus hombres se preparen.

El tóptero tomó tierra escudándose tras un contrafuerte tallado por la naturaleza como si fuera la cabeza de un crustáceo. Las alas se detuvieron dejando un movimiento borroso, zumbante y violento en el aire, y la comitiva de cazadores salió corriendo del aparato. Ocuparon posiciones estratégicas sobre el promontorio que dominaba el poblado y lo barrieron con sus gafas de seguimiento cinético en infrarrojo. Arthemis fue la primera en sorprenderse ante la febril actividad de sus habitantes, que corrían de una cabaña a otra empacando cosas y sacándolas fuera, cada familia haciendo

su propio montón.

—Parece que tienen prisa por irse a alguna parte —dijo la cazadora. Bloush asintió.

—Sí… creo que no les gusta que los dravitas hayan entrado en modo reclutamiento. Como los pillen haciendo eso, los van a fusilar a todos.

—Démonos prisa, pues. ¿Te llega más clara la señal del randio?

—Parece proceder de esa choza de techo alto, la novena empezando por la izquierda. —Se dirigió a los Tábanos—. Preparad microgranadas aturdidoras. Modo rebote elástico. —Él mismo preparó cinco de aquellos proyectiles, que podían rebotar contra cualquier superficie hasta siete veces buscando firmas de calor, para liberar sobre ellas una carga aturdidora estática de alto nivel. Bastarían para derribar a un solo hombre… o no, si previamente había tenido tiempo de ponerse su coraza. Pero Arthemis no pensaba concederle el menor cuartel a Telémacus. Era un hombre demasiado peligroso.

La señal del randio llegaba fuerte y clara. Era un material con el que se fabricaban armaduras reactivas kinéticas, o lo que es lo mismo, blindajes que reaccionaban al impacto de cualquier objeto acelerado a velocidades letales endureciéndose justo en el punto del impacto, y disipando esa energía en forma de calor. El residuo térmico se acumulaba en las placas internas de la armadura y servía como escudo ablativo contra láseres y otras armas de energía, por lo que el blindaje era polivalente. No solo protegía a su portador contra la balística tradicional, sino también contra la munición energética más usada, como el plasma o los campos de nulificación atómica. El material era levemente radiactivo, pero eso era lo de menos: ningún cazador había vivido tanto como para sufrir en sus carnes las consecuencias de esa desintegración. Solían morir de maneras expeditivas mucho antes.

—Bajamos a la aldea, ya, ya, ya —ordenó la cazadora. El grupo se desplegó.

Por fortuna para ellos, parecía que los pueblerinos estaban demasiado ocupados preocupándose por su propio pánico como para fijarse en aquellas siluetas que avanzaban amparándose en las sombras. Uno de los zepelines blindados de los dravitas cruzó por la vertical de la aldea, arrojando su ominosa sombra sobre el litoral, pero no se detuvo sino que siguió de largo hacia la ciudad que estaba más al norte. Otros tópteros zumbaban a su alrededor como un nervioso enjambre de abejas.

Arthemis respiró el aire que traían aquellos vientos, tan distinto del de la ciudad, y se llenó de un optimismo despreocupado y vertiginoso. Tal vez

fuera la fragancia afrutada de los cultivos de esponjas de mar, que cubrían con una elegante pelusa naranja la costa, pero lo cierto era que en aquel oxígeno había un componente que le recordaba a su niñez. La hizo sonreír. Si algún día se cansaba de su profesión y decidía ocultarse en alguna parte, como había hecho Telémacus, este podría ser un buen sitio.

A los pocos minutos de reptar sigilosamente estuvo frente a la casa de la que surgía la señal del randio. Seguramente sería la vivienda de Telémacus y su familia, si que es que tenía alguna. Vio a Bloush colarse por un callejón lateral y le hizo una señal afirmativa con la cabeza. Iba a entrar. Pero primero echó un vistazo rápido por la ventana, que no tenía cristal sino una cortina. En la penumbra de la habitación había tres personas afanadas en empacar cosas en maletas: una mujer de unos treinta años vestida a la usanza de los pescadores, un chaval que tenía un cierto aire en sus rasgos al propio Telémacus, y un hombre gordo sentado de espaldas cuyo rostro no podía ver. ¿Era el cazador, tanto se había descuidado físicamente? Desde luego, pensó, la vida sedentaria le puede a uno…

En el callejón, Bloush se situó bajo otra ventana y sacó de su bolsillo el puñado de bombas de rebote, listo para arrojarlas dentro. Pero entonces, algo ocurrió: percibió solo parcialmente una sombra que caía sobre él desde el tejado de la vivienda, la cual siguió allí cuando el último y breve instante de dolor explotó en la base de su cuello y acabó con todo. Después, solo la oscuridad.

Arthemis no se dio cuenta de eso, sino que cargó su pistola de pulsos y se preparó para entrar. Una carga térmica en la cerradura ardió con más fuerza que el sol del mediodía, y la puerta se abrió, medio derretida. La mujer y el adolescente retrocedieron asustados, seguramente creyendo que eran las tropas de reclutamiento que venían a su casa, pero el hombre gordo no se movió. Se quedó en el suelo, frente a la maleta que estaba intentando cerrar, y alzó los brazos cuando sintió el arma de la cazadora apoyándose en su nuca.

—Bueno, bueno, pero qué tenemos aquí —sonrió Arthemis—. Así que haciendo las maletas. ¿Nos vamos a alguna parte, Telémacus?

—Sí, es que nos han invitado a tu funeral —dijo otra voz igual de calmada que procedía de su derecha. Y antes de que ella pudiera reaccionar, otro cañón se apoyó en su casco: el del arma de Bloush, que ahora se hallaba en las manos de otra persona, con un frío rubí de luz señalando que su carga estaba al máximo.

La cazadora, sorprendida, dejó de apuntar al gordo y alzó los brazos en pose de rendición. El hombre que estaba detrás de ella, fuera de su cono de

visión, tenía la voz de Telémacus.

—Veo que he vuelto a subestimarte —gruñó ella—. Ya me parecía a mí que esta bola de grasa no podías ser tú.

—No, es un amigo que nos está ayudando con la mudanza. Gracias, Yûh, vuelve con tu familia. Aquí me encargo yo.

El hombre sudoroso se levantó y salió de la casa con un traspiés, dándole gracias con la mirada a Telémacus. La mujer y el niño salieron también, llevándose las maletas, de modo que los dos cazarrecompensas se quedaron a solas.

—Sé que tus hombres están ahí fuera, rodeándonos. Diles que se congelen o tú serás la primera en caer, Arthemis.

—Ya están quietos, están escuchando todo lo que hablamos por el canal de radio.

—Bien. ¿Me dirás ahora a qué debo esta intromisión? Creí haberle dejado claro al gremio que me iba, y que no quería volver. —Telémacus se sentó en una silla sin dejar de apuntar a la cazadora, y se puso a mirar el dedo que tenía apoyado en el gatillo como si no le perteneciera. Arthemis giró su casco cromado hacia él, y los reflejos hicieron toda una representación gestual mientras le hablaba.

—Hemos venido por cuenta propia, no por el gremio. Estoy aquí para proponerte un trabajo.

Eso le hizo mucha gracia al hombre.

—Venga ya. ¿En serio? ¿Y no habría sido más fácil enviarme una carta?

—Déjate de tonterías, Telémacus. Los dos sabemos que jamás habrías vuelto si nos hubiésemos limitado a pedírtelo.

—Y aun así has venido.

—Sí, porque creo que mi oferta te puede interesar mucho. No he venido aquí a matarte, sino a obligarte a escucharla. Y una vez lo hayas hecho, comprenderás por qué no puedes decirme que no.

Telémacus le dedicó una sonrisa sin sentido. Le gustaba la desfachatez de la chusma como Arthemis, su arrogancia implícita. Intentó recordar cómo era el rostro de ella, pues alguna vez lo había visto, hacía años… pero no tuvo éxito. Lo único que le venía a la mente cuando buscaba a Arthemis en su memoria era aquel casco plagado de reflejos sobre metal líquido. Telémacus no había cambiado mucho en los últimos años, por lo que para ella sí que sería un rostro familiar: aquella cara llamativa, ligeramente

redonda y adornada con bigote y chiva, la boca firme y equilibrada por una nariz de base un pelín acampanada, y unos ojos oscuros siempre fijos en algo que estaba más allá. El rostro atractivo pero a la vez despiadado de un cazador.

—Habla —la invitó—. No sé si te habrás dado cuenta, pero estamos en mitad de un éxodo.

—¿Adónde te piensas llevar a tu tribu, a algún lugar donde no os encuentren los dravitas? Sabes que ese lugar, si existe, está muy lejos de aquí.

—Lo sé, y conseguiremos llegar. Pero eso no es asunto tuyo.

—Puede que sí lo sea. —La cara de Arthemis, sus ojos ahogados en intenso mercurio, se giró hacia él—. Si intentas llevar a tu gente a través del mar cero-g no llegarás lejos. Sé que los dravitas han desplegado todas sus barcazas por temor a que los del Kon-glomerado o el resto de los clanes los asedien desde tierra. Interceptarán vuestra columna de refugiados y os llevarán a todos a las mazmorras de la fortaleza, acusados de fugitivos y traidores al régimen. Pero hay otra opción.

—¿Cuál?

—Te necesito para que me ayudes a entrar en la fortaleza móvil del drav Bergkatse, del Kon-glomerado, a por lo que tú y yo sabemos que esconde dentro. Ya has estado allí y te la conoces al dedillo. Serás nuestro guía.

Telémacus tuvo que combatir el asombro con una buena pastilla de incredulidad. No podía creer que le estuviese diciendo aquella barbaridad en serio.

—Estás de broma.

—Yo nunca bromeo con estas cosas. Dentro de la fortaleza hay vehículos aeroflotadores suficientes como para cargar con toda tu tribu y sus pertenencias, y llevársela muy lejos. Camiones repulsores enormes en los que cabría toda tu tribu. Bergkatse tiene esa tecnología. Con esos camiones podrás atravesar el Yermo de Bering y salir por el otro lado, en las tierras pacíficas del este. Nadie os perseguirá allí.

Telémacus afiló los ojos. La idea podía parecerle descabellada a cualquiera nada más oírla, pues el Yermo de Bering no era lo que se decía un prado alegre. Se trataba de una extensión desértica de más de tres mil kilómetros cuadrados que delimitaba por el este los litorales cero-g, y que se extendía como un desierto tierra adentro, hacia las profundidades del continente. Era justo el camino en sentido contrario al mar que tenían como

única alternativa, si no se arriesgaban a navegar. Pero no era una opción fácil. Circulaban muchísimas leyendas sobre los peligros que aguardaban a los incautos que se arriesgaban a atravesarlo, pues muy poca gente —tan solo los exploradores que iban en busca de reliquias tecnológicas— se aventuraba en aquellas vastas desolaciones. Y aun así, muy pocos regresaban con vida.

El desierto tenía sus secretos, como casi todo en aquel planeta. Y no deseaba compartirlos con los seres humanos.

—El camino del Yermo es un suicidio —gruñó Telémacus, sabiendo que decía una obviedad.

—Lo es si no tienes el equipo adecuado, pero con los camiones de Bergkatse tendréis una oportunidad. Una vez estéis al otro lado de los barrancos de Devianys, ya no os perseguirán. Esas tierras lejanas no les interesan a los clanes.

Telémacus se lo pensó bien antes de contestar. Realmente, opciones había pocas. Lo que ella le acababa de contar sobre el despliegue de las barcazas dravitas seguramente sería cierto, no un farol, y si eso era así, entonces el camino del mar estaría cerrado. Ir por allí sería un suicidio para su gente. ¿Pero acaso el Yermo no lo era? ¿Es que ya no se acordaba de los cuentos que contaban los viejos en las tabernas sobre criaturas mutadas por extrañas energías que habitaban las estepas de fuego, o las tormentas de psicoprobabilidad, o los géiseres de tiempo estocástico? ¿Acaso no le ponían los pelos de punta las historias sobre cementerios enterrados en la arena de soldados androides de la última guerra, cuyos huesos descansaban como tibias quemadas bajo aquel sol abrasador, y que se levantaban como zombis cuando algo vivo pasaba cerca?

Sí, el Yermo de Bering era una auténtica frontera natural que separaba los dos lados del continente, y los clanes no estaban interesados en conquistarlo precisamente por la poca relación que había entre costes —elevadísimos— y beneficios —magros como ellos solos—. Si los lumitas lograban atravesarlo y llegaban ilesos al otro extremo, quién sabe lo que encontrarían allí… pero seguro que no sería lo mismo que tenían aquí, y que ya estaba poniendo sus vidas en peligro. Esa incertidumbre era un premio en sí misma.

—Está bien, acepto el trato —dijo con un siseo—. Pero añade esta condición: te ayudo a entrar en la fortaleza móvil y a recuperar la Llave de Iridio, y a cambio tus chicos y tú no solo me ayudáis a traer hasta aquí los camiones aeroflotadores del Kon-glomerado, sino que tú, en persona, me ayudarás a conducirlos por el Yermo.

Arthemis se tensó. Por un momento olvidó su condición de rehén, de persona que se encuentra en el lado equivocado del arma, y se puso en pie, indignada.

—¿¿Qué?? ¡Ni hablar, amigo! Yo te proporciono el material, los vehículos, y tú te las arreglas para conducirlos. Ese es el trato.

—No, no lo es. Yo solo no puedo, y aquí no hay nadie más que sepa hacerlo. Lo tomas o lo dejas, belleza de nariz cromada: te daré la llave, convirtiéndote en la mujer más poderosa de Enómena, y tú me ayudarás a conducir los camiones. Es eso o nada. Si no te interesa… ese agujero de la pared se llama puerta.

Ella apretó los puños hasta que sus nudillos se pusieron blancos bajo los guantes. Un estallido de argot por fuera de la casa les indicó que los aldeanos ya estaban listos para partir: todo el mundo había sacado lo mínimo indispensable de sus hogares y lo habían empacado para salir por pies en cuanto fuera posible. Adónde irían, era harina de otro costal.

—Está bien, capullo —claudicó Arthemis, lustrosa como una orca, su casco acariciado por ondas de mercurio—. Conduciré tu maldito camión. Pero como se me coma un insecto mutado gigante en medio del desierto, te vas a enterar.

Telémacus sonrió.

—¡Genial! Me encanta hacer tratos con gente tan voluntariosa. Venga, reúne a tu gente y despierta a ese imbécil de Bloush, que está tirado en el callejón de atrás. —Su rostro adquirió un aire triste—. A mí me queda por delante lo más difícil: contarle todo esto a mi mujer y a mi hijo, y sobrevivir. Seguro que no les va a hacer la menor gracia.

Nunca se pronunciaron palabras más proféticas que esas en la historia de aquella aldea. Pero eso el cazador ya lo sabía. Aun así, como dijo un explorador de la antigüedad, «la auténtica valentía es tener miedo, y ensillar de todas formas».

Y aquel día, Telémacus Olfhen ensilló su caballo, aunque no supiera exactamente adónde iba a llevarle. Ese día se dedicó, antes de salir, a un plato de gachas que le había preparado su hijo, denso y humeante y con olor a un lugar muy lejano.

Tecnómadas: Capítulos 4, 5, 6

Víctor Conde

4. ASALTO A LA FORTALEZA (Llegada y presentación de actores)

TELÉMACUS

Hay muchas batallas que un guerrero tiene que combatir solo, a lo largo de su vida. Y la de mantener a salvo a su familia es la más dura de todas. Vala, su mujer, y Veldram, su hijo, eran personas con las que se podía razonar. Pero hasta la mujer más razonable del mundo se ponía de los nervios cuando su marido le decía que iba a dejarla sola para ir a infiltrarse en el lugar más peligroso de Enómena, para robar el tesoro mejor custodiado de su historia.

La tribu había dejado preventivamente la aldea y se había refugiado en las oquedades de un gigantesco arrecife de coral que había más al sur. El objetivo, y eso Liánfal lo tenía claro, era no estar en la aldea cuando los reclutadores dravitas vinieran a alistar en la leva a todo hombre, mujer y niño capaz de la tribu. Ya lo tenían todo empacado para empezar su éxodo, lo que les faltaba eran transportes más rápidos y fiables que sus viejas barcazas. Telémacus le había pedido a Liánfal que esperara a que él volviese, porque a lo mejor les traía buenas noticias. La que no estaba demasiado convencida era su esposa.



Ilustración: Pedro Bel

—Lo que me molesta no es tanto que te vayas, como esa sensación de

haber estado creyendo en una mentira tuya durante años —dijo Vala, evitando mirarle a la cara. Sus manos se mantenían ocupadas en unas cosas y su mente en otras.

—¿Qué mentira? —se extrañó su marido—. Yo nunca te he contado ninguna mentira.

—¿No? ¿Y toda esa cantinela de que los hilos que te ligaban a tu antigua vida se habían cortado, y ya no había nada en ella con fuerza suficiente como para llamarte? Porque llevabas repitiéndomelo desde que Veldram nació, y ahora de repente se presentan en la aldea unos mercenarios, hablan contigo diez minutos y no les cuesta nada enrolarte en una de sus locas misiones.

Él la abrazó, deteniendo el laborioso pero desprovisto de objetivo movimiento de su cuerpo, y la besó. Vala aceptó el beso sin mucho interés, levantando simplemente los labios. Sus besos sabían aceptablemente a sal y pimienta. Eran como ella, una mujer de sal y pimienta.

—Esta misión es por el bien de la aldea. Nos proveerá de los vehículos que necesitamos para escapar de los reclutadores.

—Eso ya me lo has dicho. Pero sigue sonándome a excusa.

—Solo intento salvar lo que tenemos, Vala. Aquello por lo que llevamos luchando muchos años, y que esa gente quiere arrebatarnos. Es lo mejor.

—Cuando lo mejor no es suficientemente bueno damos un paso más allá, a lo suficientemente malo.

Telémacus suspiró.

—Empiezas a hablar con aforismos, como tu padre. Solo lo haces cuando estás enfadada conmigo.

—¡Pues claro que estoy enfadada! —estalló—. ¿Cómo podría no estarlo? Sé que tienes buenas intenciones, pero el riesgo no lo compensa. ¡Vuestro plan es una locura! ¿Es que no piensas en tu hijo, o en mí?

—Es por vosotros por quienes voy a hacer esto —dijo él con voz clara. Pensaba que Vala lo había entendido, pero se veía que no. O no quería entenderlo, cosa aún más probable.

—Estupendo, pues explícaselo a tu hijo, a ver si entiende que «por su bien» su padre va a partir a una misión suicida de la que tiene tantas probabilidades de regresar como de que ahora empiecen a llover kruguts.

En ese momento, Veldram pasó por delante del alveolo coralino que les servía de residencia conyugal, cargando con unos enseres. Estaba

ayudando a los otros zagales a disponer la intendencia para una salida de emergencia de aquellas cuevas, por si había que salir pitando.

Su hijo. Siempre trataba de mirarlo directamente. Siempre se desvanecía.

—En realidad, tengo unas cuantas posibilidades más —sonrió Telémacus—. Voy con gente muy preparada. Gente malvada y cruel a la que es mejor mantener alejada la mayor parte del tiempo, pero que para esta clase de cosas son el mejor respaldo que se puede tener. Saldrá bien.

—¿Y si no sale? ¿Y si alguna de las diez mil variables sale mal y te matan? ¿Qué será de nosotros?

—No pasará —insistió—. Pero si pasa, sabréis salir adelante. Sois personas fuertes y autosuficientes. Sobre todo tú.

—Lo sé. Pero me gustaría oír una canción de fondo, o una voz tarareándole al viento. Algo que me asegure que todo va a salir bien.

—Ya sabes que las certezas absolutas no existen.

—Mira quién habla ahora en aforismos…

Vala se quedó mirando por la abertura del alveolo. Tenía una sombra de inquietud en los ojos, como si esperase una tormenta y no pudiese verla. La Barrera Ictiánida era un único organismo colectivo formado por la agregación de centenares de colonias de corales gigantes, cada una de varios kilómetros de espesor. En total formaban algo que visto desde lejos solo podía ser descrito como una cordillera montañosa con textura de esponja marina y que no se elevaba mucho sobre el nivel del mar, pero cuyas protuberancias y túneles formaban un intrincado laberinto que rozaba con sus tentáculos la tierra. Telémacus y Liánfal habían planeado usar esos túneles para escabullir a su tribu por el interior del arrecife hasta que estuvieran lo suficientemente lejos, y luego continuar el viaje por la superficie. Normalmente, la tribu solo hacía esas cosas en los festivales sagrados de los solsticios, donde el aire se llenaba de fragancias y el cielo se inflamaba de colores, pero ahora la razón era mucho más seria.

Telémacus abrió el apolillado saco en el que guardaba su armadura de cazador; le pasó un paño por encima para quitarle el polvo y se quedó mirando al casco. Un rostro de dragón, de ser mitológico. Unos ojos vacíos y negros que lo contemplaban desde el otro extremo de un punto de vista.

Vala le frotó el hombro con una mano y dijo, intentando tragarse su frustración para convertirla en alguna clase de energía útil:

—El matrimonio se basa en algo más poderoso que el amor: la confianza. Es algo que he aprendido conforme dejaba de ser una chiquilla y

me hacía vieja. Ahora voy a confiar en ti, pero te pediré un favor a cambio.

—El que quieras.

—No accedas tan fácilmente; primero escúchalo. Para que una familia funcione, todos sus miembros tienen que repartirse equitativamente los riesgos. No puede ser que solo los corra uno.

—Suena lógico.

—Pues bien —dijo Vala, su deseo deslizándose por encima de una tristeza inconsolable—: lo que te pido es que cuando llegue el momento en que no seas tú sino yo, o Veldram, el que deba dar el paso adelante y arriesgarlo todo, no te interpongas. Que no trates de impedirlo, ni que de tus labios salga la menor protesta. Porque como lo hagas, como trates de negarnos nuestro derecho de protegerte a ti, te la cargas. —Le apuntó con un dedo inquisitorial—. ¿Te queda claro?

—Como el agua. Pero seguro que esa situación no llegará nunca.

Ella le lanzó una mirada cínica por encima del hombro.

—Nunca digas de este vaso no beberé, Telémacus, si te consideras un hombre sabio…

Así quedaron las cosas, pendientes de una discusión posterior que solo tendría lugar si Telémacus cumplía con sus promesas. Cosa que, cuando se metió en el tóptero de Arthemis y el aparato despegó, incluso a él se le antojó improbable.

—Deberíamos ir planificando una estrategia, ¿no? —preguntó la piloto, apuntando el aparato hacia el norte. Más allá de las montañas de cristal y los lagos ácidos se hallaba la región controlada por el Konglomerado, con sus capitales gemelas Darysai y Múnegha.

Telémacus se sentó en el asiento del copiloto, notando cómo se le clavaba en la espalda la mirada de odio de Bloush, quien jamás le perdonaría que lo hubiese avergonzado así ante su gente. Habérselo quitado de encima de una forma tan fácil y despreocupada, dejándolo inconsciente, era un insulto a su historial de cazador. Y una afrenta que el ragkordi tardaría en borrar de su lista de asuntos pendientes. Decidió andarse con mucho ojo con él.

Se concentró en la misión. La noche anterior era una poderosa aunque todavía increíble presencia, imposible de arrancar de su mente. Tenía que olvidarse de la discusión que había tenido con Vala, y de cómo habían ido atenuando sus respectivos ánimos hasta que les entraron ganas de hacer el amor bajo las lunas, porque si no su rostro se deslizaría continuamente por el borde de las cosas. Y no quería que eso le distrajera.

—La estrategia es entrar en la fortaleza desde abajo, usando como transporte su tren oruga —dijo, terminando de ajustarse las placas de su armadura de randio. Con ella parecía un guerrero de la época mítica, fugado de alguna leyenda… una impresión que reforzaban los adornos barrocos de la coraza, y aquellos pequeños detalles que la hacían parecer una piel de dragón, con escamas y todo.

—¿Entraremos por las orugas? —se extrañó Arthemis—. ¿Cómo?

—Ya lo verás. Va a ser todo un viaje —sonrió el hombre—. Lo que más debería preocuparnos es lo que nos espera dentro. La fortaleza hace de refinería móvil llevando materias primas y productos manufacturados entre las dos capitales, Darysai y Múnegha. Por dentro es como una gigantesca fábrica impulsada por dos reactores nucleares y cinco plantas procesadoras de uranio. Es un auténtico laberinto, lo cual nos beneficia: nos ayudará a pasar inadvertidos.

—¿En qué punto exacto se halla la llave de iridio?

—En el corazón del complejo, en una cámara blindada que se desplaza por sí misma por dentro del edificio. Es un objeto móvil, y siempre deriva alrededor de los sarcófagos nucleares de los dos reactores. Tendremos que deducir su posición y llegar hasta ella a través de sus raíles. Pero para entrar necesitaremos una clave, y esa solo se encuentra en los aposentos privados del drav.

Bloush cruzó una mirada de preocupación con el resto de sus Tábanos. Todos estaban preparados para la incursión, con su equipo inteligente en modo de máxima agresividad. Sus armaduras potenciadas y los juguetitos propios de la profesión de cazarrecompensas —algunos inventados por ellos mismos, y que no poseía nadie más en el gremio— ronroneaban y palpitaban con una ansiedad interna. La urgencia por entrar en combate era tan intensa como la que recordaban haber sentido en su primera pelea: los carcomía por dentro, los infestaba, quemaba con un anhelo feroz en su torrente sanguíneo. Eran depredadores ansiosos por echarse encima de su presa. Pero incluso ellos sentían una chispa de inquietud cuando alguien les hablaba de meterse en el dormitorio de un drav y robarle una clave secreta.

—¿Cómo piensas conseguirla? —preguntó la piloto. Telémacus se ajustó un guante y comprobó que los espolones de los antebrazos se desplegaban a su orden, dispuestos a cortar cualquier cosa.

—¿Sabes cómo funciona el cuerpo de los dravs, Arthemis? Es como un enorme cerebro licuado, que se mantiene coherente gracias a haber convertido la mielina de su antiguo sistema de neuronas en un tejido altamente graso y conectivo. Los dravs tienen médicos, y toda una ciencia

aplicada solo a ellos (y financiada con su dinero). Una vez conocí a uno de esos doctores, tan chiflado como todos los demás, al que le saqué cierta información sobre cómo piensa un drav. Si su cuerpo es un gigantesco cerebro, le pregunté en qué parte almacena la información relevante.

—¿Te lo contó? —se asombró Arthemis, rascándose un picor en sus piernas largas y sensualmente musculosas. Llevaba puesto un liguero-vaina de katana, que también tenía espacio en sus encajes para una funda de pistola tejida en puntada de cadeneta, cosa que no le pasó desapercibida al cazador. Ahora que Arthemis no llevaba puesto el casco, volvió a recordarle lo atractiva que era. Su tez color crema y sus encantadores ojos de serpiente contrastaban con un retazo de vello en la parte anterior de la barbilla que ocultaba el símbolo de su gremio. Tres cuartos de dulzura y un cuarto de arpía maquillada.

—Me dijo que una de las cosas más curiosas es que sus sueños se cristalizan en diminutos conglomerados de silicio, y se quedan durante un tiempo formando arabescos en ciertas zonas. Es como si el drav tallara cenefas con una hermosa disposición fractal, que se van deteriorando con el tiempo hasta desaparecer, cuando son reabsorbidos por su organismo. Pero durante unos días se quedan ahí, flotando como copos de nieve entre los racimos de neuronas. Y pueden ser extraídos con un bisturí.

—Sueños sólidos navegando por su torrente sanguíneo. Uauh.

—Sí, uauh. Lo que no es tan «uauhoso» es la parte de extraérselos, porque para eso necesitas estar a solas con el drav durante un rato, saber exactamente cuál es el sueño que te interesa (uno en el que se esconda la clave para abrir la cámara blindada), y que el maldito engendro se esté lo suficientemente quieto como para que la operación salga bien.

—¿Cómo sabremos cuál buscar? —preguntó Bloush, adelantándose hasta la zona de cabina.

—Nosotros no lo sabremos, pero su cirujano sí —dijo Telémacus—. Mi plan es encontrar al médico privado del drav y convencerlo «amablemente» para que coopere. Una vez confíe en nosotros, él mismo nos buscará la información y la extraerá. Y nos dirá cómo sedar a su amo para que se esté quieto.

Bloush se encogió de hombros. El par de globos oculares que tenía sobre ellos bizquearon.

—Sacarle la información a hostias. Me parece un buen plan. En serio.

—Así que en cuanto entremos en la fortaleza nuestro objetivo primario será el médico, no la cámara móvil del tesoro —comprendió Arthemis,

pasando a vuelo bajo entre unas estribaciones montañosas. Estaban sobrevolando una región de lagos secos que dejaban al descubierto sus cuencas de colores dorados, salpicados de estridencias rojas y azules, donde ciertas criaturas que se creían extintas copulaban entre sí en batallas de coloridos azafranes.

—Exacto —asintió Telémacus—. Entramos, buscamos la enfermería y raptamos al tipo. Nos lo llevamos al laberinto del sistema de aireación y le sacamos la clave, si es que la conoce. Y si no, le obligamos a operar al drav.

Arthemis sonrió. Era el clásico plan esquizofrénico que le gustaba poner en práctica. Como casi todos los cazarrecompensas, ella vivía a fuego lento, siempre preparada para echar a hervir en el momento necesario. Y ese tipo de planes absurdos hacían que le naciera un calorcillo involuntario en el bajo vientre.

—Me gusta. Tábanos, al loro, estamos casi sobre el objetivo. Que todo el mundo se prepare para un salto-puente a alta velocidad. Y que no se os coma una estampida de legaluyos.

Ese chiste provenía de la era pre-Apagón. Contaban las malas lenguas que cuando todavía funcionaba algo parecido a un comercio entre planetas, y uno se bajaba de la nave de transporte en un mundo distinto, en la misma terminal le asaltaban como depredadores una banda de abogados de terminal de astropuerto, «legaluyos» en la jerga callejera, que le ofrecían escudos legales contra cualquier metedura de pata contra las normativas del mundo a visitar. ¡Protéjase con este paquete de contra-normas!, ¡inocúlese contra las posibles denuncias con esta inyección de antígenos nomotéticos!, gritaban como suricatos en celo. Y uno se los tenía que sacar de encima pronto, o le chupaban hasta el último crédito. Costumbres del pasado remoto que hoy en día no tenían sentido. Pero el chiste había sobrevivido.

Todos miraron a través del parabrisas delantero, en el cual se destacaba una mole que se acercaba rápidamente. Las ciudades gemelas de Darysai y Múnegha eran dos manchones borrosos erizados de torres, separados por cincuenta kilómetros de explanada y punteados por destellos de fuego, llamaradas exhaladas por las refinerías. Entre las dos, a medio camino, una mole se arrastraba con elefantina pesadez sobre sus orugas: un cubo de hormigón de cien metros de altura lleno de chimeneas humeantes y esclusas de expulsión de gases, la mayoría de ellos inflamados, que en estos momentos iba en dirección a Múnegha. En su tejado había una pista de aterrizaje y unos cuantos edificios tubulares llenos de ventanitas, donde seguramente estaría el drav con su séquito, pero allí no podrían aterrizar:

demasiado bien protegido por torretas de defensa y antiaéreos. Era una fortaleza homeostática, un sistema cerrado separado del resto del mundo.

En lugar de dirigirse a la azotea, lo que hizo Arthemis fue aproximarse en vuelo rasante y seguir las largas huellas de las orugas. Eran tan grandes que el tóptero cabía holgadamente dentro de ellas. Se colocó justo delante del edificio móvil y abrió la compuerta de la panza, de la cual cayeron algunas cuerdas.

—¡Estamos en su trayectoria, lanzaos ya, ya, ya! —gritó la piloto. Cuando estaba tensa, la piel blanca de la cara se le oscurecía como una nube de tormenta.

Telémacus fue el primero en dejarse caer, seguido por Bloush y los Tábanos. Descendieron muchos metros con un impulso circular, el que les confería la desaceleración de la nave, y sus botas se hundieron en el suelo arcilloso. El cazador se desenganchó y miró arriba: la masa rodante de la oruga, con su inmensa catenaria, se acercaba a ellos con parsimonia pero dispuesta a aplastar todo lo que encontrase en su camino. Eran miles de toneladas en movimiento, que de tanto ir y venir por el mismo sendero ya habían horadado una cuenca plana en la llanura. Pero tenían un punto débil, y era lo que él había venido a buscar: cada pala rectangular de la catenaria medía quince metros de largo por nueve de ancho, pero dejaba un espacio entre ella y la siguiente de cinco metros. Un espacio libre diseñado para que la oruga pudiera curvarse en los codos delantero y trasero, donde cabrían cómodamente varias personas si se sujetaban a la estructura.

El tóptero se apartó de delante de la oruga y se marchó en automático; Arthemis fue la última en saltar y unirse al grupo, que ya estaba corriendo hacia la oruga. Cuando estuvieron justo debajo, de modo que la siguiente pala los aplastaría como a hormigas en pocos segundos, Telémacus ordenó:

—¡Usad los ganchos!

…Y disparó el suyo hacia el espacio que había entre la pala que estaba tocando el suelo y la que venía a continuación. La cuerda lo hizo subir hasta que se montó a horcajadas sobre la estructura metálica. Miró a su alrededor buscando un hueco donde tumbarse cuando la pala estuviese horizontal. Los otros cinco Tábanos, más Arthemis y Bloush, lo siguieron y adoptaron también una posición tumbada. Parecían actores de teatro representando una obra escrita para fallecidos; en sus ojos solo se distinguía esa expresión que separa a los durmientes de los muertos.

Cuando la pala se apoyó en tierra perdieron toda la sensación de movimiento. Así era como funcionaban las orugas: cada segmento apoyado no se desplazaba, sino que permanecía quieto mientras el resto de la cadena

y el vehículo avanzaban sobre él, y solo se despegaba otra vez del suelo cuando completaba un giro y tenía que alzarse por el otro lado. Esperaron pacientemente a que el lento y pesadísimo edificio cruzase por encima de sus cabezas, oyendo los escalofriantes sonidos del motor y los engranajes. Telémacus les hizo la señal de que todo iba bien: conocía la fuerza de su plan metafórico en un ámbito donde prevalecían la metáfora y el símil. Por eso los demás confiaban tanto en él.

A los quince minutos le llegó el turno a su pala de elevarse. Con un crujido y un temblor terroríficos, se despegó del suelo dejando caer un aluvión de tierra. Los ocho cazarrecompensas hicieron todo el viaje metidos en el espacio entre las palas hasta que estuvieron encima de la catenaria, y tuvieron el edificio justo sobre sus cabezas. Telémacus se destrabó del gancho y volvió a enrollar el cable: tal vez lo necesitara más tarde. Por el momento, vio cómo la pala se desplazaba hasta una zona donde había una pasarela de rejilla destinada a los técnicos de mantenimiento. Esperó pacientemente hasta que estuvo bajo ella y saltó. Los demás hicieron lo mismo, y pronto estuvieron metidos en el propio edificio, trepando por sus pasarelas en busca de una puerta de entrada.

—Nos hallamos en el extremo inferior derecho —dijo el cazador—. Tenemos que atravesarlo y llegar al extremo contrario, arriba y a la izquierda. Veremos una torre rematada por un tejado en forma de seta: el palacio del drav. Una vez dentro, buscaremos la enfermería.

—Como en los viejos tiempos, ¿eh, amigo? —le dijo Arthemis, intuyéndose una sonrisa detrás de su casco—. Tú y yo metidos en una misión suicida y saliendo airosos.

—Eso aún está por ver.

Telémacus cerró el puño derecho y orientó el brazalete hacia la cerradura. Un fino haz láser destelló con escamas de rubí en el polvo ambiental; hubo un chispazo y un olor a quemado, y la puerta se abrió. Todos desenfundaron sus armas.

Había una cámara de transición que olía a cera dulce y a madera bruñida, como el interior de una catedral, que llevaba a la gran cámara interior donde estaban las dos primeras plantas procesadoras de uranio. Se deslizaron con cuidado por el eclipse que dejaba la puerta desplazada y el siguiente pasillo: el edificio parecía hueco, pero solo estaban contemplando uno de sus cuatro alvéolos principales, tan grandes que tenían edificios en su interior que se cruzaban como vigas de soporte. Estalactitas proquinales adornadas con focos surgían como estructuras cambiantes de aquí y de allá; gruesas columnas terminaban en ruedas negruzcas que no cesaban de girar,

y unas pirámides se alzaban pavimentadas con un asfalto gris espectral, todo ello con propósitos industriales desconocidos. Los intrusos parecían pulgas en comparación con la escala de todo aquello, pero les venía bien: cual insectos en proceso de infestar una casa, se movieron entre las sombras buscando ascensores o maneras más rápidas de subir. Avistaron centenares de trabajadores haciendo sus faenas en la distancia, pero aquello era tan grande que ni mil personas podrían haberse quejado de que se hallaban apretadas allí dentro, así que pasaron desapercibidos.

Telémacus señaló unos vehículos que estaban aparcados en el nivel inferior, en unos módulos sin techo que vistos desde arriba parecían cajas de juguetes. Había camiones aeroflotadores, barcazas y esquifes. Y muchos pequeños vehículos con ruedas preparados para sortear toda clase de terrenos.

—Ahí está mi premio —le dijo a Arthemis—. Recuerda el trato: en cuanto acabemos con el drav, me ayudarás a conducir uno de esos camiones antigravedad para llevarlo hasta el poblado.

—Nunca olvido mis promesas, cazador. No olvides tú las tuyas.

Unos trenes monorraíl pasaron a poca distancia por debajo de su actual pasarela, cargando mineral bruto en vagones abiertos. Arthemis trazó un signo en el aire y el grupo saltó a uno de estos vagones. El mineral estaba caliente como si ya hubiese sido procesado, y despedía vapores tóxicos. Se aseguraron de llevar puestos sus cascos o sus mascarillas de oxígeno, y se ocultaron entre los vapores hasta que el tren subió a la cima de uno de los sarcófagos nucleares, con su pila de fisión dentro. El mercancías cambió su discreto susurro horizontal por un rugido de ascenso vertical, y llevó a la comitiva muy cerca del tejado.

Por ahora habían tenido suerte, pensó Telémacus: no los habían detectado, pero era cuestión de tiempo que un dron de esos que vigilaban que no hubiera fugas en las tuberías pasara cerca y su ceño mecánico se frunciera.

Señaló una plataforma en la que confluían varios ascensores. Arthemis asintió, comprendiendo, y se preparó para saltar fuera del monorraíl. Su cuerpo rodó por la plataforma hasta que se detuvo justo al borde de una barandilla, con más de cien metros de caída por debajo. Los demás la imitaron. Al otro lado del humo que ascendía tras aquella baranda, el cartel de advertencia de peligro de una caldera se reía de ellos con el humor abstracto de una ficción intangible.

En ese momento, uno de los ascensores se abrió, y de él salió una persona.

Era una mujer vestida con un traje de mecánico, con un gran sombrero que se abría hacia los lados como el pileo de una seta, gafas de soldador y una chamarra con los bolsillos llenos de medidores. Cuando salió, lo que se encontró fue a ocho individuos de aspecto siniestro tirados en el suelo, como si se hubiesen lanzado por la ventanilla de un vehículo. Y tenían armas. Muchas armas.

Fue a abrir la boca para decir algo, pero Telémacus la agarró por la espalda y se la tapó con la mano. La técnico estaba aterrorizada.

—Sssshhh… no digas nada si quieres vivir. Esto no te concierne.

—¿Cómo que «si quieres vivir»? —se enfadó Bloush—. Es una testigo. Liquídala y a por el siguiente.

Los ojos de la mujer se desorbitaron.

—No. Bastará con noquearla. No hace falta ir matando gratuitamente.

—Tenemos una misión. Díselo, jefa —se le encaró el mercenario. Su sonrisa incluía unas cuantas encías rojas como coral.

—Bloush tiene razón —convino Arthemis—. ¿Y si se despierta antes de que terminemos y da la alarma? No podemos arriesgarnos.

La rehén sacudió negativamente la cabeza, como si les prometiera a todos que iba a ser una buena chica, pero Telémacus no la soltó.

—No, lo haremos a mi manera —insistió—. Es mi plan, y mis reglas. Dormirá hasta que hayamos terminado. Y no va a…

El cuerpo de la mujer sufrió una convulsión y se quedó fláccido. Telémacus la dejó en el suelo y miró encolerizado a otra de las Tábanos, una mercenaria con una cresta *punk* hecha de cuchillos que tenía insertados quirúrgicamente en el cráneo, a modo de espeluznante peinado. Se llamaba Tsunavi, y acababa de lanzarle un dardo envenenado a la técnico. La toxina era de tan rápida actuación que la pobre mujer murió antes siquiera de sentir el pinchazo.

—¿¡No me has oído, estúpida!? —le imprecó Telémacus, pero Arthemis se interpuso.

—No hay tiempo. La misión. El cronómetro corre. —Señaló unos drones volantes que se acercaban a su posición. El respeto de sus hombres hacia ella tenía justificación: era difícil cultivar y mantener el hielo profesional sin volverse témpano, y ella podía dar la impresión de ser un iceberg cuando quería. Demasiado terapiada y autosugestionada como para perder el control de sí misma por una simple minucia moral.

A regañadientes, Telémacus tiró el cuerpo de la mujer a la caldera que

tenían debajo y se metió con los demás en el ascensor. Tsunavi le dedicó una mirada de loca y una sonrisa no menos esquizofrénica. Al reír le asomaron los incisivos, que tenía largos y afilados como los de un vampiro.

Bestias sádicas, estoy tratando con eso, aunque estén provisionalmente en mi bando, se dijo Telémacus. *No debo olvidarlo o me apuñalarán por la espalda en cuanto les convenga*.

Pulsaron el piso superior y vieron cómo los niveles iban pasando como sombras en el enrejado. Cuando las puertas se abrieron otra vez, estaban en otro decorado diferente: los pasillos se habían vuelto blancos, y muy limpios comparados con la suciedad de la central energética. Tenían forma de troncopirámide invertida, más ancha por encima que por debajo, y podían verse puertas cerradas cada pocos metros. Unos carteles indicadores con varios colores expresaban el estado de una comunidad en un espacio social de cinco dimensiones: el grado de utilidad, el de peligro, la lealtad, la confianza y la paranoia.

El grupo avanzó con precaución hasta que empezaron a ver a los primeros habitantes de aquella zona. Más bien se toparon con ellos de frente, un grupo de personas vestidas de blanco cuya charla se cortó en seco cuando vieron sus siluetas reflejadas en las armaduras. Arthemis golpeó a la primera con la culata de su rifle. Un breve estallido de violencia que rápidamente se extinguió acabó con los civiles sin sentido, en el suelo, y con los mercenarios parapetados tras el siguiente recodo. La cazadora miró a Telémacus.

—Tu plan, tus reglas —dijo—. Guíanos.

El acceso al tejado del edificio les quedaba cerca. Atisbando a través de un ventanal pudieron ver el panorama que les esperaba si se atrevían a cruzarla: la cima era básicamente una pista de aterrizaje para aeronaves, no en completo desuso pero sí bastante sucia y destartalada. Tenía dos torretas antiaéreas a los lados, operativas, cada una con un artillero sentado en su parte superior, y de un extremo de ella surgía el pináculo que era el palacio del drav Bergkatse. Tal y como Telémacus les había descrito, tenía forma de seta con un techo redondo y amplio en la cima. Una incongruente pero armónica arboleda había sido plantada en su base, como si un poco de vida verde pudiera disimular tanta fealdad industrial; unos setos de boj distraían la mirada, planteándole al observador un enigma en forma de laberinto.

También había una grúa muy grande, multípoda, enganchada a la azotea por un lado. Era un monstruo con un largo brazo articulado destinado a elevar mercancías de las ciudades y meterla por unas compuertas que ahora estaba cerradas. Lo más curioso de ella era su

sistema motriz de patas de araña: aquella cosa tenía movimiento autónomo, por lo que podía patearse cualquier zona de aquel tejado sin tener que mantenerse encadenada a unos raíles.

Pero eso no fue lo que más llamó su atención, sino los guardias.

Había al menos una docena de soldados armados custodiando la entrada a la torre, vestidos con el rojo ceremonial del Kon-glomerado. Portaban lanzas de energía capaces de disparar descargas láser por la culetera, y de envolver en una funda chisporroteante la hoja del otro extremo para que pudiera cortar el acero. No eran enemigos fáciles. Pero lo que realmente le preocupó a Telémacus fue el droide asesino: un vestigio de la tecnología de los antiguos que andaba sobre cuatro patas y que parecía un centauro cromado, con un torso del que surgían varios montantes de armas y una cabeza que no era más que una antena llena de sensores en constante alerta.

—Mierda —susurró—. En cuanto abramos la puerta la hemos jodido. —Arthemis reparó en su movimiento cuando se apoyó contra la pared: no era la gracia estudiada de un asesino a sueldo, sino el pragmatismo de un hombre que sabía que *tenía* que volver a casa, porque había gente esperándolo.

—¿Alguna idea, grandullón?

—Sí. Vosotros esperadme aquí, voy a intentar apoderarme de una de esas torretas antiaéreas. Saldré por una ventana del piso inferior y treparé por la fachada. En cuanto me veáis subir a esa maldita torreta y deshacerme del artillero, salid ahí fuera y golpeadles con todo lo que tengáis.

—¿Eso no disparará las alarmas del palacio?

—En efecto —asintió—, pero no les daremos tiempo a organizarse. Una vez me haya posicionado desataré tal caos que hasta nos vendrá bien para pasar desapercibidos. —Evaluó el material del que estaba hecho el palacio del drav: cemento rajado, zinc corrugado, elastometal. Sí, podría causarle un buen daño solo con aquel antiaéreo.

Arthemis no arriesgó opiniones. Lo que dijo fue:

—Estás más loco de lo que yo creía, Telémacus. Pero creo que eso nos viene bien.

—¡Y eso lo dice la que es por méritos propios la parte testicular del equipo! Tus sicarios lo están más que yo, créeme. Sígueme la corriente y te llevaré de regreso a la base con tiempo suficiente como para que te prepares un baño caliente con conchas aromáticas y jabón masajeador.

Arthemis se quedó mirándolo un instante, azorada ante ese íntimo

conocimiento de sus necesidades. Luego, lo vio marcharse para bajar un piso y salir por una ventana inferior. Ese deshielo calculado era algo que él sabía usar para ganarse la confianza de otros, aunque nunca llegaba a ser tan transparente como para enseñar sus colores políticos o su blandura moral. «Sí, desde luego que es mi clase de loco —pensó—. Lástima que ya esté casado. Aunque… todo puede arreglarse».

Telémacus se alejó corriendo del grupo y descendió un nivel. Pasó por una zona de obras donde unos operarios mecánicos estaban distraídos disolviendo el acero viejo y dejando en su lugar la nanoobra pura. Un ábside derramaba franjas de luz de neón en medio de un silencio de catedral. Juzgó que ese era un buen lugar para salir al exterior, y atravesó una ventana. Los esqueletos llenos de cables ópticos, el enrejado metaorgánico y las guías de campo resultaron ser estupendos escalones sobre los que apoyarse. Los obreros robot protestaron, pero el cazador los ignoró y, apoyándose en las cabezas de algunos, llegó hasta la parte de la fachada que doblaba en una enorme esquina. A partir de ahí, fue escalando por sus propios medios hasta que se situó debajo de donde creía —si sus cálculos no estaban equivocados— que estaría la torreta antiaérea.

Miró hacia abajo y vio la fachada del titánico edificio cayendo a plomo cien metros, con las ruedas oruga aplastando el terreno entre nubes de polvo. Siempre sentía una conmoción cuando pasaba de aquella vista acrofóbica a los panoramas llenos de líneas que se perdían en la distancia. Se permitió el miedo imprescindible pero no más, y se concentró en lo que tenía encima. Tenía un proyecto desde hacía años para fabricarse una especie de mochila cohete que acoplarle a la armadura, pero la cosa iba para largo, y nunca había tenido tiempo de conseguir los materiales. En momentos como aquel le parecía una excelente idea.

Disparó el cable con gancho al extremo que sobresalía de la torreta. Recogiéndolo, confió al cabrestante su propio peso para que lo elevara hasta allá arriba. El aparato, aunque se quejó, cumplió con su tarea. Telémacus parecía una araña que se arrastraba en silencio por la parte de atrás de la torreta mientras los guardias y el droide asesino proseguían con sus paseos rutinarios por la azotea. El droide no le había detectado con sus sensores porque en todo momento había pegado su cuerpo a la masa de la torre.

Telémacus se metió con un movimiento veloz en el compartimento del artillero, y cuando este se dio cuenta de que algo raro pasaba, le atravesó el cuello con el fino haz láser que había usado para reventar la cerradura. Lanzó hacia atrás el cuerpo para que cayera al vacío, y ocupó su lugar a los mandos del cañón.

Bien, ya estaba hecho. Ahora, ellos dos, Telémacus y Arthemis —no los ella y él individuales, sino las totalidades etnológicas, el bloque de los dravitas y el de los libertarios, el de los soldados comprometidos con una causa y el de aquellos que ya no creían en nada— se habían convertido en una amenaza a tener en cuenta. Ya solo quedaba moverse muy rápido, y rezar.

La fiesta estaba a punto de empezar.

ARTHEMIS

La cazarrecompensas observó con sus prismáticos la base de la torreta. De fondo veía las oscuras crestas de Múnegha perfilándose contra el último parpadeo del crepúsculo, un ajedrez de actividad nocturna. Las coronas de fuego de las torres de las refinerías centelleaban como anillos de compromiso. Permaneció así hasta que vio un fino hilo siendo disparado hasta la parte superior de la torreta: el cable con gancho de su amigo. Luego apareció este, trepando como una araña y metiéndose dentro del antiaéreo con una elegancia y una rapidez propia de los mejores asesinos. La mujer sonrió, pues pensó en lo que el gremio se estaba perdiendo porque un tipo con el talento de Telémacus se hubiese hartado de él y se hubiese largado a pescar truchas.

Es un as, pero un as caído en desgracia, pensó, demostrando que la cuerda invisible que la unía con Telémacus transmitía algo más que tensión física. Así era como le gustaba hacer las cosas también a ella: con intervenciones totales, intensas y furiosas, seguidas de un silencio indignado.

(—Nuestro amiguete ya está en la torre. Preparaos para salir —susurró. En sus ojos centelleaba algo imprevisible: una furia que no existía antes de que el cronómetro llegara a cero. El grupo de Tábanos cargó las armas y se apostó junto a la puerta—. Salimos… ¡ya!).

La puerta de la azotea se abrió y fue como si se desbordara una presa llena de caos: el aire turbulento se llenó de destellos de alta energía y silbidos que se entrecruzaban, frotando una onda de sonido contra la otra. Disparos rojos y azules encapsulados en vainas de fulgor volaron por la azotea, golpeando a los primeros guardias, a los que cogieron desprevenidos. Por desgracia, a los otros les bastó menos de un segundo para poner en práctica su entrenamiento de combate, y rodaron por el suelo buscando cobertura.

El droide arácnido se puso en modo de alerta, combando más las patas

y extrayendo sus montantes de armas. Antes de que los Tábanos pudieran ponerse a cubierto, corriendo hasta donde descansaban las cajas cercanas a la grúa multípoda, dos de ellos cayeron fulminados por las armas de ese espantoso robot. A los otros sí les dio tiempo a cubrirse, pero si Telémacus no eliminaba pronto esa amenaza, la cobertura no les serviría de nada, porque además de los cañones energéticos de repetición, el droide poseía un par de lanzamisiles que volarían por los aires cualquier esperanza.

La torreta capturada estaba a pocos metros del droide, y cuando sus cañones gemelos giraron para hacer un rápido arco sobre la azotea, los guardias sonrieron porque pensaron que el artillero iba a premiar la osadía de los atacantes con unas cuantas ráfagas de quarks hiperacelerados. Pero lo que hicieron los cañones fue disparar sobre el droide, el cual, desprevenido, encajó sobre el lomo unas letales descargas, explotó y tropezó con su propia onda de choque, esparciendo sus restos por la pista. La torreta no se detuvo ahí sino que siguió girando, pero no para apuntar a los guardias rojos, que contemplaban anonadados el espectáculo preguntándose qué cojones estaba pasando… sino a por el segundo antiaéreo, que ahora mismo era el único que podía causarle mucho daño con su fuego de respuesta.

—¡Vamos, avanzad! —gritó Arthemis, y salió de detrás de las cajas corriendo como alma que llevara el diablo mientras disparaba. Como si estuviera nadando en una simulación de tiempo demorado, las cosas empezaron a pasar a cámara lenta para su visión (las drogas estimuladoras del tronco encefálico tenían mucho que ver con eso).

Bloush arqueó un brazo por encima de su cabeza para lanzar una granada. Esta reventó en dos fases, una primera en la que simplemente se dividió en esferas más pequeñas de alto rebote, y una segunda en la que las esferas fueron saltando como cigarras, buscando blancos, y estallaron en una danza secuencial. Uno de los guardias cayó cuando varias de estas detonaciones simultáneas le amputaron una pierna y la lanzaron al cielo como una grotesca rama de árbol.

Tsunavi, por su parte, corrió agachada y dando pequeños brincos de un lado para otro como si en lugar de un ser humano fuera un insecto nervioso. Era la orgullosa poseedora de una química corporal bizonal, lo que significaba que podía adaptar su metabolismo a distintas situaciones de combate. Cuando los guardias rojos apuntaron hacia ella sus lanzas y dispararon haces de energía desde sus culeteras, se convirtió en un borrón que no permanecía más de medio segundo en el mismo sitio, y que siempre estaba haciendo piruetas. Gracias a eso los esquivó, pero dos compañeros suyos que corrían a su espalda no tuvieron tanta suerte: los rayos volatilizaron media cabeza de uno y la pelvis completa del otro.

En cuanto tuvo a uno de los guardias a tiro, Tsunavi le apuntó con su ballesta lanzadardos de alta velocidad, y le disparó media docena de púas en rápida sucesión. De estas le golpearon solo la mitad, pero fueron suficientes para alcanzar con sus puntas un brazo, o la protección de grado medio de una pierna. Las puntas, microafiladas, traspasaron apenas la pernera, lo justo como para arañar la piel, pero eso bastó para inocular la neurotoxina. El guardia se desplomó presa de violentas convulsiones. Tábano contra mantis, tábano engulle mantis.

Por su parte, Arthemis empuñó a dos manos un rifle que no tenía cañón, sino que acababa en una bocacha lisa como un espejo y amplia como la cabeza de un tiburón martillo. Mantuvo apretado el gatillo durante tres segundos en lo que la energía se acumulaba en este frontón, hirviendo en un furioso carmesí, y la soltó toda de golpe: el rifle no disparó un solo haz, sino decenas de pequeños dardos láser que barrieron toda la zona. Era la versión energética de un arma de postas, pensada para cubrir un área en lugar de apuntar a un blanco específico.

Aquel rifle tenía una segunda función, la de disparar un arpón-cohete autopropulsado que se incrustaba en el blanco con gran potencia. Pero no quería usarlo todavía: lo guardaría como as en la manga por si tenía que lanzar alguna cuerda lejos, para columpiarse y salir de allí. Y a los que se quedaran atrás, que les dieran.

El abanico láser alcanzó a dos guardias que buscaban cobertura y los tumbó, aunque no antes de que uno de ellos arrojara su lanza y atravesara el esternón de otro de los Tábanos. Ya habían caído tres. Con resignación, y sabiendo que estaba perdiendo efectivos en muy mala proporción, Arthemis cargó el siguiente disparo mientras su expresión oscilaba entre la travesura y la lascivia.

La segunda torreta apuntó hacia la de Telémacus con sus cañones, pero esta llegó antes: continuando con el giro que había comenzado cuando destruyó al droide, Telémacus enfiló el antiaéreo y abrió fuego. El asustado artillero de la otra torreta, con las manos temblando sobre los controles, no tuvo tiempo de abandonar su puesto cuando un fuego graneado de disparos volatilizó la carlinga e hizo que el montante reventara en una bola de llamas.

Viendo que los Tábanos ya habían llegado hasta la puerta de acceso al palacio del drav, y que esta estaba cerrada, activó los altavoces externos y ordenó:

—¡Apartaos de ahí!

Arthemis y los suyos obedecieron, y a continuación la puerta encajó

dos disparos del antiaéreo, volando en mil pedazos.

—¡Entrad, voy a jugar un poco más por aquí fuera! —dijo Telémacus, y pulsó el botón que ponía a los cañones a disparar independientemente, en lugar de en tándem. Con esto consiguió que los disparos fuesen rápidos y cortos, en lugar de agrupados y contundentes. Antes de desaparecer por la puerta, Arthemis vio que un enjambre de impactos recorría la superficie de la torre del palacio, haciendo polvo las ventanas y sembrando el caos en muchos pisos.

La cazadora enarboló su rifle y echó a correr pasillo adentro. Ya iría cartografiando el terreno a medida que lo descubriera. Viendo caminos, pensó en caminos.

Lo que más la preocupaba eran los sistemas de seguridad que pudiera haber en la torre. Los dravitas tenían algunos bastante sofisticados, especialmente diseñados contra armas energéticas. Como los campos de ondas sinusoidales, por ejemplo: frentes de onda que desfasaban los rayos láser y los convertían en luz ordinaria. Sin embargo, allí dentro no parecía haberlos, porque cuando un campo de esos se activaba también difuminaba un poco la luz ambiente, y hacía que a todo el mundo le pareciera que tuviera cataratas. Al pegar la cara a los objetos los vio nítidos; bien, no había campos sinusoidales.

La sutilidad, nuestra marca de fábrica, pensó, y una sonrisa de leona le cruzó la cara. Qué ganas tenía de enviarle un coprolito con una cinta regalo de color rosa a ese capullo de Kar N'Kal, el Intérprete de los Muertos de Raccolys, con una tarjeta adjunta que pusiera: «Con los mejores deseos de tu mejor cazadora, desde el palacio de Bergkatse». Su cara al leer eso sería digna de verse.

5. ASALTO A LA FORTALEZA (*Scherzo* para grúa y tópteros)

LOGUS SHUGTRA

El doctor Logus Shugtra estaba viendo pasar una lacónica corteza de cifras por la pantalla de su terminal que demostraba que la conversión de datos en objetos del mundo real no era siempre fiable. Lo que veía era la traducción matemática de los últimos sueños del drav Bergkatse, pero los algoritmos no expresaban del todo la realidad. Al menos, no como el drav se la había contado.

Según su amo, imágenes de un gran manto vibrante de ideas que consumía el universo caían sobre él como un arpa resplandeciente hecha de onda pura, torsional; cuerdas y percusión de Sibelius en electromagnetismo menor tocadas a destiempo. La onda funcionaba a la misma frecuencia que el pensamiento de las divinidades, un campo de ideación que cristalizaba en forma de proyectos de génesis y geocreación. La actividad cerebral del drav buscaba la extensión final de sí misma dentro de los límites de la onda torsional, y en algún punto en el que lograba igualarse a cero, aparecía una idea del tipo que solo puede calificarse como «genial», y cuyo tiempo de vida era igual a 0'00000004 estroboscopiones. Un viaje lateral por el País de la Mente de Bergkatse.

Pero aquel deshielo de logaritmos no expresaba eso. Había algo que se le escapaba, que se perdía en la traducción de los sueños a números primos… y Logus creía saber qué era. La emoción de tener una idea genial era algo puramente químico. Era una reacción del cuerpo a la ansiedad del cerebro, a su expectación, a su nerviosismo ante las derivaciones de semejante idea. Y eso no lo decían los números. El drav quería que su actividad mental tuviera un registro para que fuera estudiada en épocas posteriores por sus descendientes —la típica falta de ego de los de su especie—, pero el lenguaje que hacía falta para encadenar ese flujo, para producir esas páginas, no era del todo exacto.

Logus Shugtra era un idor, una raza autóctona de Enómena, igual que los drav. E igual que estos, surgida a partir del genoma humano tras la desaparición del Metacampo. Su parecido con los simios de los que supuestamente procedía era nulo, pues si los dravs eran cerebros gigantes semifluidos y podría decirse que eran una mutación del encéfalo humano, con los idor tal conexión era todavía menos obvia. El Metacampo, o más bien su distorsión, había hecho algo con los cuerpos de sus ancestros, transformándolos en una aberración que no tenía el menor parentesco con un mamífero.

Un idor era el negativo de la forma de pensar de un drav. Construía desde dentro hacia afuera en lugar de desmontar de fuera hacia dentro. Por eso se complementaban tan bien los unos a los otros. Y por eso los dravs que estaban consolidados en el poder solían usar a los de la otra raza como sirvientes o, como a menudo pasaba, también como esclavos.

El cuerpo de un idor se basaba en el movimiento giratorio perpetuo: su torso era una masa oblonga de órganos en rotación, algunos más rápidos y otros más lentos, que se aprovechaban de esa velocidad y esa fuerza centrífuga para realizar las tareas de su metabolismo. Su ciclo de Krebs, su transmisión de impulsos nerviosos, incluso su digestión… todo incorporaba

la fuerza centrífuga a bolsas de carne que giraban al extremo de cuerdas musculares, como boleadoras llenas de venas. Hasta su sangre dependía de ese movimiento para limpiarse y eliminar sus residuos. No todo su cuerpo giraba, sin embargo, pues las tres patas y la columna vertebral que lo sostenía —por la que subían y bajaban las dinamos vivas que hacían posible tal movimiento— eran algo así como un eje fijo que hacía de columna para toda la estructura. El idor se remataba por encima por unos huesos que parecían una corona, de los que colgaban las únicas telas que ellos aceptaban como «ropa», y que los rodeaban como cortinas de ducha. El ropaje de un idor tenía su propio código de colores, y el de Logus proclamaba para quien supiera leerlo que se sentía orgulloso de ser el oniromante mayor del drav Bergkatse, pero que a la vez ansiaba más que nada en el mundo su libertad para poder dedicarse a estudiar sus propios misterios.

Cuando se empezaron a escuchar a los lejos los estampidos de las explosiones, Logus activó los protocolos de seguridad: estaba en el punto más alto del palacio, dentro de la cámara de las Visiones Sagradas, una caja fuerte donde se guardaban los sueños cristalizados en un panal de abejas que recubría las paredes. Logus era el cirujano encargado de extraérselos y guardarlos para su posterior estudio, cosa que, al ritmo que iba, le llevaría dos vidas.

Estaba precintando el último panal cuando Padre Addar, el Intérprete de los Muertos de Bergkatse, asomó su inquietante rostro cadavérico por la puerta.

—Esclavo, termina aquí cuanto antes. El palacio se halla bajo ataque.

—¿Quién ha tenido la osadía de llegar hasta aquí, maestro? —preguntó el idor con una voz que parecía salir de un tracto vocal que girara a gran velocidad.

—No lo sé… pero seguro que son fuerzas de choque de esos cabrones del sur, que vienen a vengarse por lo de su drav. Ya les daremos su merecido. Por el momento, enciérrate en esta cámara y protege los sueños con tu vida.

—Se hará como ordenáis, mi señor —dijo el ser. Y cerró la puerta desde dentro. Junto a él había varios estudiosos de la oniromancia (humanos calvos y delgados vestidos con túnicas) que pertenecían al departamento de Lógica Deóntica. Su existencia se apoyaba en un laberíntico sistema de obligaciones, permisos y prohibiciones. Uno de ellos preguntó:

—¿Es posible, imposible o necesario que nos quedemos aquí para

defender esta habitación, señor Logus?

—Es posible y a la vez necesario. Pero el éxito en la misión podría entrar dentro del rango de lo imposible.

—Oh, puede que entienda.

Logus activó las cámaras. Varios paneles se iluminaron mostrando imágenes en tiempo real de lo que estaba pasando en los pisos inferiores y en el pasillo de su mismo nivel. En el piso treinta y cinco, donde estaban ellos, todavía estaba la cosa en calma, pero no duraría mucho a tenor de lo que ocurría abajo: los pasillos del ala inferior estaban llenos de un humo que resaltaba aún más el brillo de los destellos láser, confiriéndoles un aura fantasmal. ¿Cuántos eran los atacantes? No parecían un ejército, sino más bien un grupo pequeño y bien entrenado. Quizá por eso habían llegado más lejos que nadie.

—Permitido que sea expresado el propio pensamiento —dijo el calvo.

—Adelante, di lo que sientes.

—Es facultativa la opción de morir o de seguir viviendo, pero sobre la supervivencia a largo plazo, está permitida su inclusión o bien permitida su negación.

—Hay una disyuntiva en eso —meditó el idor—: Si esos invasores llegan hasta aquí, estará permitido morir, y se pondrá en entredicho nuestra facultad de ver otro amanecer.

—Permitido expresar el propio miedo. Pues si esto se permite, implica que el miedo existe —tembló el calvo.

—Sí, existe. Ahora mismo, existe, te lo aseguro. Pero no sabemos si existirá mañana. —Logus estaba recurriendo a lo que llamaban en poesía lógica un «silogismo esperanzador». Por supuesto, la capacidad de su subordinado para tener esa emoción era muy escasa. Para los deónticos, la palabra esperanza era un término siempre sometido a examen, un código para designar un análisis estadístico de probabilidades con sus niveles eslabonados. Eso era lo más cercano que un deóntico estaría jamás de la poesía.

En las pantallas, vieron que Padre Addar llegaba corriendo hasta el salón donde descansaba el drav, metido dentro de un cuenco gigante que parecía un plato de sopa de tamaño descomunal. En su interior reposaba la masa encefálica de ciento ochenta kilos que era Bergkatse, fluyendo nerviosa de un lado para otro, abriendo varias bocas que preguntaban a coro qué demonios estaba pasando en su palacio, y por qué sus fuerzas de seguridad no se habían hecho cargo todavía. Desde el techo se proyectaban

sobre él unas agujas cuya finalidad era practicarle, a ratos y según el cerebro lo demandara, una «acupuntura terapéutica», estimulando los centros de placer de aquella tortilla gigante y haciendo que otros se relajaran. Esa era la única manera que los dravs tenían de sentir placer físico. Onanismo acupuntural.

Addar se inclinó sobre el cuenco para darle un informe de situación que la cámara, por no tener conectado un micrófono, no pudo captar. Pero Logus se imaginó lo que le estaría diciendo. La tortilla ardía de furia como si el cuenco fuese realmente una parrilla, sus flujos de pensamiento formando galaxias giratorias dentro de su masa granulosa.

Las demás cámaras no captaban nada coherente, pues los pasillos estaban llenos de humo. No era como en el exterior de la fortaleza, donde el aire de la noche estaba limpio salvo por una alerta de ozono. Los rayos láser seguían titilando ocasionalmente como neones penumbrosos en las fachadas de moteles baratos. Pero ya no se distinguían figuras dentro de la nube. En la pantalla conectada a la cámara del nivel treinta y cinco, dos hileras de guardias armados con lanzas de energía se apostaron en fila en el pasillo, apuntando al único ascensor. Ese canal sí que tenía audio.

—¡No dejéis que atraviesen este pasillo, os va la vida en ello! —les gritó Padre Addar, colérico, justo antes de encerrarse en la habitación de Bergkatse y echar los cerrojos. Los guardias contemplaron pacientemente cómo se incrementaban los números que indicaban el piso al que subía aquel ascensor. Cuando ese número llegó al 35, cargaron sus armas y esperaron a que se abriese la puerta.

La puerta nunca se abrió.

Justo en el segundo en que el indicador de pisos marcó el último con un gracioso ¡tilt!, las puertas del ascensor explotaron hacia afuera y una nube de metralla llenó el pasillo. Logus y sus ayudantes dieron un respingo por la sorpresa, y oyeron la violencia de la explosión al otro lado de su propia puerta. Si el idor pudiera llorar, habría intentado sorber hacia dentro su impotencia en el negativo de un sollozo.

Milagrosamente, la cámara de vídeo del pasillo seguía intacta, por lo que pudieron ver cómo dos cables con ganchos se anclaban en las vigas retorcidas y permitían subir por el hueco del ascensor a dos mercenarios ataviados con armaduras llenas de quemaduras láser. Uno parecía un hombre y la otra una mujer. Esta última le dijo al primero, mirando la alfombra de cadáveres:

—¿Por qué siempre se ponen detrás de la puerta, estos tíos? ¿No saben que es el peor sitio?

—Es que a poca gente se le ocurre que alguien pueda ser tan bruta como para poner una carga de P2 tan potente como para volar medio nivel.

—¿Bruta? Oye, no me estarás mirando a mí de reojo cuando dices eso, ¿no?

—De reojo, no. —Sonrió Telémacus, como invitándola a estar de acuerdo.

Mientras la cazadora seguía adelante hasta llegar a la puerta de la cámara del drav, el hombre se detuvo frente a la de la habitación donde se guardaban los sueños. Asustado, Logus retrocedió cuando la cerradura emitió un chispazo y la puerta se abrió, dejando ver al hombre de la armadura dragonil al otro lado. El deóntico calvo intentó adoptar un aire solemne, como para encarar dignamente su muerte.

—Es facultativa la opción de morir o de seguir viviendo, pero sobre la supervivencia a largo plazo, está permitida su inclusión o bien permitida su negación.

—Tú has sido mi mejor operador, Clasus —murmuró el idor, sintiéndose encerrado en su propia incapacidad para lidiar con tanta violencia—. La filosofía es en cierto modo indulgente, pues estimula la debilidad y la falta de voluntad. Y eso que poca gente hay más resuelta que un deóntico obsesivo.

El hombre-dragón giró su casco para observar los paneles de abeja de las paredes, ignorando a aquellos dos tarados. Parecía saber lo que estaba buscando. Miró al idor.

—Tú.

—¿…Yo?

—Sí, tú. Eres el médico personal de Bergkatse, ¿no?

—Ssssí…

—Bien. No os haremos daño, hemos venido a buscar una cosa y después nos iremos: el sueño en el que aparece la clave para abrir la cámara donde el drav guarda la Llave de Iridio. Sabemos que está protegida por trampas explosivas y otras sorpresas, así que si me ayudas a encontrar la clave de acceso, vivirás.

Los órganos del idor giraban a destiempo, como si necesitara purgar el exceso de adrenalina del miedo con breves explosiones de velocidad. Se acercó sobre su tren de tres patas al cazarrecompensas y lo miró. Puestos uno al lado del otro, el idor le sacaba a su adversario por lo menos cuarenta centímetros de altura.

Y entonces dijo algo que ni Telémacus ni los ayudantes calvos se habrían esperado por nada del mundo.

—Si te ayudo, ¿dejarás que me vaya con vosotros?

El asombro del hombre se reflejó en que su casco se movió hacia atrás unos milímetros.

—¿Quieres escapar de este sitio?

—Es lo que más deseo en el mundo. Aquí soy un esclavo. Lo dicen mis colores.

Telémacus ponderó varias opciones, intentando averiguar si aquel engendro le estaba engañando o no. Su niebla semántica era difícil de traspasar, pero lo que le decía sobre los colores de su «atuendo» era cierto: por lo poco que sabía de esa raza, nunca usaban los marrones y los grises para vestirse salvo cuando sentían vergüenza de su situación actual.

—Está bien, eres un científico, podríamos utilizarte… Accede al contenido del sueño que te estoy pidiendo y veremos.

Mientras Logus operaba los controles, sus ayudantes lo miraban atónitos. Estaban asistiendo a una flagrante traición. Y lo peor era que no podían dar la alarma porque las sirenas del palacio ya estaban sonando.

Los brazos del idor eran tentáculos que normalmente estaban recogidos sobre sus piernas como racimos musculares. Pero cuando los desenrollaba eran largos y finos como cuerdas. Cada uno acababa en tres ganchos que, a modo de dedos, podían agarrar objetos o pulsar botones, que era lo que estaba haciendo ahora.

—Si no recuerdo mal, la última vez que mi am… que el drav soñó con la clave, fue hace dos meses. El dato debería estar en el registro 2089B/ϥ.

Uno de los panales sobresalió de la pared revelando un tubo lleno de una sustancia amarilla. El drav la cogió y la metió en una máquina. A continuación, unas imágenes borrosas aparecieron en una pared: réplicas de una actividad mental sin control.

—Vamos, idor, no tengo mucho tiempo —lo amenazó el cazador, apuntándole con su arma. Estaba vigilando también un monitor en el que se veía el interior de la cámara del drav, a la que ya habían conseguido acceder Arthemis y sus Tábanos (los que quedaban vivos, que eran solo dos, Bloush y Tsunavi). Un hombre tenía alzados los brazos en pose de rendición, probablemente el Intérprete de los Muertos de Bergkatse, mientras que este último reposaba en su cuenco. Arthemis se le acercó con un contoneo de caderas realmente amenazador. Telémacus se imaginaba lo que estaba a punto de pasar y lo desaprobaba: no habían venido para eso.

—¡Casi lo tengo! Sí, aquí está… —dijo Logus, tecleando más rápido. Las rutinas *pirita/intactus* construían simulaciones de aquellos grumos de luz y los poblaban con extractos de suposiciones sobre lo que podrían significar los números. Cinco abstracciones de bordes cubistas que resultaron ser sueños—. Si no la ha cambiado desde entonces sin decírmelo, la clave para entrar en la cámara blindada es «Bilenio».

—Estupendo. Más te vale que no me hayas mentido o…

—Iré contigo, y así podrás castigarme.

Telémacus lo miró raro. Aquel ser no parecía desvalido, aunque sí necesitado de rescate. Él había conocido a mucha gente acabada a lo largo de su vida a la cual les habían arrebatado la voluntad de sobrevivir: no eran más que entremeses andantes esperando a que alguien los devorara. Gente que normalmente habitaba las calles de ciudades como Tájamork, donde la experta danza de los rateros se mezclaba con el andar vacilante de las prostitutas viejas, que ya habían aceptado las consecuencias del tiempo y sabían sacarle el máximo partido a las sombras de los callejones y la ropa selectivamente reveladora. Este idor no parecía encontrarse en un estado de indefensión extrema… pero sí que necesitaba ser rescatado.

Se dio la vuelta y no protestó cuando salió de la cámara de los sueños con el alienígena siguiéndolo como un perrito faldero. Contento hasta lo indecible, Logus se destrabó las sedas de su atuendo, dejándolas caer.

En lo que a él concernía, ya no eran representativas de nada.

ARTHEMIS

La cazadora se acercó al cuenco donde reposaba el drav. Este no parecía un ser vivo, inmóvil como estaba, sino la plasta sobrante de algún experimento culinario. Sin embargo, no pudo evitar sentir un temor reverencial al verla: desde que era niña, le habían inculcado el pensamiento de que los drav eran los amos, los crueles ultrapensadores que regían el destino de aquel mundo con el despotismo de un señor de la guerra. Su subconsciente sabía lo que representaba aquel engendro, y por eso tenía miedo.

De fondo, Padre Addar estaba con las manos cruzadas detrás de la nuca, esperando acontecimientos. Miraba a la cazadora con un odio infinito que resultaba aún más aterrador debido a su atuendo: Addar estaba vestido con una armadura ceremonial hecha de huesos —no podía saber si auténticos o imitados con alguna clase de pasta dermiforme—; su larga cabellera gris se anudaba en trenzas acabadas en pequeños cráneos de

cristal, y la mitad inferior de su cara estaba oculta tras una máscara que representaba una dentadura demoníaca. Desde luego, los Intérpretes de los Muertos sabían cómo ser teatrales.

—Las personas arden despacio, se queman hasta quedar crujientes y piden más —dijo el drav con su coro de voces—. Como babosas: aletargadas, viejos rencores, nuevas esperanzas. Arder de nuevo.

—Mira quién fue a compararme con una babosa.

—Estás loca, cazadora. Ahora mismo están viniendo mis tropas de las ciudades gemelas. Entrarán aquí en breve arrasándolo todo a sangre y fuego. No sobreviviréis.

—¿Y si lo que busco no es sobrevivir sino quemar tu puta masa encefálica hasta que no sea más que una ruina humeante? ¿Y si lo único que quiero es saldar una vieja deuda contigo, aunque eso me cueste la vida?

La tortilla se estremeció. Para un drav, el concepto del sacrificio personal era algo impensable, que se escapaba de toda lógica. Su raza era tan orgullosa y autocomplaciente que se veían como los máximos exponentes de la evolución de la vida en la galaxia. Así pues, para ellos el suicidio era la máxima expresión de la demencia, pues sacrificarse a sí mismo era arruinar una de las mayores obras de arte del cosmos. Eso que hacían de vez en cuando las razas inferiores —como la humana— de sacrificarse en misiones suicidas por un bien mayor… sencillamente, estaba fuera de su entendimiento.

—Eres una cazadora, te habrán ofrecido dinero por esto —gruñó la tortilla—. Te pago el triple, sea cual sea la cantidad. Sírveme y serás rica. Sírveme y serás alguien.

—Para vivir para siempre a tu sombra, ¿no, tirano? No, gracias. Ni todas las riquezas que tienes escondidas en tus palacios, que seguramente serán incalculables, podrían comprar el odio que siento hacia ti.

—¿Por qué? No seas absurda, estúpida humana, tu rencor no es lógico. No es nada comparado con lo que podrías ganar tomando la decisión correcta. Tu odio cerval no tiene sentido.

La mujer se apoyó en la cubeta con un gesto infantil. El reflejo del drav resbaló por su casco como algo gomoso.

—Qué sabrás tú de lo que es el sentido de la vida, aborto, si nunca has experimentado nada salvo la lógica más fría. Para estar vivo hay que estar un poco loco, hacer cosas sin sentido. Como entrar en esta fortaleza y tener a mis pies nada menos que al señor del norte.

—¡No me faltes al respeto, mujer! —la amenazó Bergkatse—. Tus

trastornos subrutinarios de origen genético te impiden comprender el alcance de tu error. La frustración sexual que gobierna los hipotálamos de tu especie se…

El drav cambió su discurso encolerizado por unos chillidos agónicos cuando de la bocacha del arma de Arthemis surgió un chorro de fuego, un lanzallamas que bañó por entero a Bergkatse y lo fue ennegreciendo poco a poco, entre volutas de humo. Arthemis vio de reojo cómo el Intérprete de los Muertos, aprovechando que ella estaba ocupada, tocó un resorte de la pared y desaparecía por una puerta secreta, el muy cobarde. *Ya te pillaré después*, pensó ella mientras flambeaba un poco más la masa.

—Ah, no, cabrón —dijo con una sonrisa desquiciada—. Nunca te metas con la sexualidad de una chica. Eso es privado.

—¡Arthemis, ya están aquí! —avisó Tsunavi, entrando a toda prisa en la sala junto con Bloush—. ¡Diez tópteros por lo menos, cargados de tropas! ¡Tenemos que irnos!

Telémacus también entró, seguido por el médico idor.

—Lo tengo —dijo—. Recuperemos la llave de iridio y larguémonos cagando leches.

—¿Qué es esa… cosa? —se asombró Arthemis, mirando a Logus, pero él la ignoró y agarró un puñado de agujas metálicas de las que se clavaban como acupuntura en el drav. Se las mostró al médico.

—Amigo, estas cosas también servían para dar órdenes, no solo como masturbación eléctrica, ¿verdad?

—Sí —asintió Logus—. Transmiten impulsos eléctricos a un ordenador central.

—Bien, quiero que hagas dos cosas: que las uses para abrir la puerta del ascensor privado del drav para que nos lleve a la base del palacio. Y dos, que sobrecargues las pilas de uranio de la central nuclear para que entren en fase crítica.

Las miradas de los mercenarios no tuvieron precio.

—¿Vas a provocar una explosión nuclear? —se asombró Arthemis.

—No, pero quiero que dé la impresión de que va a haber una. Así mantendremos ocupados a los esbirros de Bergkatse mientras salimos por pies. ¡Pero *ya*, joder, no tenemos tiempo!

Aturullado, el idor obedeció. Telémacus miró el churrasco humeante en que había quedado convertido el drav y se volvió a Arthemis.

—Qué asquito, ¿no?

—Solo me faltó tirar de la cadena. Ese mamón por fin ha evolucionado a lo que realmente es: un pedazo de mierda. Deuda saldada. Esto por aquello, acción por reacción.

—Así que tenías una deuda de sangre con él. Y no me dijiste nada.

—¿Y quién no la tiene, cuando hablamos de un drav? Mi pasado es asunto mío, cazador, no se te ocurra meter la nariz ahí porque podrías sacarla así de chamuscada.

—Tranquila, ni se me había pasado por la cabeza.

Una mampara se descorrió, revelando un ascensor.

—¡Ya está! ¡Todos adentro!

Cuando Logus quiso meterse también, Bloush le apuntó al cuerpo giratorio central con su pistola, pero Telémacus se la bajó.

—No. Él se viene conmigo. Podría necesitarlo en el éxodo de mi tribu. Es médico.

Arthemis sacudió la cabeza con desgana.

—Está bien, pero es tu equipaje. Si se retrasa, tú te vuelves a buscarlo, no nosotros.

—De acuerdo.

Tsunavi le enseñó sus dientes de vampiro a Logus, que se apretó asustado contra la pared del ascensor. Este se puso en marcha y bajó llevando al grupo de regreso a las profundidades del complejo, pero cuando estaban a punto de abandonar el palacio en sí para ingresar en la fábrica, algo pasó: el ascensor se detuvo con un crujido, quedándose inmóvil entre dos pisos.

—Mierda —dijo Arthemis—. Tiene que tratarse de ese malnacido de Addar, que nos está *hackeando*. Ahora nos hará subir otra vez.

—No si salimos antes. —Telémacus encajó los dedos en la unión de las puertas y las abrió. Estaban trabados entre dos pisos, y uno de ellos era la azotea de la fortaleza móvil, la misma que ellos habían convertido en un infierno minutos antes. Ayudó a escapar a los demás y por último salió él.

Miraron al horizonte, donde nubes uniformes color peltre llegaban desde la cordillera decapitando las crestas. Un enjambre de insectos llenaba el aire nocturno: tópteros cargados de tropas, algunos de ellos aterrizando ya en lo alto del palacio. Se llevarían un chasco al descubrir la ruina humeante que había quedado de su amo… y entonces sí que se enfadarían de verdad, pues solo les quedaría la venganza.

—Vale, genio, ¿cómo piensas eludir a toda esa gente? —preguntó

Arthemis—. Porque el plan era traer mi tóptero para que nos recogiera arriba, en la cima. Pero si se acerca ahora lo derribarán.

—Ten confianza, mujer de poca fe. Y aprende.

Telémacus lideró la comitiva en una carrera hacia el borde de la pista de aterrizaje, donde los tópteros no se estaban posando porque estaba llena de agujeros por los disparos de los antiaéreos y el cadáver humeante de la otra torre. Sin embargo, ellos no se dirigían hacia la puerta de entrada al complejo.

—¿Adónde nos estás llevando? —gritó Arthemis en plena carrera.

—¡A nuestro vehículo secundario!

—A nuestro… ¿qué? ¿A qué coño te refieres?

Enmudeció cuando se dio cuenta de cuál era su objetivo: no los edificios estudiadamente destartalados de la fábrica, sino directos a la carlinga de mando de la gigantesca grúa multípoda.

—¡Estás como una puta cabra! —le gritó a Telémacus mientras se sentaban dentro y él activaba las funciones motrices del monstruo mecánico —. ¿Qué piensas hacer, bajar trepando por la fachada de la fábrica?

—Algo mejor… acuérdate para qué vinimos a este sitio —sonrió el cazador, y empujó una palanca—. Aún no hemos cumplido nuestro objetivo.

La estructura se estremeció cuando el ronroneo de los motores envió vibraciones por todo su esqueleto. Trabajando a partir de fuerzas de campo y tensores eléctricos, las cuatro patas de la grúa se doblaron como las de una tarántula, y el monstruo se puso en pie. Uno de los tópteros del Konglomerado se puso a revolotear como una avispa en torno a ellos, pero Telémacus tocó otra palanca y el brazo articulado hizo un aspaviento, chocando contra el aparato volador y reventándolo en una nube de fuego.

—Bien, ahora agarraos. Nos metemos en las entrañas de la bestia —anunció el cazador, y llevó la grúa hasta el embudo central de la azotea que conectaba con el interior. Los demás enmudecieron de terror cuando se encontraron colgando de sus cinturones de seguridad, la carlinga inclinada hacia abajo casi noventa grados y la grúa trepando por la pared *interna* del edificio.

Los trabajadores de las centrales nucleares se quedaron de piedra al ver a aquel arácnido pintado de rojo trepando por la pared, sobre los sarcófagos del uranio y las barras refrigerantes. Los drones de vigilancia se acercaron a toda prisa, sus cañones ventrales preparados para disparar. Telémacus gritó:

—¡Atención, tenemos compañía! ¡Son demasiado pequeños para que los golpee con la grúa!

—Entonces lo haremos al viejo estilo —dijo Arthemis, y se asomó por la ventanilla de la carlinga, apuntando con su rifle. Volvió a ponerlo en modo dispersión, para que la descarga láser cubriera un área. El abanico de rayos tumbó a dos drones de golpe, pero aún quedaban siete. Bloush y Tsunavi también se sumaron a las prácticas de tiro, sus labios moviéndose como si masticaran, mientras el idor temblaba de miedo en una esquina.

—¡Esto es una locura! —gritó Logus. Demasiada violencia a su alrededor, más de la que podía soportar.

—Las locuras son las que resuelven el mundo, amigo —susurró Telémacus, muy concentrado en los mandos.

—No me llames así, tengo nombre. Me conocen como Logus Shugtra, alto psicocirujano deóntico del noveno círc…

—Encantado, Logus, yo soy Telémacus. Ahora necesito que te estés quietecito y en silencio para no distraerme, mientras busco… ¡ah, allí está! ¡Chicos, he localizado la caja fuerte de la Llave de Iridio!

Era un cubo de metal blanco que se deslizaba por un camino tridimensional de cuatro raíles, uno por vértice, y que en esos momentos se hallaba sobre uno de los sarcófagos de cemento. Telémacus manipuló los controles y la grúa dio un pequeño salto, cayendo cuan masiva era sobre las capas de hormigón de la central nuclear. Sus patas provocaron explosiones de polvo gris y más de un infarto entre los trabajadores que estaban mirando el espectáculo.

Telémacus esperó a que el cubo se desplazara hasta ellos y lo atrapó con el brazo de la grúa. Sus titánicas pinzas se cerraron y lo mantuvieron inmóvil mientras sus ruedas motorizadas empezaban a echar humo. La caja fuerte presionaba para seguir moviéndose, pero aquel dragón metálico no la dejaba.

Los drones de defensa ya habían sido derribados por los mercenarios, pero por el agujero del techo estaba entrando un tóptero que, manejado diestramente por un buen piloto, se movía con lentitud para no rozar las paredes con sus alas. Ese sí que era un enemigo a tener en cuenta, pues sus cañones podrían reducir la grúa a chatarra.

—Arthemis… —sugirió Telémacus, y esta entendió: rompió el cristal delantero de la carlinga y salió por allí, saltando encima del brazo articulado. Vista desde lejos era una figura diminuta que corría por encima de aquel puente hecho de vigas cruzadas de metal. De cuatro o cinco ágiles

saltos cayó sobre el cubo y se quedó en cuclillas.

—¿Qué está haciendo ahora? —preguntó Bloush.

—Accediendo al panel de control para abrir la caja fuerte. Chicos, ese tóptero se acerca, haced algo.

Logus estaba muerto de miedo, y tan perplejo que de haber tenido cara y labios, su sonrisa se le habría descolgado por fuera de la mandíbula, moviéndose como la de un camello, para contener los gritos. Asistió a una coreografía de destrucción como jamás pensó que vería en su vida, con aquel aparato volador que les disparaba ejecutando un giro alrededor de la grúa, la nube de chispazos y explosiones que su munición dejó en el cuerpo de esta, y las ráfagas de respuesta que Bloush y el propio Telémacus le devolvieron para cubrir a Arthemis el tiempo que necesitara.

Humanos, pensó; *cualquiera de ellos aceptaría la conclusión de que necesita estar loco para poder afrontar su sistema lógico de decisiones con buena cara, y luego se excusaría con una metáfora… La locura parece relacionarse con el triunfo merced a un equilibrio termodinámico.*

Arthemis, mientras tanto, se concentró en lo que estaba haciendo, dejando el resto del mundo fuera: abrió un panel, accedió a un teclado e ingresó la clave «Bilenio». Los controles, como barridos por un oleaje, se pusieron verdes y parpadearon. Una mucosidad amarilla brotó de la cerradura, expandiéndose como musgo por la trampilla de acceso. Los sonidos parecían alterados por un campo referencial, y no correspondían a los objetos de los que brotaban. Era muy raro.

Pero la puerta se abrió, y Arthemis soltó una exclamación de triunfo.

Saltó dentro para protegerse de los disparos del tóptero, que ahora se enfocaban en ella. Toda la cámara temblaba, pues seguía en sus trece intentando proseguir su camino por los raíles, pero la garra mecánica la tenía presa, y la mantenía inmóvil con su descomunal fuerza. Los engranajes echaban humo.

La imaginación de Arthemis llegó a su cénit mientras abría la compuerta, y se nutrió a sí misma en una especie de frenesí. Su cerebro no paraba de repasar los legendarios tesoros que podía contener aquella cámara, cotejándolos con las leyendas y la rumorología que hablaba de ellos. En esa clase de temas, la superstición superaba al conocimiento como moneda de uso en la cadena trófica de la que provenía ella. Sus ojos, henchidos de ambición, se redujeron a dos pupilas agonizantes en una noche de truenos.

Sin embargo, cuando sus pies tocaron el suelo de la cámara, toda ella,

todo lo que era Arthemis la cazadora, en su envés y su revés, se quedó rígida por la decepción.

Pues la caja fuerte estaba completamente vacía.

Allí no había tesoros legendarios, ni Llave de Iridio, ni siquiera dinero o materiales valiosos. Solo había una especie de neblina que, cuando ella entró, recogió elásticamente una onda y le devolvió su movimiento con un latido de corazón.

La mujer estaba al borde del infarto. ¿Qué cojones significaba aquello? ¿Qué tomadura de pelo era esta?

—¡Arthemis, sal de ahí, ya! —le gritó Telémacus por el intercom—. ¡No nos queda tiempo!

Sus balbuceos quisieron ser una N, aspiraron a una O, o tal vez una P… pero se quedaron en gemidos asfixiados. Tanteó las paredes en busca de alguna puerta secreta, un compartimento escondido, ¡lo que fuera! Pero lo que tanto su mirada como su tacto revelaban era que aquello no era más que un espacio vacío. Un engaño.

—¡¡Nooooo!! —chilló, haciendo que vibrara el micro de su casco.

—¿Qué ocurre? ¡Sal de ahí de una santa vez, hemos derribado al primero pero vienen más tópteros! ¿Qué rayos te pasa?

La mujer salió de la cámara, tan cansada que veía pálidos esbozos de alucinaciones. La decepción la había dejado extenuada física y mentalmente, pero pudo arrastrarse hasta la carlinga de la grúa.

—N… no había nada… Estaba vacía…

—¿No estaba la llave? —se asombró Telémacus, y no pudo evitar mirar al idor con furia. Este se comprimió más en su rincón como una criatura asustada, balbuceando:

—Yo… no tenía ni idea, no lo sabía… El Intérprete de los Muertos es el único con potestad para acceder a esa cámara… Yo no sabía, yo…

—Silencio. *Felbercap*. Está bien, tenemos que escapar. Esto se va a poner al rojo vivo en cualquier momento. —Telémacus miró las barras refrigerantes del reactor, que se estaban sobrecalentando. El error que Logus había inducido en el sistema estaba a punto de dar sus frutos, y serían de lo más divertidos—. ¡Venga, ya lo discutiremos luego! ¡Seguidme!

Saltó fuera de la carlinga, de ahí al sarcófago del reactor y, resbalando por una de sus aristas, cayó en una de las pasarelas de mantenimiento. El grupo le siguió a corta distancia, con Arthemis tan aturdida que ninguno de

sus movimientos parecía equilibrado o coherente. Bloush y Tsunavi estaban ayudándola a correr, mientras ella no cesaba de emitir frases sin sentido. Telémacus miró desesperado a su alrededor, buscando alguna manera de desplazarse que incluyera al idor y no le resultara demasiado difícil, hasta que vio acercarse una plataforma aerodeslizante pilotada por un obrero. Se lanzó al vacío, rezando por no haber calculado mal —si no, la caída hasta las lejanas máquinas del fondo del precipicio sería mortal—, y cayó justo sobre la plataforma cuando pasaba por debajo. Un puñetazo sacó de la ecuación al obrero, y le permitió tomar los mandos y acercar el ingenio volador a la pasarela.

—¡Todos arriba, esta es nuestra carroza!

Por el techo ya habían entrado dos tópteros más, sobrevolando la columna de humo del primero, al que los disparos de los cazadores habían hecho estrellarse contra un edificio. Después se acercaron a la grúa, y notaron el humo que surgía peligrosamente de la pila atómica. Fueron inteligentes y se apartaron un poco, mientras la horda de técnicos a sueldo de Bergkatse se movía intentando arreglar aquel desaguisado.

Telémacus descendió hasta la zona más baja del complejo, situada entre las orugas que movían la fortaleza. Allí estaban los aparcamientos para camiones y otros vehículos que habían visto al entrar. Tomó tierra.

—No sé qué ha pasado —le dijo a Arthemis con voz conciliadora—, pero no tenemos tiempo para más. Ya planearemos otro ataque. Al menos nos hemos cargado a ese tirano pringoso.

—P… pero la llave…

—Descubriremos lo que ha ocurrido, no te preocupes. Ahora necesito que cumplas tu parte del trato y me ayudes a conducir estos camiones. Bloush, tú y Tsunavi a un tercero. Logus, en el asiento del copiloto, conmigo.

Silencio. Después, unas palabras que brotaron muy lejos y desde un abismo muy profundo, en el interior del casco de Arthemis:

—De acuerdo…

Telémacus y Logus se montaron en el camión de cabeza, una bestia aeroflotante sin ruedas que parecía la máquina de una locomotora postindustrial. Arthemis se encargó del que le seguía y Bloush y Tsunavi del último. Cada camión tiraba de su propio tráiler, una larga caja también flotante con capacidad para llevar en su interior varias toneladas de mineral, o un buen montón de personas apretadas.

La huida fue igual de espectacular que la llegada al complejo, aunque

también más triste, pues se habían dejado atrás a bastantes compañeros, y todo para no haber conseguido nada. Al menos desde el punto de vista de Arthemis, pues Telémacus estaba más que satisfecho con los camiones, que eran lo que él había venido a buscar.

Mientras los conducían por la llanura, rumbo a la noche profunda, los retrovisores les mostraron una estampa sobrecogedora: la fortaleza móvil del drav se había detenido. Expulsaba humo por un montón de grietas y varias detonaciones fuertes abrían agujeros en sus paredes. Pero los técnicos de los reactores debieron hacer bien su trabajo, pues no hubo ningún hongo atómico. Seguramente sí muchas frentes sudorosas, y otros tantos corazones desbocados, pero ninguna explosión con forma de seta.

Telémacus sonrió: había veces en que la eficiencia profesional, incluso si era la del enemigo, era la cosa más bonita del mundo.

Los camiones se perdieron en la distancia, dejando atrás ese caos. La aventura, lo sabían bien, no había hecho más que comenzar.

En lo alto del palacio de Bergkatse, una puerta secreta se abrió y dejó pasar la figura del Intérprete de los Muertos, Padre Addar. Él, entre sus muchas capas, tenía una barrera especial contra la frustración que le servía para mantenerse tranquilo incluso en situaciones como aquella, de caos absoluto.

Las preguntas sobre cómo había podido pasar aquello y la búsqueda de culpables esperarían un poco. Ahora mismo tenía que asegurarse de que los ladrones no se habían llevado la llave de iridio, porque eso sí que sería el desastre absoluto. Su portentosa imaginación tendría que empezar a inventar métodos crueles de tortura *post facto*.

Se acercó al cuenco de reposo del drav y miró dentro. La visión de aquel cerebro gigante medio carbonizado, muerto, no le provocó la menor repulsa. Como cualquier otro esclavo del drav, odiaba a su antiguo amo, y si el sistema no hubiese estado montado para mantenerlo en el poder, él mismo lo habría incinerado hacía muchos años. En el fondo se alegraba de que otros le hubiesen robado semejante privilegio. ¡Un acto de conspicua insensibilidad!

Metió el brazo hasta el codo dentro de la masa carbonizada de Bergkatse, y tanteó hasta que lo encontró: un objeto metido dentro de una cápsula con forma de píldora. La extrajo, dejando un pegajoso montón de hilos de baba detrás, y la abrió. En su interior estaba la Llave de Iridio.

Estupendo, pensó con una sonrisa salvaje: quizás fuera hora de hacer lo que siempre había soñado y activar uno de los guardianes del pasado, uno de los hecatonquiros, y ver qué pasaba. Al fin y al cabo, nadie los había

visto en funcionamiento desde hacía generaciones, y las historias sobre sus capacidades destructivas sobrepasaban en creatividad a cualquier otro mito de Enómena.

Ya iba siendo hora de salir de dudas.

6. CAMIONES

LIÁNFAL

Llegaron a las afueras de la aldea un día después, tras recuperar el tóptero de Arthemis. Tenían que ir lentos porque era la velocidad a la que se movían los camiones, mucho más pausada que la de un vehículo volador. Pero nadie los persiguió: los esbirros de Bergkatse estaban demasiado ocupados en evitar un apocalipsis nuclear como para ocuparse de unos pocos camiones robados.

De todos modos, condujeron por los cañones más profundos de las montañas intentando pasar desapercibidos, por si los del Kon-glomerado cambiaban de opinión. Allí abajo, entre paredes corrugadas bañadas en una sedimentación fósil, las corrientes de aire los golpearon como una oleada de moho, un miasma sofocante compuesto de reacciones químicas puestas en marcha en la noche de los tiempos. La resplandeciente longitud de la Planicie Erutova tremoló por delante ellos, con su vegetación injuriosa y exuberante, haciéndoles sentir la fuerza del sol reflejada en aquella arena llena de cristales. Entonces pudieron pisar el acelerador. Los tres vehículos eran masivos, de más de quince metros de largo y casi cinco de altura, pero al no tener ruedas su colchón antigravitatorio les permitía sortear casi cualquier accidente del terreno. Telémacus pronto le cogió el truco a los mandos, y lideró la comitiva de vuelta a las tierras limítrofes con el mar cero-g.

Cuando llegaron, vieron alejarse en la distancia las naves de reclutamiento dravitas. Ya estarían cargadas de «voluntarios» reclutados a la fuerza en las ciudades y pueblos más grandes. Rezó porque no hubiesen encontrado las cavernas donde se refugiaba su gente, en la Barrera Ictiánida, porque significaría que los lumitas también viajarían ahora mismo encadenados en aquellas bodegas, y todo su esfuerzo habría sido en vano.

Respiró tranquilo cuando vio que unos resplandores salían de los alveolos del organismo de coral. Al principio nadie se asomó para recibirlos, cosa lógica porque de haberlos visto llegar a lo mejor habrían pensado que se trataba de vehículos del enemigo. Pero el cazador se bajó de

la carlinga del camión y agitó contento los brazos.

—¡Eh, salid, somos nosotros! ¡Hemos vuelto! ¡Vala!

Su esposa y su hijo Veldram fueron los primeros en asomarse. Los siguió la *místar* Liánfal, que miró los camiones con euforia, como si fueran un regalo del cielo. Poco a poco, con cuenta gotas, fueron asomando la nariz el resto de los miembros de la tribu.

Vala se lanzó al cuello de su marido en un abrazo constrictor.

—¡Estás vivo! —gimió.

—Claro que sí. ¿Acaso esperabas otra cosa? —sonrió él, medio asfixiado.

Ella lo amenazó con un dedo.

—No te pego ahora mismo una buena tunda porque tienes puesta la armadura. Pero espérate a esta noche…

—¡Uauh, papá! —se asombró Veldram, observando las moles de los camiones. El tóptero estaba posado sobre la caja de uno de ellos, el que conducía Arthemis, con las alas plegadas—. ¡Son enormes! ¿De dónde los has sacado?

—Del Kon-glomerado, ya no los necesitarán. Pero tenemos que ponernos en marcha rápido, antes de que vuelvan los reclutadores. La cosa acaba de ponerse más fea que antes.

—¿Por qué? —Vala arrugó el entrecejo, esperándose cualquier cosa de su marido—. ¿Qué habéis hecho?

Telémacus puso cara de no haber roto un plato. La típica expresión del niño que prepara el terreno antes de meter los dedos en la tarta.

—¿Nosotros? Nada grave… Bueno, liquidamos al drav Bergkatse, pero aparte de eso, nada más. A partir de hoy, los Raccolys y los Bergkatse pueden considerarse, ambos clanes, huérfanos.

Las cejas de Vala salieron repelidas de sus párpados.

—¿Que habéis hecho… *qué?*

Liánfal se le acercó.

—Telémacus, tenemos que hablar. En privado.

Se alejaron un momento de los demás mientras la gente del pueblo se arracimaba en torno a los vehículos, y Arthemis y sus secuaces les pedían unas cuantas cosas básicas, sobre todo beber y comer. A pesar de que los mercenarios mantenían su actitud profesional de odio hacia todo y todos impresa en sus gestos, los más viejos del lugar los atendían con gusto,

ávidos de chismes y noticias, y ceceaban a través de sus desnudas encías pidiéndoles que les contaran cuantos más detalles mejor.

La *místar* puso cara de preocupación.

—¿Qué ocurre, Liánfal? ¿Algo va mal?

La mujer se frotó la frente sudorosa. La llevaba más alta cada año, pero no tenía problemas con eso mientras tuviera el pelo largo por detrás. Una frente amplia era signo de amplios pensamientos.

—Las reliquias han tenido periodos de actividad muy acusados. Han vuelto a activarse.

—¿En serio? ¿Has detectado algún patrón?

Ella bajó la voz y se alejó aún más de la masa de gente.

—Al principio no sabía a qué venía aquello, qué era lo que disparaba esa reacción. Había periodos, breves pero intensos, en que las reliquias parecían volverse locas, emitiendo una especie de temblor electrónico y un ruido extrañísimo. Luego la cosa se calmaba, y no volvía a dispararse hasta el día siguiente. —La mujer afiló los ojos. Parecía una maestra empeñada en descifrar la picuda caligrafía de un niño que acaba de entregarle un trabajo—. Busqué patrones, cualquier cosa que pudiera disparar esa reacción, pero se me escapaban. Hasta que esta mañana salí a tomar el aire, porque ya no podía soportar más estar encerrada en esas malditas cuevas, y alcé los ojos al cielo. Y lo vi.

—¿El qué? —preguntó Telémacus, intrigado. Ella apuntó con un dedo al horizonte, donde algo estaba a punto de desaparecer al otro lado del difuso arrecife de nubes.

—Eso.

Eran casi visibles en la distancia. El hombre supo a qué se estaba refiriendo: a los cinco puntitos luminosos del Carro de Diamantes, que recorrían el firmamento en fila india con una cadencia regular y eterna, sin desviarse. Cuarenta y cinco grados de cielo a la izquierda, Rigolastra era una gran perla azul en la inmensidad; parecía flotar entre capas de luz prismática: orquídea, turquesa, verde pálido. Pero no les robaba su brillo a los objetos del Carro.

—¿Quieres decir que cuando pasaron por encima de esta zona del mundo…?

—Las reliquias se volvieron locas, sí —confirmó Liánfal. Un tic nervioso sacudió su ojo izquierdo con un furioso parpadeo. Parecía un poco más vieja que la última vez que la había visto, pensó Telémacus: una mujer

no demasiado robusta pero cuya carne temblaba en algún lugar entre grasa y músculo, dándole un aspecto de mecanismo improvisado, de ser vivo ensamblado en laboratorio. Además, sus costumbres le intrigaban. Había días en que la sola visión de la *místar* resultaba inquietante—. Tú sabes lo que son, Telémacus; de dónde provienen. La tecnología de los Antiguos reacciona ante la presencia de otra tecnología similar.

Sí, y he oído muchos cuentos de hadas, pensó el hombre. *Como que había naves tan grandes, y pensadas para realizar trayectos tan largos entre planetas, que disponían de un control climático interno que iba adaptando progresivamente las condiciones de vida a bordo para que, cuando llegaran, coincidieran con la biosfera del planeta de destino, y sus pasajeros estuvieran totalmente adaptados. ¿Verdad o leyenda?*

—Vale, pero… ¿por qué ahora? ¿Qué las ha activado, después de tantas décadas?

—Si supiera eso, cariño, no solo lideraría esta pequeña comunidad, sino a todos los grupos de estudiosos de reliquias del mundo. Es hora de que nos preocupemos por problemas más acuciantes, como nuestra supervivencia. ¿Cabremos todos ahí? —Señaló los camiones.

—Seguro que sí. Están vacíos y los remolques son muy grandes. Lo que tenemos que discutir es adónde iremos a partir de aquí.

—Creía que íbamos a atravesar el mar cero-g. Pero para eso se necesitan barcos, no camiones.

—Ese era el plan inicial, pero Arthemis… la del casco que parece metal líquido… me propuso una idea distinta. El mar estará vigilado por las barcazas de los dravitas, que nos atacarán en cuanto nos vean. Nuestros barcos de pesca son lentos y pesados, no podrían escapar jamás de esos tiburones.

Liánfal arqueó una ceja.

—¿Cuál es el plan B, entonces?

—Ir en dirección contraria, hacia las planicies del interior del continente. Al desierto profundo. —Telémacus se acodó en una piedra coralina mirando el Yermo de Bering, que parecía tan amenazador como eterno—. Sé lo que me vas a decir, que es una locura. Que solo se internan en él los buscadores de reliquias y de antigua tecno. Pero es cierto que si logramos cruzarlo, los dravitas desaparecerán de nuestras vidas.

La *místar* lo miró fijamente durante un minuto. Casi se podían ver las descargas estroboscópicas de su cerebro al bullir atravesando la piel. Como mujer inteligente que era estaba sopesando los pros y los contras de

semejante plan, y sobre todo el riesgo para su pueblo. Pero debió sacar las mismas conclusiones que él, porque dijo, resignada:

—Si vamos a hacerlo, que no sea en una dirección al azar.

—¿A qué te refieres?

—A que ya que nos movemos hacia el este, podríamos aprovechar el viaje para matar dos pájaros de un tiro.

—Las reliquias —entendió Telémacus.

—Sí. Una vez oí una leyenda de buscadores del desierto que hablaba sobre una antiquísima estación desde la que antaño despegaban naves orbitales, un lugar llamado Ofiuchi 2, «el lugar sobre el que no hay dos historias que coincidan». Dicen que estaba en algún lugar del Yermo, más allá del desierto de las gemas y de las estepas de fuego, allá donde el enorme Hilo se alza hasta el cielo. Si nos dirigimos hacia allí y la encontramos, puede que además de huir de los dravitas hallemos una forma de descifrar el misterio de las reliquias. Por qué se han puesto en funcionamiento y para qué.

—Hacia el Hilo… Me parece una estupenda idea, Liánfal. Además, tenemos conductores expertos. —Miró al grupo de mercenarios, que estaba degustando un plato autóctono que les habían preparado sobre la marcha los ancianos: bayas de junco espolvoreadas con motitas verdes y una especie de gulash salado, con su característico sabor a humedad. No es que tuviera pinta de estar muy bueno, pero el hambre lo excusaba todo.

—No me gusta que te codees con esa clase de gente, amigo mío. El único principio rector de su existencia es el odio.

—Todos somos mecanismos de un odio abstracto, Liánfal. Engranajes, la mayor parte de las veces, de un odio ajeno. ¿Por qué nos siguen afectando esta clase de emociones tan primarias? Pues por su íntima asociación primitiva con las costumbres humanas, que nos vuelven vulnerables a emociones básicas como el amor, el odio o la desesperanza. Vaya, qué tonto suena esto si lo dices en voz alta. —Se ciñó otra vez su casco—. ¿Se lo dices tú al pueblo o se lo digo yo?

—{Mejor que lo haga yo} —suspiró la mujer, pasando al inframatemático para evitar oídos indeseados—. (Así parecerá)^3 más oficial. Pero te advierto= que no [les va a gustar]/2. Vamos a tener %muchas voces$ en contra.

—{En cuanto piensen}=0 en las barcazas de [esclavistas]:sub:*2* de los dravitas, verás cómo /se les pasa/ el (miedo):sup:*3*, no te preocupes. Este enunciado {conlleva} una paradoja, pues no vamos a [permitir que las

vean]*, quieran ellos o no. Ah, por cierto… —La detuvo antes de que subiera al punto más elevado del coral para lanzar su arenga a la población —. Dentro del camión hay un idor. Es médico, y se nos unió cuando le permitimos escapar del palacio de Bergkatse. Le pedí que se mantuviera oculto para que no asustara a la gente. Pero es necesario que nuestros vecinos comprendan que es un amigo, y que su ayuda será muy valiosa durante el viaje.

—{¡Un idor!} Hace ≥muchos años que no veo a ⅜uno. Está bien, incluiré ∫eso en mi √(discurso).

Liánfal trepó hasta el punto más alto de aquella circunvolución del organismo coralino, y lanzó tres veces la llamada para convocar a su pueblo. Los lumitas se apelotonaron en las terrazas inferiores, dispuestos a escuchar lo que tuviera que decir. Ella les habló del peligro inminente que representaban los dravitas, y de por qué la ruta del oeste no era segura. La gente murmuró en voz baja, a sabiendas de los horrores que podía ocultar la ruta del este, la del Yermo, pero comprendieron la sabiduría que había en las palabras de la *místar*. Aún estaban muy afectados por el instintivo y ubicuo velo de la opresión, de la inercia llena de terrores de la civilización de Enómena. Y no querían que sus hijos vivieran para siempre a la sombra de aquellos monstruos que podían montar guerras entre sí sin el menor motivo. Así que accedieron a subirse a los camiones, y a poner su futuro en manos de aquellos conductores expertos y de sus dioses. Incluso el jefe del consejo de ancianos, un hombre con un melancólico bigote azul que le censuraba el labio superior, asintió dando su aprobación.

Telémacus se acercó a Arthemis, que junto a Bloush y Tsunavi formaban un pequeño corrillo apartado de los demás.

—Ha llegado la hora. Nos marchamos para siempre de este lugar. ¿Cumplirás tu parte del trato, Arthemis?

La cazadora se bajó el casco —lo tenía alzado hasta la nariz para comer— y enfocó con su superficie cromada la cara de Telémacus. Bloush y Tsunavi apuraron sus cuencos de comida a lametones, y exigieron más.

—La verdad es que no lo sé, Telémacus, cariño… El código es el código, pero lo cierto es que nuestro trato fue que tú me ayudarías a sacar de la fortaleza la Llave de Iridio, y no ha sido así.

—No estaba donde se suponía que debía estar.

—No es mi problema. El trato era que te acompañaría en tu loco viaje a la muerte conduciendo un camión si me quedaba con la llave como premio. ¿Tú la ves por aquí? Yo no.

Telémacus dejó escapar un largo suspiro. En el fondo, la mujer tenía razón: no era culpa suya, pero el hecho crudo era que no habían conseguido robar el tesoro que buscaban. Así pues, ¿con qué autoridad podía pedirle que cumpliera con su parte? En todo caso, Arthemis podía comprometerse a intentarlo, no a hacerlo, pues eso era lo que Telémacus le había dado en retribución: un intento.

Hizo un gesto de cortesía como indicando que cada uno debía sobrellevar su propia carga en la vida.

—Tienes razón, y no voy a tratar de convencerte de lo contrario. Al menos lo intenté, y me jugué la vida entrando en el palacio del drav por ti, aunque al final no sirviera para nada.

—Vamos, compañero, no te me pongas sentimental… —Sus ojos se volvieron inquisitivos, tan carentes de interés como dos agujeros de bala en la pared—. No quiero chantajearte.

—Pero yo sí que quiero chantajearte a ti, por eso he sacado el tema. Estoy al tanto de que albergas razones de peso para aumentar el precio de tus servicios si intento cerrar contigo un nuevo trato. —Ante estas palabras, Arthemis hizo dos gestos diferentes con las manos, en direcciones opuestas, para simbolizar una detención en la rueda del destino. Pero Telémacus continuó—: Sin embargo, voy a darte unas cuantas razones de peso por las cuales ni a ti ni a tus hombres os interesa volver al templo de las Nueve Verdades. —Se refería al nombre popular que recibía el palacio del drav Raccolys, donde Arthemis tenía su casa—. Para empezar, la guerra es inminente entre los dos clanes, el de Raccolys y el de Bergkatse. Y más ahora que ambos han sido decapitados. La lucha por el poder de los Intérpretes de los Muertos va a ser un baño de sangre. ¿U os creéis que Kar N'Kal, o su homólogo en el otro bando, se van a quedar de brazos cruzados esperando a que un tercero se siente en el trono? La guerra que se aproxima no será de venganza, sino de sucesión.

»El siguiente punto es obvio: cada bando reclutará a todos los cazarrecompensas que tenga a mano para usarlos como fuerzas de choque. La gente de nuestro gremio está marcada, lo sepa o no. ¿Vas a combatir por amor al arte, Arthemis, tú que no vas ni al baño sin exigir una recompensa? Si hay algo que va en contra de tus principios es luchar a cambio de nada, o mejor dicho, a cambio de esa moneda tan escasamente respaldada llamada lealtad.

Supo que Arthemis estaba sonriendo por la posición de su cabeza.

—…Y llegó el momento en el que nuestros besos no tuvieron sentido, y tu rostro se volvió terso y oscuro, loco y ávido de sangre, como una luna

roja de invierno —recitó, recordando los versos de un poeta pre-Apagón.

—No te burles, que hablo en serio —se enfadó Telémacus. Miró también a los otros, que se reían por lo bajo con un aire de psicopatía reprimida, Bloush con su esfínter central en medio de la cara y sus globos oculares sobre los hombros, y Tsunavi con su peinado *punk* hecho de cuchillas y sus colmillos de vampiro—. Si vuelves te espera el trabajar a cambio de nada, lo que para ti seguro que es peor que la muerte. Si te atreves a pedirles un sueldo a cambio de tu participación en la guerra, se inventarán veinte leyes patrióticas con las que justificar su tacañería y luego arrojarán tu cadáver a los barrancos ardientes de Devianys. Si vienes conmigo, nadie sabe lo que nos espera en el Yermo de Bering, pero te puedo garantizar que todas las reliquias que encuentres serán para ti. Y allí no te alcanzará la sed de venganza de Kar N'Kal ni la de su rival, Padre Addar.

—Eres bueno con las palabras, Telémacus. Tal vez incluso mejor que con las pistolas. —Acarició su rifle provisto de arpón-cohete. Al final no tuvo que usarlo para escapar durante el asalto a la fortaleza móvil, pero no dudaba de que aquel ingenio terminaría salvándole la vida.

—Ya sabemos que, de toda la vida, las palabras han infligido mucho más daño que las pistolas.

Arthemis hizo un gesto complementario al anterior, como que la rueda del destino se ponía otra vez en marcha. Y le pidió que se apartase para hablar a solas con sus sicarios. Telémacus les concedió ese tiempo mientras veía cómo el pueblo lumita preparaba las cosas para la segunda parte de su éxodo. Empezaron a amontonar sus enseres junto a los camiones, cada cual eligiendo un poco al azar dónde quería subirse. Se trataba de bienes de primera necesidad, pero había algunos cuya justificación era puramente cultural, como aquellos instrumentos musicales llamados ergoros —una especie de curiosidad histórica algo embarazosa que conjuraba implausibles imágenes de una prehistoria que en realidad nunca había tenido lugar—, o los ropajes ceremoniales para la fiesta de la antigravedad, en la que los bailarines acababan su danza lanzándose al mar cero-g, el cual les levantaba los faldones para que parecieran nenúfares humanos giratorios.

Arthemis le hizo un gesto con la mano para que volviera a acercarse.

—Está bien, hombretón, iremos los tres contigo. No nos gusta nada la idea de combatir gratis en una guerra que ni nos va ni nos viene —le dijo —. Pero he aquí lo que pedimos a cambio: el derecho de revisar primero cualquier amonto de tecnología antigua que encontremos y hacer una criba para nosotros, después de la cual, de lo que sobre, podrás quedarte tú con lo

que quieras. Y esto incluye todo lo referente a la antigua tecno, desde vehículos a objetos personales, armas, motores que aún funcionen o pedazos de menteplástico que puedan contener datos grabados. *Todo*.

Arthemis no le dijo en ningún momento que había sido ella quien habló a favor de la guerra cuando trajo las cabezas cortadas de Darok, Ursa y Qamleq a la primera reunión con Kar N'Kal, pues en aquel momento luchar le parecía una perspectiva agradable. Pero había cambiado de opinión tras incinerar a Bergkatse: seguro que su propia cabeza tenía ahora un valor tan alto que tentaría incluso a sus compañeros Bloush y Tsunavi. Era mejor no regresar hasta que los clanes no resolvieran su guerra, y las antiguas rencillas ya no importaran.

Telémacus la miró con aire de suficiencia.

—Debería daros vergüenza exigir tanto solo por conducir unos camiones llenos de gente.

—Nos la da, tío, en serio —sonrió Tsunavi, dedicándole unos pucheros de osito de peluche. Era un gesto que prodigaba en exceso teniendo en cuenta que siempre que lo hacía, lo acompañaba con aquella mirada caníbal. *Seguro que hasta duermes con esa sonrisa maquiavélica puesta*, pensó el cazador.

Telémacus frunció las comisuras de la boca en una especie de sonrisa invertida, pero accedió. Sellaron el trato de palabra —práctica habitual en el gremio, sobre todo cuando había testigos— y les asignó un camión a cada uno. Él conduciría el más grande, el que iría en cabeza, Arthemis iría en el segundo con el idor, y Bloush y Tsunavi cerrarían la marcha. Los tres estarían en contacto permanente por radio, pero Telémacus se aseguró de que los otros entendían que allí solo había una voz de mando, y que era la suya.

—¡Atrapa eso! —le previno Arthemis, lanzándole un bol de bayas de junco en una parábola alta, que Telémacus atrapó al vuelo, aunque a costa de pringarse los dedos—. ¿Lo ves? Esta es la moraleja que hemos aprendido hoy: que a veces, aunque hagas lo correcto, terminas manchado de algo asqueroso.

—¿Siempre hablas en epigramas, amiga?

—Solo cuando tengo algo importante que decir, colega.

VELDRAM

Cuando los camiones se pusieron en movimiento, fue como si el

mundo entero temblase con la vibración de los grandes cambios. El terremoto que hacía las veces de música de fondo para los éxodos de los pueblos era allí un rumor de motores, de suspensores gravíticos, de toberas de empuje. Los camiones cero-g se levantaron sobre sus colchones antigravitatorios y aceleraron rumbo al este, alejándose de las rocosas formaciones coralinas de la Barrera Ictiánida, y de la tierra que hasta ese momento los lumitas habían llamado hogar.

Junto a los tres monstruos sin ruedas había otros vehículos más pequeños, esquifes aeroflotantes que habían descubierto dentro de uno de los remolques. Su manejo era parecido al de las barcazas de la tribu, por lo que no les costó encontrar voluntarios que los manejasen. Telémacus se alegró de tenerlos, pues si los camiones eran los elefantes, esos harían de caballos para adelantarse a explorar y llevar a cabo labores más apropiadas de un heraldo rápido y ligero.

En la cabina del primer camión viajaba Veldram, sentado en un sillón tan largo como un sofá en el que cabían el conductor y hasta tres acompañantes. Era curioso que el diseño no incluyera un sillón separado para cada uno, sino uno solo y muy largo. Su padre estaba a su izquierda, manejando el extraño volante con forma de esfera que no estaba unida a ningún eje, sino que flotaba en un campo electromagnético. A su derecha tenía a su madre, que observaba por la ventana el horizonte con una mirada donde cabían diez dudas por cada certeza.

Vala estaba preocupada por el futuro de su familia, y después por el de la tribu. Por ese orden. Como cualquier grupo de refugiados en época de guerra, su tiempo horizonte era el día siguiente: sobrevivir a las próximas veintidós horas —la duración del día en Enómena— era el desafío a batir. Ya no hablaban ni siquiera de semanas, y mucho menos de meses. El día a día era su desafío. Y no era una prueba fácil.

Veldram, sin embargo, estaba muy emocionado con todo lo que estaba ocurriendo: el estrés del movimiento masivo de gente; la repentina certeza de que su padre era una especie de gran guerrero, capaz de enfrentarse a los dravs y sobrevivir, y un héroe para la tribu… eran sensaciones nuevas y adrenalínicas. El lumita era un pueblo con pocos miembros, de ahí que cupieran todos en aquellos camiones que parecían colosos levitadores… Algunos habían tenido que amontonarse en el techo de los remolques, pues se habían quedado sin sitio dentro, pero había quien lo prefería a la sensación de claustrofobia que imperaba en el interior. Habría que ver si seguían opinando igual cuando empezara a llover a cántaros, pensó el adolescente con una sonrisa.

—¿Adónde vamos, papá? El Yermo de Bering es enorme, y dicen que está lleno de monstruos.

Su padre le dedicó una mirada de reproche, del estilo de «No asustes más a tu madre, anda, que ya tiene suficiente», pero le respondió con franqueza.

—El desierto profundo sí es así, pero hay ciertos enclaves que los buscadores de antigua tecno suelen usar como paradas. El más cercano es uno que se llama Oasis de N'Alask. Está muy cerca de uno de los barrancos siempre ardientes. Esa será nuestra primera escala.

Veldram apenas logró disimular la emoción. Siempre había escuchado historias sobre los barrancos donde ardían desde hacía siglos las ciudades y los restos de la antigua civilización, en un fuego que jamás se consumía, y desde niño había querido verlos. Aquel viaje seguro que estaría lleno de tropiezos y peligros, pero también estaría trufado de maravillas. Pasándose la vida siendo un simple pescador del mar cero-g seguro que nunca las habría visto. Casi le dio gracias a la guerra por haber hecho que su sedentaria y aburrida tribu tuviera que moverse.

Telémacus observó las colinas suaves que se veían en la distancia. Pronto anochecería, y a ese paisaje le sentaba bien la oscuridad. Hacía parecer sus accidentes menos peligrosos, menos depredadores. Pero solo era una ilusión. Uno de los motivos por los que había insistido en que vinieran los mercenarios era que sabían disparar, además de por su habilidad como conductores. Tenerlos allí era como si los dioses les hubiesen enviado su salvación personal en sobres separados, uno por cada camión.

—Pareces preocupado —dijo Vala. Y matizó—: Más de lo que requiere la situación.

—Estoy bien. Todo está saliendo como esperaba.

—¿Crees que nos perseguirá? Padre Addar, me refiero.

—Seguro que sí, al menos durante los primeros días. Pero confío en que pierda el interés una vez hayamos dejado atrás los barrancos. La sed de venganza es un motor poderoso, pero para un Intérprete de los Muertos hay algo mucho más fuerte: su sentido práctico. No arriesgará hombres en vano en nuestra persecución, ahora que los necesita para enfrentarse al clan Raccolys.

—Pareces muy seguro.

—Mi seguridad sobre cualquier cosa, ahora mismo, no pasa de la etiqueta de «razonable». De todos modos —añadió con una sonrisa—,

estamos en el séptimo año del Catorceavo Latido, si hay que hacerle caso a Liánfal y su calendario basado en las fases místicas de Dumbara, la presea de los amantes. Según la profecía, este iba a ser un año de cambios. —Miró por el retrovisor a los otros camiones, que se habían puesto en fila detrás de él—. No hay duda de que los profetas eran unos ases.

—¡Y menudos cambios! —sonrió Veldram, que no supo interpretar si su padre estaba siendo sincero o irónico. Recordaba las canciones que oyó cantar una vez a los jóvenes de Tájamork, en el transcurso de una fiesta popular: no eran bellas melodías ancestrales, sino que dependían de la ferocidad de sus voces y del caos de sus instrumentos para transmitir su mensaje. Los versos hablaban de un final que estaba peligrosamente cerca, aunque nadie supiera cuál era ni quién lo llevaría a cabo.

Vala volvió a perder la vista en la distancia.

El primer día transcurrió sin problemas. Los camiones se portaban bien: habían sido diseñados para transportar cargas mucho más pesadas que una tribu humana con todas sus pertenencias, y tenían combustible de sobra. El optimismo se apoderó de Telémacus, aunque intentó mantenerlo a raya todo lo que pudo. Era una emoción peligrosa.

En un momento determinado en que Vala se había quedado dormida, apoyada en la ventanilla, Veldram le preguntó:

—¿Cómo será la vida allá donde vamos?

Telémacus se lo pensó. La verdad era que no se lo había planteado.

—Pues… no lo sé. Supongo que distinta a la que hemos llevado hasta ahora, porque será en un lugar diferente, pero al mismo tiempo muy parecida. La gente que sabe desempeñar un oficio seguirá practicándolo: los que cazan, cazarán, los que construyen, construirán, y los que entretienen, entretendrán. Supongo que nuestro estilo de vida seguirá siendo muy parecido, aunque el escenario sea otro.

—Ah —dijo, un poco decepcionado. Era un «Ah» que tenía valor de «Uf», en sentido peyorativo, porque como cualquier adolescente aburrido, esperaba que este cambio llevara a una vida de aventuras como la que seguramente había disfrutado su padre cuando era joven. Saber que al otro lado del éxodo no le esperaban más que las mismas rutinas de siempre, solo que adaptadas a otro paisaje, no le entusiasmaba.

—¿No te agrada la idea de seguir viviendo en paz con nuestras tradiciones?

—No es eso, papá, es que… Tú tienes un pasado, y has llegado hasta aquí. Yo no he vivido ni una fracción de las cosas por las que tú has tenido

que pasar. Me gustaría tener la oportunidad de experimentar algo así antes de hacerme tan viejo como para que me apetezca que llegue la siguiente fiesta del cefalópodo, eso es todo.

Telémacus le lanzó una mirada de reojo. Algún día tenía que llegar esta conversación, la de la madurez y lo que ello implicaba, junto con sus expectativas de futuro… pero le había pillado un poco a contramano. Estaba claro que su chico ya no era aquel niño que se fabricaba bigotes de leche cada ver que sorbía ruidosamente de un cuenco, pero tampoco era del todo un hombre.

—He tenido una existencia violenta, Veldram, no aventurera. Hay una diferencia entre ambos conceptos. No es algo que desee para ti.

—Pero has viajado. Has luchado, has visto mundo. ¡Eres un héroe!

Su padre sacudió la cabeza.

—¿Qué te gustaría ser de mayor, Veldram? Sé sincero.

—Cazarrecompensas.

—No sabes lo que estás pidiendo —bufó su padre, sin disimular una nota de sorpresa—. La vida de un cazador es peligrosa y, sobre todo, dolorosa. A mí me han herido muchas veces, a pesar de la armadura, y todas y cada una de ellas ha dolido como el infierno. Una vez, un disparo láser casi estuvo a punto de amputarme una pierna; por fortuna, quedó colgada de los ligamentos y del hueso por dentro de la pernera, y pude arrastrarme hasta un hospital para que volvieran a soldármela. Cargué con mi propia pierna como si fuera un fardo dentro de la armadura durante cinco kilómetros, y te puedo asegurar que fue la agonía más pura que jamás ha soportado un ser humano. ¿Quieres esa clase de vida para ti?

El joven dudó. Nunca le habían contado esa clase de historias. Los relatos sobre cazarrecompensas que había oído en forma de canciones o cuentos nombraban siempre la parte bonita y heroica de las misiones, cómo llegaban y atrapaban a los malos y se llevaban el dinero y la gloria. Nunca incluían matices sobre piernas amputadas y kilómetros de agonía a través del fango.

La moraleja era obvia: en algún momento de sus vidas todas las personas tenían que huir aunque fuese una sola vez, para aprender que la vida no es un cuento de hadas con final feliz; que los frutos de la tierra hay que ganárselos y no vienen dados por hecho; que las desgracias no son solo algo que les ocurre a los demás. La felicidad, como cualquier otro premio, había que ganársela. Para madurar del todo, un hombre tenía que pasar por todos los estadios intermedios de esa gesta.

—Pues… no, no me gustaría que me pasara eso, la verdad —admitió el joven, con sincero respeto ante el guante lanzado por su viejo—. Pero… no sé, todos necesitamos un modelo al que aspirar, mamá me lo ha dicho muchas veces. Y tú eres el mío. Quiero ser como tú. ¿Qué tiene eso de malo?

—Espero ser un modelo para ti en muchos otros aspectos que no tengan que ver con la violencia, hijo. Puedes copiar de mí eso tan difícil de aprehender que llamamos integridad, y que un hombre tiene o no tiene, pero que no es capaz de encontrarla en ningún lugar fuera de sí mismo. O mi capacidad de amar a tu madre y hacer por ella todo lo que sea necesario, por duro que resulte. Parámetros que, para mí, definen mejor a un buen hombre de lo que jamás hará su capacidad para disparar un rifle.

—Es cierto, pero hay una dimensión en ti a la que nadie puede acceder si no es por la vía de poner su vida en peligro y sentir la muerte soplándote en la nuca. Es una manera de sentirse vivo que ningún otro oficio, ya sea pescador, curtidor o boticario, te dará jamás.

—Ya, pero… ¿te acuerdas de cuando nos enfrentamos a la barcaza ceremonial del Intérprete de los Muertos y la hundimos?

Veldram abrió los ojos con pasión.

—¡Fue alucinante! —Casi deletreó la palabra—. ¡Éramos solo dos, y desarmados, contra toda una barcaza llena de soldados! ¡Y la hundimos! ¡Les vencimos con lo poco que teníamos! ¿Me vas a decir, después de eso, que no eres un héroe?

La voz de Telémacus se volvió áspera como el pedernal.

—Es cierto que les vencimos… pero aquel día murió mucha gente, hijo. Personas inocentes. Aquella barcaza no solo llevaba dentro a los asesinos del drav; también a mucha gente que cumplía funciones de apoyo, como limpiadores, trabajadores de calderas, técnicos, navegantes, mecánicos, y quién sabe cuántos esclavos en labores de intendencia, cocina o prostitución. ¿Los salvamos a ellos? ¿Les dimos la oportunidad de escapar de sus amos y ponerse a salvo? No, también los condenamos a que la bestia Romy los devorara o a morir en la explosión de las calderas. —Sacudió el mentón—. No, hijo, aquel día no fuimos héroes, ni tú ni yo. Fuimos simplemente dos pescadores que tuvieron la suerte de sobrevivir a un ataque que no provocamos, sino en el que nos vimos envueltos. Piensa en ello, en todas las personas que aquel día no volvieron a sus casas, antes de vanagloriarte por haber tenido la culpa.

La cara de Veldram se quedó congelada como un instrumento desprovisto de todo contenido útil. Se quedó pensativo mirando al paisaje

que venía hacia ellos con cadenciosa rapidez. Por el momento se guardó sus conclusiones; ya habría tiempo de hacer partícipe de ellas a su padre, si es que se dignaba a contárselas.

Cuando anocheció, uno de los tres esquifes se les situó junto a la puerta del conductor, y Liánfal, que iba de pasajera, les gritó:

—¡La gente está cansada, necesita parar!

—Ahí delante veo una floración rocosa —dijo Telémacus—. Servirá para que pasemos la noche. Diles que nos detendremos en breve.

Ella asintió y le tocó al conductor del esquife en el hombro para que frenara. Desaparecieron por el retrovisor para comunicar la orden a los demás vehículos. Telémacus no quería usar la radio todavía, por si acaso los estaban rastreando.

Se acercó al afloramiento rocoso y detuvo el camión. Arthemis y Bloush hicieron lo mismo. A pesar de que la mayor parte del trayecto lo habían hecho con el navegador automático puesto —la IA de cada camión se encargaba de manejarlo, salvo cuando el conductor quería hacer algún giro o maniobra que se saliera de lo normal—, y que las cabinas eran amplias y cómodas, estar tantas horas allí sentados pendientes de los parámetros de la conducción cansaba. Necesitaban estirar un poco las piernas.

Cuando se bajó y estiró hacia atrás la espalda, doblándola, se quedó boquiabierto mirando al cielo, un rosario de estrellas sin luna. Su mujer siguió su mirada, extrañada, y lo vio también. Hubo una llamarada blanca en el firmamento de tal intensidad y precisión que la sorpresa de su contemplación dejó paralizada a media tribu.

Vala se fue a avisar a Liánfal. Veldram, que acababa de bajarse de la cabina y no había sido testigo de nada, se acercó a su padre y lo vio allí plantado, con la vista fija en el firmamento y con cara de haber presenciado un fenómeno que no tenía explicación.

—¿Qué pasa, papá? ¿Estás mirando esa estrella? ¿Qué tiene de raro?

Había un punto especialmente luminoso en el cielo sin nubes, cierto, pero el joven no entendía por qué le llamaba tanto la atención. Ni a él ni a los demás que ya estaban fuera.

Su padre lo miró.

—Porque no es una estrella, hijo. Son los cinco diamantes del Carro. Se acaban de fusionar en uno solo.

Tecnómadas: Segunda parte - Interludio, Capítulos 7, 8

Víctor Conde

SEGUNDA PARTE: HUÍDA HACIA LA NADA

INTERLUDIO: LA CANCIÓN DEL SILENCIO *(reprise)*

La nave tardó lo que más o menos había previsto —esto es, un par de siglos— en completar su viaje hasta la estrella de la que había recibido respuesta a su señal de leptones. Las ecuaciones de tránsito no tenían solución más allá de eso. Había llegado lo más lejos que podía gracias a la física formal.

Lo que más le intrigaba era por qué, si sabían que estaba allí y cuáles eran sus condiciones, nadie había venido a buscarla. Por qué no habían mandado una nave rápida a rescatarla, si en el mensaje codificado que les envió les brindaba las coordenadas donde se había producido el desastre y la trayectoria que había seguido. Nadie había aparecido por allí en dos siglos. No se habían puesto en contacto con ella ni siquiera para recabar datos o darle órdenes. El *ping* que recibía de respuesta era automático, como si no hubiera ningún ser humano en el origen, ni ninguna cognoscitiva. Pero era el único faro de tecnología en muchos años luz, por lo que la pequeña nave no varió su rumbo. Ya averiguaría lo que estaba pasando cuando llegara.



Ilustración: Pedro Bel

Los últimos años luz tuvo que recorrerlos a velocidad infralumínica, por eso tardó tanto. Cuando llegó a los aledaños del sistema vio que se trataba del clásico binomio estelar con su cohorte de planetas: una estrella amarilla con un compañero diminuto de órbita muy excéntrica, que cada vez que la visitaba apuñalaba su cinturón radiactivo, desatando una fiesta nupcial de electromagnetismo y fantasía. La alineación y la determinación de la distancia le permitieron fijar unas coordenadas, con un «más-menos» de un millón de kilómetros. ¿Acaso era aquello el clúster conocido como Mia Tetis? Porque lo parecía…

De la cohorte de planetas provenía la señal de baliza, pero se había ido haciendo tan débil con el paso de los siglos que apenas era una raspadura electromagnética, cuando antaño fuera una sinfonía. A la nave le resultó imposible determinar su punto de origen. Pero había otra manera de enfocar aquel problema: el planeta rocoso más interior, según le mostraron sus sensores, poseía una estructura rica en hierro y silicatos, con un núcleo que ocupaba casi la mitad del planeta hecho de metal fundido y en rotación. Eso lo convertía, básicamente, en un gigantesco amplificador de ondas electromagnéticas. Así que la nave tomó la decisión de dispararle un chorro de ondas de radio que llevaba codificado un estruendoso «¡Hurra!», seguido por un no menos entusiasta «¡Venid a por mí, me he quedado sin combustible!». Y se sentó a esperar, por usar una expresión terrícola.

Sin embargo, aunque el planeta ferroso cumplió su función y durante unas horas se transformó en un pandemonio de ondas amplificadas y ruido blanco, nadie respondió. Ninguna señal se focalizó en las coordenadas de la nave para darle la bienvenida. Eso le puso la mosca detrás de la oreja —era el eufemismo invitado a comer—. La nave empezó a temerse lo peor: ¿se habrían marchado de aquel sistema los seres humanos en el tiempo que ella había tardado en llegar? ¿No habían dejado ningún enclave habitado atrás? ¿Acaso aquel *ping* que captaba podría ser simplemente un aparato que se hubiese quedado funcionando por error, al que ya no atendía nadie?

Por primera vez desde que fuera ensamblada, la masa de sensometal tuvo acceso a un sentimiento que era tan humano que hasta le daba vergüenza experimentarlo: el miedo.

Ya que estaba allí, no iba a darse por vencida. Así que puso proa a los planetas interiores canibalizando un poquito más de su propio cuerpo para convertirlo en masa de reacción. Había quemado un 64 % de su masa total y no quería desperdiciar más, pero tenía que moverse. Aquel sería el esfuerzo final.

El acelerón la puso en órbita de un planeta que resultó estar

terraformado. Oxígeno, presión de aire aceptable, gravedad cercana a la estándar. Circunferencia ecuatorial de unos 35.000 kilómetros con una densidad media de 5,18 —siendo la del agua igual a 1—. Esos datos presuponían que el planeta era esférico e ignoraban el efecto marginal de la curva del horizonte. Era el entorno ideal para que hubiese colonos explotándolo y, por lo tanto, tecnología. Pero dos cosas llamaron su atención: primero, que la escala que usaba para medir el nivel de progreso civilizado de un planeta puntuaba inquietantemente bajo —el volumen de ondas que proyectaban al exterior, la cantidad de luz artificial que dejaban escapar al espacio, el calor producido a nivel de superficie por sus industrias, el número de vehículos en órbita…—. Y segundo, que los únicos objetos artificiales que detectó fueron cinco naves de gran tamaño que formaban un carrusel, orbitando en fila india, pero que estaban apagadas y frías… Ah, sí, y un altísimo tallo de habichuela que surgía como un hilo delgado del ecuador planetario: un ascensor estelar.

¡Por fin, tecnología del nivel del Imperio!, pensó con alegría al ver el ascensor. Si un minuto de arco equivalía a trescientos kilómetros, calculó la altura del tallo por la sombra que arrojaba sobre el suelo: 28.000 kilómetros. Llegaba hasta la órbita baja y era el único que había en todo el planeta. Sin embargo, había algo inquietante en él, ya que parecía muerto, frío, sin vida… Nadie construía semejante obra de ingeniería para abandonarla después. Ni siquiera había astronaves ancladas en la estación del extremo superior del tallo. La pequeña nave sospechó por primera vez que algo espantosamente malo había ocurrido en el Imperio Gestáltico mientras ella vagaba por el cosmos. Algo que escapaba a su comprensión.

Había un rasgo geológico en aquel mundo que ayudó a identificarlo: en lugar de océanos líquidos, el planeta tenía extensas zonas oscuras que, examinadas con atención, resultaron ser vastas anomalías gravitatorias a ras de superficie. ¡Mares de ingravidez pegados como parches a la esfera planetaria! En sus bancos de datos solo había una mención a algo así en todo el Imperio Gestáltico: un planeta muy lejano, del borde exterior, conocido como Enómena. Una de las cabezas de playa para la colonización de aquel sector. ¡Por fin sabía dónde estaba! ¿Pero cómo demonios había llegado a parar allí? ¿Por qué diablos la mente del Emperador había teletransportado su nave madre tan lejos? Además, había otro detalle interesante: los pocos grados de inclinación con respecto a la eclíptica del planeta no resultaban suficientes como para diferenciar bien las estaciones en las latitudes más bajas. Las estaciones no eran un efecto hemisférico sino global, resultado de su órbita eliptoide. Cuando llegaba el verano, por ejemplo, llegaba para todo el planeta a la vez.

Los misterios se acumulaban…

Tardó ochenta y dos horas estándar en colocarse al pairo con respecto al carrusel de naves muertas. La de cabeza parecía ser la más masiva, y la de más eslora, así que se acercó a ella: era una vetusta nave semillera de un kilómetro y medio de largo con forma de mástil rodeado por anillos rotatorios de diferentes diámetros. El bloque trasero de motor tenía características de nave autónoma, pudiendo separarse del mástil cuando este hubiese cumplido su misión, mientras que el bulbo delantero, una sección esférica con una miríada de ventanitas, parecía poder abrirse como una flor cuyos pétalos conformarían las pilastras de apoyo, en caso de tener que aterrizar en alguno de aquellos mundos. Era una semillera estándar, con un diseño hasta diría que anticuado, pero no le extrañó verla en aquel sistema solar perdido.

Las otras cuatro naves que la seguían también eran enormes, todas ellas de diseño civil. Eran grandes, aunque seguían estando construidas a escala humana, y ya se sabía que los hombres lo construían todo a la escala de su civilización. Entre todas conformaban una flotilla de pecios muertos, derrelictos abandonados allí quién sabía por cuánto tiempo, por humanos que las habían abandonado hacía mucho o que, simplemente, bajaron al planeta y las dejaron atrás. Aquellas naves prescindían de impulso y gravedad, así como de condición y tiempo.

Pero eso no tenía ningún sentido. Sobre todo porque el planeta no parecía industrializado, ni tenía grandes ciudades que llamasen la atención. La sensonave colocó su filtro motivacional en modo subtexto, a ver si le ocurría aquello tan etéreo que los hombres llamaban «sonar la flauta», y le venía por mera asociación de ideas una explicación. Pero ni así. Aquel misterio se estaba tornando demasiado críptico para ella, así que tomó la decisión de cumplir con su tarea principal: actualizar por contagio. Mejorar la tecnología con la que entrara en contacto hasta llevarla al nivel de la que funcionaba en los planetas del núcleo. Examinó la nave de cabeza de aquel carro hasta que encontró la entrada a un hangar, y aterrizó.

Nada más posarse, sus mecanismos víricos de infección se pusieron en marcha. Estaban anquilosados, pero aún tenían fuerza para coger aquel amasijo de chatarra y hacer cosas interesantes con él. La nave perdió su forma deshaciéndose en cubos, los cuales se desparramaron por la cubierta y entraron en fusión con el metal y los cables escondidos debajo. Para un observador externo habría sido como ver un montón de metal licuándose y metiendo tentáculos de azogue amalgamado en las paredes. Era una infección en toda regla, pero de carácter benigno. Lo primero que hizo el sensometal fue copiarse y multiplicarse a sí mismo. Cogió sus nodos de

pensamiento y los esparció por doquier, cada uno creyéndose el original, el primario, cada uno con un único deseo en mente: propagarse y mejorar, propagarse y mejorar…

A medida que iba extendiéndose por las cubiertas se iba encontrando con signos de que había sucedido algo terrible. Los humanos habían luchado entre sí, se habían transformado en otras cosas, en otros seres, dejando paleorrastros de mutación genética. Los que pudieron saltaron en chalupas de salvamento. Los que no… bueno, aún seguían allí. Cuando alcanzó el nódulo de comando central e infectó sus bancos de memoria, el sensometal lo entendió todo. Le llevó menos de un cuarto de segundo repasar millones de terabytes de datos con el informe de misión, los últimos registros de la IA maestra y el historial de mensajes que había llegado de los mundos del núcleo, antes de que todo contacto con el Imperio Gestáltico se desvaneciera. Así fue como supo que había sucedido una catástrofe en el Metacampo; que este había desaparecido de la galaxia; que algunas ramas genéticas humanas se habían alterado drásticamente debido a este suceso, y que los supervivientes vivían en colonias aisladas y técnicamente atrasadas.

El Imperio Gestáltico ya no existía. De las cinco ramas genéticas conocidas de la especie humana, las dos más puras habían seguido sin cambiar, mientras que las tres restantes habían mutado en parte para semejar alienígenas. Si el sensometal hubiese tenido capacidad para enloquecer, probablemente lo habría hecho. En circunstancias normales, un error nanofísico muy extraño lo habría permitido. El cambio de escenario era demasiado radical, demasiado triste como para que un cerebro normal lo soportase. Pero él, por fortuna, no era tan inteligente como para lidiar con esa clase de pensamientos. Se volvió muy listo cuando reactivó a la IA de mando y fundió sus procesos intelectivos con ella, pero eso vendría después, cuando completó la «actualización».

El proceso completo de asimilar la nave y llevarla hasta el máximo nivel de tecnología duró tres años —tiempo local—. Cuando acabó, todo asomo de identidad propia en el sensometal había desaparecido: ya no existía. Ahora *era* la nave. Su cognoscitiva. Hasta tenía nombre: *Icaria*. Lo primero que hizo fue llamar a sus cuatro compañeras para que se unieran a ella en una única cadena y así poder infectarlas a todas con sensometal, al tiempo que reactivaba sus IAs. Mientras eso tenía lugar, exploró la superficie de aquel planeta que ahora sabía que se llamaba Enómena. Y encontró varios fragmentos de tecnología abandonados que podía estimular a distancia, como aquel pedazo medio roto de placa neuropensante que había sido almacenado en un templo. Lo hizo reaccionar para ver si de

alguna forma los humanos atrasados que vivían allá abajo se daban cuenta de que les estaba llamando. A ninguna de las naves en órbita le quedaban chalupas auxiliares con capacidad de entrada en la atmósfera que pudiera usar para bajar a tierra y dar la buena nueva: «¡Hola, hemos despertado!». Tampoco quería mandar a ninguna de las grandes hasta que no hubiesen sido actualizadas. Así que el contacto con los humanos tendría que ser radiofónico, en una primera fase. La parte de la mente del *Icaria* que aún conservaba recuerdos de cuando era sensometal retenía su intención de ayudar a los hombres, sobre todo ahora que parecían haber involucionado. La necesitaban más que nunca.

Ningún humano le respondió, por desgracia. No poseían la tecnología para ello. Pero algo pasó, y es que cargaron la placa en un vehículo y la trasladaron de sitio, quién sabía con qué propósito. Eso lo vio la IA mediante sus telescopios.

Enómena, en media fase. Grande, rojiza y hermosa, guardada por dos satélites custodios, flotando como la constatación de una verdad universal ante sus ojos. En los lentos extremos de su órbita, en las vecindades de su afelio, la pérdida de energía solar perturbaba aún más el delicado equilibrio de las estaciones, volviéndolas más extremas.

Esta es la maravilla de los mundos, pensó la nave. Y se puso a esperar noticias mientras terminaba de actualizar a sus hermanas.

7. EL YERMO

ARTHEMIS

La cazarrecompensas conducía el segundo de los camiones, con el idor Logus apretujado en el asiento a su izquierda. Su altura y la extraña configuración de sus tres patas hacían que no pudiera sentarse como un humano normal, sino que estaba comprimido sobre sí mismo, un insecto con las patas encogidas. El doctor —así quería que lo llamaran— manipulaba con sus cilios la consola del salpicadero, accediendo al sapiencial del vehículo. Llevaba horas enfrascado en desentrañar los misterios de aquel chisme. Aquella tecnología se burlaba de él con el sarcasmo de lo que nunca podría volver a ser entendido en su totalidad; existía en los extremos de la temporalidad, fuera de lo que para los humanos eran los cálculos normales del tiempo. Y seguro que podía tener mil pensamientos en el tiempo que Logus lograba componer solo uno.

Aun así, no eres más que una herramienta, se burló el idor. *Yo estoy al*

mando. Tú eres mi esclava.

—¿Contento con tu juguetito? —le preguntó Arthemis.

—No es un juguete, es una herramienta útil. —Las bolsas de órganos giratorias del idor se movían con rapidez, dándole un aspecto de autopsia con conciencia de sí misma. A la cazadora le daba un asco tremendo mirarlo—. El sistema incluye una herramienta de cartografiado automático del terreno, que he activado para los tres camiones. La lástima es que sus bancos de datos estén vacíos: si lográsemos encontrar algún viejo mapa podríamos alimentárselo al sistema, y hacer que el camión nos llevara por los caminos más seguros.

—No existen caminos seguros dentro del Yermo. ¿No has oído las historias sobre los monstruos mutados por el Metacampo?

—No… ¿Debería?

—Me extraña que un ser tan culto como tú no sepa de estas cosas. Los idor, los dravs y los ragkordi no fueron los únicos que cambiaron el día de la debacle. Esas fueron las mutaciones que surgieron a partir del genoma humano, pero cuentan que otros seres muy distintos a nosotros mutaron en el interior del desierto… y es mejor no saber en qué se convirtieron. Además, hay grandes áreas cubiertas de radiación provocada por las naves que cayeron de la órbita y cuyos motores explotaron a nivel de superficie. Y la radiación nunca es buena para mantener sana y sin cambios una línea genética.

»Dicen que hubo regiones habitadas en el Yermo, hace muchísimo tiempo. La gente incluso hacía viajes con un alto factor de rebote a los Hábitats de Armagosa y Behoieka, pero ya no queda nada de eso hoy en día. Vivimos sobre el polvo de nuestros antepasados. Los insectos se arrastran por la mierda.

—Qué gráfica.

Logus miró al paisaje que tenía delante, a lo que estaba en la lejanía. Las masas nubosas teñidas de añil giraban con una certeza suave y majestuosa, con un trueno implícito en la monumental graduación de su superficie cambiante. De repente, se le antojó que era un celaje que tapaba horrores sin nombre, hacia los que ellos conducían en línea recta.

—Es facultativa la opción de morir o de seguir viviendo, pero sobre la supervivencia a largo plazo, está permitida su inclusión o bien permitida su negación… —murmuró.

—¿Cómo dices, engendro?

—En tu idioma vernáculo, cazadora: que estamos bien jodidos.

Arthemis dejó escapar una carcajada. Estaba empezando a caerle bien aquel monstruito.

—Así me gusta, que hables claro. Logus es tu nombre, ¿verdad?

—Sí. Y agradecería que lo usaras en sustitución de epítetos malsonantes como «engendro».

—Vaya, se nos ha puesto fino, el aborto giratorio… Está bien, prometo tratarte con respeto si me prometes que, en caso de que algunos de nosotros, incluida yo, resultemos heridos en un combate, me atenderás a mí primero. Vendrás a curarme a mí antes que a los demás.

Logus la miró.

—En mi condición de médico debo tratar a los heridos por orden de gravedad, nunca según criterios de amistad, favoritismo o amenaza.

—«Amenaza» es una palabra de la que los cazarrecompensas sabemos mucho, engendro. Y nunca la empleamos en vano. —Lo miró de reojo—. Tarde o temprano, mis amiguetes Bloush y Tsunavi acudirán a ti para pedirte lo mismo, y no serán tan amables como yo. Ellos te lo exigirán o empezarán a rebanarte sacos giratorios de esos que tienes ahí solo por deporte. De hecho, me parece raro que Telémacus no te lo haya pedido. Aquí cada cual vela por sí mismo, es ley de vida.

—No, no me lo ha pedido —dijo Logus, estremeciéndose como solo podían hacer los de su especie. Se lo notaba «deontológicamente» cabreado —. Ni para él ni para su familia. Parece una persona mucho más íntegra que tú.

—¿Telémacus? —rio, al tiempo que giraba el volante para esquivar un obstáculo—. Sí, desde luego lo es. Pero también ha hecho cosas en el pasado que estoy seguro que nunca le ha contado a su precioso hijito. Aquí nadie se salva del horror, engendro, y menos si trabajas en mi profesión. Todos hablamos de lo buenos que somos y de los planes que tenemos para el futuro como si… como si pudiésemos ganar, no sé si me explico. Pero la única manera de triunfar en esta lucha es huir de ella, algún día.

—Corrígeme si me equivoco, cazadora, pero ¿no es eso lo que estamos haciendo ahora?

No siguieron hablando. Los dos se concentraron en el terreno hasta que este cambió y empezaron a ver cosas nuevas.

Como muchas otras rarezas de Enómena, lo de «desierto» era una pirueta lingüística para describir aquel erial, pues estaba de todo menos vacío. La región de Armagosa, que era la que estaban atravesando, debía la raíz de su nombre a un idioma que se había perdido y que servía para

bautizar aquel océano de sol reflejado. Las aguas mansas de la atmósfera, vientos húmedos retrasados por nubes que apresaban el calor, se resistían a nacer a partir de la inercia de los sistemas térmicos en colisión. El viento y la erosión habían interferido en la recristalización continua de la sal para hacer que esta, que se hallaba por todas partes, formara pareja con los esquistos y destellase con una miríada de pequeños diamantes sin valor. Formaciones de roca de aspecto curioso se elevaban por doquier como gritos de piedra, y parecían los proyectos de un millar de artistas dejados a medias: aquí una mesa, allá una báscula, por el otro lado un busto humano…

Su principal prioridad sería encontrar agua potable para tanta gente. Telémacus lo tenía clarísimo y por eso se dirigía a los enclaves conocidos de los buscadores de antigua tecno. ¿Pero qué pasaría cuando hubieran rebasado esos *caravanserai* del desierto profundo y no supieran qué había por delante? Aaaah… entonces las cosas empezarían a ponerse interesantes.

Un destello hirió su vista: la explosión del sol sobre un montón de espejos geométricos. Ahí estaba el oasis de N'Alask, su primera parada. Parecía una luz suave, seductora a pesar de su palidez helada, un brillo como solo podía darlo la chatarra. Cuando se acercaron, Logus soltó un siseo de expectación al ver de qué se trataba: los restos de unos arcaicos edificios que surgían de la arena, medio enterrados, cuyas cimas estaban forradas de espejos. La mayoría estaban rotos o arrancados de cuajo por la violencia de las tormentas, pero seguían recordando las escamas de una cota de malla cristalina. Los buscadores de tesoros tenían una expresión para describir aquellas aglomeraciones de paneles solares: las llamaban «orillas de cristal».

Contaba la leyenda que en tiempos hubo una valla alrededor de aquel edificio, y hasta un cartel que ponía: «Atención, está usted entrando en un área de máxima seguridad. Estación de prospección mineralógica y seguimiento orbital». Pero de ese cartel solo quedaba un mástil agrietado por el óxido. Algún cazador se lo llevaría para extraer el metal que pudiera para fundirlo y venderlo. La mayoría de las ventanas habían sido arrancadas, y las pocas que quedaban estaban rotas. Los paneles solares seguían allá arriba, seguramente porque ningún buscador estaba tan loco como para trepar tan alto para arrancarlos. En general, el estado del complejo era de ruina total. Y eso que aún no lo habían visto por dentro.

Quién sabía cuántos secretos podía ocultar, cuántos ecos de la sabiduría panhumana o pansofonte del mundo de antes. Cosas que llevaran siglos esperando ocultas en la oscuridad a que ellos llegaran para sacarlas a la luz.

Arthemis aparcó junto al camión de Telémacus, y Bloush hizo lo propio. Los tres conductores se bajaron para reunirse ante la entrada principal del edificio, mientras la gente que iba en los remolques bajaba a tierra desorganizadamente y de mal humor. Llevaban horas encerrados allí, en aquellos contenedores amplios pero no acondicionados para llevar pasajeros. Estaban exhaustos, sucios y hambrientos. Eran pescadores acostumbrados a una vida en libertad, con los horizontes de los mares cero-g tentándolos para que fueran a explorarlos. Viajar encajonados en un remolque los hacía parecer aquello que nadie pretendía que fueran: pordioseros.

—Puede que este viaje exija demasiado de nuestra gente —dijo Liánfal al ver a qué pobres sombras, o sombras de sombras, había quedado reducida su gente.

—Estoy demasiado de acuerdo con eso como para estar contento —asintió Telémacus, y ayudó a un anciano al que le faltaba una pierna a bajarse del camión.

Arthemis hizo un par de flexiones en el suelo y unos estiramientos. Bloush y Tsunavi dejaron escapar unos suspiros largos e irregulares, en un alarde de mala educación. Telémacus, junto a su esposa y la *místar* de la tribu, hicieron visera con las manos para mirar los árboles de paneles solares, pequeños lagos de sol.

—Parece un milagro que todavía sigan ahí —comentó Vala.

—Eso es porque no han podido robarlos, no porque no quisieran.

—¿Cuánto szkab valdrá eso? —preguntó Veldram, haciendo pucheros.

—Ni idea, pero seguro que varios centenares. Y eso, con las herramientas y el conocimiento adecuado.

—Yo podría trepar hasta allí arriba y descolgaros alguno, si lo queréis. La ascensión no parece tan mala —se ofreció Arthemis. Telémacus la miró.

—Te gusta tentar estúpidamente a la suerte, ¿verdad?

—Sí. Debo de ser un hombre.

—Mirad, la puerta principal está barricada —señaló Vala—. Aunque no me imagino por qué, pues todas las ventanas del primer piso están rotas. Cualquiera podría entrar por ellas.

—Eso es justo lo que haremos —decidió su marido—. Hay que explorar el edificio. Si está libre de peligro, lo usaremos para descansar aquí esta noche. Además, creo que ahí dentro se halla el único pozo de agua que encontraremos hasta bien pasada esta región. Si no se ha secado o nadie lo

ha envenenado, lo aprovecharemos.

—¿Y si es así? ¿Si no tenemos agua para abastecer a todos los civiles? —preguntó Arthemis.

—Entonces este éxodo se va a acabar muy pronto. —Consiguió que aquella afirmación artificial sonara triste y dramática al mismo tiempo. Cuando se adelantó para examinar la barricada, todos le siguieron en fila india, empezando por Vala. Arthemis eligió la retaguardia y preparó sus armas mientras rezongaba:

—Está claro que mis salidas dramáticas nunca salen bien cuando estoy contigo…

La barricada no resultaba muy práctica cuando justo al lado había una ventana abierta sin cristal. La usaron para entrar a un gran salón que en otro tiempo pudo haber sido bonito y elegante, pero que parecía una extensión más del desierto, con sus dunas y todo. Había un mostrador y varias puertas arrancadas de sus goznes. Las paredes estaban llenas de pintadas que expresaban pensamientos de los exploradores que venían buscando refugio a este lugar, y que tenían que matar el aburrimiento de alguna manera. La mayoría eran sentencias breves y groseras, aunque también leyeron promesas de venganza, incoherentes invectivas políticas, e incluso algunas divagaciones filosóficas.

—¿Os queda munición? —preguntó Telémacus preventivamente. Siempre se ponía a la defensiva cuando se enfrentaba a aquella clase de silencio, el de los edificios en ruinas.

Bloush sonrió como si le costara por falta de práctica.

—A mí sobre todo munición dura, para el dieciséis milímetros. —Palpó la culata de su arma—. Cartuchos coaxiales multiuso con núcleo de mercurio y camisa de uranio empobrecido veinte-diez. Sin sistema inteligente de guiado.

—Yo sigo teniendo a mi vieja Surly… —siseó Tsunavi, desenvainando un machete de metal hecho de células hexagonales que podían llenarse con un calor cercano al de una partícula de magma. Cuando se inflamaban, la hoja despedía un fulgor rojizo que recordaba al interior de ciertos volcanes—. Tiene hambre y está deseosa de cortar cabezas. —Lamió el filo de forma provocativa, sexual, y los demás se preguntaron cómo conseguía no hendirse la lengua cuando hacía esas cosas.

Arthemis acarició el ánima de su rifle láser de abanico.

—Este es mi compañero de penas y jolgorios. ¿Por qué lo preguntas, Tel? ¿Temes que se nos eche encima algún famélico buscador de tecno con

más hambre que seso?

—No, pero no está de más tomar precauciones. En medio del desierto, cualquier lugar que ofrezca oscuridad y cobijo atrae a los animales como la miel a las moscas. Además, hay buscadores que están realmente locos. Quién sabe la clase de sorpresitas que nos tendrán preparadas.

—Purgarás tu miedo racionalizándolo, dice el vigésimo mandamiento.

—¿Los mandamientos de qué lista?

—Los del drav Bergkatse —sonrió la cazadora—. Ese al que yo misma incineré y convertí en un trozo de carbón ahumado.

—Pues muy útiles no debían ser si acabó así, ¿no?

—La inteligencia negativa no deja de ser inteligencia, querido.

La comitiva siguió andando por el enorme recibidor hasta que encontraron unas escaleras y un ascensor que, por supuesto, no funcionaba. Había algo atemorizador en aquellos metros de silencio. Una polvorienta mesa de recepciones había sido convertida en barricada añadiéndole alambres de púas y escombros de cemento. Un solitario monitor yacía apagado en lo alto de la barrera, como una especie de cabeza, pero sin pregonar sus advertencias como seguramente habría hecho años atrás. Detrás de la barricada vieron el primer cadáver, el de un buscador de tecno cuyo cuerpo parecía haber sido desgarrado por algún animal en lugar de quemado por impactos de láser. Eso les preocupó.

—Tu teoría de los edificios transformados en guaridas se confirma —dijo Arthemis mientras saqueaba el cuerpo. No poseía nada útil.

—Dudo que si hay animales aquí dentro estén muy alejados de las salidas al exterior. Volved fuera y decidle a la gente que no se separe de los camiones —ordenó a Vala y a Liánfal—. Bloush, acompáñalas y mata todo lo que salga del edificio y no seamos nosotros. Los demás seguiremos explorando el primer piso.

—Con respeto, solicito acompañarles en la exploración —dijo Logus, cuyas expresiones no podían ser anticipadas por el simple hecho de que no poseía cara—. Si encontramos antigua tecno, me gustaría estar ahí para identificarla.

—Es peligroso, al menos hasta que limpiemos el edificio, doctor —insistió Telémacus—. Por favor, salga fuera y espere. Cuando sepamos con certeza que no hay peligro le avisaremos. Aunque dudo que aquí encuentre algo que no haya sido desvalijado ya: este lugar es el primero al que acuden siempre los exploradores en su viaje a lo profundo del desierto, y ya debe de estar completamente expoliado. Este edificio es una demostración, no un

experimento.

—A los experimentos hay que darles previamente estado de teoría, pero entiendo lo que quiere decir.

Admitiendo que tenía razón, el idor acompañó a las mujeres fuera. Los cazarrecompensas cargaron sus armas y siguieron explorando.

Telémacus tenía razón en lo del expolio concienzudo de la tecnología, pero había algo a lo que no se aplicaba ese vacío: los excrementos no humanos que unas criaturas misteriosas habían sembrado por doquier. Pequeños montoncitos marrones, petrificados, decoraban los pasillos y las salas devastadas. En varios de ellos distinguieron restos de algo metálico que brillaba a la luz de las linternas, como si las criaturas responsables de aquella digestión no hicieran ascos a tragarse cosas inorgánicas. En los pasillos el aire era viciado e inmóvil, y tan saturado de un hedor a podredumbre que resultaba casi irrespirable.

Telémacus se puso el casco de su armadura dragontina para que el filtro ayudara a depurar el aire. Los otros tampoco tenían problema con eso, ya que Arthemis jamás se quitaba el suyo y a Tsunavi parecía darle igual qué mezcla de gases respirar, con tal de que no fuese venenosa.

En un momento dado hallaron el cadáver de un hombre sentado en una esquina, en un vestíbulo que ofrecía una hospitalidad polvorienta de color caoba. Miraba con sus ojos vacíos a cualquiera que fuese el horror que lo había matado, años atrás. Sus piernas no eran más que un montón de ángulos mezclado con las sombras de los brazos. Los exploradores pasaron a su lado en silencio, observando su transición a cenizas.

Aquel pasillo desembocó en una puerta que había sido reventada por una bomba. Afiladas uñas habían marcado senderos en la ceniza cerca de los cierres. Al otro lado había una enorme habitación que se alzaba como un atrio hasta ocupar varios pisos, en cuyo centro descansaba una extraña máquina: parecía una media esfera de diez metros de diámetro cuya cáscara no era sólida, sino tejida a partir de centenares de aparatos pequeños, como cámaras de vídeo, enlazadas con un hilo metálico. Todas esas «cámaras» —o lo que fueran— apuntaban hacia el centro de la semiesfera, como si esperaran que algo o alguien se pusiera de pie allí. En el techo, algún artista hábil había pintado un fresco a partir de una escena mitológica, donde un ser de los mitos antiguos de Enómena —un empatauro, una mezcla de humano y toro con poderes mnémicos— abría las puertas del Metacampo para unas agradecidas tribus de pastores.

Además de ese artefacto, había otro elemento raro en la sala: el suelo no estaba hecho de baldosas, sino de láminas entretejidas de un material

sedoso. Parecía orgánico, como la piel de una esponja de mar, lleno de pelusilla, pero era muy plano y ocupaba todo el suelo de la habitación. No poseía el tacto de picos montañosos y valles miniaturizados del áspero metal.

El silencio que emanaba de la sala los acarició con una tremenda energía. Brotaba de las vigas de sostén de aquella rara máquina; rezumaba de los inútiles colgajos que brotaban del techo para no sostener nada; se combinaba con la inefable sensación de tener unos ojos, áridos y reptilianos, clavados desde hacía un rato en ellos.

—Tengo un mal presentimiento sobre esto… —musitó Telémacus, y les hizo una señal para que esperaran. Si había alguna trampa montada por los paranoicos exploradores, ¿por qué no esperar que estuviese allí dentro? ¿Cómo esquivar la larga y sucia cadena de crímenes que podía llegar ahora hasta ellos, con el odio acumulado de décadas, si alguno de aquellos chiflados había decidido dejar un regalito para el siguiente incauto que pisara esas baldosas?—. No avancéis hasta que yo lo diga. Voy a acercarme hasta esa esfera a ver qué…

La última palabra quedó suspendida detrás de él, en el aire, cuando puso el pie encima de las baldosas con pelusilla y este se hundió como si pisara agua. Telémacus cayó cuan largo era sobre las baldosas, que resultaron ser las hojas de una multitud de plantas que crecían sobre el auténtico suelo, y que quedaban encajadas unas en otras perfectamente.

—¿Estás bien? —preguntó Arthemis.

—Sí… Herido en el orgullo, más que en el trasero. —Telémacus miró a su alrededor: se había caído en un sótano de un metro escaso de profundidad formado por aquellas plantas parecidas a hongos. Era como un mundo debajo del mundo, pues la luz era diferente, y el aire estaba lleno de esporas blancuzcas, y olía a una ionización altamente positiva—. Malditas plantas… Han formado una especie de entresuelo. Y está lleno de… ¡espera!

Había visto moverse una sombra, muy veloz; un objeto pequeño pero ágil que usaba la densa flora para camuflarse. El cazador alzó su rifle de pulsos y apuntó, dejando que el calibrador de la propia armadura le ayudara a afinar la puntería. En su casco de visión aumentada apareció un punto de mira triangulado.

Fueron las plantas de su derecha las que reventaron cuando el ser las atravesó, lanzándose sobre Telémacus. A este se le fue el dedo en el gatillo, del susto, y su arma disparó un fogonazo láser. El sonido rebotó contra los flancos de contrachapado de las paredes hasta que no tuvo ninguna fuente

ni dirección, y solo fue un lúgubre lamento que llenó la sala. Unos ojos que eran racimos, más que globos únicos, se posaron en el hombre mientras la cabeza de insecto gigante a la que estaban unidos se balanceaba hacia los lados, pero no como lo haría la de un humano, sino circularmente, como la cabeza de un insecto.

Con un acceso de pánico, Telémacus alzó el rifle y golpeó con la culata a aquella monstruosidad que no era ni una cucaracha gigante ni un lagarto bípedo sino una horrible mezcolanza de ambos. *Insectorraptores*, le vino a la mente, porque había escuchado la palabra en boca de algún explorador borracho: lo que fuera que había jugado con la genética en aquel lugar había fusionado a las cucarachas comunes y las mantis con saurios dromeosáuridos de fuertes patas y plumaje pardo, para crear una quimera de un metro y medio de altura por tres de largo, con una larga cola emplumada y un torso superior acabado en un mesotórax y metatórax de insecto. Era la amalgama de dos órdenes de seres vivientes quizá no con lo mejor de ambos, pero sí con lo más letal.

Telémacus gritó pidiendo ayuda mientras golpeaba frenéticamente a aquella cosa. Las garras que tenía al extremo de sus patas delanteras arañaban sin mucho éxito la armadura del cazador, pero las patas traseras tenían fuerza, y lo estaban arrastrando por el suelo hacia atrás. De repente, una cimitarra incandescente descendió del cielo y la partió en dos limpiamente. Era la hoja ígnea de Tsunavi, con sus celdillas llenas de partículas magmáticas.

—¡Arriba, sal de aquí! —le ordenó, mientras otras criaturas similares salían del laberinto vegetal para rodearla. Telémacus no obedeció, sino que se limitó a ponerse de rodillas y abrir fuego: el aire se llenó de descargas de energía que vibraban con una asonancia líquida. Las plantas saltaron por los aires en estallidos de fuego, mientras los insectorraptores corrían para ponerse a salvo. La mayoría no lo consiguió, porque Arthemis barrió la sala con su abanico láser. Algunos disparos impactaron contra la semiesfera gigante, pero aparte de amputarle unos trozos de sí misma, no causaron ningún otro efecto.

—Dioses, qué criaturas más infectas —murmuró Telémacus, comprobando que las garras no habían podido traspasar su blindaje—. Pero esto me recuerda algo muy malo que escuché una vez.

—¿El qué?

—El explorador que me habló de estas cosas, medio borracho, me dijo que tenían una especie de nido donde dormía la Grande.

Tsunavi lució sus dientes de vampiresa.

—¿La Grande? ¿Qué *felbercap* es eso?

Lo supieron cuando la semiesfera tembló y se partió, arrojando gajos a los lados como si fuera una naranja, y del centro de la sala surgió una criatura que estaba emparentada con las pequeñas que habían visto hasta ahora, solo que si las pequeñas eran avestruces, esta parecía un paquidermo. Tenía seis patas musculadas de reptil en lugar de dos, y otras cuatro de insecto que se alzaban en una espantosa alegoría de la muerte por delante de su mesotórax. Su cabeza seguía siendo insectoide, pero a los repugnantes rasgos de las cucarachas se les unía una quijada de lagarto que se abría hacia abajo como una guillotina del infierno.

—Creo… que es buena idea ir pensando en una retirada —dijo Arthemis, intentando tragar saliva al mismo tiempo. Telémacus negó con la cabeza con furia.

—¡No! Ahí fuera hay civiles desarmados, ¡tenemos que detener a esa cosa aquí! ¡Lanzadle todo lo que tengáis!

La orden se transformó en un granizado horizontal de vectores de fuego y munición sólida, que impactó contra la criatura haciendo que aullara de dolor. El familiar perfume de los iones negativos brotó de sus armas para que quien quisiera lo aspirase con avidez. Pero no lo mataron: aquel insecto gigante era más duro de lo que parecía, y su piel coriácea solo era vulnerable a los explosivos o a la munición penetrante.

Telémacus empezó a retroceder hacia el corredor.

—¡Retirada, lo flanquearemos en el recibidor! ¡Arthemis, dile a Bloush que venga, necesitamos refuerzos!

—¡Ya lo estaba llamando! —asintió, y dejó que sus piernas la llevaran como si huyera de una avalancha a través del pasillo. Tsunavi y el cazador la seguían a corta distancia mientras la reina insecto avanzaba deformando las paredes. Su sistema digestivo, una especie de estómago-horno, irradiaba luz rojiza a través de las fisuras de sus anillos ventrales. Su cabeza subía y bajaba como una enorme calabaza incolora al extremo de su grueso tallo. El ser era sin duda un animal monstruoso y mutado, pero había un destello en aquellos ojos facetados que hablaba de algo más… Relucían con una anciana agudeza.

Llegaron al recibidor central, donde les esperaba Bloush. Cuando vio aparecer a la Grande, hasta sus ojos de la región suprahumeral de sus brazos se abrieron con miedo. Apuntó hacia su corpachón mientras retrocedía, y dejó que su rifle cantase todas las arias para cartuchos coaxiales con núcleo de mercurio y camisa de uranio que se supiera.

—¡Bloush, retrocede, voy a quemarlo! —gritó su jefa, encendiendo la llama de plasma de su incinerador, pero el ragkordi no la oyó. O no quiso obedecer, porque siguió retrocediendo lentamente mientras su arma de munición dura dibujaba tremendos fogonazos en el aire lleno de polvo.

—Este… cabrón… es… mío… —silabeó mientras disparaba. Por un instante, el insecto se tambaleó y pareció estar a punto de fallecer por sus heridas, pero entonces hizo algo que los cogió a todos desprevenidos: alzó el abdomen como si quisiera ofrecer un blanco más claro a sus atacantes, pero en él se abrió una fisura, una segunda boca que se contraía en forma de iris, con hileras de dientes encajados en las láminas de ese iris. Era una boca con un sistema de masticado radial y no paralelo, como la de los mamíferos. Cuando se abrió, una lengua tentacular, larga y telescópica como la de las ranas, se disparó hacia Bloush y lo atrapó. El mercenario se sacudió impotente mientras la lengua retrocedía y lo acercaba a la espantosa boca.

Arthemis trató de liberarlo, pero cuando se acercó la Grande escupió unos chorros de un líquido verdoso por su boca principal: uno le acertó en plena cara, en el casco, y lo hizo humear. Era un ácido molecular muy potente, por lo que la cazadora tuvo que desprenderse del yelmo antes de que una sola gota de aquello le tocase la cara.

—¡Disparad a la lengua! —ordenó Telémacus, intentando concentrar allí sus tentáculos. Pero el insecto lo golpeó con una de sus pinzas y el cazador salió volando hacia atrás, atravesó la ventana y cayó en el polvo de fuera del edificio.

La gente empezó a gritar al oír los disparos y al ver salir despedido a Telémacus. El golpe casi acabó con él, y se sintió calcificar, pero los servos de la armadura habían disipado parte de la inercia y evitaron que se rompiera la espalda. Aún tumbado, vio que la Grande salía al mundo exterior, descolgándose por la fachada y plantándose ante la puerta principal. Presa del pánico, la multitud echó a correr, pero Telémacus no tenía ojos ni oídos para ellos ahora mismo: toda su atención estaba puesta en el medio torso del desgraciado Bloush, que estaba siendo tragado por la bestia mientras sus dientes lo trituraban.

La Grande se inclinó sobre aquel simple humano que era Telémacus, haciéndolo partícipe de su amenaza, como dejando claro que a pesar del poder tecnológico de los hombres, ella y el nuevo orden natural que había surgido tras la extinción del Metacampo eran los reyes allí. El cazador miró su rifle, que había caído a unos metros, y se preguntó si tendría la más mínima oportunidad de cogerlo antes de que la lengua telescópica saliera

disparada y lo atrapara. Resoplidos de aire caliente chocaban contra sus piernas.

Así que de esta forma ocurría, pensó, sintiendo que se le acababan las opciones; *así es como moría yo*.

El cielo se oscureció, pero no allá arriba, muy lejos, sino justo sobre su cabeza. Porque una masa metálica lanzada a toda velocidad que flotaba a un par de metros del suelo pasó por encima de Telémacus y embistió contra la bestia: era uno de los camiones, que alguien estaba conduciendo para usarlo como ariete. El resultado fue espectacular y sangriento. La Grande quedó triturada contra la fachada del edificio, convertida en una masa cartilaginosa de humus y sustancias orgánicas.

Telémacus rodó hacia un lado para salir de debajo del camión y, con ojos desorbitados, vio quién era el que salía de la cabina: su hijo Veldram. Este se fundió en un fuerte abrazo con su padre mientras el resto de los civiles y Vala regresaban corriendo.

—A esto era a lo que te referías con que no querías que compartiera tus aventuras, ¿eh, papá?

—¡Más o menos! —jadeó—. Dios, te debo la vida, hijo. No sé si enfadarme contigo o darte un abrazo como no te doy desde que eras niño.

—Ya me estás abrazando, no sé si lo has notado.

—Pues eso —sonrió. Su mujer también se unió a ellos, rematando el trío de congoja y alegría familiar. Una voz de mujer dijo, bromeando:

—Cómo me enternecen los reencuentros familiares. Pero no lograréis arrancarme ninguna lagrimita.

Miraron a Arthemis, que bajó de un salto del alféizar. Telémacus notó que había algo raro en ella, y no fue hasta un par de segundos después que se dio cuenta de que no llevaba puesto el yelmo.

—¿Qué le ha pasado a tu casco?

—Esa jodida cosa me lo ha derretido con alguna clase de ácido molecular. Creo que se me acaba de fastidiar el secretismo, al menos con los lumitas. —Con una especie de vaga dignidad, hizo un gesto con la barbilla como diciéndoles: «Esta es mi cara, asumidlo»—. Dime la verdad, ¿soy tan guapa como me recordabas?

—Tan guapa como un ave de presa y tan peligrosa como su nombre.

Ella rio. Un remanente de la pena por haber perdido a Bloush la golpeó en el pecho, pero lo ignoró como solo una comandante de mercenarios sabía hacer.

—¡Eres un adulador! Pero sabes tratar bien a las mujeres.

—¿Qué hacemos con esta cosa, nos la comemos? —preguntó Tsunavi, sin expresar el menor remordimiento por la muerte de su colega.

Logus se acercó al cadáver del monstruo y, tras examinarlo por encima, dijo con voz entusiasta:

—¡Esa masa gelatinosa anaranjada que veis por todas partes es grasa! Almacena agua en cantidad dentro de los nutrientes lípidos al estilo de como lo hacen los camellos en sus jorobas. Si la destilamos, podremos sacar de ella muchísima agua en estado puro, que daría para alimentar a nuestra gente durante semanas.

—¿Quieres decir… que esa asquerosidad acaba de solucionar nuestro problema con el agua potable? —preguntó Vala, arrugando la cara.

—¡Sí! Aunque no sé si dará para todo el viaje… ¿No podríais matar otra más igual que esta? Así tendríamos suficiente provisión de líquido para cruzar la primera mitad del desierto.

Todos miraron a Logus, inexpresivos.

LOGUS

Los humanos eran una especie muy rara. Le resultaba increíble cómo podían dejarse llevar por sus emociones antes que por razonamientos lógicos. Él, que había querido experimentar esa misma sensación de inestabilidad mental para saber qué se sentía, necesitaba la ayuda de un órgano de ánimos que indujera artificialmente las emociones. Si a eso se añadía un estimulante talámico para redondear la pirueta química, ¡aleluya!, ya estaba un paso más cerca de poder ver el mundo como lo veían aquellos primates sin pelo.

Ningún idor recordaba su anterior existencia de ser humano, antes de ser mutado por el Metacampo. De eso, él era plenamente consciente. Era como si junto con el cambio le hubiesen borrado no solo su memoria personal sino también la memoria genética. Lo que le había regalado el poder mnémico era la posibilidad de observar la humanidad desde fuera y emitir juicios imparciales sobre ella. Gracias a ese poder era capaz de observar virtudes y defectos de los que —de eso estaba seguro— ni siquiera los humanos eran conscientes.

Para empezar, su instinto gregario los volvía más fuertes a un nivel grupal pero más débiles en el individual. Estaba claro que poseían inteligencia avanzada, no eran rumiantes que se limitaran a ir de aquí para

allá con la cabeza gacha, alerta ante cualquier indicio de avena. Sus ojos revelaban perspicacia y conciencia de todo lo que tenía importancia, y esa información era transmitida a un centro de procesamiento que había sido entrenado por la evolución para saber qué hacer con ella. Pero entonces, ¿cómo era posible que algo tan intangible y difuso como el amor, esa emoción que ellos aún no habían logrado erradicar, se interpusiera tanto en sus decisiones? Observó a Telémacus, cómo hacía todos sus gestos: cómo abrazaba a su hijo, que se había arriesgado estúpidamente para salvar a su padre con el camión. Y a su esposa, que había aceptado acompañarlo a este éxodo suicida a través del desierto. Había un factor de caos que no comprendía en todo aquello. Nadie debía olvidar que los humanos participaban de lo absurdo en igual medida que de lo milagroso. Jamás debían exaltarse ni ensoberbecerse por ello, pues, ¿acaso no era cierto que los seres vivos constituían siempre el mejor telón de fondo para sí mismos?

Ni siquiera el *dravismo*, a medida que se desarrollaba en torno a la veneración de los dravs hasta constituir una teología completa, hacía que el concepto de los que se quieren, de los amantes, tuviera una definición cerrada. Telémacus estaba en lo cierto cuando hablaba de arriesgarse él para mantener a salvo a su familia, pero Logus comprendió que estar en lo cierto no tenía mucho que ver con ganarse el aprecio de una mujer.

Logus decidió archivar esas dudas ontológicas para más tarde y entró en el edificio hasta llegar a la habitación del falso suelo de esporas. Desvió su visión hacia una banda de radiación más cómoda y pudo ver a Tsunavi y su jefa, que estaban terminando de liquidar o de asustar a lo que quedase allí que fuera capaz de andar sobre dos patas, para que los colonos pudieran hacer su expolio de cualquier objeto útil. Se acercó a la cazadora.

—Usted es Arthemis, ¿verdad?

—Yo no tengo la culpa. —Logus advirtió que el tono de su voz era curiosamente despiadado.

—Eh… claro. Vengo a decirle que me asombró su actuación durante la pelea. Y que lamento lo de su subordinado, Bloush.

—Bloush era un imbécil, se merecía lo que le pasó —respondió, ahuecándose el cabello que le brotaba por detrás del casco—. Demasiada testosterona y poco cerebro para gestionarla.

—¿No le apena que haya muerto?

—En cierto modo, lo lamento porque hemos perdido una buena pistola. Pero no te confundas: no éramos amigos, ni siquiera me caía bien. Simplemente trabajábamos juntos por conveniencia.

—Oh… —Fue un *oh* de compromiso, pero también de «qué raros son los humanos: me ratifico». Se contradecían, actuaban mal… Una abundancia de polisilábicas nulidades.

Telémacus entró en la sala.

—Nos vamos en quince. Daos prisa —dijo a los que estaban allí. Tsunavi le dio una patada a algo, en el suelo, y varias planchas cayeron hacia abajo. Todos se apartaron por si el agujero se agrandaba demasiado, pero se quedó en una oquedad de solo un par de metros.

—Creo que acabo de encontrar algo que llevaba muuucho tiempo cerrado —dijo la mercenaria. Todos se acercaron a mirar: sí, parecía haber un espacio oculto allí abajo. Los haces de las linternas taladraron caminos polvorientos hasta un objeto grande que reposaba allá abajo, en la penumbra.

—Parece una nave biplaza muy vieja —murmuró Telémacus al ver aquella chatarra.

—¡Espera, espera, espera! ¡Hip! —exclamó Arthemis. (¿Era un hipido?)

—¿Qué ocurre?

—Recuerda nuestro trato, hombretón: accedí a acompañarte a este loco viaje a cambio de tener preferencia en el reparto de cuanta antigua tecno encontrásemos. Y esto sin duda encaja en esa definición. Yo bajaré primero.

Telémacus se encogió de hombros.

—Está bien.

—Decidiré si me gusta para quedármelo o no, y te daré un decibelio de ventaja si quieres gritarme. Piensa en la respuesta, dóblala y divídela por dos.

—Mi respuesta es… de acuerdo. —Sonaba normal… su habitual yo argumentativo—. Debo confiar en tu criterio como guerrera veterana. Eres una chica lista.

—Tan lista que ya estoy buscando otro trabajo.

Arthemis y Tsunavi se guiñaron un ojo mutuamente y bajaron de un salto. El espacio allí era tenebroso, una oscuridad apelmazada por el peso de los siglos. Se notaba que este santuario no había sido descubierto por ningún buscador de tecno, hasta ahora. Eso lo convertía automáticamente en un tesoro, aunque luego no hubiera nada útil que rapiñar entre los restos.

Las mujeres fueron con cuidado, apuntando con sus armas en todas

direcciones por si había algún depredador oculto. Y sí que lo había, un insectorraptor que saltó desde las sombras. Sin embargo, las dos estaban prevenidas, y le volaron la cabeza de un disparo cuando no había recorrido ni media habitación. Su sangre las bañó con una pulverización de rubíes.

—Joder, esto mancha —protestó Tsunavi.

Se acercaron a la nave. Era un transporte biplaza con una cabina en forma de burbuja de plástico que asomaba tanto por encima como por debajo del vehículo, a la que rodeaba un fuselaje con forma de lágrima. No tenía el perfil agresivo de un caza de combate, por lo que dedujeron que se trataba de alguna lanzadera personal que acabó allí abajo tras estrellarse, bien porque la derribaron, bien por un fallo en los motores. Dentro de la cabina había dos esqueletos medio fosilizados, recubiertos por una excrecencia de hongos.

—Menuda chatarra —se quejó Arthemis. Aun así, registró a fondo la cabina, el compartimento de carga y la zona de los motores, por si hubiera alguna célula de potencia que aún funcionara. Con dificultad, su compañera y ella extrajeron de uno de los impulsores gemelos una batería que parecía en buen estado—. ¡Premio! Si todavía le queda energía a esto, podemos sacar un buen pico en el mercado negro del Kon-glomerado.

—¿Ya puedo bajar? —preguntó Telémacus desde arriba.

—¡Aún no! Todavía no he registrado los cadáveres… —El rostro de Arthemis asumió esa expresión que indicaba que cualquiera que no fuera ella misma, en esos momentos estaba siendo excluido del mundo.

¿Qué pudo salir mal en el último vuelo de aquella nave? ¿Un enemigo la derribó, o su sapiencial imaginó una cantidad absurda de números primos y eso le creó una psicosis? Para una computadora, los números aleatorios eran el equivalente al libre albedrío para los humanos, pero si los números se volvían demasiado aleatorios —esto era algo que los dravs les habían repetido miles de veces—, se convertían en una enfermedad mental. Y las máquinas enloquecían. Ese era el rasgo que más las hermanaba con los seres vivos: no que pudiera pensar, sino que podían *enloquecer*.

—A lo mejor su girocompás se volvió loco —caviló Arthemis—, y calculó mal la rotación del planeta. Su velocidad. Y se estrellaron aquí.

—O a lo mejor los dioses se enfadaron con todos los pájaros que volaban por sus cielos, y les ordenaron aterrizar —sonrió Tsunavi. Se metió en la carlinga, apartó sin delicadeza los esqueletos y vio que uno de ellos estaba sentado sobre algo duro—. Aquí… Esto.

Sacó el objeto. Parecía un instrumento musical, una especie de cítara,

solo que su caja de resonancia era extraña, sin una lógica interna para el flujo del aire. Sin embargo, sus cuerdas todavía estaban tensas, y parecía ser capaz de producir música bajo unos dedos hábiles. Se la enseñó a su jefa.

—¿Y esta mierda?

El hallazgo sorprendió a Arthemis con la boca abierta, y empujó las palabras de vuelta a su garganta. Lo cogió. No parecía ser un objeto valioso, ni siquiera por su artesanía, pero allí estaba. Y era lo único que se podía rescatar aparte de la célula de energía. Se lo tiró a las manos a Telémacus.

—¡Mira a ver si le sacas algún rendimiento a eso, artista! Así al menos nos alegrarás las noches con unas baladas.

En cuanto las tuvo en las manos, Telémacus sintió ganas de pulsar aquellas cuerdas, de tocar el instrumento, aunque lo único que saliese fuera ruido. Podía ser una forma de establecer un vínculo con aquella gente de otra época que sin duda llevaba más de un siglo muerta. Una manera de decir gracias por haberles traspasado ese pedazo de su historia. Ese trocito de cultura.

Pero ahora no. Ya llevaban demasiado tiempo allí, lo cual resultaba peligroso. Tenían que poner en marcha el convoy.

—¡Arthemis!

—Ahora mismo no estoy en casa. Deja tu mensaje.

—Nos vamos en diez, así que date prisa en registrar ese cementerio. Voy poniendo en marcha los camiones.

(Dijo confiar en el criterio de ella como aventurera veterana. Ustedes lo oyeron). Se marchó sin darle tiempo a replicar y se encontró con Logus en el camino de vuelta. El alienígena miró el instrumento con el interés de un citarista.

—Vaya, buen botín, señor mercenario.

—Gracias, aunque hay gente ahí atrás que no opina lo mismo. Súbete al camión en el que quieras viajar porque nos vamos.

El idor hizo girar más rápido sus órganos.

—¿Nos internaremos más en el desierto? ¿Vamos en busca de lo desconocido? Quizá un poco de indívigo les vendría bien a estos guerreros, para que se mantengan despiertos.

—¿Qué…?

—Lo conoces por el nombre de su alcaloide: dietilamida. A los humanos os sienta bien, aunque no hay que abusar de ella.

—Yo no lo habría expresado mejor, colega.

—Sí que hay una forma mejor de expresarlo, señor Telémacus: una afirmación fundamentada en las tres declaraciones básicas de la semántica es que poner en riesgo la vida de uno, y de paso las de terceros, no tiene por qué considerarse un hecho demostrado, sino que existe por sí mismo desde que uno hace la proposición conveniente. La estupidez se demuestra a sí misma, invalidándose, igual que la valentía… y que el… el… eh…

El mercenario se quedó un segundo callado, mirándolo, y Logus carraspeó.

—Ejem. En el fondo es lo mismo que decir «¡Pisa el acelerador, colega!».

—Así me gusta —sonrió Telémacus.

Salieron fuera y dieron la orden. Minutos después, una vez cargados todos los sacos de grasa saturada de agua que pudieron extraerle a la madre insectoide, y con toda la tribu subida encima, los camiones volvieron a rugir. La caravana se dirigió hacia las dunas distantes, mirando cada pocos minutos hacia atrás por si algo aparecía en el horizonte.

No sabían lo cerca que estaban sus temores de la verdad.

PADRE ADDAR

El Intérprete de los Muertos dejó el palacio móvil de Bergkatse y viajó en aerodeslizador hasta la ciudad de Múnegha, una de las capitales gemelas del Kon-glomerado. Una ciudad que había sido edificada justo allí no por lo que sus habitantes creían, sino para ocultar algo: posiblemente el mayor secreto que había en aquellos días en Enómena.

Llegó hasta el centro de la ciudad, entró en la fortaleza más protegida con la que contaba su ejército y descendió a las bóvedas subterráneas más profundas, a través de una serie de ascensores que bajaban más y más hacia lo profundo del planeta, a un antiguo búnker que solo cuatro seres en el mundo sabían que existía. Y de ellos, uno acababa de morir achicharrado bajo el lanzallamas de una mercenaria.

Al atravesar el último control, un mortífero pasillo flaqueado por cañones automáticos, se paró frente a una puerta tan inmensa que parecía una fuerza de la naturaleza. Introdujo un código en un panel —uno que no ofrecía segundas oportunidades, por lo que si cometía un error en algo de los dígitos las armas vaporizarían su cuerpo al instante—, y unos retumbantes servomecanismos actuaron tras las paredes. La puerta se

arrastró sobre sus guías como una cansada mole, y el tesoro mejor guardado de todos los imperios guerreros de Enómena quedó expuesto ante él.

Los hecatonquiros eran columnas de dos metros de altura alineadas dentro de un gran cubo de piedra negra con fisuras que dejaban ver su interior. De los diez originales, solo dos quedaban en funcionamiento; Addar lo sabía porque los otros eran simples torres de deuterio inertes, muertas, mientras que los dos que aún «vivían» vibraban de un modo que no había palabras en su idioma para describir. Era como si la extraña energía contenida en ellos los hiciera existir en varios planos de realidad superpuestos, coincidentes, y un observador pudiera verlos chocando unos contra otros. El efecto era el de una materia que no parecía sólida, sino que se desintegraba y volvía a reconstruirse muchas veces por segundo, de ahí el parpadeo.

Padre Addar no tenía ni idea de qué era aquella monstruosidad, ni de cómo funcionaba. Quizás Logus, de haber estado presente, podría haber iluminado las tinieblas de su ignorancia con algún dato crudo, como que en efecto aquellos ¿robots, androides, hiperdroides…?, tenían un porcentaje de deuterio en su organismo. Y este había que fabricarlo artificialmente, pues en la naturaleza esa clase de isótopos no nacieron en el alba de los tiempos, y no se podía llegar a ellos mediante procesos naturales. Otra de las maravillas del Imperio Gestáltico fue su capacidad para fabricar xenomateria de alto nivel, dedicando parte de ella a su industria militar.

Pero estas cosas Addar jamás sería capaz de entenderlas. Ni siquiera se molestaría en intentarlo.

Miró a los hecatonquiros con el asombro reverencial de quien contempla dioses, o bien sus obras directas. Pero aquello no era magia, sino tecnología extrema procedente de otra época. Por enésima vez intentó imaginarse a las personas que poseían conocimientos para hacer algo así, y cómo sería su civilización… y por enésima vez fracasó.

Se acercó a una consola e introdujo en una ranura la llave de iridio. Una cifra en la pantalla fue cambiando mientras una abscisa brillante descendía en la rejilla. Eso activó a uno de los hecatonquiros, que adoptó una forma vagamente humana —sin dejar de temblar estocásticamente— y salió de la caja. El monstruo se quedó allí, mirando a su amo. Esperando órdenes.

Addar miró a la monstruosidad y tragó saliva. Le mostró una imagen tomada durante el ataque a la fortaleza móvil en la que se veía a Telémacus y a los demás Tábanos.

—Tus presas. Ya sabes lo que tienes que hacer. Aprende de ellas todo

lo que puedas… y mátalas.

El monstruo se giró y empezó a caminar. Y *atravesó la pared*, fluyendo a través de sus átomos como un fantasma. Addar se encomendó a sus dioses, y rezó por el alma de aquellos pobres mercenarios. No sabían lo que se les venía encima.

8. PERSECUCIÓN

VELDRAM

—¿Qué es eso? ¿Puedo verlo? —preguntó Veldram, apoltronado en la cama que había tras el asiento del conductor. Su madre conducía mientras su padre echaba una cabezadita.

—Ummfff… es una especie de instrumento musical —rezongó Telémacus, medio dormido. El sueño que había tenido la noche anterior parecía asirse a él como un olor desagradable, y se negaba a soltarle—. Lo encontramos en aquel sótano, en la nave.

El chico cogió la especie de cítara y la sopesó. Nunca había sido bueno con la música, ni tenía oído para sacar las melodías de memoria, pero al ver aquel instrumento una cancioncilla de origen incierto le vino a la cabeza. No estaba seguro de haberla oído antes, solo… estaba por allí, merodeando.

—Es bonito. ¿Lo tocaban los antiguos?

—Eso parece.

—Tú podrías conseguirlo si te lo propones —dijo su madre—. Eres listo.

—También soy guapo. Cambio.

—Esa parte la has heredado de mí —murmuró su padre.

Vala sonrió, mirando por el retrovisor. En el segundo camión iba Arthemis junto con Liánfal —habría pagado por asistir a una conversación entre esas dos y escuchar qué se tenían que decir—, y en el tercero Tsunavi con Logus. Había sido una decisión difícil arriesgarse a dejar solo a su único médico con aquella psicópata de colmillos afilados, pero de algún modo (*¡sine qua non!*) tenían que vigilarla. A nadie le gustaba la idea de poner en sus manos aquel volante junto con la responsabilidad de mantener a salvo a un tercio de su tribu… pero Bloush había muerto, y ya no les quedaban más manos capaces. Los lumitas no eran diestros manejando ese tipo de tecnología.

Miró al horizonte. Por el sur avanzaba un crepúsculo violeta, pero les quedaba por la derecha, y no los alcanzaría al menos hasta dentro de un par de horas. Parecía como si faltara una escena de enlace entre el último vestigio de civilización que acababan de dejar atrás y lo desconocido que esperaba delante. La silueta de la primera luna, gris sobre gris tras el embozado peso de las nubes, los vigilaba como un ojo atento, allá arriba. Era un satélite brillante como una bola de nieve acompañado por un halo de polvo. Bajo él, el delgado cordón del Hilo ardía en su mitad superior con los fuegos rojos del crepúsculo, mientras la inferior estaba pintada de azules.

Por delante, hacia el este… una muralla vertical de humo denso que formaba una pared casi sólida donde parecía acabar el mundo: era el humo que surgía de los barrancos siempre ardientes, los que tendrían que cruzar para entrar en una nueva zona del desierto. Y eso le provocaba un miedo sobrecogedor.

—Quiero volar —le dijo al artificio azul del cielo. Poder pasar por encima de aquellas barreras terrenales y ser libre. Pero si había alguien allá arriba, vigilando (tal vez una luna gris con su ojo bien abierto), no respondió. Poco le importaban al cielo las penurias de las criaturas condenadas a la tierra.

¿Qué les aguardaba al otro lado de los barrancos, si es que lograban encontrar un vado para cruzarlos? ¿Más monstruos sedientos de sangre? ¿Pintorescos y extravagantes nativos con pintorescos y extravagantes atuendos que cantaran pintorescas y extravagantes canciones en exóticos lugares, con sus cabezas inclinándose en señal de bienvenida y guirnaldas de flores? El primero en encontrar signos de vida inteligente fregaría la loza.

—¿Por dónde cruzaremos los barrancos, mamá?

—Cuentan las historias de los buscadores que hay lugares por los que se pueden vadear, pero vamos a tener que buscarlos. Recorreremos a lo largo las grietas a ver si los encontramos. Y rezaremos porque todo ese humo no se nos venga encima.

—No arriesgaremos los camiones, se mantendrán a una distancia prudencial —dijo Telémacus, los ojos aún cerrados—. Para eso tenemos los esquifes, para explorar.

—¿Quién los pilotará?

—Los que tengamos cascos con respiradores de oxígeno. Mi armadura tiene uno, y Arthemis también tenía hasta que lo perdió. Pero se le podría hacer un apaño.

—La cuestión es si querrá arriesgarse —gruñó Vala—. Vale que se apuntara a este viaje para escapar de ser reclutada, pero no la veo predispuesta a hacer nada más allá de lo que estipule su contrato.

—Lo hará, ya lo verás. A pesar de su insoportable socarronería, es una mujer muy valiente. Lleva toda su vida luchando, oponiéndose a imponderables mucho más grandes que ella.

—Parece que la admiras.

—No, solo reconozco sus valores.

Tuvo que admitir que estaba en lo cierto. Pero le molestaba la admiración que parecía sentir su marido hacia aquella asesina. No es que estuviera celosa, pero es que no comprendía los motivos. ¿Que era una buena protectora para su gente? Eso no se lo negaba nadie. ¿Que no compartía con ellos ninguno de sus ideales y solo estaba allí por su propio interés, por lo que podría dejarlos colgados en cualquier momento? También. Al menos era joven y vibrante, no como los líderes de la tribu, que parecían trozos de desechos a esquivar, la carne bajo sus ropas disminuyendo cada día que pasaba como una marea en retirada.

El giroscopio del salpicadero empezó a dar vueltas como un loco. Estaba escalado angularmente a través de una rejilla normal en relación al plano del aparato, y perpendicular a la nariz del camión, lo cual le proporcionaba tres coordenadas. Pero algo le afectaba, algún tipo de electromagnetismo desquiciado, lo que hacía imposible que el sapiencial del camión calculase bien la distancia con los objetos que tenía delante. Vala lo desconectó y pasó a conducción manual.

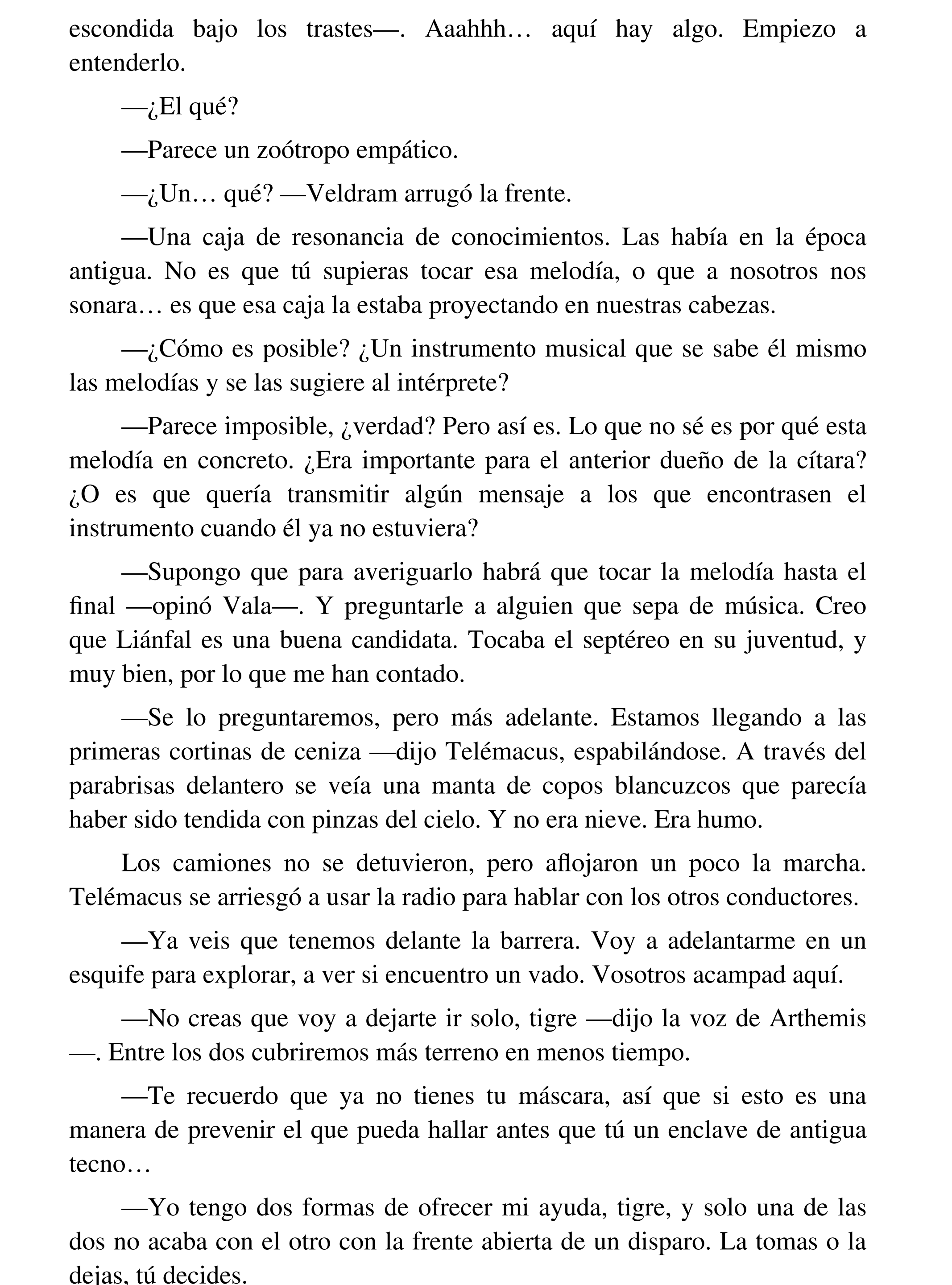
—Entramos en terreno peligroso.

Veldram colocó las manos sobre la caja y el mástil de la cítara, y las dejó hacer, a su aire. Unos sonidos comenzaron a surgir de la madera como si esta se hubiese tragado una docena de ratones barítonos. Al vibrar, los dedos extraían de las cuerdas sus bemoles silenciosos, sus superfluos tiempos verbales, sus pentagramas confluyentes. Mientras Veldram tocaba, su padre empezó a tararear la misma melodía, sin equivocarse, y eso que nunca antes ninguno de los dos la habían escuchado.

El chico soltó el instrumento, asustado. Sus padres lo miraron, y luego entre sí. Eran conscientes de que algo muy raro acababa de ocurrir.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Vala.

—Déjame ver ese cacharro —pidió Telémacus, agarrando la cítara. La examinó a fondo, palpando con los dedos allá donde no llegaba la vista… y descubrió algo: una caja metálica, caliente, tachonada de circuitos,



escondida bajo los trastes—. Aaahhh… aquí hay algo. Empiezo a entenderlo.

—¿El qué?

—Parece un zoótropo empático.

—¿Un… qué? —Veldram arrugó la frente.

—Una caja de resonancia de conocimientos. Las había en la época antigua. No es que tú supieras tocar esa melodía, o que a nosotros nos sonara… es que esa caja la estaba proyectando en nuestras cabezas.

—¿Cómo es posible? ¿Un instrumento musical que se sabe él mismo las melodías y se las sugiere al intérprete?

—Parece imposible, ¿verdad? Pero así es. Lo que no sé es por qué esta melodía en concreto. ¿Era importante para el anterior dueño de la cítara? ¿O es que quería transmitir algún mensaje a los que encontrasen el instrumento cuando él ya no estuviera?

—Supongo que para averiguarlo habrá que tocar la melodía hasta el final —opinó Vala—. Y preguntarle a alguien que sepa de música. Creo que Liánfal es una buena candidata. Tocaba el septéreo en su juventud, y muy bien, por lo que me han contado.

—Se lo preguntaremos, pero más adelante. Estamos llegando a las primeras cortinas de ceniza —dijo Telémacus, espabilándose. A través del parabrisas delantero se veía una manta de copos blancuzcos que parecía haber sido tendida con pinzas del cielo. Y no era nieve. Era humo.

Los camiones no se detuvieron, pero aflojaron un poco la marcha. Telémacus se arriesgó a usar la radio para hablar con los otros conductores.

—Ya veis que tenemos delante la barrera. Voy a adelantarme en un esquife para explorar, a ver si encuentro un vado. Vosotros acampad aquí.

—No creas que voy a dejarte ir solo, tigre —dijo la voz de Arthemis —. Entre los dos cubriremos más terreno en menos tiempo.

—Te recuerdo que ya no tienes tu máscara, así que si esto es una manera de prevenir el que pueda hallar antes que tú un enclave de antigua tecno…

—Yo tengo dos formas de ofrecer mi ayuda, tigre, y solo una de las dos no acaba con el otro con la frente abierta de un disparo. La tomas o la dejas, tú decides.

Telémacus sonrió.

—Creo que la tomaré, pero que conste que acercarse al barranco no es agradable. Tu armadura te protegerá del calor, pero tendrás que procurarte

una manera de filtrar el humo. Es posible que esté lleno de partículas radiactivas.

—Confía en mí —dijo ella, sardónica—. Sé lo que hago.

De pronto, la voz de Tsunavi se superpuso a las suyas. Contenía esa alegría, ese placer sardónico que en ella solo podía significar una cosa: problemas.

—Creo que no vamos a tener tiempo de hacer nada de lo que estáis planeando, tortolitos… —Pronunció la última palabra apoyándose en la «T»—. Mirad por el retrovisor.

Al instante se dieron cuenta de que aquella nube que se les acercaba a toda velocidad en lontananza, a ras de suelo, no era ningún fenómeno natural. Ni tampoco el montón de objetos negros que la estaban provocando. Ni el par de artefactos voladores parecidos a aerostatos que colgaban a baja altura sobre aquella formación militar de pulgas. Eran fuerzas del drav Bergkatse, o quizá de Raccolys, qué más daba. El hecho era que los habían encontrado.

Telémacus simplemente deglutió.

—*Felbercap* —maldijo. Bajó la ventanilla y se asomó, silbándole al esquife más cercano para que se les acercara.

—¿Adónde crees que vas? —preguntó Vala, cogiendo el volante. Se había puesto pálida y había empezado a sudar.

—Me adelanto a buscar ese paso. Sígueme lo más cerca que puedas. ¡Que toda la gente que va en el techo de los remolques se meta dentro, vamos a acercarnos peligrosamente al barranco! —ordenó por la radio.

—De acuerdo, jefe —gruñeron Arthemis y Liánfal. Logus tardó un poco más en responder pero también confirmó que Tsunavi y él habían recibido la orden. A continuación, cuando el esquife se colocó junto a la cabina, Telémacus abrió la puerta y saltó a bordo.

—¡Ten cuidado! —le gritó Vala—. Seguro que no estamos siendo nada sabios con todo esto…

—Como dijo alguien inteligente, la lógica es una forma organizada de equivocarse con seguridad. —Le guiñó un ojo antes de ponerse el casco. Sintió cómo las facultades y ayudas superiores de la armadura escalaban hacia su hipotálamo, con sus servomentes y sus jerarquías operativas. La diferencia con respecto a no llevar puesto el casco no era excesiva, pero las mejoras sensoriales de aquel *software* podían suponer una ventaja táctica de varias décimas de segundo… lo cual, en combate, establecía una línea divisoria entre la vida y la muerte.

Tocó el hombro al conductor para que intercambiara el sitio con él, y se sentó a los mandos. El otro hombre, como no tenía máscara, tuvo que saltar al camión y quedarse allí. El esquife aceleró, dejando un rastro lineal de humo, y salió disparado en dirección al borde del barranco… que desde aquella distancia, tan cercano, parecía más bien un cañón gigantesco. Súbitamente apareció el borde de la sima, una violenta cuchillada, un cañón escarpado. Cuando estuvieran pegados a él, el propio accidente del terreno, que distaba mucho de ser natural, les contaría su propia historia.

Veldram vio alejarse a su padre y se pasó al asiento delantero, junto a Vala. El parabrisas empezaba a teñirse de gris como un dibujo puntillista, a medida que los copos de ceniza se superponían formando un mandala. El joven colocó la cítara a su lado —decidió que la llamaría septéreo a partir de ahora; era un nombre mucho más chulo—, y acarició la caja de resonancia emocional. Inmediatamente, una melodía que jamás había oído empezó a surgir de la parte más profunda de su memoria a largo plazo. Y la tarareó.

Vamos, papá, encuéntranos un paso a través del infierno.

Sus dedos tamborilearon sobre la cítara, marcando un ritmo acelerado de tres por cuatro.

TELÉMACUS

Los barrancos ardientes de Devianys. Una cosa era haber oído hablar de ellos en las historias de taberna y otra acercarse tanto a uno como para que su putridez sulfurosa hiciera que tus ojos lagrimearan y tus pulmones ardieran por dentro. El casco le protegía, pero sintió la fuerza de aquel aire cargado de fuego, de la nube roja en cuyo interior zigzagueaban relámpagos. Si había una entrada a ese famoso inframundo que describían muchas religiones, sin duda era aquella.

El diminuto esquife —por comparación a la anchura del cañón— se colocó paralelo a él y avanzó a la máxima velocidad que permitía su motor aerodeslizante. Telémacus temía que la cantidad de ceniza que se estaba tragando la turbina acabase dañándola, pero no le quedaba más remedio que seguir. Tenía que encontrar algún vado o el convoy se quedaría atrapado entre la espada y la pared, con el muro de llamas delante y los asesinos dravitas detrás.

Se arriesgó a aproximarse al borde de la sima y echó un vistazo a su interior. Lo que vio le sobrecogió: la grieta tenía en aquel punto más de trescientos metros de anchura, y no se veía el fondo. Abajo se

arremolinaban nubes de fuego y torbellinos de ceniza vestidos con una cota de malla de partículas rutilantes, chispas, pavesas y nubarrones de favilas en combustión. Pero lo más sobrecogedor eran las siluetas de enormes estructuras hundidas en el manto, cuyas sombrías siluetas recordaban a edificios, a objetos que tal vez pudieron ser puentes en otro tiempo, o quizá pedazos de asfalto de larguísimas carreteras que antaño unieron ciudades. Todo había sido destrozado, troceado, apilado y arrojado al barranco hacía varias generaciones, antes del Día del Apagón. Por contraste con las zonas más brillantes, las que dañaban el ojo, entre tanto carmesí había regiones negras donde oscuridades mayores se quejaban mientras se fracturaban. El manto del planeta era un sumidero titánico que se lo tragaría y lo procesaría todo, reduciendo metales y minerales a sus elementos básicos. Era un cementerio vertical abarrotado de pruebas de que hubo una civilización en Enómena que precedió a la actual. Las leyendas de los buscadores decían que ahí abajo había infinitos tesoros de antigua tecno, cociéndose en el horno infernal, pero nadie se atrevía a bajar para comprobarlo.

Solo con ver la grieta, el cazarrecompensas entendió por qué.

Giró el control del esquife, unos mandos parecidos a los de una moto, para acelerar al máximo. Un ventisquero de chispas le impactaba de frente, convirtiendo el mundo en el ojo de una inmensa ola hecha de carbones ardientes. Por el retrovisor vio que el camión de cabeza, conducido por su mujer, giraba para seguirle, aunque más separado del borde de la grieta. Los otros le siguieron detrás, formando una fila. Vistos desde el aire, serían como una procesión de hormigas corriendo junto a una grieta que partía en dos el mundo, de la que surgía un acantilado vertical de humo tóxico. Pero eso no fue lo que le preocupó, sino que el ejército de vehículos que se les acercaba estaba a cada segundo un poco más cerca.

Y, por los dioses, ¿qué era aquella cosa que colgaba del aire?

El globo aerostático que Telémacus había visto a lo lejos era realmente lo que parecía, pero de cerca se parecía menos a un aerostato y más a un palacio flotante: la propiedad privada de algún dictador loco a la que unos inmensos balones de hidrógeno mantenían separada del suelo.

El globo era una pagoda invertida con cuatro niveles de anchura decreciente, el de más abajo rematado por una púa que apuntaba hacia el suelo. En las esquinas de cada tejado invertido había una estatua que representaba las cuatro naturalezas de la traición, entendida como una de las bellas artes. Del edificio central se abrían decenas de ramas como de árbol, que sostenían grandes hélices que impulsaban el palacio, con una vela puntiaguda en forma de nariz que servía para corregir la dirección.

Semejante extravagancia no se quedaba corta en ningún aspecto, pues había sido concebida en un sueño por el drav Bergkatse, e incluía una atalaya que recreaba un carro de los tiempos prehistóricos de la Vieja Tierra, de aquellos que tenían dos ruedas e iban tirados por caballos —no sabía por qué, pero el Padre Addar se sentía como en casa cada vez que se subía en él—. Era un trono flanqueado por escudos de armas de dragones tallados junto a un palio de índigo real. Desde allí, el general mandaba sus tropas. Ese carro asomaba como un balcón de la pagoda superior, la más ancha, y estaba flanqueado por dos extravagancias más: dos proscenios de teatro que colgaban de sus propios globos en los que el Intérprete de los Muertos asistía a dos óperas a la vez, protagonizadas por cantantes profesionales y reos condenados a muerte. La de su derecha era un fragmento de *Lamadar*, una obra con un recitativo seco en la que unos prisioneros condenados a muerte ofrecían la mejor interpretación de sus vidas mientras los torturadores los sometían a tormento, mientras que la de su izquierda, *Trocchano*, tenía un contorno melódico similar a un aria, en la que una parodia de un Intérprete de los Muertos defendía argumentos según los cuales merecía vivir para siempre ante un tribunal de dioses.

Resultaba asombroso cómo cada parte individual de aquel engendro volador podía mantener su propio mensaje simbólico al tiempo que incluía el significado del todo; era como si cada pequeño detalle superpusiera una capa más de simbolismo, sin que hubiera una definición global planeando por ahí de la que echar mano.

Padre Addar estaba de pie encima de su carro, con pose altiva, de emperador. Miraba los puntitos que eran los camiones fugitivos, ya casi a distancia de tiro, y se enorgullecía de su partida de caza. En otros tiempos, los reyes organizaban cacerías de animales exóticos para demostrar que podían domar a la naturaleza, y que no existía depredador en el mundo que pudiera imponérseles en ferocidad. Ahora, él cazaría a los asesinos del drav, su antiguo amo. Había reservado espacios para sus cabezas en sus paredes favoritas.

Alzó las manos sobre un teclado de piano que bordeaba por dentro su carro, y pulsó varias notas. En los teatros que colgaban del cielo a derecha e izquierda, los reos cautivos en cajas de metal fueron estimulados por brutales descargas eléctricas al ritmo de la música, y sumaron sus gritos al coro. Sus caras se deformaron subjetivamente, adoptando forma de pera: seres encerrados dentro de sus propios gritos, sin defensa posible ante su propia voz. Sus ecos ocupaban los espacios a su alrededor.

Addar no era un cacófilo, un amante de la fealdad, todo lo contrario… era un *cacoformotista*, es decir, un creador de belleza a partir de elementos

horrendos. Sus ojos se obnubilaron, la piel de su cara perdió capacidad de expresión como si estuviera hecha de plástico… pero él se alzó majestuoso como un maestro de orquesta, dispuesto a extraer —a *cacoformotear*— una sinfonía a partir de la matanza de inocentes que estaba a punto de suceder. Aislados por su propia música o a pesar de ella.

Un aerodeslizador se le acercó por estribor, con un cazarrecompensas del gremio subido a un estribo. Era un miembro del Clan Taxidermista, expertos en despellejar a sus víctimas y llevarlas al estado de disecación corporal sin que murieran ni se desmayaran en ningún momento. Contaban que el dolor alcanzaba cotas de auténtica locura.

—¡Mi señor! —le gritó el taxidermista, que si mal no recordaba se hacía llamar Bestia—. ¡El radar detecta un grupo de tres vehículos grandes y otros tres pequeños y veloces delante! Están junto al cañón, recorriéndolo a lo largo.

Addar no juntó las cejas, pero una contracción en sus pómulos comunicó la misma emoción.

—Buscan un vado… Adelántate con cuatro deslizadores y frénalos. Que el tóptero vaya también para daros apoyo. No dejes que se oculten en el humo ni que se metan dentro del barranco.

—Sí, amo.

Bestia alzó en el aire una vara de potencia que siempre se llevaba a todas las cacerías, capaz de emitir una onda de concusión que podía lanzar por el aire varios metros a un humano adulto, y lo volteó sobre su cabeza. Hubo un diálogo invisible con otros jefes de turba. Sus vehículos adelantaron al grupo principal, que se mantenía a la velocidad del palacio flotante. El único vehículo volador además del palacio que se habían traído a la cacería, un tóptero de alas negras y armado con una tronera lanzamisiles, también se adelantó para reconocer el terreno.

Padre Addar pulsó una nueva combinación de notas en su teclado, que el coro respaldó con sus gritos de agonía. Aquellos que no gritaban lo suficiente como para dar las notas limpias, sentían látigos chasqueando al cruzar sus espaldas desnudas.

Buena tarde para un concierto.

Telémacus, a través de la visión periférica de su casco, vio que unos vehículos rápidos se acercaban al camión de cola, el que conducía Tsunavi. Parecían aerodeslizadores blindados de despliegue táctico, posiblemente de origen militar, que volaban a un par de metros del suelo dejando estelas de polvo. Justo la clase de vehículos que les gustaba llevarse a los dravitas a

sus «cacerías».

Maldiciendo, redujo la velocidad y se detuvo unos instantes junto a la ventanilla del primer camión. Los rostros de Vala y Veldram le miraron ansiosos a través del cristal.

—¡Sigue adelante, no te pares! ¡En cuanto veas una entrada al interior del cañón, a una zona que no esté en llamas, tómala! ¡Yo me desharé de los dravitas!

Su mujer asintió y aproximó más el camión al borde del barranco. Telémacus frenó casi en seco y salió disparado hacia atrás como un proyectil; dejó que le adelantara el segundo camión y se puso al lado de la cabina del tercero. Tsunavi lo miró y le dedicó una de sus sonrisas diabólicas. Abrió la ventanilla.

—¡Parece que al fin tendremos fiesta! —gritó la cazarrecompensas.

—¡Cuidado, por tu derecha! —advirtió Telémacus cuando el primer aerodeslizador llegó hasta el camión y trató de embestirlo. Llevaba encima a cinco mercenarios de mirada feroz, armados con carabinas láser de corto alcance. Tsunavi los vio por el retrovisor y giró la esfera que hacía las veces de volante, para que su vehículo, más pesado, chocara contra el suyo. Telémacus lanzó una maldición y se imaginó a la delicada carga que llevaba detrás (más de un centenar de hombres, mujeres y niños) gritando de terror, confinados como estaban, sin saber lo que ocurría.

—¿¡Estás loca!? ¡No hagas eso! —le gritó, pero ella no escuchaba. Los tentáculos del pobre Logus culebreaban por la cabina, asustados; él también lo estaría pasando muy mal, con lo sensible que era.

Telémacus lanzó una blasfemia y redujo la potencia del colchón antigravitatorio de su esquife, de modo que este redujo su altitud con respecto al suelo. A tan poca altura que sus rodillas casi rozaban la tierra, se inclinó hacia la derecha y obligó a su vehículo a pasar por debajo del enorme camión; por unos instantes sintió la presión de los campos suspensores aplastándole la espalda, pero no tardó ni un segundo en emerger por el otro lado, pegado al aerodeslizador de los dravitas. Y gozó de su cara de sorpresa.

Cinco y bien armados eran demasiados para él, así que tomó una decisión drástica. Antes de dejar que tirotearan la cabina del camión o que treparan encima del remolque, ejecutó una doble maniobra muy brusca: aceleró al máximo y metió el bloqueo del motor con el pedal, ganando un poco de altura. El vehículo se colapsó, literalmente, después de un violento empujón que lo llevó a girar y a dar vueltas como una peonza sobre sí mismo. El cazador saltó en el último segundo, el parpadeo de los disparos

láser llenando de luz verde el aire a su alrededor. Se agarró como pudo al frontal del aerodeslizador enemigo mientras su esquife cortaba el aire como una cuchilla, o más bien como las palas de un ventilador, golpeando a los mercenarios en un remolino furioso. Luego chocó contra el suelo y reventó en una nube de polvo y fuego —el combustible que usaba no es que fuera especialmente peligroso, pero se portaba de manera muy poco amistosa con todo aquel que no supiera comprenderlo—. Su objetivo se cumplió: ya no quedaban enemigos encima del vehículo, salvo el conductor, que se había agachado a tiempo y miraba a Telémacus con ojos desorbitados. Todos los demás habían sido barridos por la improvisada cuchilla.

El cazador trepó por el morro hasta sentarse en el sillón del copiloto. No hizo falta ni siquiera que lo amenazara: el otro lo miró con un acceso de pánico y saltó fuera, quedándose muy atrás mientras rodaba por el suelo. Telémacus tomó los mandos y se acercó a la altura de la puerta del camión.

—¡Uno menos, quedan dos! —le gritó a Tsunavi. No pretendía nada más, solo que ella lo supiera, pero la mercenaria hizo algo inesperado: le ordenó a Logus que cogiera el volante con sus palpos y abrió la puerta; agarró su machete ígneo y sus pistolas y salto al vehículo de Telémacus. Este no daba crédito—. ¿¿Pero qué demonios…?? ¿Qué coño crees que estás haciendo?

—No voy a perderme la diversión, hombretón, ni por ti ni por nadie. —Se pasó una lengua viciosa por los labios. Sus dientes de vampiro refulgieron.

—¡Estás como una puta cabra!

—Bienvenido al club, Tely…

El segundo aerodeslizador se les acercó por detrás. Tenía la forma de un monorrueda, pero flotaba a un par de metros del suelo como los otros. En su interior también iban cinco personas, todas con pinta de bárbaros sedientos de sangre. *Estos dravitas… siempre tan teatrales*, pensó Telémacus mientras ejecutaba quiebros duros para intentar esquivar los abanicos de luz láser que se desplegaban a su alrededor. La batalla, que habían llevado hasta el borde del barrando, era un rectángulo ancho y lento de humo en medio del desierto, los rastros de polvo que marcaban el movimiento de cada vehículo fluyendo en un cambio constante de dibujos.

Mientras él se preocupaba por atraer la atención de sus perseguidores sobre sí mismo, para alejarlos de los camiones, Tsunavi disparaba como una loca hacia atrás. Pero entonces, una forma difuminada por el movimiento surgió del aerodeslizador que tenían en la cola y su perfil entrevisto se situó muy por encima de sus cabezas. Parecía un proyectil

lanzado por un mortero.

—¡Cúbrete! —le gritó a la cazadora, quizás un segundo tarde: el proyectil explotó dando a luz una nube espicular de pequeñas agujas. Estas llovieron sobre la zona como si el cielo estuviese sudando espinas.

Telémacus se encogió, pero notó cómo cuatro o cinco impactos producían un ruido como de pistola de clavos en su coraza. Al mirarse el brazo, vio que tenía espinas de acero hundidas en la hombrera y el codo. También le habían acertado un par en el casco, clavándosele como pequeños cuernitos. Por fortuna, no habían sobrepasado el blindaje de la armadura. Tsunavi no tuvo tanta suerte: de las espinas que llovieron sobre el vehículo, una había clavado literalmente su brazo izquierdo a la baranda de estribor, atravesándole la carne a la altura del tríceps braquial. Ella gritó, más por rabia que de dolor, y alzó el brazo lentamente para que la espina fuera atravesándolo poco a poco hasta salir por debajo. La mancha de sangre que Telémacus vio cuando se volvió era agresivamente roja.

—¡Ráfaga de racimo! —dijo ella, viendo cómo el artillero del otro esquife volvía a cargar el mortero. Esta vez no erraría el disparo por tantos metros, y una lluvia mortal de agujas caería como un aguacero sobre ellos. Telémacus probablemente sobreviviría gracias a su armadura (aquello no era como si les estuvieran disparando con trimisiles de filamento u hornos de plasma), pero ella quedaría convertida en papilla. Y como el aerodeslizador no tenía techo, no había dónde esconderse.

—¡Agárrate a algo! —le ordenó a Tsunavi, y justo cuando el mortero disparaba y la nueva cápsula explosiva se elevaba hacia el cielo, pisó el acelerador e invirtió los dos sustentores gravíticos de los laterales del esquife, el de babor y el de estribor, de modo que apuntaran en direcciones opuestas. Uno hacia arriba y el otro hacia abajo. Esto hizo que el vehículo diera una vuelta de campana sobre su eje. Una vuelta que, justo cuando llovieron las agujas, colocó su cárter inferior orientado hacia ellas. La parte de abajo del deslizador se llenó de púas como un puercoespín, pero hizo de escudo para sus ocupantes.

Al terminar el giro, Telémacus se encontró otra vez horizontal y otra vez acelerando, dándole gracias a los dioses por su rapidez de reflejos. Pero una sacudida le puso los pies otra vez en la tierra: desde el vehículo perseguidor habían disparado un arpón que se había clavado a fondo en la chapa, y ahora los esquifes estaban unidos por un cordón umbilical de eslabones de hierro. Vistos desde arriba, ambos vehículos parecían los pesos de unas boleadoras que temblaran frenéticos intentando deshacerse el uno del otro.

—¿Puedes dejarlos atrás? —preguntó Tsunavi mientras se echaba un suero que había sacado de su botiquín en la herida. La sangre le goteaba del antebrazo.

—No, este trasto no da para más.

—¿Y elevarte más en el eje Z?

Él la miró y comprendió su plan. Tiró de una palanca y el vehículo se separó del suelo a lo máximo que daban sus repulsores. Su techo de vuelo no es que fuera muy alto, apenas cinco metros, pero ya eran tres más arriba que sus perseguidores. Eso convirtió la cadena que los unía en una especie de tirolesa, con un extremo más elevado que el otro.

Tsunavi cortó una tira de sujeción de la cubierta con su machete y la pasó por encima de la cadena. La agarró por los extremos y se dejó caer resbalando por la cuerda hasta el otro vehículo, cuya tripulación la miraba atónita: no podían creer que alguien estuviera tan chiflado como para hacer algo así.

Por el retrovisor, Telémacus vio que la silueta de la cazadora se mezclaba con otras en una frenética danza de destrucción y combate cuerpo a cuerpo. Se había enredado en una confusión de brazos y piernas de la cual a veces salía un miembro amputado. A su alrededor florecían fuegos silenciosos de armas de energía, escapando hacia el cielo en forma de vectores láser, pero ella no les prestaba atención: era como una gata salvaje cuya única garra —el machete— había llenado sus celdillas con el calor del magma, y cortaba carne y amputaba brazos y piernas como si estuviera en un cimbrado desquiciado. Tsunavi recibía heridas también, pero quizás fuera por los estimulantes de combate que los tubos que se le metían en la base del cráneo le estaban inyectando en ese momento, o por su química corporal bizonal, que no parecía sentir dolor. Su espada era el rompiente que precedía aquellos breves oleajes de sangre, su cara un desperfecto oscuro en la pálida luz del atardecer.

El arpón que unía ambos esquifes acabó arrancando un trozo del fuselaje del de Telémacus, y levantó una nube de polvo al impactar contra el suelo que ocultó por un momento a perseguidor de perseguido. Sin embargo, pudo ver algo que le preocupó, y era que el tercero de los aerodeslizadores que se habían adelantado, el más grande —parecía una mezcla entre vehículo flotador y robot-grúa gigante— se acercaba peligrosamente al camión que iba en cabeza, el de su mujer.

—Una puta locura —lo calificó Arthemis al verlo. Solo la combinación Telémacus-Tsunavi podía ser capaz de desplegar tamaña destrucción con tan pocos medios a su alcance (¡esa era su chica!). Una

contradicción tan elegante no necesitaba pruebas que refutaran su existencia.

Aceleró para acercarse al robot-grúa desde atrás y por la derecha. Seguro que Telémacus le echaría una bronca tremenda si supiera lo que pretendía hacer: convertir aquel transporte de civiles en un arma. Pero algo tenía que hacer contra aquel monstruo o sus brazos articulados arrancarían de cuajo el remolque del camión de Vala.

—Espera… ¿¿qué pretendes?? —se asustó Liánfal, que iba a su lado agarrada al cinturón de seguridad como si fuera la cuerda de un escalador.

—Vamos a echarle una mano a la pobre Vala.

—¡¡Pero no así!!

—Lo siento, no sé hablar cobardiqués. ¡Agárrese!

Las masas metálicas se acercaron con velocidad la una a la otra, toros bravos apuntando con la testa al flanco más desprotegido. Liánfal soltó un agudo «iiiiiiiiih» en los últimos metros, cuando vio que el costado del robot-grúa estaba a menos de un segundo de impactar contra su parachoques. Hasta el techo de la cabina tembló cuando ambos vehículos se encontraron, y una vibración apabullante y abrumadora les subió por las piernas y les hizo bailar la cintura. Hubo chispazos y luces que reventaron en la bitácora de instrumentos, y gritos de pánico en la parte de atrás. El tacómetro que contaba el número de revoluciones de la hélice que refrigeraba el motor se cansó de su lugar en el tablero y saltó como una rana. El camión se quedó pegado al otro vehículo, avanzando en paralelo.

—¡Coja el volante! —ordenó Arthemis, e intercambio a empujones su sitio con la anciana.

—¿¿Qué?? ¿Adónde coño vas?

—¿Cuándo fue la última vez que oyó a un rifle de pulsos decir «¡ffuuussshhh!»?

—Tengo mis dudas sobre esto, niña.

—Mejor, sus dudas conseguirán que viva más tiempo —sonrió la cazarrecompensas. Cogió su rifle y salió por la ventana. Aterrorizada, la *místar* agarró la esfera y puso los pies en los pedales. Por el momento, se conformaba con ir hacia delante sin chocar con nada, y eso sí se veía capaz de hacerlo. Los vehículos se movían a través de un mundo limitado, borrado por las nubes de humo que salían del gran barranco, convertidas en maremotos de copos grises que se desvanecían en el momento de tocar aquella oscuridad.

Arthemis escaló por las irregularidades del costado del otro vehículo y llegó hasta una ventana de su parte trasera. Poseía un bloque delantero que parecía una locomotora de morro redondo, que no expulsaba humo por una chimenea sino arcos voltaicos. Esa locomotora tiraba de una segunda sección donde se elevaba un torso humano de seis metros de altura, un robot con dos brazos demoledores y una cabeza en forma de ocho. Cada brazo acababa en un racimo de cortadoras, bolas con cadenas y otros instrumentos de demolición. Como se pusieran en marcha… Arthemis prefería no imaginar lo que harían con el camión de Vala.

Trepó como un chimpancé hasta colocarse junto a la ventana de esa sección, la que había a los pies del robot: vio un grupo de soldados que se estaba disponiendo a saltar de un vehículo al otro, y que no iba armado con arsenales de complejidad desconcertante, sino con objetos muy simples: porras, garfios, garras, picos, ganchos, gavilanes. Parecían bárbaros aerotransportados, no soldados de anónima eficiencia uniformados en serie.

Saludó con los deditos a través de la ventana, y abrió fuego. Los destellos láser hicieron estragos dentro de aquella cabina con afectado deleite; sus discordantes siseos estremecieron el metal y la carne y sembraron quemaduras aquí y allá. No paró hasta que no quedó ninguno de aquellos brutos en pie. Tan rápida y feroz fue la ráfaga, que se le agotó la batería y tuvo que extraerla y cargar otra con la boca.

A eso se había reducido todo en aquellos locos días, pensó: a una pugna extrema entre sobrevivir o extinguirse. La vida era la metáfora más rara que había en el universo, y ella acababa de apagar una docena de ellas simplemente por necesidad, porque aquellos salvajes habían decidido unánimemente que su huida hacia la libertad era un pecado y que había que cortarla de raíz. Pues bien, como le había dicho una vez a su actual contratante… no sería ella la que se sintiera incómoda por defenderse.

—¡Traidora! —le gritó otra voz femenina desde arriba. Alzando la vista, vio que en el pecho del robot-grúa, en un espacio reservado para su operario, había una mujer. Se acordaba de ella por las reuniones de cazadores del gremio: era la sin par Baby Boom, una sádica asesina que empleaba muñecos de niños cargados con explosivos para sus fines, responsable de las iniciales BB en los epitafios de sus víctimas. Vestía parodiando los uniformes de las cuidadoras de guardería, y siempre llevaba encima, colgando de arneses de bebé, media docena de muñecos con pinta siniestra y altamente explosivos.

—¿Traidora? Tú has violado el juramento del gremio al alistarte en el ejército de ese loco, no yo —le respondió con lenta precisión—. Has

prostituido tus creencias por Bergkatse.

—Katse ya no existe, lo liquidaron hace unos días en su fortaleza. Y, o bien me estoy equivocando mucho, o tú conoces mejor que nadie la historia.

Arthemis hizo un mohín.

—Yo no la calificaría de historia, sino de… je je, un trabajo de primera categoría.

—No tienes ni idea del caos que has desatado al cargarte al jefe. —Cuando hablaba, salpicaduras de saliva manchaban la boca de aquella psicópata como rocío de mar. Aquella mujer se había vuelto una experta, además de en explosivos, en viroplastia: una disciplina de arte dérmico que usaba microimplantes de colágeno vírico que crecían libremente, por su cuenta, hasta que convertían la piel del sujeto en una obra de arte desagradable a la vista. También se había implantado un hombro rotatorio, lo que le permitía girar su brazo izquierdo como si fuera una hélice… algunos decían que para poder lanzar sus muñecas explosivas más lejos—. Ahora quien está al mando es su perro, Padre Addar. Y no parará hasta tener vuestras cabezas disecadas en su salón.

—¿Es él quien va en esa especie de fanfarria flotante, la de los globos? —se burló Arthemis. Sintió nacer en su pecho una necesidad de enfrentarse a aquella asesina y medirse con ella. La embargaba, le quemaba por dentro. La adrenalina corría brillante y feroz por su sangre—. Pues que se acerque más, que mi pequeño tiene un mensaje que darle. —Acarició su rifle láser con lascivia, momento en el que Baby Boom tiró de una palanca, haciendo que el robot se pusiera en marcha.

El torso de la máquina, clavado como estaba al vehículo, solo podía rotar hacia la derecha o la izquierda; su libertad de movimientos era muy limitada, pero no necesitaba más que eso para hacer su trabajo. Sus brazos se alzaron y unas potentes sierras de disco que llevaba en los extremos empezaron a girar, dispuestas a cortar el mundo. Arthemis sabía que solo tenía una oportunidad contra ellas, y era pegarse al torso del robot, a su cintura, para quedar fuera de su alcance. Así que cuando la primera de las sierras descendió como una promesa de muerte, saltó hacia delante, rodó y se catapultó con las piernas hasta chocar contra la cintura giratoria del monstruo. Se hizo daño en el hombro, pero no le importó. La sierra cayó sobre el propio vehículo que la transportaba, haciendo trizas el techo de la cabina donde estaban los soldados muertos; olas brillantes de chispas bañaron el remolque, una espuma de fragmentos que creó una pantalla que se encendía por los fuegos del barranco, y que soplaba en una ventisca de

metralla. El aire, que también estaba siendo mutilado por aquellas sierras, silbaba a su alrededor como un grito.

La desquiciada Baby Boom sabía que Arthemis se había puesto fuera de su alcance, por lo que chilló con rabia y tiró de más palancas como si aquello fuera un juego aleatorio, a ver qué más podía romper. Las bolas de demolición se descolgaron y empezaron a pendular peligrosamente. Arthemis las vio pasar a toda velocidad cerca de donde ella estaba, chocando sin control contra el remolque de Liánfal y el propio vehículo-grúa. Aquello sí que era peligroso, incluso para la operaria del robot, pero a aquella chalada le importaba poco. Lo único que quería era saciar sus ansias homicidas.

Arthemis apretó los dientes y empezó a trepar por el torso. Solo tenía que llegar hasta su pecho, que era donde estaba la cabina de mando, no hasta la cabeza —que no era más que una antena de radio—. Hizo un estribo con las manos para apoyar el rifle, pero no tenía solución de fuego. Tenía que subir más. El inicio de su escalada coincidió con un bajón del terreno que los vehículos tomaron a alta velocidad; sintió una presión momentánea en los oídos, como si la atmósfera le hubiese dado un apretón.

Baby Boom no podía ver a su enemiga, la tenía situada en un ángulo muerto por debajo de la carlinga, lo cual era muy peligroso. Tenía que obligarla a mostrarse o no conseguiría acertarle con ninguna de sus extremidades robóticas. Así que eligió otro sistema.

—Conque crees que vas a pillarme por sorpresa, ¿eh? —refunfuñó—. Vamos a ver cuánto te importan de verdad esos aldeanos…

El torso pivotó hacia su izquierda, encarándose con el camión. Con las sierras, cortó un trozo del techo del remolque, que salió volando. Decenas de caras de lumitas horrorizados miraron al cielo a través de aquel agujero, hombres, mujeres y niños abrazándose sin poder huir de aquella ratonera. El techo que los protegía había salido volando, y lo que veían ahora era aquel coloso mecánico con dedos como perforadoras y músculos como martinetes hidráulicos. Una serie de oscilaciones y cabeceos se propagó por el remolque, como si fuera un juguete en manos de un niño enorme y travieso.

Arthemis, que estaba a metro y medio de la carlinga, miró todo aquello con un siseante «Mierda…» empezando a salir de su boca. No podía permitir esa matanza, aunque fuera por principios. No tenía ningún vínculo emocional con aquellos desgraciados, pero tampoco iba a dejar que Baby se saliese impunemente con la suya.

Miró su rifle, y se le ocurrió la idea.

Alzó la vista más allá de los brazos del robot y del camión que estaba pegado a ellas. Miró el borde del barranco, con sus nubes de humo, sus adarves de llamas y las sombras de los edificios y las montañas de escombros que estaban metidas dentro, quemándose. Aquellos objetos masivos pasaban a gran velocidad junto a ellos como si no tuvieran nada que ver con la locura que se estaba desatando en la frontera de sus dominios infernales. Pero había una manera de hacerlos participar en la batalla.

Maldita sea, se quejó; *si me dieran un szkab por cada vez que le he salvado la vida a otro en esta estúpida misión sin llevarme yo ni una mísera recompensa…*

Elevó el rifle y apuntó con cuidado, pero no puso el selector de tiro en descarga láser, sino que activó su arpón-cohete. Oyó el chasquido de control del arma. Le fastidiaba un montón tener que gastarlo en esto, pero era la única manera que se le ocurría, a la desesperada, de salvar a aquella pobre gente. Así que apuntó con cuidado, intentando coger en una sola línea una de las cadenas con bolas de demolición del monstruo y las sombras de edificios que había detrás… y apretó el gatillo.

El arpón salió disparado hacia delante primero con la fuerza del rifle, como si fuera una ballesta, pero décimas de segundo después encendió su propulsor autónomo, y aceleró convertido en un misil. Su cabeza se abrió formando una U, y atrapó la cadena llevándosela hacia atrás y clavándola a la pared de uno de los edificios que pasaban. Arthemis abrió mucho los ojos al darse cuenta de que su plan había funcionado, milagrosamente, y que ahora la extremidad del robot-grúa estaba clavada a aquel obstáculo inmóvil.

Baby Boom también se dio cuenta de lo que había pasado mientras la cadena se estiraba hacia atrás, a medida que el vehículo continuaba su loca carrera hacia delante. La O de su boca transmitió claramente la pregunta: «¿Es cierto?». Y le obsequió a Arthemis la sonrisa condescendiente que utilizaba cuando las cosas no salían como estaba previsto. Cuando el carrete de cadena no dio más de sí, esta se tensó y dio un fortísimo tirón.

El resultado fue más espectacular que lo que Arthemis había previsto: esperaba que el tirón arrancara uno de los brazos del robot, y que lo dejara pivotando sobre su cintura. Pero había un principio consustancial a toda aquella tecnología que no había tenido en cuenta: su vejez. El robot, como casi todos aquellos aparatos, había sido ensamblado en los tiempos pre-apagón, hacía siglos. En aquella época probablemente fue un hombretón grande y fuerte capaz de tirar de todo el planeta hacia sí en lugar de acercarse él, si quería coger algo. Pero eso fue antes de que el uso

prolongado y la fatiga del metal se acumularan como capas de senectud. Así que cuando la cadena dio un tirón, lo que se partió no fue su muñeca, sino su cintura.

Arthemis sacudió la cabeza con mucha suavidad, como si pretendiera trasladar su cerebro a un nivel más bajo dentro del cráneo, y vio cómo el corpachón del robot-grúa se partía y caía hacia atrás con la consabida lentitud de las cosas grandes. Ante el ojo humano parecía que se moviera a cámara lenta mientras se desplomaba como un gigante derribado por una lanza, mientras sus actuadores, acoplamientos, reductores y el piñón asido a un rodamiento de gran diámetro explotaban en miles de piezas. El robot envió una onda sísmica a través de todo el vehículo a medida que se separaba de él, y golpeó el suelo con una explosión de polvo tan densa como una pequeña tormenta de arena. Se abrió como el capullo de una flor, fotograma a fotograma. El morro del vehículo bajó bruscamente, y el aerodeslizador se estremeció como un animal que se sacude gotas de agua del pelaje. Los lumitas que iban en el remolque gritaron de alegría.

Pero si Arthemis creyó que todo terminaría ahí, estaba equivocada, porque de repente, unas manos surgieron de la nube de polvo que el vehículo arrastraba tras de sí, y el cuerpo de Baby Boom, tosiendo, apareció detrás. De algún modo había logrado saltar a tiempo de la carlinga y se había agarrado al deslizador. Seguía viva, con sus muñecos explosivos colgando como abalorios de los enganches de su traje. Temblaba con una soltura desarticulada, como si ella misma fuera un maniquí. Los muñecos miraron a Arthemis y le dedicaron sonrisas desquiciadas.

Ayudó a Tsunavi a trepar y le plantó la bocacha roma del rifle de energía en la cara. Le parecía increíble que aquella cabeza compacta pudiera contener tal cantidad de odio. Pero ahora era Arthemis la que tenía la sartén por el mango.

—Bien, amiguita… ¿qué decías antes sobre que íbamos a ajustar cuentas…?

Lejos de allí, Padre Addar estaba subido a su carro de emperador, tocando las notas de las dos óperas que se desarrollaban en los proscenios flotantes, y lo que vio en la distancia no le gustó nada. Había sucedido algo inconcebible.

Los tres vehículos que se habían adelantado a las órdenes de Bestia habían sido destruidos. Este último, su perro sanguinario, retrocedía en un monorrueda para pedir refuerzos al contingente principal. ¿Refuerzos, en serio? ¿Contra tres camiones desarmados y un par de esquifes civiles?

Addar sonrió como si le costara por falta de práctica. La escala de

aquel enfrentamiento parecía eliminar la poesía excéntrica de una cacería real. Aquel deporte tenía hasta su propio culto, pequeño y cismático; Addar lo fomentó mientras estuvo a las órdenes de Bergkatse, dejando escapar de vez en cuando a reos de muerte y haciéndoles una promesa: ¿ves aquella colina, la del fondo? Si llegas hasta ella antes de que te cojamos, eres libre. Por supuesto, ninguno conseguía hacer realidad semejante proeza. Los perros de Addar eran demasiado eficientes como para permitir que sucediera.

Pero ahora… transportes llenos de civiles aterrorizados. Unos pocos cazarrecompensas exiliados del gremio para protegerlos, con el mínimo armamento disponible. ¿Y cómo se había saldado el primer asalto? Con tres aerodeslizadores perdidos y ninguna baja en el equipo contrario.

Este tipo de cosas lo enervaban, la verdad.

Alzó las manos y unas banderolas flamearon a izquierda y derecha, comunicando instrucciones a los equipos más alejados. Ahora venía la mejor parte, el todo por el todo. Y si esta vez no conseguía detener a los fugitivos, sería mejor que ni Bestia ni sus lugartenientes volvieran para informar o les buscaría un sitio en su coro del dolor, para el aria terminal.

Los tenores salieron a escena. Vestían una ropa óptica que reproducía escenas de obras anteriores, como un caballero alzando su espada para matar a un gusano gigante del desierto, o una damisela asomada al balcón de una nave espacial, cantándole a una luna que pasaba cerca.

Bajó los dedos y pulsó un acorde complejo en el piano, un intervalo de novena que equivalía a una cuarta perfecta. Los prisioneros gritaron en sus jaulas. ¡Qué sublime coro, qué altura de notas, qué excelsa composición! En la llanura, todos los vehículos que quedaban aceleraron a la vez, rumbo al barranco ardiente, dejando decenas de estelas de polvo que se trenzaron como un macarrón. ¡Ya estaba bien de andarse con tonterías! El último acto de su composición maestra estaba al caer.

Y, Bestia, tú serás mi diva.

En el millón de dramas que el universo urdía simultáneamente, había uno, minúsculo y aparentemente sin importancia, que se llamaba «dramatización de la vida de Vala». Quizá para la mayoría de los espectadores de la comedia cósmica esa infinitesimal parte, la que hablaba de ella, no tuviera la menor importancia. Pero para Vala era la representación operística más importante del mundo. Y ahora estaba llegando a su clímax, a su *aria cavatina*.

Tanto ella como Veldram tenían los ojos fijos en el perfil del barranco, buscando un camino que no tuviera una excesiva pendiente y que no

estuviese cubierto de llamas. Su hijo a veces miraba por la ventana, buscando el esquife de su padre, y la mantenía informada sobre lo que estaba pasando. Pero el humo hacía de pantalla y lo ocultaba todo. El calor, tan cerca de la fisura, era tan potente que los hacía sudar a chorros dentro de la cabina. No quería ni imaginarse cómo lo estarían pasando los pobres que iban hacinados detrás.

—No veo a papá… ¡ah, sí, ahí está! —exclamó Veldram—. A su esquife le han arrancado toda la parte trasera, pero sigue funcionando.

—¿Está bien, le ves?

—Sí, parece estar bien… Es quien lleva los mandos.

Dio gracias a los dioses, por eso al menos: un insignificante detalle comparado con la situación general. Al final, por mucho que huyeran, las violentas energías de la guerra habían terminado por alcanzarlos. Telémacus estaba convencido de que si lograban pasar la barrera del barranco, los dravitas desistirían en la persecución… pero ella no estaba tan segura. Además, si lo que veía en lontananza era cierto, un enjambre de vehículos se les estaba echando encima en aquel momento, cargados de asesinos dispuestos a matarlos. Y aquel barranco era una barrera intraspasable, sin puentes ni vados. Eso no auguraba nada bueno.

De repente, creyó distinguir algo entre el humo… ¿era lo que creía…? ¡Sí! El terreno descendía con suavidad hacia el interior del barranco, desapareciendo de la vista pocos metros después debido a la ceniza. Parecía un vado no demasiado empinado sobre el que sus suspensores podían funcionar. Así que giró el volante y lo tomó, confiando en que los camiones que tenía a la cola hicieran lo mismo.

—¿Adónde vas, mamá? —se sorprendió Veldram. Tenía agarrado el septéreo como si fuera un amuleto de la suerte. Ella carraspeó, la garganta ardiéndole de calor y sequedad.

—Parece un vado. Reza porque tenga salida.

—¿Estás segura…? —La miró con terror. Sabía que llegaría aquel terrible momento en que tendrían que dejar de circular paralelos al infierno para meterse de cabeza en él… pero ahora no tenía tan clara su valentía.

—No. Pero mira, nos están adelantando. Sus vehículos son más rápidos que los nuestros. Si nos cogen entre dos frentes, se acabó. ¡Agárrate!

El camión pasó por encima del borde de la grieta y pareció dar un salto escalofriante de varios metros; el morro bajó de golpe metro y medio, casi rozando el suelo, y el remolque vino detrás. La pesadilla de fuego y humo

se los tragó. La lluvia de dióxidos disueltos en la niebla parecía reaccionar con la pintura de la chapa, y empezó a comérsela como si fuera piedra caliza. La temperatura dentro de la cabina aumentó un par de grados más, cosa que parecía imposible, el aire inmóvil chupando el sudor de las pieles con un entusiasmo rayano en la cleptomanía. Vala se quitó la camiseta, arrojándola a un lado, y sopló hacia arriba para que las gotitas de sudor de sus cejas salieran volando. Veldram también se descamisó, quedándose con el torso desnudo. Dioses, la posibilidad de asarse allí dentro había cobrado visos de auténtica realidad.

Por el retrovisor, vieron cómo el segundo camión también cogía aquel desvío, y muy al fondo intuyeron la mole del tercero. El parabrisas se había convertido en un juego de espejos, sombras chinescas mezcladas con destellos anaranjados que no auguraban un final feliz. Un fogonero invisible arrojaba paletadas de ceniza contra el cristal, millones de hormigas negras. Era como intentar avanzar a través de la noche más oscura, de la nube piroclástica en derrame de un volcán. No recordaba haber sentido tanto miedo en su vida.

El esquife de Telémacus se le acercó. Ya daba igual que rompieran el silencio de radio, pero las comunicaciones eran un desastre, baños de estática en los que de vez en cuando se distinguía una palabra. A pesar de estar transmitiendo por haz estrecho con su codificador, que trabajaba al límite de la onda corta, ni siquiera el casco de Telémacus lograba hacerles llegar la señal de radio. Entre eructos de estática, oyeron:

—[…] Has hecho bien, por aquí podremos… [..**¡cjask!**..] …me retrasaré para cubrir la retaguardia, pase lo q… [..¡chisk!..] …sigue avanz…!!!!

Vala asintió y le hizo un gesto de conformidad a través de la ventana. Su marido asintió y frenó, dejando que el primer camión lo adelantara. En la carlinga del segundo vio a Tsunavi, que reposaba al lado de Logus con el cuerpo lleno de cortes —desconocía la gravedad de sus heridas, pero a pesar del dolor, ella parecía satisfecha de lo que había conseguido—. Le hizo otro gesto a Logus y este le respondió con uno de sus palpos. Telémacus supuso que en su cultura eso significaría algo, pero no tenía ni idea de qué. Esperó que no fuera nada grave. Luego volvió a frenar hasta que se puso a la altura del tercer camión, donde iba solo Liánfal. Arthemis no estaba a su lado. Con ella sí le funcionó la radio.

—¿Y Arthemis? —preguntó.

—Saltó al vehículo grúa —contestó la *místar*—. ¿Crees que la habrán…?

—No lo sé. Dioses, tienes el techo del remolque agujereado… ¡La gente!

—¿Qué?

Telémacus ancló el esquife al lateral del camión y trepó hasta subirse encima del remolque. Caminó hasta la parte trasera, donde el metal había sido arrancado de cuajo por el robot-grúa, y se asomó al agujero. Un centenar de rostros asustados le miraron. Estaban sudorosos, histéricos y agitados como los ingredientes de un cóctel dentro de aquella caja destartalada.

—¡Tranquilos, soy yo! ¿Estáis bien ahí dentro?

—¡Esto es un infierno! —gritó Pollexfen, uno de los venerables de la tribu—. ¡Nos estamos asando, y el aire parece yodo! ¿Cuándo saldremos de aquí?

—Si tiene fuerzas para protestar, es que la cosa va bien —sonrió Telémacus—. Aguanten un poco más, ya hemos encontrado el vado. Pero todavía nos persiguen, seguimos en peligro.

—¿Qué pasó con el gigante de hierro, el que arrancó el techo?

—Le deben la vida a Arthemis. Ya entraremos en detalles después; ahora les dejó, que tengo que encontrarla. Sigan rezando, lo están haciendo muy bien.

A pesar de las protestas de la gente, que le suplicaron que no se fuera, Telémacus volvió a la cabina y se quedó de pie, en el estribo, mirando a la conductora.

—¿No viste lo que le pasó a Arthemis? —le gritó.

—¡La perdí de vista en cuanto nos metimos en el barranco! Telémacus, ¿estás seguro de que vamos por buen camino? No hacemos más que bajar y bajar…

—¿La función de mapeado del terreno está operativa?

Liánfal miró su pantalla. Era un guiso de estática.

—Qué va. Vamos a ciegas.

—Sigue al camión de delante, no te separes de él por nada del mundo. Voy a asegurarme de que no nos persigue nadie.

Saltó al esquife y volvió a quedarse atrás, en la cola del convoy. Hizo balance de efectivos: Bloush devorado por un insecto gigante, Tsunavi llena de heridas por todo el cuerpo, Arthemis desaparecida… se estaba quedando sin soldados. De los orgullosos Tábanos ya no quedaba nadie, y él solo no se veía con fuerzas para repeler a todo el ejército dravita. Si

contra todo pronóstico decidían perseguirlos hasta el otro lado del barranco, la tenían clara. El siguiente accidente geográfico que podrían usar como barrera o como escondite estaba a por lo menos cinco o seis días de viaje. Entre medias, solo una llanura centelleante.

A su alrededor, el paisaje parecía uno de esos cuadros de pesadilla de los tenebristas: estaban conduciendo sobre una montaña de edificios medio pulverizados en donde no había apenas zonas llanas. Todo eran desniveles, aristas, picos y grietas fracturadas sobre las que los repulsores antigravedad se las deseaban para mantenerse flotando. El aire era una pantalla intensamente roja, color sangre, y de aquí y allá surgían torbellinos de los agujeros de las paredes; en esos torbellinos había relámpagos encerrados, fuego y muerte que giraban aleatoriamente. Combustiones espontáneas de almas en pena.

Vio algo inmenso que se elevaba delante: una estructura con forma toroidal tan grande como para albergar en su interior a los camiones. Se alzaba del dantesco paisaje como un anillo gigante y hueco, sostenido por dos titánicos pilares perpendiculares. Era un defecto en el patrón geológico ya de por sí caótico de aquel lugar, un latido a destiempo en el ritmo del terreno. Telémacus tardó unos segundos en comprender lo que veía: el cadáver no de un edificio, ni de un puente, sino de una nave espacial. Uno de esos transportes grandes como una circunnavegadora solar, capaz de albergar miles de tripulantes y pasajeros. Por algún motivo lo habían enterrado también en aquella fosa, y allí estaba su esqueleto, asándose en el purgatorio. Telémacus lo miró, mareándose por el peso del tiempo implícito en aquella ruina, contenido en la deforme topología de sus contrafuertes.

Sin embargo, al verlo, la esperanza renació en su corazón: el toroide se alzaba formando un arco, como un puente colgante, y parecía ser capaz de llevarlos en la buena dirección, hacia el lado opuesto del barranco.

Se adelantó hasta situarse junto a Vala.

—¿Ves ese tubo gigante? ¡Métete dentro!

—¿Qué? —Los ojos de ella se desorbitaron.

—¡Lo usaremos como puente!

Vala giró el volante, apuntando hacia una hendedura en el fuselaje de la nave. El segundo camión vio su maniobra entre el humo y la imitó. Del tercero hacía mucho que no sabía nada, pues no aparecía ni en el retrovisor ni en el radar. La mujer rezó porque todavía siguieran allí.

Telémacus notó que su esquife escoraba hacia los lados. Unas chispas brotaron de su motor ventral.

—Mierda… —murmuró. El humo y la ceniza habían sido demasiado para el sistema de ventilación. Aquella moto estaba a punto de morir.

Frenó y dejó pasar los dos primeros camiones. Cuando llegó el tercero, el de Liánfal, se encaramó a él y dejó que su esquife fuera devorado por uno de los remolinos, que lo hizo trizas. Miró a la anciana a través de la ventana, limpiándola de varios estratos de ceniza con su antebrazo.

—¡Más adelante hay una especie de tubo, lo verás en breve! ¡Sigue a los otros a su interior, nos llevará al otro lado del barranco! —Su voz atravesó las ondas de radio entre una tempestad de estática, pero ella comprendió.

Liánfal señaló algo en el retrovisor. Telémacus miró hacia atrás y lo vio: unos destellos eléctricos que se les acercaban por retaguardia. ¿Vehículos del drav? Seguro que sí, no podían ser otra cosa. Le hizo un gesto con la cabeza a la conductora para que siguiera adelante, y se subió al remolque. Desenfundó las pistolas y se quedó arrodillado junto al agujero en el techo, esperando. Fuera lo que fuese lo que estaba a punto de surgir de la pantalla de humo, se llevaría una sorpresa.

Lo que apareció entre el humo fue el morro del aerodeslizador que antes cargaba con el robot-grúa, solo que sin su mitad anterior. Había sido arrancada de cuajo cuando cayó el robot, pero la parte delantera seguía intacta. Telémacus no pudo creer lo que veía: la que estaba a los mandos era ni más ni menos que Arthemis, que tenía puesta una mascarilla de oxígeno. A su lado estaba tumbada una de las asesinas de Addar —¿sus ojos le engañaban, o era la chiflada de Baby Boom?—, atada con cables y hecha una morcilla. Los destellos que incendiaban en latidos la nube de humo eran descargas voltaicas que salían de aquella chimenea.

—¡No puedo creerlo! ¿Cuántas vidas tienes? —le dijo a la mercenaria cuando se colocó a su altura.

—¡Más que un zig del desierto, y desde luego más que tú, Tely! —sonrió Arthemis—. Pero todavía pueden quitarme un par de ellas más, esto aún no ha acabado.

—¿Por qué lo dices? ¿Quién te sigue?

—¡Todos esos!

Una explosión punteó el terreno con agujas de fuego. Telémacus se cubrió instintivamente; un parpadeante sendero de llamas acababa de nacer junto a él, a escasos centímetros de la chapa del remolque. Y procedía de detrás, de la nube de humo. Esta se quebró para dejar pasar nada menos que a diez vehículos de aspecto inquietante, que se cerraron como un enjambre

a su alrededor. En el de cabeza venía montado, haciendo de mascarón de proa, un bruto musculado con el que Telémacus recordaba haberse medido en alguna misión: Bestia. El perro faldero de Padre Addar. Miraba a Telémacus con ojos inyectados en sangre, los de un taxidermista poseído por su odio quirúrgico más profundo.

Seguro que estaba deseando probar sus bisturíes con los ocupantes de aquel remolque.

Pero eso no era lo peor, sino que por encima de sus cabezas apareció volando el tóptero, con su doble par de alas, su tronera lateral lanzamisiles y la bodega de su vientre abierta. En ella, varios mercenarios sujetos por cuerdas de descenso estaban preparados para dejarse caer sobre el techo del camión. El piloto tenía que ser un suicida, o tener más miedo de desobedecer una orden de Padre Addar que de arriesgar su aparato en aquel *maelstrom*, pues se lo veía luchando enconadamente contra las térmicas y las atroces corrientes. Pero logró acercarse al camión, y los seis mercenarios de su panza se descolgaron por las cuerdas. Parecían trozos de carne colgados de sedales.

¡Misiles!, fue lo primero que pensó al ver el tóptero. Con ellos, los dravitas podrían haber destruido fácilmente los camiones… Si no los habían usado todavía era porque a Padre Addar le gustaba la cacería a la antigua usanza. Eso jugaba a favor de los fugitivos. La jactancia de los dravitas era un punto en su contra.

Telémacus abrió fuego contra los sicarios que tenía más cerca: sus pistolas cantaron y uno de ellos se soltó de la cuerda, yendo a caer sobre la chimenea eléctrica del vehículo de Arthemis, que lo recibió con un abrasador arco voltaico. Otros, sin embargo, abrieron fuego sobre Telémacus, algunos de sus disparos acertando con precisión en su armadura. Tuvo que cubrirse tras la chapa desgarrada del techo, aunque esta no aguantaría mucho. Hubo una breve erupción de láseres y fuego de proyectil que atravesó la chapa del remolque, llenándola de agujeros. Telémacus maldijo por lo bajo, imaginando el terror de sus ocupantes al ver esos vectores de luz atravesando como lanzas supersónicas las paredes.

La mascarilla que le permitía respirar a Arthemis no cubría sus ojos, por lo que le lloraban como si le estuviesen lanzando chorros de limón dentro. Aquella atmósfera ardiente tenía la culpa, por muy agazapada que estuviese ella tras el volante. Aguantó el dolor como pudo y analizó fríamente la situación: había perdido su rifle durante el combate. Tras lanzar el arpón-cohete, una cacofonía de ruidos y un tartamudeo de ondas expansivas le habían confirmado que otros soldados estaban disparando

contra su vehículo desde los esquifes que se acercaban. Uno de los disparos acertó de lleno en su rifle y lo destrozó, aunque eso le salvó la vida, pues lo que había justo detrás era su cabeza. Fue entonces cuando tomó la decisión de tomar los mandos de la grúa —o lo que quedaba de ella— y tirarse de cabeza al barranco.

Pero que no tuviera su rifle no significaba que una cazadora veterana estuviera indefensa. Ni muchísimo menos.

Miró a Baby Boom, que tenía más cuerdas que una longaniza, y le arrancó uno de los bebés explosivos del traje. La cara de la otra lo dijo todo: «¿¿Qué haces con mis pequeños??». Arthemis la ignoró y, mientras seguía conduciendo con una mano, examinó con la otra el muñeco, buscando la espoleta. No era solo que estuviese rellena con explosivos, sino que la propia muñeca estaba hecha con un plástico de alto poder de detonación. Dedujo que se activaría retorciéndole el cuello: un inaudible tictac acompañó el lento regreso de la cabeza a su posición original, una cuenta atrás hasta la detonación.

Arthemis miró al cielo y vio a los cinco hombres colgando de cuerdas balanceándose como ahorcados en medio de un huracán. Pero no era a ellos a donde quería llegar, sino a la fuente: la bodega del tóptero, donde estaban atadas esas sogas. Con todas sus fuerzas, lanzó hacia arriba la muñeca, pero la fuerza del viento era demasiado grande y se la llevó lejos. Cuando estalló, lo hizo inofensivamente bastantes metros por detrás del tóptero. Baby Boom lloró como si hubiesen sacrificado a uno de sus hijos.

Mientras tanto, el camión de cabeza llegó hasta la fisura en el fuselaje de la nave, y se metió como un conejo buscando su madriguera. Lo primero que notaron Vala y su hijo fue el ensordecedor silencio: comparado con el estruendo de fuera, era como reptar por un intestino más o menos insonorizado. Intercambiaron una mirada acongojada mientras Vala reducía la velocidad y conducía esquivando el contenido del tubo, que distaba mucho de ser un espacio libre. En otros tiempos, cuando aquello todavía funcionaba como circunnavegadora solar, aquel tubo estaba lleno de salas comunes, zonas de recreo, laboratorios de investigación, escaleras mecánicas, anillos de inversión de gravedad, grandes galerías comerciales e incluso hangares para lanzaderas. Lo gracioso era que todo estaba boca abajo: sin duda, el «suelo» hacia el que apuntaba la gravedad mientras el tubo giraba era su parte cóncava, es decir, la que ahora les quedaba por encima.

Por fortuna, muchas de aquellas paredes, de aquel metal valioso, habían sido retiradas antes de arrojar la nave al vertedero, pero todavía

quedaban muchos obstáculos que Vala tenía que esquivar y pasillos por los que el camión cabía a duras penas. Fue embistiendo con el parachoques todo lo que encontraba a su paso, y lo que no podía apartar a la fuerza, lo esquivaba.

—¿Cómo habrá venido a parar aquí semejante coloso? —preguntó Veldram, mirando las cavidades sobre las que pasaban levitando. La mayoría equivalían a pasillos que en el espacio habrían sido horizontales, pero que aquí parecían profundos fosos kilométricos que daban una idea de las dimensiones de la nave. Se hundían hasta el lejano bloque de la sala de máquinas, a centenares de metros de distancia, un edificio que en sí mismo habría podido albergar a cien tribus como la lumita sin que se molestasen unas a otras.

—Quién sabe, hijo… A lo mejor quedó muy contaminada por la radiactividad. O fue atacada por piratas o por alguna facción enemiga. Quién sabe qué ocurrió entonces, y por qué nuestros antepasados tomaron las decisiones que tomaron. Ahora está aquí, y la tierra se la tragará como a todo lo demás.

El paisaje resbalaba por las pupilas de Veldram como visiones de un mundo de maravillas, milagros perdidos de otra época que no podía ni siquiera empezar a entender. El chico se preguntó qué representarían aquellas estatuas, o las molduras de los capiteles, o los dibujos de aquellos frescos que decoraban algunas paredes. Por qué esos extraños aparatos con múltiples brazos colgaban del techo, o qué serían capaces de hacer los artefactos que brotaban como setas del suelo. Por qué en lugar de simplemente roto, aquel lugar parecía más bien orgánicamente enfermo. Se sentía como un salvaje recién salido de la selva mirando por primera vez una nave espacial, haciendo un esfuerzo por comprenderla en un primer momento, y cuando fracasaba, buscándole un lugar entre sus mitos.

Una vez, su madre le había contado una cosa que se le había quedado grabada. Ocurrió cuando él tenía siete años y le preguntó qué era el altísimo hilo que partía en dos el horizonte, aquel cable que parecía unir la tierra con el cielo en el horizonte; si era obra de hombres o de dioses, y para qué servía. Ella lo había mirado con ternura, y con la seguridad que da la ignorancia, le había puesto el siguiente ejemplo: «Ya eres lo suficientemente mayor como para saber lo que es una bacteria, Veldram. Y también sabes lo que es un animal doméstico. Pues bien, cuando el ser humano, el animal doméstico y la bacteria contemplan ese hilo que se eleva hasta los cielos… entre cualquiera de ellos y el hilo hay la misma distancia a la comprensión de lo que es esa maravilla y cómo pudo construirse. A la bacteria y al animal doméstico los separan millones de años de evolución, y

al animal del hombre otros tantos, pero todos, y fíjate bien en lo que te digo, *todos*, se hallan a la misma distancia con respecto a comprender algún día qué es esa maravilla en toda su plenitud. No te asustes».

No te asustes. Pero sí que se asustó. De hecho, todavía lo estaba. Cuando entendió lo que quería decir su madre, el vértigo de lo incognoscible cayó sobre él, y le insufló un terror atávico en el corazón. Ahora, mientras veía aquellos pasillos que caían como fosos hasta el lejano corazón de la máquina, mientras el parachoques del camión apartaba como un ariete sofás, sillas, mesas, trozos caídos del techo y artefactos cuya utilidad simplemente se le escapaba, volvió a sentir ese vértigo. Su mente era demasiado simple para comprender que allí se habían superpuesto varios niveles de realidad digitales, en tiempos antiguos, cuyas cantidades de tiempo de computación ardían bajo los arbotantes como arcos de fuego. O que no solo fueron seres humanos los que disfrutaron aquellos lujos, sino también organismos aumentados, neuromorfos fotónicos que habían sido realzados y preparados para la vida en niveles simultáneos de computación. Volvió a tener siete años, y a enfrentarse por primera vez con los misterios del universo.

Alcanzaron una galería amplia con cubículos que Veldram dedujo que habían sido comercios, lugares donde se efectuaba trueque —ahora vacíos; allí no quedaba nada salvo espacios habitados por la decadencia y el plastiacero—. Vala afiló los ojos: tenía por delante un buen trecho de espacio sin obstáculos. A lo lejos vio otra fisura en el casco, otra grieta por la que seguramente podrían salir.

Aceleró.

Telémacus vio el infructuoso intento de Arthemis de alcanzar el tóptero con los bebés explosivos, y supo que desde allí abajo nunca lo conseguiría. Pero él tal vez sí, si se agarraba a una de aquellas cuerdas.

Sin pensárselo dos veces, y mientras el resto de los vehículos se acercaba peligrosamente al camión de Liánfal, corrió por el techo y saltó, un arriesgado brinco que lo llevó a chocar contra uno de los sicarios que colgaban de las cuerdas del tóptero. Juntos oscilaron en el aire como el badajo de una campana, mientras luchaban. El bruto intentó deshacerse de Telémacus a base de puñetazos y patadas, intentando torcer lo suficiente su pistola como para dispararle a quemarropa, pero Telémacus fue más expeditivo: abrazado como estaba a él, no podía usar las manos, pero tampoco las necesitaba. Echó la cabeza hacia atrás y le sacudió semejante golpe con el casco que dejó al otro inconsciente. Luego cortó la cuerda con su cuchillo, de modo que el cuerpo del sicario cayó a tierra, y él se quedó

colgando de la soga.

—¡Tíramelo! —le gritó a Arthemis. Esta comprendió: arrancó otros dos bebés bomba del traje de Baby Boom y los armó, arrojándole uno a Telémacus. El otro lo lanzó como una granada contra el vehículo que tenía más cerca, el cual explotó convertido en una nube de velocidad y cinética.

Telémacus atrapó al vuelo el muñeco y, casi con el mismo giro del brazo, lo lanzó a la panza del tóptero. Tuvo suerte y lo vio desaparecer dentro un instante antes de que reventara en una bola de fuego. El tóptero no cayó —hacía falta más que eso para derribar un aparato de su tamaño—, pero tembló, herido, y las cuerdas restantes fueron cercenadas. Los sicarios cayeron al vacío con mejor o peor suerte: la mayoría fueron atropellados por los vehículos o se perdieron rebotando en la nube de polvo. Telémacus aterrizó en uno de los esquifes que estaban junto al vehículo de Arthemis, y se encontró metido en una refriega que no podía controlar: había demasiados cuerpos a su alrededor, echándosele encima; demasiados brazos y piernas y armas involucradas. Pero al menos seguía vivo, y la persecución continuaba.

El segundo camión ya había entrado dentro de la circunnavegadora, y el tercero estaba a punto de hacerlo. Arthemis mantuvo a raya a los demás vehículos lanzándoles bebés explosivos, menos a aquel en el que estaba Telémacus. Pero cuando el camión de Liánfal se coló por la grieta, algo pasó: un bruto enorme saltó al vehículo de Arthemis desde arriba, desde el tóptero, y al caer clavó en el suelo su bastón, desatando una onda energética que se abrió como un anillo plateado, lanzando a Arthemis y a la lloriqueante Baby Boom por los aires. Arthemis chocó violentamente contra el anillo que había sostenido la cintura del robot-grúa, y se hizo daño en la espalda, pero al menos continuaba dentro del vehículo. No se pudo decir lo mismo de la otra, a la cual la onda le activó los pocos muñecos que le quedaban. La cara de terror psicótico de Baby Boom fue lo último que se vio de ella antes de que reventara en mil pedazos, llevándose por delante a otro de los esquifes. Su nube rojiza se proyectó contra las paredes de humo negro que lo flanqueaban como un *flash* fotográfico.

Arthemis cayó sobre su trasero, aturdida, solo para ver cómo la ominosa figura de Bestia se giraba hacia ella con una expresión feroz. En ese momento llegaron a la fisura con el morro del esquife apuntando al muro, no a la entrada en sí: se iban a estrellar, y aquel bruto seguro que no iba a preocuparse de girar el volante. La piel de su rostro se había vuelto de un color entre el verde y el cobalto, y sus ojos parecidos a pozos no apartaban la vista de la pequeña pistola que llevaba Arthemis.

La cazadora vio de reojo que Telémacus abandonaba de un salto el otro esquife, en el que estaba combatiendo, y se agarraba a la parte trasera del camión. Ella no se lo pensó dos veces e hizo lo mismo: le tiró la pistola a la cara al bruto, no para causarle ningún daño sino para que la esquivara por acto reflejo, y aprovechó ese medio segundo para saltar fuera del esquife. Falló, pues calculó mal la distancia, pero Telémacus la agarró en el último momento y los dos se quedaron colgando precariamente del remolque, sujetos solo por una mano del padre de Veldram, mientras el aerodeslizador donde estaba Bestia colisionaba contra el casco de la nave.

Sin embargo, no todo salió como habían previsto, pues el bruto, usando su vara como pértiga, provocó un nuevo estallido de fuerza en el suelo que lo catapultó, solo a él, hasta el techo del remolque. La locomotora y el esquife donde había combatido Telémacus se estrellaron uno a cada lado de la fisura —oh, sí, la tormenta, el estampido seco del metal contra el metal, la metralla del acero, los dibujos de la cinética comprimida en el lienzo de humo… material para las más aparatosas pesadillas—, taponándola y acabando así con la persecución por tierra de los dravitas. Ahora solo quedaban los tres camiones dentro de la circunnavegadora, y el tóptero probablemente sobrevolándola por encima… lo cual habría sido una buena noticia de no ser porque Telémacus y Arthemis se hallaban en una posición de equilibrio muy precaria, mientras que aquel animal había aterrizado por encima de sus cabezas, en la posición más ventajosa.

El bruto los miró anticipando el placer de matarlos, e hizo girar su vara en un lento molinillo. Tenía el agujero en el techo del remolque a su espalda, ancho e irregular como si un monstruo mitológico lo hubiese desgarrado con sus pezuñas. Bestia, y él lo sabía, se había convertido en un finalizador de historias, en una parte *sub especie aeternitatis* del proceso de destrucción de la vida.

Articulando las secas consonantes de su lengua materna, les dijo a Arthemis y Telémacus:

—Fin del camino, traidores. Saludad a vuestros antepasados de mi parte…

Su voz, curiosamente, parecía cortés. Y hacía ruiditos como de educada indignación.

Telémacus gimió. Le ardía el brazo con el que sujetaba a su compañera para que no cayera. Se le había transformado en una tubería llena de ácido que le suministraba dolor a borbotones. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, la elevó hasta que la cazadora pudo sujetarse por sí misma al remolque, pero todavía estaban colgando los dos de su

parachoques trasero; aún se hallaban por debajo del nivel de aquel bruto. Con la próxima descarga de su vara, saldrían disparados hacia atrás y se quedarían abandonados para siempre en aquel pecio.

Bestia alzó la vara, acumulando energía en su extremo…

…Y decenas de brazos salieron del agujero para agarrarle las piernas e intentar que se cayera. Eran los lumitas, que trepaban por el agujero convertidos en una turba furiosa. Era lo último que Telémacus deseaba que hicieran, pues ninguno tenía la menor posibilidad de sobrevivir en una confrontación directa con aquel bruto, pero, benditos fueran, le concedieron los preciosos segundos que necesitaba para trepar. Los lumitas creían en la fuerza del grupo porque habían mantenido, históricamente, un nefasto idilio con la idea opuesta, la de los tramperos solitarios que salían huyendo cada vez que alguien pronunciaba la palabra «civilización». Pero la historia les enseñó, por las malas, que el método más fiable que había de escapar a la extinción era unirse por un bien común, compartiendo la fuerza del grupo y sus conocimientos. Así que se apuntaron todos a ayudar en la refriega.

Bestia aulló de furia, apartando a base de puntapiés a los pescadores, haciéndoles daño, dejándole a más de uno la cara chorreando sangre… y al final optó por descargar sobre ellos la energía de la vara: un anillo blanco se abrió y empujó hacia el fondo del remolque a todos los lumitas, que se quedaron aturdidos formando una piña. Cuando Bestia se dio la vuelta para comprobar el estado de Arthemis y el cazador, se los encontró de frente, de pie sobre el techo del remolque, mirándole fijamente. El rostro de Arthemis parecía pequeño detrás del aro de su respirador, mientras que el de Telémacus quedaba oculto bajo las facciones dragontinas de su casco.

No hizo falta que nadie contara hasta tres.

Los siguientes diez segundos fueron una danza más que una lucha, un baile coreografiado más que una acumulación de empujones: los tres eran guerreros veteranos, los tres invictos luchadores, que conocían técnicas de lucha marciales y las respuestas adecuadas para cada una de ellas. Los campos de fuerza de los extremos de la vara giraron dejando estelas en una exhibición más bien melodramática, anudando tirabuzones de luz en el aire, mientras Bestia volteaba su arma para intentar golpear y al mismo tiempo mantener a raya a sus enemigos. Estos esquivaron, fintaron, amagaron puñetazos y patadas que luego no tuvieron lugar… y durante esos intensos segundos fueron los extremos de una línea que tenía al bruto en su punto central, recibiendo golpes desde direcciones opuestas.

Aunque ni a Telémacus ni a su compañera les quedaban armas, las facultades superiores de sus armaduras les conferían más fuerza que a un

humano normal. Al final, con una maniobra acrobática que los involucró a ambos, actuando coreográficamente más por instinto y veteranía que porque se hubieran puesto de acuerdo, se impusieron a su enemigo: Telémacus agarró un extremo de la vara, Arthemis el otro, y la partieron en dos con una explosión de chispas. Bestia intentó empujarlos fuera del camión, pero la cazadora cogió su fragmento de vara, apuntó al abdomen del bruto con el extremo astillado, y se lo hundió hasta que casi le salió por la espalda.

Bestia se desplomó y, entre escupitajos de sangre, aulló por su comunicador:

—¡Emergencia, pájaro uno, extracción! ¡Recogedme, *ya*!

Telémacus y su compañera se miraron. Sabían a quién iba destinada esa orden: al tóptero que volaba a baja altura sobre el tubo, dispuesto a intervenir cuando su jefe lo ordenara. Y había dado esa orden.

Miraron al techo del conducto. A través de unos paneles de observación transparentes —que habrían regalado hermosísimas vistas del espacio a los paseantes de la galería, en otro tiempo—, vieron pasar la panza del aparato, y cómo de esta surgía un chorro de humo supersónico hacia delante. Un misil, dedujo Telémacus, y miró hacia la parte que aún tenían por delante del tubo. El techo reventó en una nube de fragmentos dejando un agujero justo detrás del segundo camión, al cual el tercero alcanzaría en pocos segundos. Del tóptero cayó una cuerda.

Telémacus fue el primero en no creerse la idea que se le acababa de ocurrir.

—Subamos —le dijo a Arthemis, y entonces se dio cuenta de que hablaba en serio.

Empujaron a un lado el cuerpo de Bestia y se prepararon para agarrar aquella cuerda en cuanto el camión alcanzara el agujero. Telémacus preguntó a los lumitas:

—¿Estáis bien?

—¡¡Sí!! —respondió uno de los ancianos, y le deseó suerte con un gesto muy de su tribu que en otros parámetros referenciales habría resultado incomprensible. El cazador se agarró de la cuerda del tóptero.

Arthemis y él treparon, dejando abajo el tubo de la circunnavegadora. Un mar de fuego se extendía inmisericorde a ambos lados, mientras que al frente, a pocos metros ya, podía verse la salida del barranco. ¡El primer camión estaba a punto de alcanzarla! Eso le dio fuerzas a Telémacus para seguir luchando un poco más, aunque su cuerpo ya estuviera al límite de la extenuación, y continuó trepando hasta subirse a la bodega del tóptero.

No les costó dejar inconscientes a los dos tripulantes que quedaban a bordo del aparato, y se sentaron en la cabina. Con alegría, vieron cómo el camión de Vala salía del tubo por otra fisura y, con una elegancia poderosa que casi parecía dignidad, abandonaba el barranco y seguía avanzando por la llanura que había al otro lado. Atravesó por debajo los restos de un rascacielos que se había doblado por la mitad, derrumbándose hasta formar una V, con un terraplén de hormigón que caía a plomo hasta la fosa. El segundo y el tercer camión lo seguirían en breve, y no parecía que los dravitas hubiesen conseguido destaponar el bloqueo del otro lado, así que nadie los perseguía. Por ahora.

—No podemos dejarlo así —le dijo a Arthemis mientras se sentaba en el sillón del artillero. Ella ocupó el lugar del piloto—. Si les damos tiempo a reagruparse, terminarán cruzando el cañón y todo volverá a empezar.

Ella miró la tronera lanzamisiles del tóptero. Aún le quedaban algunos proyectiles. Se encogió lánguidamente de hombros.

—Bueno, aquí nuestros amigos puntiagudos dicen que tienen un mensajito para Addar.

Telémacus activó los misiles mientras ella invertía el rumbo.

Padre Addar no podía creer lo que estaba sucediendo. Su teatro volante colgaba del cielo junto a las nubes de humo del cañón, aunque sin meterse en ellas. Sobre su cabeza, un cielo del color del cromo era mutilado por ráfagas de un viento helado y cortante.

Ninguno de los vehículos que habían entrado en el barranco en persecución de los fugitivos había vuelto, ni tampoco informado de nada por radio. ¿Qué estaba pasando? ¿Acaso sus perros no eran capaces de atrapar unas cuantas presas desarmadas?

La familiar silueta del tóptero atravesó la pared de humo astillándola como si fuera cristal, y Addar sonrió. ¡Por fin buenas noticias! Sus brillantes focos ya eran visibles en la luz menguante de la tarde, y apuntaron a los esquifes que quedaban sin entrar en el barranco. Los que Addar había designado como su escolta personal.

Iba a silenciar la monodia a la que había sido relegado el recitativo de sus esclavos, cuando un impulso llenó de humo las alas del tóptero. Segundos después, unas formas explosivas de gran belleza plástica estallaron en tierra, reventando los vehículos.

A Addar se le quebró la línea de las cejas: ¿qué demonios estaba pasando? ¿Por qué el tóptero, *su* tóptero, estaba bombardeando a sus propias tropas? ¿Es que ese maldito piloto se había vuelto loco?

O podría ser… No. Imposible. La idea le cruzó el cerebro como una corriente eléctrica, llenándole de temor. ¡Eran ellos, los malditos fugitivos, que se habían apoderado de algún modo del aparato! Las estelas gemelas de las alas del tóptero dibujaron círculos en la llanura a medida que iba y venía, descargando munición sobre el terreno. Los aerodeslizadores estallaban en hongos a medida que los misiles los iban masacrando.

Padre Addar sabía que uno de aquellos proyectiles, quizá el último que les quedara, estaría reservado para él. Para arruinar su maravilloso palacio flotante, culmen de las artes y la gracia de los poderosos. Y no se equivocó, pues cuando el último de los esquifes ardía dentro de un pequeño cráter, el aparato giró y enfiló su proa en dirección al teatro. Era la única acción evasiva laboriosa, casi amable, de la que era capaz. Un solitario misil cortó el viento a velocidad supersónica hacia su blanco.

—*Felbercap*… —Las pupilas de Addar se encogieron al tamaño de alfileres. Apretó el botón de emergencia de su palco: el suelo se abrió y cayó por la trampilla hasta un pequeño cubículo que era una nave de escape en miniatura. Sin preocuparse por la suerte de sus esclavos, pulsó el botón de eyección. Parecía estar al borde de la apoplejía.

Vio algo más, aunque muy de refilón, tanto que ni siquiera supo si fue verdad o lo había imaginado: en el mismo segundo en que el suelo se abría y el palco se lo tragaba, creyó ver a lo lejos cómo un objeto veloz, separado de la zona de la batalla, se acercaba al barranco y saltaba dentro. No parecía ser nada relacionado ni con los perseguidores ni con los que huían. Se preguntó qué podría ser, pero su mente lo olvidó: tenía preocupaciones más acuciantes.

Por desgracia para él, calculó mal un detalle: aquel misil que se acercaba estaba guiado por un sensor de calor. Cuando la chalupa se desgajó del teatro atrajo su atención como un conejo bailando delante de un coyote. El misil alteró su rumbo en el último medio segundo, y explotó cuando rozó la chapa del vehículo de salvamento. Padre Addar sintió un temblor volcánico, una sacudida brutal que le hizo perder el sentido, y ni siquiera lo supo cuando su cápsula cayó como un pájaro herido dentro del barranco, en el mar de llamas.

—¡Sí! —exclamó Arthemis, loca de alegría. Su mente aún estaba procesando lo que acaba de pasar. Era demasiado bueno para creerlo.

—Ese cerdo ha tenido lo que merecía —gruñó Telémacus—. Atraviesa de nuevo la barrera, cariño, vamos a reunirnos con los nuestros.

El aparato se introdujo en la pantalla de humo, retorciéndola en espirales a su popa. Telémacus se levantó del asiento del artillero.

—Voy abajo, a la bodega, a ver si quedan cuerdas de descenso.

—De acuerdo.

Arthemis se esforzó por mantener el aparato lo más recto posible, a pesar de aquel laberinto de bolsas térmicas que convertían el aire en sacos de calor. De pronto, creyó oír un golpe en la parte de atrás. Miró hacia el pasillo que conectaba la carlinga con el resto de las dependencias.

—¿Telémacus?

Su voz se proyectó contra un silencio frío.

Extrañada, se liberó del cinturón de seguridad y dejó el aparato en automático.

—¿Qué pasa ahí atrás? ¿Te han entrado ganas de ir al baño?

El óleo horripilante en que se había convertido la cara de Bestia le salió al paso. Primero ella, solamente, luego el resto de su cuerpo. La cara de Arthemis se torció, esforzándose por comprender lo que tenía delante, si era una aparición o si realmente estaba allí.

Por desgracia, era real, y lo demostró cuando la agarró por el cuello con sus manazas y la empotró contra la consola. Los circuitos escupieron chispas en todas direcciones.

—¡Puta! ¡Mira lo que me has hecho! —le gritó, salpicándole la cara con gotitas de saliva. Tenía un agujero en el abdomen que lo atravesaba de parte a parte, y que había taponado con trozos de su propia ropa.

Arthemis agarró sus manos, pero no tenía fuerza para aflojar la tenaza. El aire le faltó a medida que el bruto le retorcía el cuello. Mil preguntas pasaron por su cabeza, pero ninguna tenía respuesta: cómo había sobrevivido Bestia a la caída, cómo se las había arreglado para subir a bordo, cómo había logrado quitar de en medio a Telémacus… Era inútil preguntárselo, porque estaba allí; era sólido, no un sueño. Y estaba a punto de asfixiarla. La sensación de que su muerte era inminente fue como un dedo helado que le dibujara sobre la piel.

La cabeza del bruto sufrió un espasmo cuando un objeto se estrelló contra ella: un extintor. Bestia soltó a su jadeante presa y se dio la vuelta. Arthemis, entre violentos tosidos, vio que Telémacus, sin el casco y con un hilo de sangre resbalándole por la frente, se enzarzaba en una pelea de gorilas, una sucesión de abrazos mortales y de empellones que acabó con los dos rodando por la bodega. La cazadora se puso en pie a duras penas, intentando que su tráquea volviera a su sitio, y llegó a la bodega del tóptero justo a tiempo para ver algo horrible: la violenta melé había empujado a Bestia y a Telémacus al borde de la bodega. Fue el encontronazo del

tóptero con una bolsa de aire inesperada lo que provocó el bandazo, y que los dos se precipitaran al vacío.

Arthemis quiso gritar, pero con la garganta en ese estado no podía. Corrió hasta la barandilla y miró hacia abajo, a la masa de incendios que estaba sobrevolando, pero no localizó a ninguno de los cuerpos, ni el de Telémacus ni el de Bestia.

Se habían perdido en la nada.

Vala gritó de júbilo, coreada por su hijo, cuando salieron por fin del barranco. Los últimos segundos dentro del tubo habían sido angustiosos, pero entonces la vio: una línea de silencio infinitesimal apareció en el horizonte líquido, visible a través del aire tembloroso. Y supo lo que era: la tranquilidad al otro lado del infierno. La llanura despejada más allá del Armagedón.

El camión rompió un trozo del casco de la nave, pasó por debajo de un rascacielos que se había desplomado sobre sí mismo, ¡y ya estaba fuera! El sol casi se había ocultado en el horizonte, pero para los dos, aquel aire despejado, aquel cielorraso de estrellas, aquella tierra plana hasta donde alcanzaba la vista, eran sinónimos del paraíso.

Eufórica, Vala le pidió a su hijo que fuera a la parte trasera a darle la buena noticia a los suyos. En ese momento vio cómo un aparato volador salía también del humo y se colocaba parejo a ella. Por un instante se asustó, pero entonces se dio cuenta de que era Arthemis la que la saludaba desde la cabina, y se tranquilizó… Una emoción que también se extinguió rápido en cuanto vio la cara de la cazadora, el rictus de angustia y el mensaje que transmitía la tristeza de sus ojos.

Supo que algo muy malo había pasado.

No veía a Telémacus por ninguna parte. En el retrovisor, los otros camiones salieron también del barranco, y parecían razonablemente enteros. No había dravitas en persecución. Pero una angustia fría le oprimió el corazón. La radio permanecía en silencio.

La mujer se quedó pálida. ¿Dónde estaba su marido?

Tecnómadas: Capítulos 9, 10, 11

Víctor Conde

9. LO QUE HAY EN LAS PROFUNDIDADES DEL MUNDO

SERENAY

Hubo un momento de inconsciencia al que siguió una sensación de caída libre. Y calor. Mucho calor.

Logró ponerse de nuevo el casco, al menos había ganado eso. En qué momento exacto lo hizo, no lo recordaba, pero sucedió durante la pelea con aquel bruto. El dolor es una poderosa memoria impresa: los instantes de aquella melé estaban grabados a fuego en cada hematoma. Sus propias heridas se solidarizaban con su miedo. A pesar de estar herido de muerte por el empalamiento que le había causado Arthemis, el bruto se defendió bien. Rodó con Telémacus hasta la bodega del tóptero, intercambiaron argumentos en forma de puñetazos, cabezazos, patadas… Y de repente aquel salto, una frenética turbulencia, y los dos cayeron por la borda hacia el vacío. Hacia las profundidades de la sima ardiente.

Telémacus se golpeó la cabeza contra la barandilla y su conciencia se esfumó. Regresó al cabo de poco como una fotografía a la que lentamente se le van añadiendo colores: se vio a sí mismo cayendo en cámara lenta, pintando estelas en la ceniza; vio cómo esta se acumulaba en las placas de su armadura hasta teñirla de negro. El cuerpo del bruto, sin vida ya, se inflamaba hasta convertirse en un cometa. Y abajo, muy abajo… palpitaba el océano de llamas que se lo tragó.



Ilustración: Pedro Bel

Acicateado por la lujuria de haber matado, inflamado por el recuerdo de haber estado a punto de morir —¡aún lo estaba!—, Telémacus tuvo una epifanía. No supo durante cuánto tiempo estuvo cayendo, si fueron segundos o largos minutos. Ya estaba demasiado abajo como para que ni el tóptero ni ninguno de los esquifes pudiera recogerlo. Su armadura se puso al rojo, lamida por lenguas de fuego, pero el diamadio era muy resistente y protegió a su ocupante.

—Creo que quiero despertarme ya… —susurró, haciendo frente a las marejadas de dolor que hacían temblar su organismo.

Mientras caía, descubrió que el desaliento tenía voz. Y que estaba intentando expresarse. Desde que le concedió esa potestad, la de hablar en alto, llevarse bien con él fue un juego de niños. ¿Hacia dónde estás cayendo, mercenario? A la nada, las profundidades del mundo… ¿Y qué piensas hacer allí cuando llegues? Pues montar un restaurante de comida rápida, no te fastidia…

Titánicas estructuras pasaban a su lado mientras caía. Edificios apilados como juguetes rotos en una guardería, fuselajes abrasados de viejas naves… Cosas que había tirado el viejo mundo. Los fosos ardientes se sucedían uno tras otro, mostrándole portales que llevaban a edificios ya vacíos. Solo faltaba la típica jauría de perros que saliera de detrás de los oxidados soportes, persiguiéndole como una brisa espectral desde un agujero al siguiente.

Chocó contra una superficie de hormigón y rodó por ella, siempre hacia abajo, identificándola como la chimenea de una arcaica central nuclear. Rodó como una hormiga hasta que cayó por el borde, y siguió bajando, bajando, bajando… cada vez más rojo, cada vez más intenso, como si fuera un planetoide siendo absorbido por la superficie del sol. Su armadura estaba al rojo blanco. Por dentro de las grebas, la espuma de nanocirujanos con malla redundante de plaquetas curaba superficialmente su piel al tiempo que la protegía de las llamas. Pero eso no duraría mucho.

Vala… dónde estás. Te he fallado, no he conseguido seguir a tu lado.

Como el trueno, su percepción de las cosas llegó demasiado tarde como para recordar la luz. No se dio cuenta hasta que pasaron unos segundos de que «algo» lo había atrapado como un pez abisal. Con una lentitud infinita, más despacio de lo que tarda el planeta al envejecer, Telémacus giró la cabeza para analizar lo que le estaba pasando. Ya no caía: flotaba dentro de lo que parecía un campo de fuerza esférico. La máquina que lo generaba era una especie de robot sonda flotante con forma de medusa, que creaba el campo en su panza y con él atrapaba objetos. A través de la neblina de su casco, Telémacus vio una docena de robots similares que, como aves rapaces, pululaban por aquel infierno discriminando entre la basura y las cosas útiles.

Él había sido clasificado como cosa útil. Por eso uno de aquellos robots se lo estaba llevando. A dónde, era la pregunta del millón.

Veldram, escúchame… así es como acaba todo. Me preguntaste cómo era el desenlace de un guerrero, el punto y final de todas las cosas. Pues aquí lo tienes: sin gloria ni recompensa.

El extenuado cerebro del cazador reunió fuerzas para hacerse más preguntas: ¿qué eran aquellos robots, a quién pertenecían? ¿Cómo podían sobrevivir en aquel entorno? ¿Cómo era posible que allá abajo, donde se suponía que no había *nada*, también hubiese actividad, lucha por la supervivencia… vida?

Su capacidad de sorpresa se vio ampliamente rebasada cuando vio el lugar a donde lo estaban llevando: se trataba de una especie de ciudadela invertida, protegida por una cúpula puesta boca abajo, dentro de la cual colgaban edificios como si fueran estalactitas. La parte superior del complejo era plana, y no parecía tener más función que la de mantener el hábitat flotando en el aire. Pero debajo estaba aquella cúpula, y aquellos edificios que sin duda estaban habitados, porque muchas ventanitas destellaban con su propia luz.

Era un hábitat orbital de pequeño tamaño —los ancianos contaban, en sus canciones, que en el mundo de Antes los orbitales podían tener el tamaño de lunas—, solo que alguien lo había enterrado allí, en las entrañas del planeta. ¡Y estaba funcionando! ¡Había gente viviendo en él, o eso parecía!

Demasiados descubrimientos inesperados, demasiadas preguntas sin respuesta. La castigada percepción de Telémacus no pudo soportar más maravillas, y se dio por vencida por aquel día. Mientras el robot cargaba con él hasta el complejo, le dio la bienvenida a la inconsciencia. El sonido

de su desesperanza, al que hacía un rato le había concedido voz y voto, se rio de él y lo acunó cantándole una melodía.

Gradualmente, el temor y la furia se abrieron paso, y un grito desfigurado se revolvió en círculos cada vez más amplios a través de su pecho. Se desmayó.

—¿Hola? Sí, parece que se está despertando.

Unas pesadas cortinas se apartaron de encima de sus ojos, y la agradable luz envolvió a Telémacus. Estaba en un entorno controlado de presión y temperatura, e incluso un olor agradable matizaba el ambiente. Era como estar de regreso en casa, solo que sabía perfectamente que eso era imposible.

—¿Dónde estoy…? —Alerta, prodigio de originalidad. La verdad era que se sentía muy bien, reposado y tranquilo. Toda la fatiga muscular y el dolor remanente de la lucha habían desaparecido, como si una larga siesta reparadora hubiese puesto las cosas en su sitio.

Dio un respingo cuando vio a quién tenía a su lado: eran dos simios altos y de columna vertebral recta, como la de un humano, que vestían ropas de científicos. No usaban calzado para poder tener libres las manos de las extremidades inferiores, y su piel —al menos la que estaba expuesta en las zonas donde no tenían pelo— parecía artificial, hecha de unas celdillas hexagonales separadas entre sí por delgados espacios vacíos. La que había hablado era una simia, una hembra, y miraba al cazador con ojos curiosos mientras apuntaba cosas en una tableta. Mascaba una especie de palillo con el que jugueteaba con sus prominentes labios de mona. A su lado había otro de su misma especie, indudablemente macho, que también lucía esa piel en mosaico, y que al igual que ella parecía un científico, aunque sus poderosos brazos daban la impresión de poder aplastar al humano en cualquier momento.

—¡No te asustes! —le pidió la hembra con voz amable—. No tienes por qué tener miedo de nosotros, no te haremos daño. —¿De verdad estaba *hablando*, y además en su idioma?

Telémacus no tardó en configurar un esquema táctico de la situación: no llevaba puesta la armadura sino una especie de bata de hospital. Todas sus heridas habían sanado y no le quedaban ni siquiera moretones. Tampoco tenía armas a mano, aunque la especie de enfermería donde lo habían metido estaba llena de objetos punzantes que podría usar en el eventual caso de una pelea. Su entrenada mente de guerrero no tardó en buscar una salida rápida de aquel lugar, por si acaso. Pero intentó mantenerse tranquilo y seguir hablando. La primera regla para ganar una

pelea era evitar que empezara.

—¿Qué es este lugar? —preguntó a la defensiva. Sentía la saliva densa, pastosa, con sabor a nanocirujanos.

—Ante todo, las presentaciones de cortesía: somos el colectivo Taelon, una raza de animales ciberevolucionados que lleva viviendo aquí desde lo que vosotros, los del mundo de la superficie, llamáis «el Día del Apagón». De eso han pasado exactamente 387 rotaciones de este planeta. Mañana empezamos la 388.

—Taelon… nunca oí hablar de vosotros…

—Nadie en el mundo de arriba nos conoce. Somos muy celosos de nuestro secretismo —sonrió ella, pasándole un escáner al humano por las piernas y el torso. El aparato soltó pitidos y lucecitas, y ella pareció satisfecha—. Bien, tu cuerpo no ha absorbido ninguna dosis de radiación letal. Me tenías preocupada, pues estuviste fuera mucho tiempo.

—¿Fuera?

—Cayendo por la grieta. ¿No viste mientras caías una especie de resplandor muy hermoso, lleno de arcoíris, que hay más abajo, en las profundidades del manto? Es radiación de alto nivel que ioniza el aire y las partículas del fuego, creando esos hermosos pero letales efectos lumínicos. Los Antiguos tiraron a las grietas muchos motores que funcionaban con energía nuclear, y la mayoría siguen ardiendo. De hecho, lo harán durante los próximos diez mil años.

Telémacus se acercó a un ventanal. Se encontraba en uno de los edificios-estalactita, mirando hacia la cúpula que protegía el hábitat. Más allá de ella… los fuegos salvajes de la creación. El misterio de la vida y la muerte podía hacerse evidente para cualquiera al contemplar la manera de andar de un niño, o cómo se curvaban los labios de una mujer al sonreír. Pero allá abajo era el violento baile de los neutrones lo que patentizaba toda belleza.

Se volvió hacia sus anfitriones. Tenía la incómoda sensación de que allí se estaban realizando pruebas de laboratorio, y que él era la cobaya.

—Así que sois evoanimales, ¿eh? ¿Creados para ayudar en estas instalaciones?

El macho asintió.

—Así fue en su día, hace siglos. Pero ahora somos dueños de este lugar. Hemos proseguido con las investigaciones de nuestros creadores, aun cuando ellos ya no están. Son cosas muy complicadas que quizá los tuyos no recuerden: combinaciones estequiométricas para analizar pautas de

cristales tónicos, propiedades laberínticas en el principio de la propagación electromagnética, la demostración de que el pensamiento existe en forma de cuantos paraversales, y cosas así. —Tomó aire, inflando sus grandes pulmones de orangután—. Te ruego que, si no quieres faltarnos al respeto, nos llames por nuestro nombre genérico: taelon. Y no uses la palabra «animal», que es ofensiva.

—De acuerdo. En modo alguno querría importunaros, u ofenderos —se apresuró a decir Telémacus—. De hecho, os doy las gracias por salvarme, amigos taelon. —Se miró la piel de los brazos—. ¿Por qué me siento como si hubiera dormido cien días seguidos?

—En realidad, solo has estado en periodo de sueño nueve horas. El resto lo han hecho los nanobots que te hemos inyectado para que aceleraran tu proceso curativo. No te preocupes, no son nocivos: los eliminarás mediante el sudor y la orina en un plazo de setenta y dos horas.

Al oír esa cifra, nueve horas, el cazador se preocupó. Pensó en la caravana de camiones, en su mujer y su hijo, y en lo lejos que estarían ya de allí. Bueno, al menos no les estarían persiguiendo los dravitas: los misiles del tóptero habían hecho un buen trabajo con eso.

No recordaba haber soñado durante su periodo de convalecencia, lo cual era bueno. Últimamente, hundido en el amasijo de mantas en el que solía dormir, era presa de pesadillas y su ralea de formas aullantes, muchas de las cuales se parecían sospechosamente al drav Bergkatse.

—Te rescatamos porque nos pareció increíblemente inusual que alguien de las razas de la superficie consiguiera llegar hasta aquí —dijo la hembra. Su rostro, agradable a pesar de lo animalesco, estaba enmarcado en un halo de pelo ambarino—. Sentimos la lucha que había arriba, y cuando te vimos caer pensamos que eras otro cadáver. Pero entonces te moviste, y comprendimos que estabas vivo. Así que mandamos a uno de nuestros robots sonda para que te trajera. Tu armadura es algo prodigioso: logró protegerte no solo de las oleadas de radiactividad, sino también de un calor de trescientos grados.

—Pero ¿cómo es posible esto? —Telémacus hizo un gesto extensivo al hábitat—. ¿Lleváis aquí abajo desde hace siglos, manteniendo y usando tecnología de los Antiguos? ¿Por qué no os habéis dejado ver…?

A ella pareció entristecerle la pregunta.

—El mundo de arriba es salvaje y peligroso. Está lleno de tribus humanas involucionadas hasta un estado de barbarismo técnico, y de especies desconocidas para nosotros que no paran de guerrear entre sí por los pocos recursos que quedan. Si de repente saliéramos con un mensaje

pacifista y os saludáramos al mando de nuestro hábitat, ¿qué crees que pasaría?

Tuvo que admitir que era una buena pregunta.

—Lo más lógico es que… los señores de la guerra de todos los reinos competirían por echarse encima de vosotros para esclavizaros y robaros la tecnología —suspiró—. Por desgracia, es así.

—¿Lo ves? Eres un humano inteligente. —Una gran sonrisa ensanchó su rostro de gnoma peluda—. Te das cuenta de las cosas.

—Me ha hecho gracia eso de «barbarismo técnico».

—Es la descripción que mejor se amolda a vuestro nivel de civilización. Poseéis tecnología avanzada, como campos de suspensión gravitatoria y rayos coherentes de energía. Posiblemente incluso fusión nuclear. Pero, por lo que hemos visto desde lejos, es como si vuestras estructuras sociales hubieran vuelto al feudalismo. No se puede razonar con mentes así de atrasadas.

—¿Desde lejos? —El hombre arqueó una ceja—. ¿Cuán lejos?

—Mucho —sonrió ella, enigmática. Y no quiso añadir más.

Los taelon tuvieron la amabilidad de devolverle la armadura, cosa que no se esperaba. No parecían tenerle ningún miedo. Quizás, pensó observando el nivel tecnológico de aquellas salas y pasillos, no tuvieran por qué tenerlo. A lo mejor eran capaces de matarlo solo con chasquear dos dedos, bien de las manos o de los pies, tuviera él la armadura puesta o no. A lo mejor mientras dormía aquellos nanobots habían hecho algo ilícito dentro de su cuerpo.

Con una vivacidad fingida, tan hábil como poco convincente, la simia lo agarró del brazo y lo invitó a seguirla. Fue detrás de sus anfitriones hasta una sala de observación mucho más grande. Se cruzó con bastantes evoanimales de diversas especies, todos mamíferos. Los que por naturaleza no tenían pulgares oponibles los suplían con ingeniería genética o apéndices cibernéticos. Se preguntó si la tecnología de elevación de las capacidades físicas y del pensamiento funcionaría también en reptiles, o en insectos, y de ser así por qué no había ningún ejemplar a la vista. *A lo mejor, los mamíferos los exterminaron en algún momento de su historia para protegerse de posibles instintos*, pensó. *Mentalidad de manada*. O puede que los insectos o los organismos de sangre fría no tuvieran lo que había que tener, en la carrera del ADN, para que sus cerebros desarrollasen inteligencia, por densos que fueran. Se acordó de la madre insecto que los había atacado en la estación. No supo por qué, en ese momento le vino a los

labios la tonadilla que les había sugerido la cítara de Veldram.

Un cristal curvo como una geoda techaba aquella sala. Sobre él flotaban cortinas de datos con imágenes tanto de las profundidades del cañón —donde pudo ver un ejército de máquinas trabajando, desmantelando los restos de una nave antes de que se la tragase para siempre el manto— como de la superficie. Toda aquella tecnología se le antojaba más adelantada que la que había en Enómena, pero al mismo tiempo retenía un aroma a artefactos viejos, a la esencia de cosas ignoradas y dadas por perdidas. Si no decrépitas, sí lejanas.

En una de las holografías que mostraba lo que pasaba fuera del barranco, Telémacus se sorprendió al ver los restos de los vehículos dravitas, todavía echando humo, y lo que quedaba del palacio flotante de Padre Addar, estrellado contra el suelo y hecho una ruina. Pequeñas personitas salían de él y huían despavoridas hacia el desierto, puede que los esclavos cantores, que habían recuperado por las malas su libertad. Pero lo que más le sorprendió era que esas imágenes eran planos cenitales, tomadas desde arriba. Desde el cielo. Como si hubiese un ojo espía flotando allá arriba, a mucha distancia.

—Tenéis satélites… —se sorprendió.

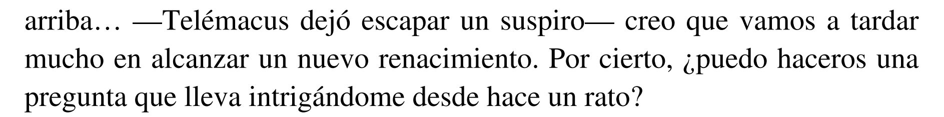
—Sí, pero apenas funcionan ya, están muy estropeados. El control que ejercemos sobre ellos es muy limitado, pero nos permite mantener vigilada la superficie y ver si a alguno de vuestros reinos guerreros le da por intentar alguna barrabasada… —dijo el macho. Un seco «cállate» por su parte era lo único que Telémacus necesitaba para no seguir dialogando con ellos, pero por ahora no lo había dicho. Así que el hombre dedujo que tenían ganas de hablar. *Mejor eso que haberme metido en una celda desde el principio*.

—Este planeta en el que vivo cada día me sorprende más —sonrió Telémacus—. Arriba, bárbaros descerebrados organizando cacerías humanas por mera diversión, o para reclutar carnaza para sus juegos de guerra. Abajo, donde nadie ha mirado nunca, un reducto de… eh… científicos celosos de su secretismo. Es, como si dijéramos… un mundo arriba y otro abajo, ¿correcto?

La simia asintió.

—Lo has definido perfectamente. Y esos dos mundos, por seguridad, deben permanecer aislados el uno del otro, al menos hasta que el vuestro madure lo suficiente como para dejar atrás el barbarismo y entrar en una fase de renacimiento cultural. Que nos haga sentirnos seguros a *nosotros*, más que a vosotros.

—Te entiendo, y estoy de acuerdo. Pero tal y como están las cosas allá



arriba… —Telémacus dejó escapar un suspiro— creo que vamos a tardar mucho en alcanzar un nuevo renacimiento. Por cierto, ¿puedo haceros una pregunta que lleva intrigándome desde hace un rato?

—Inténtalo y veremos si tiene respuesta o no.

—¿Por qué tenéis la piel así, como dividida en celdillas? Decís que sois evoanimales, pero esa no parece la piel de ningún animal.

—Porque es piel presurizada celularmente, un regalo póstumo de nuestros mentores. Creyeron que podían hacer extensiva nuestra actividad al vacío espacial, y nos protegieron con un blindaje dérmico parecido a un traje de vacío. Se puede cerrar uniendo las células en forma de barrera poliédrica. Incluso los ojos y los oídos se nos recubren con una película de monómeros transparentes. Por cierto, mi nombre es Serenay —dijo la mujer—. Y este es Marghol, mi compañero. Te oímos hablar en sueños mientras te recuperabas. ¿Es Telémacus tu nombre?

—Sí. El mismo que mi padre, que a su vez lo heredó de su padre.

—Qué raras costumbres tenéis los humanos… —rezongó el macho con una media mueca que podía haberse ahorrado. Señaló la pantalla donde se veían altas concentraciones de calor, fotografiadas en infrarrojo, sobre ciudades y estructuras que desde el cielo el humano no sabía reconocer—. Como eso que están haciendo tus tribus ahora. ¿A qué viene esa inusual concentración de vehículos e individuos en los mayores centros de población?

La vista de Telémacus se paseó por aquella miríada de puntitos, por aquellas nubes de colores cálidos acampadas alrededor de los palacios… y tragó saliva.

—Se preparan para una guerra. A gran escala, por lo que parece.

—¿Vuelve a haber escasez de recursos? —se extrañó Serenay. El fruncimiento de su morro tuvo una especie de severidad histérica. El palillo que mascaba pasaba con celeridad de un lado de la boca al otro—. ¿Por eso se pelean?

—No. Lo hacen por el poder. Dos de nuestros líderes más poderosos han sido asesinados recientemente, en un breve intervalo de tiempo, y esa pelea de fieras es por ver cómo queda configurado el nuevo mapa.

—Reyes muertos, sin descendencia. Antigua historia.

—Los dravs no pueden tener hijos. —La guerra… el subconsciente de Telémacus le pedía convertir ese asunto en un tema puramente genérico, pero no podía. Y menos al ver aquel despliegue militar en las pantallas, mayor que el que recordaba de épocas anteriores—. Si como decís hicisteis

un seguimiento de nuestra huida a través de la llanura, habréis deducido que mi tribu y yo estábamos escapando de ese horror. Pero nos persiguieron. Tuvimos que defendernos, y yo acabé aquí. Supongo que no hay suficientes matemáticas para describir casualidades como esta.

—No te creas, con las ecuaciones se puede describir cualquier cosa, hasta lo más inverosímil. De hecho, es mucho más sencillo analizar la posibilidad de que haya un humano bueno y decente entre un billón de hombres crueles, y que sea precisamente él quien caiga sobre nuestro techo, que describir a otro que solo sea decente durante un rato y luego se vuelva perverso sin justificación.

El cazador se fijó en un cubo muy azul —el color del calor, de la radiación térmica, así que tenía que estar muy caliente— que estaba plantado sobre dos líneas rectas y finas, paralelas. Esas líneas llegaban hasta dos ciudades que también emitían chispazos de calor. Comprendió lo que estaba viendo: era un plano cenital de la fortaleza rodante de Bergkatse, con las ciudades gemelas de Darysai y Múnegha en los extremos. Alrededor de ese cubo zumbaban como abejas centenares de tópteros, toda la flota aérea del drav.

—Eso es la región del Kon-glomerado. En breve, sus tropas colisionarán con las del país vecino, Raccolys. Los emperadores están bajo tierra, pudriéndose. Son los príncipes quienes compiten por las migajas.

—¿Por qué tu gente huye hacia el este por el desierto? —preguntó Serenay—. ¿Qué pretendéis encontrar?

—Soledad. —Telémacus se sacudió de encima la congoja que le habían dejado aquellas imágenes como un abrigo de mucho peso—. Aislamiento. Hasta que pase la tormenta.

—Vais directos hacia el elevador estelar. ¿Es a propósito?

—¿El elevador? ¿Qué queréis decir con…?

La pantalla enfocó lo que la gente de aquel planeta llamaba el Hilo. Lo hizo desde mucho más cerca de lo que Telémacus había visto nunca… y pudo apreciar detalles que le sobrecogieron. Todo lo que imaginó siendo niño era cierto: ¡era una torre, no un cable! De una anchura que resultaba irrisoria en comparación con su altura pero que, a tenor de los elementos que había en el plano que permitían establecer una escala —¿esos agujeritos eran ventanas? Y si lo eran, ¿estaban a escala humana?—, le dejaron claro que el grosor de la torre debía rondar en torno a los doscientos metros. ¡Doscientos metros de anchura durante miles y miles de kilómetros, hasta desaparecer por encima del techo del cielo! ¿De dónde habían sacado los Antiguos suficientes materiales para edificar algo así? ¿Y para qué

servía?

Serenay la había llamado elevador estelar, lo cual implicaba muchas cosas. De hecho, ¿acaso no parecían vías de tren verticales las tres franjas negras que pintaban de arriba abajo la torre?

—Así que servía para eso —murmuró.

—Es una vía de tren en vertical. Un ascensor. Servía no solo para subir y bajar cargas desde la órbita con un coste energético casi ridículo, sino que también había naves que despegaban desde el tallo. Era todo un invento. Pero como todo lo demás en este planeta, lo abandonaron, y fue olvidado.

—¿Por qué no lo usáis vosotros para escapar? ¿Por qué no subís a la órbita?

La simia hizo un gesto de impotencia con las manos. Lo gracioso es que lo hizo con las *cuatro* manos.

—¿Y luego qué, adónde iríamos? No tenemos una nave translumínica que pueda llevarnos hasta otro mundo. Y nuestro hábitat hace mucho que perdió su capacidad de volar por el espacio. Además, este planeta es levógiro, gira en sentido contrario al vector de su órbita, por lo que un hipotético efecto tirachinas no lograría sino arrojarnos al espacio profundo, a regiones donde nos congelaríamos porque este sol quedaría reducido a una estrella de tercera o cuarta magnitud. —Sacudió la cabeza—. No, hombre de la superficie… me temo que Enómena es nuestro hogar. Y que estamos tan atrapados aquí como vosotros.

—Comprendo. Pues creo que habéis tenido mucha suerte de que haya sido precisamente a mí a quien rescatasteis de la fosa, porque si llega a ser ese otro que cayó conmigo… —Su expresión se endureció—. Creo que habríais tenido serios problemas. Yo, sin dejar de ser lo que llamáis un hombre de la superficie, me considero bastante civilizado. Tengo principios morales y estoy abierto al diálogo. El que cayó conmigo, no.

—¿Quién cayó contigo? Nuestros drones no lo detectaron.

—Un asesino despiadado llamado Bestia. Por fortuna, está muerto. Lo vi arder como una tea a medida que caía. Pero es mejor así. Una molestia menos en este mundo de la que preocuparse.

—Pues parece que sí, que tuvimos suerte —gruñó Marghol mientras alimentaba datos en una consola. La sombra de una sonrisa cruzó su cara de orangután y la suavizó—. Los hombres acabáis de inventar el solipsismo involutivo retrofuturista. Uno nunca sabe qué esperar de estos dichosos humanos.

PADRE ADDAR

Padre Addar, todavía inconsciente, se pasó una mano por la cara sintiendo que los recuerdos se revolvían a un milímetro detrás de sus ojos. No eran agradables: los últimos segundos de vida de su palacio flotante; aquel tóptero traidor que bombardeó a sus tropas; el misil que intentó matarlo a él, a un dios encarnado, a un Intérprete de los Muertos, segundo solo ante la máxima autoridad, el drav…

Despertó dentro de aquella cápsula de salvamento que daba tumbos, cayendo sin control hacia… ¿dónde? El único lugar que podía justificar una sensación de caída tan prolongada era el barranco. El recuerdo que había quedado tras él, en la superficie… era el de una derrota. ¡Derrota! Qué espantosa palabra. En un par de míseros días, todo su mundo se había venido abajo: fuerzas enemigas habían asaltado el palacio rodante de su señor, asesinando al drav, y la partida de caza posterior había resultado un desastre. Si hacía una lista de acontecimientos, estos resultaban tremendamente lógicos, por mucho que a él no le gustasen. La lógica: la forma más desleal de argumentar.

La cápsula tenía una ventana circular a través de la cual vio lo que pasaba fuera: había fuego, y humo, y luz histriónica de radiación nuclear entretejiéndose consigo misma en estroboscópicas espirales. La cápsula cayó dando vueltas en medio de aquel humo y de aquel resplandor plástico, y de repente todo se oscureció. Sintió un potente golpe, y su vehículo se detuvo en seco.

La cápsula había caído dentro de lo que parecía un enorme cuenco, y yacía apoyada en ángulo contra las paredes. Addar quiso creer que aún lo protegería, pero estaba dañada: tenía muchas grietas e incluso un par de buenos agujeros por los que aquel calor tóxico se estaba filtrando. Pronto le mataría, era una certeza matemática, así que si se quedaba allí, esperando a que alguien lo rescatara, la cápsula sería su ataúd. ¿Qué alternativas tenía? La radio se había roto debido a los golpes y el escueto sistema de soporte vital también. ¿Salir fuera por sus propios medios y enfrentarse a aquellas condiciones que no eran adecuadas ni siquiera para los infiernos? Tampoco. Moriría en cuestión de minutos por una explosión de cáncer que lamería sus huesos.

En un lado estaban las profecías que aseguraban —¡iluso!— que un Intérprete de los Muertos no podía morir porque estaba protegido por los dioses. Y allí, en el otro, un nudo gordiano que requería una solución alejandrina. Addar se había esforzado por estar a la altura de su propia

leyenda, y había amado a la noche, aunque ahora se hallara fuera de su alcance. La diosa fortuna le había sonreído en casi todas las etapas de su vida, y había dibujado angostas líneas de amor sobre su piel. Pero ahora lo había abandonado.

Tenía que salir de aquella ratonera. Prefería enfrentarse de pie a la muerte, cara a cara, que escondido como un caracol. Al mirar por la ventanilla dedujo que el «cuenco» donde había caído era la tobera de salida del impulsor de una nave espacial, que se estaba haciendo trizas como todo lo demás. Había tenido la suerte de caer dentro, como una pelota encestada en una canasta, y ahora la pared de la tobera le estaba ofreciendo un poco de cobertura. El siguiente razonamiento era obvio: puede que encontrase una manera de descender por el conducto de salida del plasma hacia el interior del motor, donde estaría aún más protegido. Desde allí, puede que una escotilla lo llevara al interior de la nave. Seguro que no encontraría nada útil después de tantos siglos de ser aplastada y consumida por los fuegos del interior de la tierra, pero ganaría… quién sabe, unas horas. Unos días. Una pizca de esperanza.

A nadie de los que habían preparado aquella cápsula de escape se le había ocurrido la brillante idea de incluir en el diseño un traje protector para condiciones extremas. Pensaron que serviría para salir volando de alguna situación apurada y ya está. Se acordarían de ese error, los muy desgraciados. En cuanto volviera cogería a todos sus ingenieros y los convertiría en su próximo coro de voces canoras.

Le vinieron a la mente unos versos de la Ribathán, la jaculatoria sagrada: «En este vasto tablero de noches y días / cuando la piel es fuego y el alma va surcando el oleaje / una canción despiadada / nos arrastra sin remisión hacia la noche».

Abrió la portezuela a patadas y se deslizó a duras penas por la ranura. El calor asfixiante y aquel aire lleno de partículas nocivas le hicieron toser y le irritaron los ojos. ¿Cuántos Roentgen estaría absorbiendo su cuerpo? ¿Cien, doscientos? ¿Miles? Estuvo a punto de echar los pulmones por la boca, pero encontró lo que buscaba, una fisura en el suelo por donde antaño surgieron los ciclones de plasma que impulsaron la nave, y se atrincheró dentro. Los infiernos de los que hablaban las mitologías creadas por el hombre existían, y él acababa de encontrar la puerta de entrada a uno. ¿Estaría plagado de demonios o de espíritus de fallecidos? ¿Tendrían su propio Intérprete de los Muertos? ¿Podían las inteligencias artificiales llegar a tener alma si se instalaban las suficientes actualizaciones, y habrían creado aquellas de comportamiento infame su propio rincón allá abajo? ¿Habría —tragó saliva— algún monarca de los infiernos que hubiese

captado el olor de Padre Addar, y lo estuviese rastreando?

Sí. Los ojos casi se le salieron de las órbitas cuando *lo vio*.

Vio al príncipe de los infiernos, de pie sobre el borde de la tobera.

Mirándolo.

Era bípedo y con una altura sensiblemente superior a la de un humano normal. Sus ropas no tenían forma; parecían jirones del hostil vacío del cielo… si es que eran ropas y no simples trozos de oscuridad dúctil pegados a su piel. Había algo equívoco en su silueta, un temblor cuántico, como si su cuerpo escapase de toda ley física y fuera una bruma de principios de cohesión molecular mal expresados.

Padre Addar sintió que su cordura se astillaba. Quiso gritar, pero si abría la boca, marejadas de radiación ionizante resbalarían garganta abajo y pudrirían sus pulmones. Quiso correr, jugar a un desquiciado «a ver si me coges» con aquel demonio, pero estaba atrapado en la trinchera del motor. Había más de cien grados de diferencia en la temperatura entre estar dentro o fuera, así que no se movió.

Su tímida esperanza era pasar desapercibido, no ser visto por aquellos ojos imposibles… pero ya era tarde. El rey del Averno descendió de un salto hasta el interior de la tobera, paseó lentamente alrededor de la cápsula rota, como si la examinara con curiosidad, y andó en línea recta hacia Padre Addar. Este se fijó en un efecto cuántico que su cuerpo dejaba atrás a medida que avanzaba: se iban desprendiendo de él algo parecido a fotografías, instantes congelados en el tiempo que se quedaban formando una estela a su espalda, a intervalos. Como si los fotogramas de una película se negaran a desparecer o a ser actualizados por las imágenes nuevas, y quedaran allí, en el viento, como esculturas atómicas.

El engendro miró al humano desde sus imposibles tres metros de altura. Era el horror puro, un ser hecho de temor sólido, transfigurado por aquellos ojos brillantes en una presencia desnuda, inmóvil e irrebatible como el hielo.

Pero lo peor vino cuando Padre Addar *lo reconoció*. Había visto antes a aquel demonio, conocía su nombre verdadero.

—El hecatonquiro… —susurró.

Aquel horror que él mismo había liberado estaba allí. Parecía haber encontrado su lugar en un ecosistema donde encajaba bien. ¿Pero qué estaba haciendo? Le había dado orden de perseguir implacablemente a los asesinos del drav.

No tuvo tiempo de preguntárselo, porque el monstruo lo agarró por el

cuello y lo sacó en volandas del refugio. Padre Addar se retorció, asfixiándose, pero entonces el hecatonquiro —siempre dejando atrás aquellas fotografías suyas en el aire, aquellos ecos cuánticos— acercó la cara de Addar a la suya, la contempló durante unos instantes…

…Y empujó el cuerpo del humano dentro del suyo propio, como fundiéndolos en una sola cosa. El torbellino de *quarks* en el que se desgajó aquel sólido antes conocido como Padre Addar no perdió nunca la conciencia, ni la percepción de su propio yo, pero sintió su desintegración hasta la última molécula, y cómo tanto su cuerpo como su psique se mezclaban en una nueva entidad con la de aquel demonio.

Cuando el proceso acabó, Addar había dejado de ser humano. Y estaba completamente loco. A su mente no le quedaba el menor atisbo de cordura. Pero había algo que sí recordaba: un día antes, cuando sacó al monstruo de su sarcófago, sus palabras exactas fueron: «Aprende de ellos todo lo que puedas… y mátalos».

Y eso estaba haciendo el hecatonquiro: fusionándose con un humano para aprender más de ellos. Ahora ya no eran una dualidad, sino una sola cosa. El monstruo absorbió sus recuerdos y la animadversión de Padre Addar. Compartieron a partir de entonces un solo impulso, un mismo odio. Addar le devolvió una sonrisa que el otro ni siquiera había esbozado, y lo hizo con una malicia tan alegre que el resto se convirtió en una mueca.

La caza proseguía. Solo que esta vez sería mucho más letal.

10. UNA PAUSA PARA TOMAR ALIENTO

VALA

Nueve horas pueden pasar muy rápido o arrastrándose a velocidad de tortuga, todo depende de las circunstancias de quien las viva. Lo peor es cuando las circunstancias han cambiado tanto que tu saber hacer ya no sirve de nada, ha perdido la capacidad de guiarte. Es en esos momentos, cuando has dejado todo lo que conocías atrás y no tienes el menor atisbo de lo que traerá el futuro, cuando las cosas se convierten en quimeras de la imaginación. Es en esos momentos cuando la realidad, esa vieja amiga en la que Vala solía confiar, se convierte en un teorema desprovisto de valor.

Su peor pesadilla se había hecho realidad: su marido se había caído dentro de la grieta infernal. Y aunque Arthemis se había arriesgado mucho volviendo con el tóptero para buscarlo, fracasó. Vala tuvo que acudir a un

antiguo retruécano para lidiar con esos sentimientos, y no estallar delante de su hijo. Pero en el transcurso de aquellas largas nueve horas no pudo engañarse más a sí misma, y acabó deshaciéndose en lágrimas en el hombro de Veldram.

Este le daba palmadas en la espalda y, mientras contenía sus propias lágrimas, le susurraba:

—Estará bien, mamá, tranquila. Es un luchador. Sobrevivirá.

—Cómo va a sobrevivir a eso —lloraba ella con ganas de clavar aún más sus dedos en la espalda de su hijo; de construirse una fortaleza con su optimismo y su sudor, deslizándose entre sus músculos y su piel. (Iba a tener éxito) (Tendría éxito) (Sí, lo tendría). Quería desaparecer dentro del cuerpo de Veldram para que el dolor no pudiera encontrarla, cuerpo *qua* cuerpo.

Lo peor llegaría por la noche, cuando ya no le quedaran fuerzas para seguir despierta y tuviera que rendirse sí o sí al incierto territorio del sueño. Dormir sin una ayuda relajante, como el sueño sin sueños de los barbitúricos o las sustancias naturales analgésicas, podía ser peligroso. Al no poder controlar lo que su mente vería durante esas seis, siete horas de indefensión, su angustia se intensificaría. Al no poder descargarse en fantasías controladas, crearía una informe tensión que la perseguiría hasta el estado de vigilia.

—Lo hará, sobrevivirá —susurró Veldram—. No sé cómo, pero lo hará. Es mi padre. Si hay alguien en este mundo capaz de hacerlo, es él.

Ella lo miró en silencio. Y por un instante, casi, casi se lo creyó. No sabía de dónde sacaba tanta fuerza, pero estuviera donde estuviese la fuente, Vala deseó ser capaz de beber de ella. Pero no podía. Se sentía impotente. Destrozada.

Resultaba difícil no ver aquella loca carrera hacia ninguna parte como un rito de paso, un cambio ineludible e incluso necesario como tantos otros en la vida: nacimiento, matrimonio, postpubescencia, *supervivencia*, etc. Esos rituales, por mucho que dolieran, marcaban hitos en la vida de los pueblos, facilitando la comprensión de los problemas que pudieran surgir de ellos. Vala se estaba enfrentando a una nueva condición vital: la soledad. Una manera diferente y muy cruel de pensar en su nuevo rol, sustancia y significado.

Siguieron avanzando por la llanura durante ocho horas, y llevaban ya una descansando. El tiempo comenzó a pasar inadvertido como un suave y terso arroyo. Los barrancos de Devianys eran una cicatriz en carne viva que apenas se apreciaba en la distancia, con puntos de sutura hechos de humo.

Más al sur, una tormenta se arrastraba pesadamente sobre la llanura silenciosa, devorando la distancia con su tamaño.

Tras mucho avanzar, los lumitas habían llegado a una región del desierto formada por vibrantes placas de esquisto. Allá donde esas placas se aproximaban unas a otras había una sustancia de transición que las unía, una especie de humus que susurraba con el insidioso murmullo de un cemento en proceso de cuajar. El suelo emitía un sonido casi inaudible aunque persistente, como un injerto malogrado.

Los camiones estaban aparcados formando un triángulo mientras sus motores se enfriaban. Los lumitas celebraban la exitosa huida con cantos, bailes y comida. Había promesas y rezos a sus dioses. Pero unos pocos no estaban por la labor.

Unos pasos sonaron más altos que el volumen de la música. Liánfal se acercó hasta donde estaban la madre y su hijo con un poco de comida. Ambos esperaban sentados en una elevación del terreno, mirando el terreno que acababan de dejar atrás.

—¿Arthemis ha ido a echar otro vistazo con el tóptero? —preguntó la *místar*. Vala no aceptó el plato de comida, pero su hijo sí. Lo devoró con famélica ansiedad. A su lado, apoyado contra una piedra, estaba aquel instrumento musical, el septéreo.

—Hace veinte minutos. —Vala se sorbió los mocos y se limpió un poco con un trozo de tela—. Hasta hace un rato veíamos el aparato a lo lejos, revoloteando. Pero ahora ya no se ve. Creo que está tras la cortina de humo.

La mano de Liánfal presionó amablemente su hombro.

—Ten confianza, cariño. Telémacus es el hombre más duro que jamás he conocido. Le cuesta morir, aun queriendo.

—Eso dice mi hijo.

—No saques conclusiones precipitadas sin tener pruebas. No te apures.

—No me apuro. —Vala extendió las manos—. He dado un paso y las conclusiones estaban ahí, esperándome. He chocado contra ellas.

La anciana se sentó a su lado y miró la cítara.

—¿Sabes tocarla?

—No hace falta —dijo Veldram, cogiéndola por el mástil—. Este instrumento se… se… «sabetoca» él solo. Te enseña a acariciarlo para que salga música.

—Ah, tiene un resonador empático armónico. Los recuerdo de cuando era joven. Los músicos de verdad despreciaban estos instrumentos porque, según ellos, hacían trampa. Quienes los inventaron querían que la música fuera un bien de toda la humanidad y no el recreo de unos pocos virtuosos, así que inventaron instrumentos que manejaban al músico, diciéndole lo que el instrumento quería tocar, y no al revés.

—Pues a mí me ha susurrado un par de melodías.

—Toca algo. Vamos a ver si entre los dos conseguimos animar un poco a tu madre, hala. Aunque yo no pienso bailar —previno—. Me duelen los huesos.

Vala le lanzó una mirada de desasosiego, pero no dijo nada. Veldram se encajó el septéreo en el regazo como un gato al que quisiera acariciar de una manera compleja. Punteó unas cuantas notas, tiranteces de la cuerda nada más. Temblores atonales que al principio no tenían ningún sentido, pero que luego fueron cimentando una estructura. Había una melodía allá abajo, y el masaje cardíaco que le aplicó el citarista acabó por resucitarla y hacerla hablar. Le permitió expresarse. Era una cancioncilla pegadiza, justo lo que Vala (no) necesitaba.

Logus se les acercó, moviéndose como un pato mareado.

—¿Este comportamiento nocturno pre-copulación es normal en los humanos? —preguntó con inocencia—. Porque si el objetivo es reservar energías para luego, para el hecho en sí del coito, lo están haciendo mal. Las están gastando todas ahora.

Las dos mujeres se miraron, y se echaron a reír. La *místar* sin tapujos, y Vala con un asomo de culpabilidad.

—Ay, Logus, qué poco conoces a los humanos —sonrió Liánfal—. Pretender que después de pasar tanto miedo la gente no necesite relajarse y olvidarse de todo, aunque solo sea por un ratito, sería un milagro que haría de la montaña de Anso[1] un sitio tan común como los hombres que no necesitan sexo regular. Después de pasar por esa cuarentena de camiones, de todo el miedo y la rabia y la impotencia, sentimos la necesidad urgente de respirar aire fresco, de notar los mensajes del viento y estar en contacto con el silencioso universo del desierto. Entiendo, por supuesto, que tu idea de la diversión sea diferente.

—Por más que intento estudiaros, siempre termináis saliéndoos por la tangente y haciendo polvo mis cálculos. He llegado a pensar que vuestra cultura no es más que un sorites.

Vala arrugó la frente.

—¿Un… qué?

—Un sorites es un juego de lógica —dijo el idor, sentándose en el suelo a su manera (plegó las tres patas hacia dentro, como si fueran vértices, de modo que el cuerpo quedaba apoyado tranquilamente encima) —. Encadenas proposiciones en un razonamiento de modo que el predicado de la antecedente pasa a ser sujeto de la siguiente, hasta que la conclusión une el sujeto de la primera con el predicado de la última. Eso tiene un peligro, y es que conlleva (a veces) una falsedad a la que se ha llegado gradualmente y que se quiere hacer pasar por cierta revistiéndola de racionalidad. Una forma metódica de poesía.

—¡Suena interesante! —exclamó Veldram—. Ponnos un ejemplo, por favor. —Liánfal intuyó que él estaba igual de preocupado que su madre por la suerte de Telémacus, pero a diferencia de ella necesitaba tener la mente puesta en otra cosa, llámese música o juegos de lógica, para no angustiarse.

—Pues… no sé, a ver: todo ser humano está vivo. Todo ser vivo piensa. Pensar es un acto racional. No todos los actos racionales son válidos. Luego el ser humano no es necesariamente un ser racional válido.

—¡Divertido! Aunque hay un error, y es que no es verdad que todos los seres vivos piensen. Los virus no piensan, ni las plantas tampoco. Y viven.

—Los virus hacen que la línea entre la vida y la no vida se vuelva confusa. Demuestran que un organismo puede estar vivo en un contexto y muerto en otro. De todos modos, por eso se dice que el sorites sirve para introducir retóricamente una falsedad que queremos hacer pasar por buena, disimulándola dentro del razonamiento. En este caso podríamos decir que la cadena que lleva del planteamiento A (que el hombre es un ser pensante) hasta el D (que su pensamiento está lleno de errores) no sirve porque en algún momento intermedio se introdujo una falsedad.

Vala miró a la lejanía, donde todavía no había rastro del aparato de Arthemis.

—Mi marido es un luchador —murmuró—. Los luchadores tienen por oficio arriesgar sus vidas. El riesgo no está siempre justificado. Existe una justificación para que los que sepan hacerlo luchen por los lumitas. Luego mi marido es un lumita.

Liánfal sonrió.

—Sigue practicando, Vala, y te convertirás en una experta en sorites. A mí me vendría bien dominar estas cosas para mi cargo de *místar*.

Veldram iba a añadir algo, pero señaló el horizonte y exclamó:

—¡Allí! ¡Algo se mueve!

Un objeto muy pequeño, una mota de polvo vista en la distancia, había salido de la pantalla de humo y estaba volando hacia ellos.

—¡Es el tóptero! —se emocionó Vala.

—A ver si hay suerte y trae buenas noticias…

El aparato dejó una costura de polvo en el suelo hasta que llegó a donde estaban los camiones. Tomó tierra y la cazadora se bajó. Sudaba a chorros y traía cara de pocos amigos.

—Lo siento, no le he visto —anunció rápidamente, para que nadie se hiciera ilusiones—. Aquello es un infierno, ni las térmicas ni el humo te dejan volar. Si me hubiese arriesgado a bajar más, el tóptero se habría caído a pedazos.

Vala apretó los labios hasta que formaron una línea. Solo su mirada traicionaba la angustia que en ese momento la quemaba por dentro.

—¿Viste más dravitas intentando cruzar el barranco?

—No, por fortuna. Deben de estar demasiado ocupados preparando su guerra como para seguir preocupándose por unos pueblerinos.

—Bien. —Liánfal asintió gravemente y miró en sentido contrario, hacia el este. El delgado tallo del Hilo subía a los cielos tiñéndose de los primeros resplandores de la mañana. Estaban mucho más cerca de él de lo que parecía—. Ofiuchi tiene que estar próxima ya, a pocos días de viaje.

—¿Ofiuchi? —se sorprendió Logus—. ¿Es allí a donde vamos?

—¿Conoces ese nombre?

—He leído algo sobre él en las bibliotecas. Pero pensé que era una leyenda.

—¿Qué es Ofiuchi? —se extrañó Veldram.

—Una leyenda de buscadores del desierto habla de una antiquísima estación desde la que antaño despegaban naves orbitales. Dicen que estaba en algún lugar del Yermo, más allá del desierto de las gemas y las estepas de fuego.

—¿Y qué hay allí?

Buena pregunta, hijo, pensó Liánfal. En ningún momento había tratado de ocultar a los lumitas el extrañísimo comportamiento de las reliquias sagradas: cómo se habían puesto a emitir sonidos justo antes de que partieran. Las reliquias estaban a buen recaudo en el primer camión; lo que nadie sabía era que sus periodos de mayor actividad coincidían con el

paso por el cielo del Carro de Diamantes… aquellas estrellas que ahora se habían fundido en una sola luz. Ya no eran un carro, sino una luz solitaria y cristalina. Con todo lo que había pasado, no había tenido tiempo para sentarse y meditar profundamente sobre el tema.

—En ese lugar, Veldram, puede que encontremos respuestas. Sea lo que sea lo que activa las reliquias, está relacionado con los cielos. Es un hecho trascendente.

—Yo también he oído hablar de Ofiuchi —dijo Arthemis—. Dicen que marca el punto intermedio entre los países de los dravitas y el lugar mítico donde comienza el Hilo. Su base. Pero nadie se ha atrevido nunca a ir hasta allí.

—¿Por qué no? —preguntó Vala.

—Misticismo, temor, miedo atávico a lo que no se comprende… —enumeró Liánfal.

—No es solo por eso —dijo la cazadora—. Si solo fuera cuestión de sortear una barrera supersticiosa, los dravitas se la habrían pasado por el forro hace décadas. A ellos no les asusta ningún cuento de viejas sobre el desierto profundo, si hay beneficios que obtener. Explorar la base del Hilo es un premio muy gordo.

—Entonces ¿qué les ha impedido viajar hasta allí?

Vala rozó con un dedo a su hijo y le dijo en su código familiar táctil que no siguiera por ahí, que había cosas que era mejor no saber. Pero él necesitaba respuestas. Hipótesis de trabajo: Veldram se sentía subyugado por el misterio inherente a aquella torre divina, y si existía la menor posibilidad de llegar hasta ella, lo intentaría.

—Se cuenta que el territorio que conocemos como las estepas de fuego está poblado por criaturas que también fueron mutadas por el Metacampo, y a las que ni siquiera los buscadores de antigua tecno más chiflados se arriesgan a enfrentarse —prosiguió Arthemis—. Hace décadas, los drav montaron expediciones para alcanzar la base del Hilo, pero ninguna regresó. Entonces decidieron dejar de malgastar hombres y maquinaria insustituible. El Hilo se volvió más rentable como mito que como certeza científica.

—Nos estás diciendo que no es seguro atravesar esas tierras —concluyó Vala.

—Exacto, pero estamos entre la espada y la pared: después de lo que ha pasado con el Intérprete de los Muertos, no podemos volver. Antes nos habrían reclutado forzosamente para su guerra; ahora nos fusilarán a todos

sin pensárselo. Yo voto por seguir avanzando.

—¿Alguno de vosotros tiene la palabra «cautela» en su diccionario cotidiano? —dijo Logus—. ¿No os da miedo todo esto?

—Claro que tenemos miedo —confesó Liánfal—. Pero Arthemis tiene razón. Antes nos preocupaba que convirtieran a la tribu en soldados esclavos, incluso a los niños. Ahora sabemos positivamente que si volvemos, nos matarán. Es preferible la muerte incierta de delante que la segura de detrás. ¿No tienes ningún sorites que justifique eso?

—Los sorites nos enseñan que cualquier paradoja puede ser paradojada a su vez. Los humanos vivís en una paraexistencia encapsulada, en medio de un paralapso que os obliga a tratar de demostraros a vosotros mismos que vuestra vida es real antes de que se os acabe el tiempo, y muráis sin saber siquiera si habéis existido…

—Estás desvariando —dijo Veldram, y volvió a pulsar los acordes de su cítara.

—Basta de discusiones filosóficas —zanjó Liánfal—. Al alba partiremos. Quedarnos aquí implica agotar nuestras provisiones en vano. —Miró a Vala con ternura—. Lo lamento, cariño.

—Lo entiendo, tenemos que seguir moviéndonos. Si nos quedamos aquí se agotarán las reservas de grasa que le quitamos a la madre insecto, y moriremos de sed.

—Confiad en nuestras tradiciones —rezó Liánfal—. Ellas nos guiarán, pues guardan la sabiduría de los ancestros.

Arthemis miró con recelo a la *místar*.

—¿Sabes? Deberías dejar que cada uno tuviese sus propias fantasías, en lugar de imponerles las tuyas.

La anciana se enfadó.

—Es todo lo que puedo ofrecer ya.

Intentó disimular su congoja, aunque era casi tan fuerte como la de Vala. Ella también estaba muerta de miedo, pero su deber como líder espiritual era disimularlo, mostrar entereza. El futuro no podía presentarse más incierto, y para colmo habían perdido a su mejor guerrero. También rezaba porque se produjera un milagro y de aquella fosa saliera de repente un puntito, minúsculo en la distancia, y ese puntito resultara ser Telémacus, que caminara hacia ellos con una gran sonrisa. *Pero esta anciana no cree en los milagros*, se lamentó.

Quizá fuera esa su mayor traba a la hora de encarnar a una líder

religiosa, el no creer en milagros, pues su sentido común era más fuerte que su hambre de mitología. Tuvo que repetirse que no había forma humana de que el marido de Vala hubiese sobrevivido a aquello. Estaba muerto, y punto. Cuanto antes lo aceptasen, antes podrían concentrarse en el desafío que tenían por delante, que seguro no sería más sencillo que el que ya habían sorteado.

TELÉMACUS

Los taelon le dejaron claro que no albergaban sentimientos hostiles hacia él —quizá fueran demasiado civilizados para eso—, pero tampoco sentían la menor simpatía hacia el género humano. De hecho, estaban muy cómodos con su aislamiento y su anonimato, y a menos que los señores de la guerra decidieran utilizar dispositivos nucleares y contaminar aún más el planeta, no pensaban mover ni uno de sus peludos dedos para impedir la matanza.

—Los clanes dravitas no tienen ojivas nucleares, que se sepa —dijo Telémacus, acompañando a Serenay a dar un paseo por el complejo. Ella lo escuchaba con pasión de antropóloga, como si el mero hecho de oírlo hablar fuera un placer: le encantaba la forma que los humanos tenían de pronunciar aquel lenguaje, con sus pausas silenciosas, sus superfluos tiempos verbales y sus fabulosas palabras crípticas. Se sentía como una niña pequeña oyendo hablar a su perro—. Pero sí que usan reactores de fusión. Imagino que sabrán cómo hacer las cosas lo suficientemente mal como para que cualquiera de ellos acabe explotando.

—Por eso precisamente tenemos que tener muchísimo cuidado, Telémacus. Nuestra colonia lleva siglos escondida y haciendo en paz su trabajo, y nos gustaría que siguiera así. Ah, malditos sean los humanos y sus dioses desquiciados… Yo los maldigo, a todos. —Aquello sonó a una herejía tan antigua como agotada, que hubiese perdido todo el vigor de antaño.

—Nos unen más cosas de las que crees, Serenay. No somos salvajes desnudos. El factor inteligencia está ahí.

—Lo sé, discúlpame… Es que llevamos tanto tiempo culpando a tu raza de todo, convirtiéndoos en chivos expiatorios, que ya lo hacemos sin pensar. Pero tienes razón: vuestros pulgares oponibles os dan la habilidad de manipular, y sin ella la inteligencia no sería más que una noción esotérica. Y sin inteligencia, la capacidad de manipular no serviría para nada.

—Supongo que eso nos lleva a la pregunta clave, en lo que a mí me concierne.

Telémacus se sorprendió de lo fácil que le resultaba interpretar expresiones en la cara de un simio, a pesar de ser dos especies separadas por millones de años de evolución. Pero la inteligencia residía en los ojos, y quizá por eso fuera tan fácil leer a Serenay: era increíblemente expresiva.

—El problema de qué vamos a hacer contigo —asintió—. Mis compañeros y yo también nos lo hemos estado preguntando. Para serte sincera, ha habido una votación. Y no todas las manos que se alzaron estuvieron a favor de que te pusiéramos en libertad, sabiendo lo que sabes. Hay quienes argumentaron muy elocuentemente para que volviéramos a tirarte al barranco.

—…Pero si me lo estás diciendo así, es que el resultado de la votación no fue ese —adivinó—. Espero.

—No, tuviste suerte.

Llegaron a una zona de tránsito con vehículos. Una especie de plataforma con cuatro asientos apareció como si le hubiesen dado un silbido; el motor magnético situado bajo el suelo se hizo cargo de ella, y a velocidad acelerada la hizo cruzar la estación hasta dejarla situada en un tubo neumático. Allí se apearon. Por el camino, Telémacus vio pequeñas granjas hidropónicas mantenidas en un delicado equilibrio de humedad y temperatura. Algunas, como le explicó la simia, estaban ahí solo para investigar los desequilibrios producidos en la ecosfera alimenticia, para evitar que se piramidaran. La tecnología que rodeaba las plantas era insólita, muy poco intuitiva, con cables cantores que formaban telones superpuestos, y planos de luz semitransparentes que se volvían etéreos cuando se combinaban entre sí.

—Nuestro hábitat es un entorno completamente autónomo. Aquí no es necesario revisar continuamente la noción de la máquina, como pasaba en el mundo de los hombres. La idea de la evolución nos basta como analogía aceptable. —Serenay proyectaba la sensación de que su pasado y su aislamiento hacían de ella una jueza aceptable para cualquier tema que tocase—. Desde hace siglos no compartimos con el exterior nada que no sea aire o transferencias de calor. Aquí todo se recicla, la materia orgánica y los líquidos. Estamos en un entorno que nos provee de energía casi infinita, aunque cada vez tenemos que profundizar más con nuestras máquinas, pues la tierra cumple con su misión y se lo va tragando todo. No te lo creerás, pero muy abajo, a kilómetros bajo tierra, hay un cementerio de viejas naves destruidas que están siendo licuadas poco a poco por el magma, y que mide

más de cien kilómetros cúbicos.

El hombre puso los ojos como platos, intentando imaginarse tal grandiosidad. Las maravillas del mundo antiguo, del Imperio Gestáltico, aunque no fueran más que sombras, parecían no acabarse nunca.

—Dime, Serenay, ¿en qué quedó vuestra votación? ¿Podré regresar con los míos?

Ella lo miró de manera tranquilizadora.

—Sí, aunque a cambio de eso, y de que te salváramos la vida, tenemos que pedirte un favor.

Se detuvieron en una cámara aislada, para llegar a la cual tuvieron que atravesar varias puertas blindadas y un intercambiador donde un resplandor agresivo los examinó de la cabeza a los pies. Telémacus tuvo la sensación de que aquel era el lugar más resguardado del complejo, y se preguntó por qué la simia lo habría llevado hasta allí. El recinto era una geoda de metal sin apenas iluminación en cuyo centro se elevaba una planta: un árbol de color hueso, muy blanco, con hojas hechas de folículos rojos que colgaban como plumeros. En lugar de hojas parecían racimos de algas color sangre. Telémacus lo miró, extrañado.

—¿Qué es eso?

—Un árbol telepático, el único que existe en Enómena.

—¿Un… qué?

Serenay se acercó a una consola que parecía estar monitoreando el estado de salud de la planta, y presionó algunos botones.

—Supongo que habrás oído historias del mundo antiguo, ¿no, hombre? De cómo eran las cosas en el Imperio Gestáltico, la máxima expresión de la civilización humana.

—Algo he oído… los ecos que aún arrastra nuestro folclore.

—El Imperio se basaba en la magnificación de los poderes psíquicos, o mnémicos, como los llamaban ellos. Nosotros, los evoanimales, nunca los tuvimos, pero nuestros amos sí. En el momento de máximo esplendor del Imperio, los seres humanos se dividían mnémicamente en tres grandes categorías: estaban los «planos», personas que no tenían acceso al Metacampo; los «portadores», que habían entrado en simbiosis desde su nacimiento con una entidad llamada Id que les hacía de puente con los poderes mnémicos; y los «derivantes», los más raros de todos, seres humanos que podían enlazar sus cerebros con la corriente psíquica sin necesidad de un Id. El mítico guerrero Evan Kingdrom, el que mató al

Último Emperador, era uno de ellos.

»Sé que es difícil imaginar una titánica civilización cósmica de cientos de miles de planetas colonizados, con centenares de billones de personas, donde casi el setenta por ciento tenía alguna conexión con el Metacampo y, por lo tanto, algún poder mnémico… Incluso a nosotros, los taelon, nos cuesta cerrar los ojos y proyectar ese escenario galáctico tan vasto. Pero ocurrió, fue real hasta hace unos pocos siglos. Muchos de los nuestros que opinan que, en este tiempo que ha pasado desde el Día del Apagón, ese imperio podría haber resurgido otra vez de sus cenizas y haber alcanzado un esplendor similar al de antaño. Al fin y al cabo, el Último Emperador fue detenido a tiempo, antes de que aniquilara toda la vida de la galaxia. ¿Por qué, si eso es verdad, sus colosales naves no han aparecido todavía por aquí para saludarnos? Ah, mi querido huésped, esa es la pregunta que tiene locos a nuestros sabios…

Telémacus paseó alrededor del árbol blanco. Los anillos seccionales de sus raíces estaban lubrificados por algún tipo de aceite, y parecían telescópicos, con la habilidad de contraerse violentamente si eran amenazados.

—La verdad es que no soy ni remotamente capaz de imaginar una civilización así… —admitió—. ¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque la habilidad para comulgar con el Metacampo no solo era potestad de los seres humanos. Llegaron a descubrirse algunos animales que también la tenían, aunque eran muy raros. Y también plantas, ¡más raro todavía! Lo que tienes delante es un árbol telepático, una planta que aloja en su interior a un Id, lo cual le permite vivir dentro de la corriente mnémica principal. Pero de un modo como ningún animal superior logró concebir jamás. Es mnémica vegetal.

—O sea, que este árbol… alberga una mente alienígena en su interior.

—Exacto, una mente latente, dormida. Pero el árbol se está muriendo: ha vivido demasiado tiempo, pues ya era viejo antes del Día del Apagón. Su luz se apaga día tras día, y sabemos positivamente que ni todo el poder de nuestra tecnología logrará mantenerlo vivo para siempre. No debemos permitir bajo ningún concepto que su herencia mnémica muera con él, o se perderá un tesoro de valor incalculable para el universo.

El cazador le lanzó una mirada torcida.

—¿Y cómo encajo yo en ese plan?

Los ojos de la simia, enturbiados por la química emocional de sus recuerdos, brillaron más.

—Verás, Telémacus… sé que lo que estoy a punto de pedirte en nombre de nuestra comunidad te sonará extraño, pero las ventajas que te traerá serán muchas, también. A ti y a tu tribu. El árbol, como ser vivo que es, no durará eternamente, pero su Id, hasta donde nosotros sabemos, es inmortal. Es una entidad de energía mnémica que vive en un universo paralelo, igual que las mentes de las IAs tienen alojado su núcleo más profundo en esa dimensión que llamáis «hiperespacio». El Id necesitará un nuevo huésped, pero por desgracia ningún taelon puede hacer de recipiente. Ya te dije que los evoanimales somos estériles al Metacampo.

»Deduzco que has adivinado el resto. Lo que te pedimos es que le des la bienvenida a esa entidad y le permitas fusionarse con tu mente. Serías el primer ser humano en cuatrocientos años (al menos en esta región de la galaxia) en entrar en comunión con un Id y volverse Portador. Así, el legado psíquico del árbol no morirá. Tú serás su nueva casa.

Telémacus sintió una cubeta imaginaria de agua fría que le recorría el cuerpo de arriba abajo, estremeciéndole cada poro.

—¿Habéis pensado si es tan siquiera *posible* lo que me estáis pidiendo? Antes me dijiste que los Portadores recibían a su huésped al momento de nacer.

—Cierto, se fusionaban con él en el vientre materno, nunca después. Pero también te dije que el caso de una planta que albergase un Id es muy especial. Este es un árbol telepático: te permitirá entrar en comunión con su yo dormido bajo circunstancias muy específicas. Si no opones resistencia, entrarás en un trance conocido como Delph, un dominio negamétrico, o antigeométrico, cuyo límite es ese multipliegue de *factum* psíquico al que llamamos de manera muy tosca… el Metacampo.

Telémacus parpadeó.

—¿Cómo…?

Serenay hizo un aspaviento, como pidiéndole que lo olvidara.

—Es igual. Los hechos reducidos a su forma más simple son estos: si accedes a acoger al Id en tu cerebro, vivirás el resto de tus días en simbiosis con él. Apenas lo notarás, los registros de la época describen la sensación como algo suave y agradable, como si pudieras escuchar una canción muy lejana que procede de los niveles inferiores de tu mente, y que te garantizará un dominio limitado de la mnémica. Es decir, te concederá poderes mentales a pequeña escala. Te convertirás en un portador.

—Antes dijiste que eso le sería útil a mi tribu. ¿Cómo? —dudó. Era cierto que al acercarse al árbol podía notar algo en la frente, una especie de

cosquilleo, el susurro apenas audible de una canción lejana. Tan leve como la caricia de un algodón al rozarte mientras duermes.

—No sabemos qué poderes concretos te prestará el Id. En el mundo antiguo los más comunes entre los portadores eran la telepatía, la telequinesia, la piroquinesia, la empatía proyectiva, la capacidad de «leer» las impresiones psíquicas en objetos sólidos… y, en casos menos habituales, la teletransportación o la capacidad de ver el futuro, uno de los muchos futuros probables. Sea cual sea el regalo que te haga, multiplicará dramáticamente tus habilidades como luchador y te permitirá ser mucho más útil a la hora de defender a tus seres queridos. Antaño hubo toda una raza de monjes portadores llamada Guerreros Espíritu que llevaba esta unión al extremo de sus posibilidades.

—Eres consciente de lo que implican tus palabras, ¿no, Serenay? —murmuró—. Durante generaciones se nos dijo que el Metacampo había desaparecido. Que esa fue la causa de las mutaciones que sufrió la ecología planetaria y que terminaron creando a los idor, a los drav, a los ragkordis, a los…

—Lo fue, en efecto.

—Pero ahora me dices que tengo la prueba viviente, delante de mis narices, de que eso no es verdad. De que el Metacampo nunca se extinguió.

—El Metacampo es la quinta fuerza fundamental de la realidad. No puede extinguirse, igual que tampoco pueden hacerlo la gravedad ni el electromagnetismo. Lo que sucedió el Día del Apagón no fue que la mnémica se extinguiera, o eso nos ha enseñado nuestro árbol… sino que las puertas que nos conectaban con ella se cerraron. Como si alguien hubiese dinamitado todos los puentes que permitían el intercambio. Pero el Metacampo sigue ahí, y este Id podría ser la llave que te enlazara con él.

—Si accedo, me dejaréis en libertad para que me reúna con los míos. Sin más.

—Correcto. Y lo que es más importante: os daremos la clave para que aseguréis vuestra supervivencia como grupo, para que siempre estéis fuera del alcance de los asesinos que os persiguen.

—¿Cómo?

—Ya lo verás… Tiene que ver con el Hilo y lo que encontraréis si lográis alcanzar su base. Pero de eso te hablaré luego. Ahora tengo que prepararte para el Delph.

—¡Eh, que todavía no he aceptado!

La simia sonrió. Le tendió su mano, amablemente, y él la aceptó con

reluctancia. A pesar del pelaje que la cubría, era cálida y firme como madera pulida.

—Lo harás. Lo sé.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque eres un buen hombre. Esas cosas las huelo a distancia. Por eso voté por ti en la reunión en la que decidimos si matarte o dejarte marchar.

—¿Por cuántos votos gané ese referéndum?

—Por uno.

En la era de los prodigios les fueron dadas a conocer tales cosas.

11. EN LAS ESTEPAS DE FUEGO

VALA

La noche había sido más bien húmeda, y aún la notaban en las articulaciones cuando se despertaron. Arthemis y Vala arrancaron los motores al romper el alba. La tormenta del sur los había esquivado y exhalaba su ira rumbo al oeste, depositando una lluvia de minúsculas perlas lechosas sobre el terciopelo de la arena. Un aire más frío de lo habitual marcaba una frontera de color en los límites de la bruma.

Aunque no habían quedado en eso explícitamente, los camiones mantuvieron la misma formación: el de Vala y Veldram delante, abriendo paso, con Arthemis la segunda y Liánfal acompañada por el idor en retaguardia. El tóptero, escaso de combustible ya, descansaba con las alas plegadas sobre el techo del camión de Arthemis cual insecto gigante que se hubiese posado a dormitar. Lo primero que habían hecho los vigías nada más levantarse el sol fue otear por si había el menor rastro de vehículos o aviones en la distancia. Pero Arthemis tenía razón: no iban a seguir desperdiciando recursos con la que se avecinaba. Nadie les perseguía ahora, aparentemente.

A medida que las tres moles de los camiones se iban alejando de los barrancos y se internaban en la llanura, el paisaje cambiaba más y más. Unas extensiones de hierba blanca empezaron a cubrir las dunas como una costra de salmuera, alfombras de tallos muy finos que parecían haberle robado sus colores a las lunas de Enómena para convertirlas en imágenes blancas como el hueso. Cuando examinaron de cerca esa hierba, notaron que uno de cada veinte tallos se parecía a una flor que en lugar de pétalos

estuviera rematada por un diapasón. El viento depositaba notas musicales en ellas, y otras flores-diapasón cercanas respondían con un eco de la misma nota, y si la frecuencia armónica era la correcta, entraban en un proceso de fertilización acústica. Polen sonoro en lugar de físico.

También se tropezaron con una manada de seres extrañísimos que ningún lumita había visto nunca, y que se parecían a resortes hechos de carne que se movían desplazándose a grandes saltos, proyectando su cuerpo en el aire tras comprimirlo hasta menos de un cuarto de su longitud. Pero lo más extraño era que cuando caían, cuando tocaban el suelo tras uno de esos largos brincos, siempre presentaban el mismo aspecto que antes de saltar, con la boca en la parte inferior del tallo y su único y ciclópeo ojo en la de arriba. Pero en el aire no giraban a mitad del salto, por lo que la conclusión era obvia: esos pedúnculos vivos no giraban al saltar, haciendo una acrobacia, sino que invertían su cuerpo, desplazando a todo lo largo del tubo su boca, mientras el ojo se movía en sentido contrario, de manera que una siempre estaba abajo y el otro arriba. Eran contrapesos vivos recubiertos por una piel corrugada. Tenían los colores típicos de los seres vivos nacidos durante el proceso del Antara, la tormenta de partículas que sacudía todo el sistema solar cada vez que el sol compañero, Thyle, regresaba de su órbita súper excéntrica y apuñalaba los campos magnéticos de su hermana mayor, convirtiendo sus cercanías en una fiesta de abalorios de oro macizo. Incluso los seres humanos se veían influenciados por ese periodo de estrés cósmico, pues se decía que los niños nacidos en esos días poseían extrañas marcas de nacimiento, y que estaban señalados por el destino.

En un momento determinado divisaron una colina que en principio parecía un montículo normal, pero que empezó a moverse lentamente, arrastrándose por la llanura. Al examinarla con los prismáticos se dieron cuenta de que no era un accidente geológico sino un ser vivo: una especie de fortaleza quitinosa dividida en segmentos, que al moverse se replegaban unos dentro de otros igual que algunos invertebrados. Aunque de movimiento extremadamente lento, la sensación de invulnerabilidad y de poderío físico que transmitía aquel titán les convenció de no acercase a él, y Vala prefirió dar un rodeo de más de tres kilómetros.

El Hilo estaba cada vez más cerca, se notaba en los sistemas nubosos que se formaban a su alrededor y que lo engalanaban con sortijas vaporosas. Visto desde allí tenía otro color, más cobrizo, y se distinguían detalles en el tallo que desde más lejos pasaban desapercibidos: ahora estaba claro que había tres líneas rectas más oscuras e infinitamente largas que recorrían de arriba abajo toda la longitud del hilo, y que eran

interrumpidas cada pocas decenas de kilómetros por unos ensanches en forma de bulbos. La imaginación de los lumitas se disparó: ¿qué serían aquellos ensanches, edificios? ¿Pequeñas ciudades que colgaban a intervalos regulares del tallo, cada vez más alejadas del suelo y más cercanas a las estrellas? Fueran lo que fuesen, los humildes pescadores empezaban a entender las cifras que implicaba un objeto artificial de tal envergadura. Y eso los abrumaba. En ese Hilo cabría fácilmente toda la población de Enómena, repartida por los diferentes pisos, y aun así les sobraría tanto espacio que si no querían no tendrían por qué verse unos a otros. Sabían que era una ciudad vertical, pero la pensaban como indígenas en cuyas alforjas aún había demasiadas cosas que los conectaban con la existencia simple de antes.

En la segunda mitad del día, cuando el crepúsculo estaba cercano y les dolían las articulaciones por llevar tantas horas conduciendo, Vala avistó la forma de un edificio que sobresalía de las dunas.

—¡Allí! —le señaló a Veldram, que era quien conducía en ese momento—. ¿Lo ves?

—¿Podría ser la estación Ofiuchi?

No tenía respuesta para eso, pero a tenor de las dimensiones de la construcción, bien podía serlo. Una torre de un cristal tan etéreo que podía haber estado hecho de agua parecía flotar en el aire, conjurando a sus pies un montón de reflejos destartalados. La rodeaban centenares de objetos geométricos plantados en la arena como un ejército sitiador, en una especie de asedio cordial, obsequioso. El sol se partía en cientos de lanzas doradas y era devuelto hacia la torre por aquellos objetos geométricos, tejiendo en el aire un tapiz de luz intrincado y maravilloso. Vala tardó un poco en darse cuenta de que eran espejos, y la torre cristalina una especie de colector.

Pero lo impresionante no era eso, sino la construcción de trescientos metros de altura que había justo detrás. La habían divisado desde la distancia, por supuesto, pues dado su tamaño era imposible no verla, pero una jugarreta de la perspectiva les había hecho proyectarla más hacia el fondo, haciéndoles creer que formaba parte del Hilo. Pero no era así: se trataba de un edificio mucho más próximo con forma de rampa ascendente curva, sostenida por pilares. Era solo la cuarta parte de una circunferencia, que se alzaba como un coloso que quisiera clavarse en las nubes. Vala se preguntó para qué habría servido en otros tiempos una construcción semejante, pues no parecía diseñada para que fuera habitada por personas.

—Tiene que ser eso, no me cabe duda. Ofiuchi, «el lugar sobre el que no hay dos historias que coincidan» —dijo Vala, y pulsó con frustración

algunos botones en el salpicadero—. *Felbercap*, la radio sigue estropeada. Asómate y hazle señas a Arthemis. Dile que vamos a parar.

Veldram asomó medio cuerpo por la ventanilla y le hizo aspavientos al segundo camión. Este le picó las luces para darle a entender que había comprendido. Pero entonces, Vala frenó bruscamente, y Veldram se dio un golpe contra la puerta.

—¡Ay! ¿Qué pasa, se ha acabado el mundo o qué?

—Sí… —dijo su madre, y señaló hacia delante.

El camión se había detenido delante de un obstáculo que ninguno de ellos esperaba, y que había aparecido de improviso tras un cambio de rasante. Los otros camiones también se detuvieron junto al de Vala, y todo el mundo se apeó, incluso los lumitas que iban en los remolques. La muchedumbre se agolpó junto aquella frontera donde, como bien había descrito Veldram, el mundo moría.

Acababan de tropezarse con el único obstáculo que los camiones aeroflotantes no podían cruzar: agua. Un lago enorme se extendía a lo largo de varios kilómetros en ambas direcciones, el líquido color metálico surcado por un débil oleaje. Era un agua oscura, muy fría, que a los lumitas les dio un poco de miedo, pues nunca habían visto tanto líquido junto —sus mares cero-g estaban secos, no contenían agua—. La brisa sorteaba los serbales y los espinos de la orilla en busca de pequeños moluscos y otros animalillos perdidos entre las piedras, como si fuera la voz de la madre lago que los llamaba de vuelta a casa.

Los dos edificios de la estación Ofiuchi, la torre de cristal y el que parecía un cuarto de circunferencia, estaban en una isla que había en medio del lago; una isla sin embarcaderos, sin puentes, sin accesos. Seguramente sus constructores habían confiado en una tecnología que ya no existía para entrar y salir de ella. Eso frustró mucho a Liánfal.

—Vaya, con esto no contaba —dijo la *místar*, apretando los puños—. Pero hemos hecho bien en venir. Fijaos en lo que hay en lo alto de la torre.

Vala y Arthemis clavaron sus ojos allí y la vieron: una antena parabólica que giraba en lentos círculos, de manera regular y siempre a la misma velocidad, lo cual confirmaba que no es que fuera una veleta mecida por el viento.

—La estación tiene electricidad, está operativa —comprendió Arthemis—. ¿Estará habitada?

—Ni idea, aunque si lo está, es probable que ya nos hayan visto. Tenemos que llegar hasta allí, es la única forma de averiguar qué les pasa a

nuestras reliquias.

—…Y de repostar combustible para los camiones —añadió Vala—. Están casi secos, y al tóptero no le queda nada, ¿verdad?

Arthemis asintió.

—Está casi seco. Podría volar unos pocos minutos, pero nada más.

—¿Y cómo hacemos para cruzar el lago? —preguntó Veldram, con el tono fatigado del viajero que se pregunta si no estaría dejando más en aquel desierto de lo que recogía de él—. Estos camiones no flotarán sobre el agua, ¿verdad?

—Verdad. Necesitan suelo bajo sus suspensores o se hundirán como piedras.

—¿No podrías alcanzar la isla con el tóptero, tú sola, y ver si hay algún tipo de embarcación? —le preguntó Vala a Arthemis.

—Uhm… supongo que podría, pero si resulta que no hay ninguna y que la isla está deshabitada, me quedaría varada allí para siempre, yo sola. Puede que el tóptero tenga fuerzas para ir, pero seguro que no las tiene para volver. —Miró con sorna a los lumitas—. No quiero que continuéis vuestro viaje dejándome atrás en plan náufrago.

—Es una postura razonable —convino Liánfal—. Maldita sea, haber llegado hasta aquí y no poder seguir por culpa de un simple lago…

—¿Y si lo rodeamos y seguimos hacia el tallo? —sugirió Veldram, pero se dio cuenta del problema antes de que nadie lo mencionara: no tenían combustible para eso. Si no repostaban en Ofiuchi, los motores se les pararían en mitad del desierto, y entonces sí que estarían metidos en un lío.

Liánfal golpeó el suelo con su bota.

—¡Somos mujeres inteligentes, maldición! Sortearemos cualquier obstáculo y resolveremos cualquier problema que se nos presente. Para eso la naturaleza nos dio un cerebro.

Los aldeanos se habían acuclillado junto al agua y estaban bebiendo de ella. Tenían sed, y aunque probar aquel líquido podía ser peligroso, muchos ya habían decidido que merecía la pena el riesgo. El agua parecía estar buena, pues los que la probaron sonrieron e incluso se metieron de cuerpo entero. Muy pronto todos los lumitas estaban bañándose. A Liánfal no le gustaba eso, pues no sabía si podría haber microorganismos que les hicieran daño a la larga, o depredadores ocultos allá abajo… pero no se atrevía a ordenarles que salieran.

Logus se aproximó y, sin tocar el agua, señaló con sus tentáculos a la

estación Ofiuchi.

—Esa torre de cristal es un colector de energía solar, lo que se llama un campo de espejos. La torre entera está hecha de un material cristalino semilíquido que recoge los reflejos y los conduce al almacenador central.

—¿Y eso que parece una rampa gigante…? —preguntó Veldram.

—Oh, es una pista de despegue. Un acelerador magnético que propulsa hacia arriba objetos tales como naves espaciales o cargamentos de mineral, para ayudarlos a alcanzar la órbita baja. Se volvieron obsoletos cuando los antiguos construyeron el Hilo, pero muchos siguieron funcionando por toda Enómena porque salía más barato hacer despegar las mercancías desde allí que acercarlas centenares o miles de kilómetros hasta la base de la torre.

Al muchacho le brillaron los ojos. ¡Tirachinas para arrojar objetos pesados fuera del planeta! Cada artefacto que encontraban en el desierto era un panegírico tan deslumbrante del Mundo de Antes que amenazaba con robarles a los habitantes del ahora su vanidad cuidadosamente erigida, su orgullo de pueblo superviviente, incluso su confianza en el futuro. Pero allí estaban, elevándose como argumentos incontestables.

—¿Crees que la estación está funcionando, Logus? —preguntó Liánfal, señalándole la antena que rotaba.

—En teoría tiene energía infinita procedente del sol, así que no me extrañaría. Que esté habitada o no… ya es otra cuestión.

Mientras los demás se bañaban, Arthemis paseaba alrededor de los camiones examinándolos con detalle. Parecía interesada particularmente en los remolques, y en cómo estaban unidas las planchas que hacían de paredes. Vala se acercó a ella cuando la cazadora se subió en el techo de uno para comprobar si las uniones de esas planchas se podían separar, o si estaban soldadas.

—¿Qué miras?

—Compruebo una teoría. A ver si es posible algo que se me ha ocurrido.

—¿El qué?

Arthemis miró pensativa los otros remolques.

—Yo tenía razón, estas planchas no están soldadas. Se pueden separar. —La cazadora se apeó de un salto—. Podemos desarmar los remolques y juntarlas de modo que formen una especie de balsa.

—¿Una balsa? ¿Y cómo la mantendremos a flote?

—Con eso. —Señaló los tres camiones—. Los desenganchamos de los remolques, usamos estos para fabricar una balsa lo suficientemente grande como para que quepa tu tribu y enganchamos los camiones a los laterales pero de modo que los morros apunten hacia arriba. —Trazó un lazo con un dedo que envolvió varias nubes—. Ponemos sus repulsores orientados hacia atrás, de modo que toda su fuerza se dirija hacia el fondo del lago. Serán como chorros de aire que empujen hacia arriba la balsa, manteniéndola a flote. Al menos… —hizo un mohín— hasta que el agua empape los motores y los fastidie para siempre.

—P… pero… ¿cómo conseguiremos que avance la balsa? ¿Remando?

—No. —La cazadora hizo un gesto con la barbilla al tóptero—. Nuestro amiguito tirará de ella. Espero que aguante hasta llegar a la isla, o nos quedaremos flotando a medio camino.

Vala miraba de hito en hito a la cazadora. El plan era tan extremo y tan absurdo que casi, casi… sonaba plausible. Estaba claro que a una mujer práctica —como Vala— jamás se le habría ocurrido algo así de arriesgado. Había que estar un poco loca para que el cerebro de una pariera semejantes ideas.

—Vamos a consultarlo con los demás —dijo la cazadora—. Este tipo de cosas merecen un sufragio universal. Al fin y al cabo, toda la tribu se va a jugar el pellejo al mismo tiempo. Tienen derecho a opinar.

—¿Sabes? No lo esperaba de ti.

—¿El qué?

—Que llegaras tan lejos a nuestro lado.

—Hay que seguir avanzando, volver atrás es siempre una mala opción. Yo motivé esta guerra iniciando una cacería por mi cuenta, porque creía que el sistema necesitaba un revulsivo que pusiera las cosas patas arriba… pero fue un error. Hay que avanzar. Por eso los seres humanos fuimos hechos con los ojos en la parte frontal de la cara, para que mirásemos siempre hacia delante.

—Supongo que es cierto, pero estaba convencida de que, por un motivo u otro, te perderíamos mucho antes. Que no nos serías fiel.

Arthemis esperó que su repentino gesto de frotarse el mentón pareciera espontáneo.

—Je je, no me tientes, que aún estoy a tiempo…

El plan de la balsa fue aprobado por mayoría simple, aunque con reluctancia y muchas preguntas de por medio. Todos comprendían lo que se

estaban jugando si no accedían al islote donde estaba la estación Ofiuchi; sabían que aquel edificio era su única posibilidad de encontrar combustible y comida. Habían logrado atrapar algunos saltapogos —los niños habían bautizado así a los seres-resorte—, pero cuando intentaron cocinarlos tuvieron que escupir la carne. Era espantosa. Otra opción era pescar, a ver si había peces en el lago, pero eso no solucionaba el tema del combustible.

—¿Y si llegamos al islote pero el agua destroza los motores de los camiones? —preguntó uno de los miembros del concejo—. ¡Entonces de nada servirá que encontremos combustible!

—Lo sabemos —asintió Liánfal, mirando el círculo de cabezas reunidas del cónclave—, pero Logus ha estudiado la idea de la cazarrecompensas, y parece factible. Los camiones aguantarán, no se estropearán, o eso afirma él. En teoría.

—¡En teoría! —exclamó otro anciano—. ¿Y si no es así? Entonces perderás algo más que la amistad del concejo, estimada *místar*.

Dios mío, todo el mundo piensa que su amistad vale algo, pensó Arthemis, pero se quedó callada. Estaba sentada en una piedra, junto a la orilla, jugueteando con una brizna de hierba mientras oía discutir a los notables. En el fondo sabía que no tenían otra opción más que aceptar su idea, pero les dio tiempo para que se desahogaran. Así trabajarían con más ahínco.

Cuando se hartó de escuchar sandeces, alzó la voz. Todos se callaron y la miraron.

—¡Ya está bien! —gritó—. Entiendo que tengáis dudas, y que os dé miedo hacer esto, pero mirad el sol: está a punto de anochecer, y aunque no los veamos, tenemos a los dravitas detrás. Si perdemos un día entero discutiendo para acabar llegando a las conclusiones que todos conocemos, será un día más que los perros de Bergkatse tengan para oler nuestro rastro. —Descargó una mirada despiadada sobre ellos—. Sabéis que mi plan es el único factible, y tenemos que ponernos manos a la obra antes de que anochezca. Así que ya estáis levantando vuestros grasientos culos de donde los tenéis y dividiéndoos en cuatro grupos. Hay mucho trabajo por hacer, y se necesitan músculos.

Los del concejo, cuya sonrisa era como un felpudo de bienvenida ante una casa abandonada, endurecieron sus rostros. La mitad de ellos soltó una nota gutural de sus gargantas, aguda la de la otra mitad, y ese zumbido se alzó como el rugido de una manada de fieras soliviantada. Pero ninguno osó protestar: sabían que la cazadora tenía razón, así que le dieron permiso a su gente para que formaran cuatro grupos. Arthemis cogió esos grupos y los

dividió según las fases de la tarea que los aguardaba: unos desmontarían los remolques, colocando las planchas junto al lago; dos más las irían acoplando de nuevo pero formando una superficie plana, mientras el último sellaba las junturas con un engrudo hecho con aceite de motor y arena del desierto, bien apelmazada. Vala y Liánfal la miraban mientras Arthemis daba órdenes y dirigía con mano firme las cuadrillas, y opinaron que era un buen general. Quizá en otra vida, antes de que vendiera sus talentos por dinero, fue una líder respetada.

Una vez estuvo ensamblada la balsa, llegó lo más difícil: enganchar los tres camiones con el morro apuntando hacia arriba, y sus repulsores traseros hacia abajo. Todos echaron de menos en esta fase la ayuda de Telémacus, que seguro que con su destreza habría podido resolver el problema en poco tiempo, pero a nadie se le ocurrió mencionarlo en voz alta por respeto a Vala.

Fueron Arthemis y Vala quienes condujeron los camiones dentro del agua, en la orilla, y les obligaron a levantar el morro para que las cuadrillas los engancharan con las cuerdas. Logus, con sus cálculos matemáticos, supervisó todo el proceso. No había tiempo para hacer soldaduras, así que el tinglado era un poco endeble, pero tendrían que conformarse con eso. En un momento determinado, cuando estaban a punto de enganchar el tercer camión, Veldram señaló la orilla opuesta del lago y gritó:

—¡Mirad allí! ¿Qué es eso?

Había dos objetos muy peculiares acercándose a ellos, aunque por fortuna no iban muy rápido. Su extrañeza y su alieinidad los dejaron con la boca abierta: era como ver dos grumos de carne legamosa de tres metros de diámetro que flotaran a una decena de metros del suelo, hinchándose y contrayéndose a un ritmo perverso. Estaban recubiertos por un engrudo alquitranado, una especie de icor brillante que segregaban a partir de unos tentáculos gomosos. Al flotar emitían un ruido que recordaba una corriente de aire atravesando un zapato agujereado, un cántico empalagoso que gorgoteaba entre toda aquella mucosidad. Quién sabía si era una llamada de apareamiento o un obsceno desafío.

Los dos seres se aproximaban el uno al otro desde orillas opuestas del lago, y lo más extraño era que, a media que se acercaban, sus latidos aumentaban en frenesí, y un aura formada por líneas de campo magnético se hacía visible sobre ambos, vistiéndolos con una especie de armadura de líneas de fuerza. Esa armadura, translúcida, despegaba arena del suelo con la que volvía aún más visibles lo que parecían no ser más que unos escudos eléctricos.

—¿Qué son esos engendros? —se asombró Liánfal.

—Ni lo sé ni quiero saberlo —gruñó la cazadora—. Todo el mundo a la balsa. Vala, enciende los tres motores. Yo pilotaré el tóptero.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Veldram, emocionado, pero ella negó con la cabeza.

—Pesas mucho y hay que ahorrar hasta la última gota de combustible. Lo siento, chaval —le dio una palmadita en el hombro—, dejamos para otro día el viaje divertido.

El pueblo se subió a la balsa, con Liánfal en el extremo delantero, abrazada a los que más miedo tenían. La gente estaba aterrorizada, pero sabían que no había más remedio. Vala y su hijo se subieron a los camiones y los arrancaron, colocando el selector de potencia en el máximo nivel y redirigiendo su fuerza de empuje. Unos remolinos blancuzcos se pintaron en el agua a su alrededor, roturando la superficie del lago, llenos de espuma y fiereza. Arthemis arrancó el tóptero, rezando porque las pocas gotas de combustible que quedaban en el tanque dieran como mínimo para elevarlo del suelo. Hubo suerte y el pequeño avión voló, tirando del cable que lo unía a la balsa. Lentamente, su fuerza hizo que esta se separara de la orilla y que los lumitas se abrazaran unos a otros entre sollozos y expresiones de miedo. Eran un pueblo de pescadores, pero dadas las características de los mares donde salían a faenar, ninguno de ellos sabía nadar.

Las aguas espesas no permitían ver lo que se ocultaba bajo ellas, por lo que imágenes espantosas de depredadores que los golpeaban desde abajo e intentaban hacerlos volcar llenaron sus cabezas. Vala, abrazada a su hijo, intentó llenar su mente de ideas un poco más amables: puede que hubiese vida allá abajo, sí, pero en lugar de pensar en ella como algo agresivo, ¿por qué no imaginarla con una complejidad maravillosa, como la de los saltapogos o la hierba-diapasón de la llanura? ¿Por qué no pensar en sirenas que usaran un idioma al que la densidad del aire volviera imposible de pronunciar fuera del agua, en lugar de tiburones con dientes aserrados?

Arthemis oyó crujir el tóptero a su alrededor, quejándose en cada oxidado centímetro cuadrado de su ser, y pensó que visto desde fuera tenía que ser todo un espectáculo: aquella renqueante máquina voladora tirando como un buldózer de una balsa que llevaba encima todo el pueblo lumita, revolviendo las olas de un lago embravecido mientras dos seres alienígenas que parecían corazones de carne con cuerpos hechos de electromagnetismo se les acercaban con intenciones aviesas.

Enrólate que verás mundo, decían…

Estaba enfadado, pero no tanto por los profundos cambios que implicaban las palabras de Serenay como por el entramado de engaños que había regido su vida. ¡Así que todo era falso, todo lo que le habían contado desde que era niño! El Metacampo no se había extinguido, seguía existiendo, solo que era más difícil acceder a él. Y si los evoanimales podían conseguirlo gracias a aquel milagro biológico, aquel árbol telepático, lo más seguro era que en un universo con billones de seres sapientes en planetas lejanos hubiera más gente que lo hubiese conseguido. Era muy presuntuoso pensar que él sería el primero.

¿Habría resucitado un nuevo Imperio Gestáltico allá afuera, de las cenizas del anterior? ¿Sería tan grande y omnipotente como su predecesor, un auténtico creador de mundos y de mitos, o solo una sombra? ¿Estaría siendo cruzada la galaxia ahora mismo por millones de naves metacuánticas en un intento por recuperar la red de conexiones entre planetas? Y si era así, ¿cuánto tardaría una cualquiera en acordarse de que Enómena existía?

Las antiguas profecías parecían hacerse realidad. El mítico gran contacto con el Allá sobre el que teorizaban tantas religiones y tantos sistemas filosóficos podía llegar a hacerse realidad. Y él tenía la clave.

Guiado por los simios, se tumbó en el suelo junto a las raíces del árbol y colocó una mano sobre ellas. Serenay y sus colegas navegaban por la sala como veleros atrapados en un vendaval. Tenían prisa: el tiempo constituía el más precioso capital en su cuadro de referencias. Dejó escapar un largo y reflexivo suspiro, y Serenay le tocó el hombro a modo de pregunta.

—Estoy bien —confirmó Telémacus—. Listo para lo que sea.

—Recuerda que cualquier experiencia nueva siempre da un poco de miedo, hasta las que son agradables. Quizá estas den más miedo que las otras, de hecho.

—¿Qué me espera al otro lado?

—Espera solo unos minutos y dínoslo tú. Vas a ser el primer ser humano en entrar en contacto con un Id en siglos. Espero que comprendas el honor que se te hace.

La sonrisa de Telémacus le encuadraba la boca bajo el arco de la nariz. Alrededor de sus ojos se marcaron arrugas.

—Espero no arrepentirme.

Se colocó de pie frente al árbol. Acarició las raíces que sobresalían de la tierra, sintiendo la tracería de su corteza, la fuerza de sus nervaduras. El

diseño de sus finos huesos arbóreos. Podía ver el paso del tiempo dejando su marca segundo a segundo sobre aquella piel dura. ¿Escondería tecnología biológica artificial en su interior, inducida en su diseño por los taelon? Imaginó funciones electrónicas que solo podían conseguirse mediante la manipulación enzimática de la materia, con formas delicadas y artísticas como solo una civilización superior podía conseguir. Artistas más que técnicos. Quizá los taelon fueran la fusión perfecta de ambos conceptos.

Serenay le había explicado que lo sedarían, y que su mente, al entrar en contacto con el campo telempático de la planta, haría el resto. Así que se dejó narcotizar; recibió el sueño con gratitud, dispuesto a disfrutar de los paisajes que aparecieran en él.

Eres un ser vivo, compartió con el árbol. *Albergas la conciencia de un ente celestial en tu interior. Ábrete a mí. Muéstrame cómo ves el mundo a través de tus ojos…*

De

Repente

Cayó **hacia**

…Un limbo hecho de oscuridades entrelazadas, orgánicamente ilógico, donde la silueta de un árbol gigante se exhibía como el plan perfecto para crear un organismo fabuloso. Telémacus permaneció inmóvil y extendió los brazos mientras volaba, intentando no pensar, no interferir en cualesquiera procesos que estuvieran sucediendo a su alrededor, como si el menor movimiento pudiera sacudir su delicado asidero a los sentidos.

Cayó y cayó, hasta que el viento eliminó los rastros parciales de su cuerpo y solo quedó su mente. Se posó con suavidad en un suelo invisible que se convirtió en un espejo hipnótico. Sintió una energía derivativa compitiendo con su estupor para formar otra cosa, para obtener otro resultado psíquico más manejable, reducible a ecuaciones.

—¿Hola? —le preguntó al vacío. Sintió una respuesta sugerida en forma de idea pura, abstracta, pendiente de asimilación por un cerebro consciente: que el inconsciente por el que caminaba empezaba justo en ese lugar y terminaría donde lo esperaba la mente del árbol. El Id. El dios de aquel pequeño universo onírico.

Empezó a andar. Aquella esfera psíquica parecía tener un propósito, el mismo de cualquier otro pensamiento: la continuidad, el compartir energía con una ideoforma anterior, la sustancialidad, la morfoherencia.

El compás de pensamientos que en ese momento creaba al ser conocido como Telémacus procedía de la intuición y de una lógica heredada de una serie de pensamientos anteriores. E c c c c o, H o m m m m m b r e, Y o o o o .

Cayóhacia

G W W

Telémacus dijo un día que estaba alegre:

—Bueno, el sueño siempre comienza igual. Con una mano de niño metiéndose de golpe en mi campo de visión, llevando unas flores de color violeta agarradas en sus deditos.

—¿Violetas?

—Sí… creo que son de esas, no estoy muy seguro. Es de noche y los colores no son lo que eran. La manita se pasea por delante de mis ojos y me guía hasta un campo abierto y sin árboles. El cielo es plomizo.

—¿Hace frío?

—No. Bueno, sí que lo hace, pero no me molesta. Es más, creo que… me gusta estar en el frío. Es como una manta que me recuerda que estoy allí, y me protege contra las sensaciones de otro tipo de sueños. Los cálidos, ya sabe.

—Entiendo. ¿Y qué hace allí, solo?

—¿Solo? No, nunca he dicho que estuviera solo. Hay un hombre al fondo, vestido con un uniforme militar. Siempre está de espaldas a mí, así que no puedo verle la cara. Pero (creo que este detalle es importante) siempre mira hacia poniente. Lleva su gorra en el regazo y está muy quieto, como si…

—¿Temiera que lo castigasen?

—No. Como si recelara de algo que viene desde el horizonte. Algo indescriptible.

—¿Y qué hace usted?

—La manita del niño me pasea por la hierba mientras va desgranando sus flores en pétalos, que vuelan en alas de la brisa. Algunos pasan junto al militar y se le quedan pegados en la chaqueta, pero él no les hace caso. Creo que, pase lo pase o haga lo que yo haga, jamás se volverá hacia mí.

El día trece, el último enemigo murió de un disparo en la sien. Eso era

algo que todos los que presenciaron la ejecución comentaron con sincero gozo. Las cámaras habían llegado hasta el campo de batalla, en aquel lejano desierto de nombre impronunciable, y habían enfocado al soldado desconocido. Éste se había adelantado, quedándose atrapado entre sus líneas y las del enemigo dentro de un camión cuando comenzaron a caer las bombas.

El hombre aguardó en el interior del vehículo mientras el mundo se hacía pedazos. Inasequible al desaliento, fue lo que dijeron de él después. Charlie se lo imaginaba tiritando de frío y cagándose de miedo mientras el vagón temblaba por las ráfagas de las bombas, pero eso no habría sido comercial. Los asesores de imagen lo edulcoraron un poquito para conseguir un efecto más potente, y lo enfocaron nítidamente cuando salió de su ataúd de hierro.

¿Qué iba a hacer este hombre sino lo que todos hubiéramos hecho en su lugar? Era un soldado, y ese era su trabajo. Así que cuando el último de los *Enemigos de la Patria* salió de su trinchera para alzar su bandera en dirección al grupo de periodistas, para vanagloriarse de sus ideales defendidos heroicamente a golpe de metralleta, el soldado desconocido se le acercó por detrás y le voló los sesos.

Telémacus lo celebró aquella noche. Sus familiares y amigos y vecinos salieron a la calle y aullaron a la luna. Descorcharon cientos de botellas y disfrutaron de la última cogorza de su vida, antes de que las prohibieran y la nueva ley seca entrara en vigor. De todas formas, fue mucho mejor así: aquel último acto de rebeldía les recordó horas más tarde, durante el sueño cargado de pesadillas de la resaca, que ningún placer se logra si no es tras sufrir un pequeño dolor.

Ya sé que no entiendes nada, pero sigue escuchando.

Telémacus dijo un día que estaba triste:

Vi a la chica asomarse entre gotas de lluvia. En su rostro maquillado, el fantasma de una sonrisa brillaba como el cartel de neón de un motel barato. No tenía nada que ofrecer que curas y monaguillos no hubieran visto ya más de mil veces, pero exhibía y contoneaba las tetas como si fueran péndulos de oro arrugado. Me hizo gracia porque se parecía mucho a mi hermana.

Las campanas de la iglesia tronaban de fondo contra la bóveda del nuevo día. El sol era una enorme berenjena que partía pulcramente con sus rayos las nubes de mantequilla. Un hombre se acercó a la joven —creo que

fui yo— y se la llevó aparte.

La violó. Rudamente, sin cariño, sin preguntar qué más podía obtener de él aparte de la promesa de una sonrisa tatuada en una guirnalda de plata. Ja otra vez. Me reí de ella mientras la penetraba por detrás, escuchando sus gemidos de placer y sus gritos de piedad, y no sé cuál de los dos estaba escrito en un papel. Yo era sacerdote, venía de ofrecer la bendición a docenas de fieles, enseñándoles a ser buenos pero presumiendo por encima de todo que habían sido malos. Como me habían enseñado. En fin, pensé mientras me abría camino hacia su lubricado interior: si de todas formas nos vamos a arrepentir de algo… mejor tener algo de lo que arrepentirnos, ¿no?

Telémacus conocía perfectamente aquel desvío a la derecha. Estaba justo a la salida del túnel, y siempre era un riesgo para los que querían girar a la izquierda. Había que sortear unos raíles de tranvía —bang pum, dos vibraciones consecutivas que le provocaban un cosquilleo gracioso en la entrepierna—, y tener cuidado de los que venían en sentido contrario. Aquella mañana hacía frío, pero un inesperado golpe de suerte le permitió avanzar rápido y no tener que esperar a que pasara el vagón junto a los raíles mojados. Una mujer le hizo una señal con la mano y él pisó el acelerador. Tal vez, si esto no hubiese ocurrido, si no hubiese ahorrado alegremente aquellos veinte metros de terreno que se le resistían cada mañana, no hubiese atropellado a la muchacha. Solo la vio durante medio segundo, resbalando sobre su capó y mirándolo tétricamente mientras caía hasta la calzada. Luego dejó que otros se hicieran cargo de ella.

Estacionó a un lado y esperó con el motor apagado hasta que la ambulancia llegó, y los enfermeros, ágiles y eficaces y contentos por hacer su trabajo, se abalanzaron sobre el cadáver, lo recogieron y lo metieron velozmente en su camioneta. Un guardia de tráfico le tomó sus huellas, y localizó sus credenciales en la pequeña computadora que llevaba en el cinturón. Se sorprendió un poco al leerlas, pero en seguida recobró la compostura y, saludándole militarmente con una sonrisa en los labios, le franqueó el paso obligando a los mirones a apartarse. Telémacus siguió conduciendo en silencio el resto del camino hasta el Palacio de Justicia, donde iba y volvía de trabajar a diario, sin que circunstancias tan horrendas tuvieran lugar. Que él recordara, había cruzado muchas veces aquellos raíles y nunca antes había matado a nadie.

—¿Ya te contaron lo que me pasó al venir, en la calle de los tranvías?

Nek sorbió haciendo ruido de su taza de café y lo miró de soslayo.

—No, aún no he tenido tiempo de corretear por los pasillos. Las

paredes del archivo no son tan porosas para los chismes como las vuestras. ¿Qué te pasó esta mañana?

—Maté a una mujer. —(Con la mirada perdida)—. Justo tras el paso del tranvía, el de…

—Bang pum, ya.

Nek apuró el café y, siguiendo una asquerosa costumbre que sin duda su mujer no le dejaba practicar en casa, lamió el fondillo de azúcar hasta que la porcelana quedó limpia. Su compañero miró a través de la ventana.

—Le vi los ojos mientras resbalaba por el capó. Lentamente, con tiempo. Tardó en caer casi un segundo entero. Pupilas verdes. Supongo que debió ser muy guapa.

—¿Llevaba el pelo largo o corto?

—Corto —decidió, no muy convencido.

Una alarma sonó en sus avisadores de muñeca, iluminando un led de color verde. Pierre abandonó la taza en la mesa y agarró el dossier que llevaba preparando concienzudamente desde hacía tres meses. Sus forrados en plata combinaban a la perfección con el azul de su traje y los furibundos reflejos de su fijador de pelo.

—Es la hora. Venga, guardando la compostura y como lo hemos ensayado, con el mentón ni muy arriba ni muy abajo, sino todo lo…

La casa de los Ecos estaba raramente geométrica esa mañana.

Había expandido su jardín hasta casi salirse de las parabólicas de sus ecuaciones máximas, lo cual resultaba muy peligroso para el resto de su arquitectura: si los jardines no respetaban las reglas, ¿cómo esperar que el travieso salón lo hiciera? ¿O las habitaciones?

Avanzó por la llanura perfectamente plana esquivando los ríos y afluentes asintóticos, imposibles de cruzar a menos que uno tuviera un fractal donde guarecerse, y se acercó a una singularidad: era un camión, un juguete de niño que esperaba abandonado junto a un montón de agujeros y una pala. La casa frunció dos ventanas.

—¿Qué eres tú? —preguntó con esa voz gutural que siempre le sale desde la chimenea. El camioncito no respondió, para su sorpresa. Estaba tirado y sucio y le faltaba una rueda. Quien sí lo hizo fue un muñeco de plástico con forma de soldado que se ocultaba debajo.

—Hola. Soy el último defensor de la patria.

La casa se inclinó sobre él, monstruosa, proyectando seis sombras superpuestas.

—¿Y qué haces ahí, abandonado?

—Acabo de matar a mi último enemigo. Está ahí, muerto. —Señaló a otro muñequito de plástico decapitado que yacía a unos centímetros—. Lo he hecho yo, con mi pistola —concluyó orgulloso.

—¿Has matado a un semejante y te sientes bien por ello?

El soldadito la contempló despreciativo.

—Pues claro. ¿Acaso tú no sirves para nada más que vagabundear por aquí? ¿Por qué crees que el antimonio es de color azul?

De repente hubo un planarsismo que la cogió por sorpresa. Generalmente las tormentas de geometría pasaban raudas como huracanes cartesianos sobre la llanura, y la casa sabía dónde y cómo guarecerse de ellas. Pero esta la sorprendió, y la lanzó al espacio.

Allí había tres líneas infinitas e increíblemente distantes que se unían en un punto y se alejaban durante toda la eternidad, cada una guardián de un sentido universal. Los arcángeles de la tridimensionalidad, X, Y y Z, el homosexual. Campos de hielo, azules batallando con negros; una segunda escena. Laberintos de cavernas corales.

La casa cayó y se exfolió y se separó en sus partes fundamentales. Cuando logró volver a unirse, había abandonado el estilo clásico georgiano; ahora era un elegante y aséptico piso parisino de finales del veinte. Lo agradeció: había muchos pensamientos nuevos a los que no podía acceder en su antigua forma. Ahora que ya no vestía el estúpido jardín como un tutú, se dio cuenta de que había cosas en la vida que no parecían tan disparatadas si se las consideraba con detenimiento. Sintió llegar un ramalazo de vanguardismo desde su ático: el muy desvergonzado se había quitado todos los cuadros y se paseaba desnudo por las dependencias, compitiendo con el sótano por ser el lugar más bajo de la casa. El autocompadecimiento estaba de moda.

Cerca, una mujer con un tul de seda rascaba sobre la luna con largas uñas plateadas. Se las pintaba con polvo del satélite al tiempo que las desgastaba. Cráteres y circos, mineros y payasos; canales selenitas, más largos y profundos que los marcianos. Vigilando al vigilante, tomando en consideración el sueño del hombre que construye el muro. En el sueño, una mujer rasca la luna, que pierde su integridad y cada vez se asemeja más a una calavera. Hay que esperar a que la tierra se deje quemar por el sol para que su sombra encuentre el perfil más agraciado del satélite. Todos saben que la luna no es más que un manicomio, lleno de dementes, poetas y estúpidos suicidas enamorados. Nadie entra en ese enorme sanatorio si no es con buenas credenciales. La gente paga fortunas por una invitación a su

fiesta de fin de año.

Por encima, el albatros vuela haciendo migrar el cosmos. Las estrellas lo siguen, adoran el cadencioso batir de sus alas. La Casa de los Ecos se suma a ellas, boqueando como un pez moribundo. Su salón aspira polvo estelar y las porcelanas se quejan; antes estaban limpias, ahora cubiertas por trocitos de gigante roja. No les gusta.

Un hombre toca un gong. Toda la perspectiva en este universo acaba de irse a tomar por el culo.

Escucho música lisérgica, me tomo la pastilla para la tos. ¿Por qué he venido aquí? Este es un lugar de mi mente que no suelo visitar. Alguien comenzó contando una historia hace un rato, pero ya no hay ni rastro de ella. No queda nadie volando alrededor del sol.

La casualidad actúa, te conozco una noche en la entrada del metro. Dos destinos colisionan: pérdidas muy fuertes, graves daños en la estructura de la realidad: tu nombre me suena: Mónica: Mónica, he conocido muchas mónicas, pero ninguna con mayúsculas: ahora todo es profundo, verde y submarino. Una luz extraña rebota en laberintos aferentes hasta mi cerebro. No puedo interpretarla… ¿se ha hecho de noche?

Música, sonidos cósmicos. Floto en el aire entre islas de plancton nebuloso. Mónica. ¿Es esto lo que se siente cuando se está enamorado? Dios mío… disculpa, no te vi pasar. Tú también vienes de la luna, ¿no? ¿Se está bien encerrado allí dentro? Este Yahvé… no tiene conciencia social. Gira a la izquierda sin preferencia. Sólo sabe lanzar plagas sobre Gomorra. ¿Y todo por qué? ¿Porque es malo lo que hacen? Naaaa… Es simplemente porque se están divirtiendo sin él. Nadie le ha invitado a la fiesta. Envidia sideral, eso es lo que impulsa este universo, no la moral.

La causalidad actúa. Te veo pasar, cariño. Estás desnuda y montas una escoba con pelos de fibra óptica. Gozas del roce contra el viento y los corales de estrellas. Lanzas una ventosidad y eso impulsa la escoba por encima de la velocidad de la coherencia. ¡BANG! Turbo afterburner, ruptura de la barrera de la cordura. Daño cerebral.

Me quedo sin ti. Te has ido sin siquiera darme un beso. Te odio, mas no puedo parar de amarte con locura. Dios se descojona de fondo. Construyo puzles en el suelo del salón, las porcelanas manchadas con polvo de gigante roja.

.Còsmicos…socimsóC.

Sonidos cósmicos.

Lo siento, chaval: alcanzaste el secreto demasiado pronto.

Sigue escuchando. Escucha el silencio. Está ahí, aunque no haga nada por hacerse notar. Es sabio y sabe que hay gente que le tiene miedo. Miedo. El silencio es miedo, es un vil gusano que se arrastra en la oscuridad.

Telémacus dijo un día en que no estaba allí:

—Las manos de aquel niño seguían sosteniendo las violetas, aunque sus pétalos habían volado. A su lado cayó una casa.

—¿Cayó?

—Sí, del cielo. Un apartamento de cinco habitaciones absurdamente geométrico. Creo que fue lo último que vi antes de que cayera la bomba.

—Explícame eso.

—No hay mucho que explicar. De su interior surgió una mujer con pinta de haber sido atropellada. Miró a su alrededor y arrancó un poco de hierba del suelo. Luego desapareció. No estoy muy seguro, porque no sé si lo estoy recordando al derecho o al revés. Tal vez fue que la joven escupió hierba al suelo, luego se metió en la casa y salió volando con ella.

—Y cayó la bomba, ¿no?

—Tras el horizonte explotó una luz muy intensa y hermosa, y todo el mundo desapareció. Creció un hongo nuclear (o un árbol, no sé por qué todo el mundo se empeña en llamarlo «hongo», a mí siempre me ha parecido más un abeto). El militar de la chaqueta marrón se cubrió la cara con la gorra, y al instante fue calcinado. La onda expansiva arrasó el campo y las flores. Y al niño que agarraba las violetas.

—¿No quedó nada?

—Bueno… sí, algo sí quedó. Aunque yo ya había muerto en el sueño, todavía podía ver. Bajo las ruinas de la casa había un pequeño camioncito de juguete medio derretido.

—¿Qué hacía allí?

—No lo sé. Tal vez… esperar la próxima ocasión en que alguien viniera a jugar con él.

[La experiencia había sido comparable a los mejores sueños: vívida, tangible, pintoresca y llena de una malévola belleza. De modo que para comprenderla, pues no había otra manera, se obligó a sí mismo a creer que había sido algo más que una alucinación. Una profecía, tal vez.]

Cayóhacia

…Otro estadio más de la (sub)consciencia. Poco a poco, una forma empezó a configurarse en las profundidades de verde-fondo marino. La piel de la nuca se le erizó con un escalofrío de reconocimiento: era él. El Id. Brillando como una fruta de luz colgada de las ramas. Pensamiento al compás, intuición, morfoherencia, ortocontinuidad.

Los agudos rasgos de Telémacus se nublaron con la duda. ¿Debía hablarle, referirse a él de alguna manera? ¿Llamar su atención? El fruto parecía dormido, aletargado en sus cábalas. No sabía si debía quedarse quieto y esperar a que madurase, o arrancarlo de la rama y comérselo… Todo acto realizado en ese entorno onírico tendría significado más allá de sus consecuencias. La cosa es que ni Serenay ni ninguno de los otros le había dado un libro de instrucciones.

Telémacus se sentó debajo de la rama y esperó. Intentó relajarse, escuchar las plácidas vibraciones de luz que brotaban del Id. Psinergía esparcida que no corría peligro de colapsarse sobre sí misma. Era la personificación del Delph, la fuente en la negrura del desconocimiento. Una deriva del buceo en profundidad dentro de sí mismo.

—¿Hola? —repitió.

Tampoco le respondieron esta vez.

A lo mejor, el Id le rechazaba. A lo mejor no lo consideraría digno. Esa era una posibilidad abierta, la de que el experimento saliera mal. En un mundo gobernado por las leyes del caos y la estocástica, el fracaso siempre era una opción, aun cuando las posibilidades de hacer cualquier cosa eran del 100 %. Era como intentar convertir una antipatía personal en una colectiva.

Telémacus esperó lo que se le antojó una eternidad, y soñó con camiones de juguete abandonados tras guerras atómicas en campos devastados.

[1] La montaña de Anso es un antiguo cuento infantil, la descripción de un lugar imaginario y bucólico, totalmente irreal, que siempre se desea pero que nunca se alcanza. [N. del A.]

Tecnómadas: Capítulos 12, 13, 14, 15

Víctor Conde

12. ENCUENTRO EN OFIUCHI

ARTHEMIS

A Arthemis le temblaba el mando del tóptero en las manos: era como intentar sujetar con todas sus fuerzas un trozo de hueso que vibraba y decidía no estarse quieto. La tornillería de la cabina tiritaba como si tuviera fiebre, y algunas planchas incluso se salieron de su sitio.

Tenía un ojo fijo en el indicador de combustible, que lanzaba agonizantes gritos pintados de rojo, y el otro a caballo entre los metros que quedaban para alcanzar el islote y los dos alienígenas que se le acercaban. Estos no parecían ir juntos, sino ser enemigos, pues en cuanto sus campos magnéticos se cruzaron, entraron en una especie de frenesí territorial y dio comienzo la más extraña y alegórica batalla que ojos humanos hubiesen contemplado nunca: no era una lucha física sino electromagnética, la salvaje danza de unas isobaras pintadas en tres dimensiones que se cortaban unas a otras, ardían con furia galvánica, los vectores apuñalándose creando redes de tensores. Ese duelo casi invisible tenía consecuencias en el mundo físico, pues la arena —¡e incluso el agua!— se peinaba siguiendo los dibujos de esos campos, y estallaba en violentas explosiones elípticas.



Ilustración: Pedro Bel

—Vamos, precioso, solo unos pocos metros más… —suplicó Arthemis, pisando los pedales e intentando que el aparato no se

desestabilizara. Por la pantalla de visión trasera observó el largo umbilical que la unía con la balsa, y cómo esta se mecía al son del oleaje. Los lumitas estaban aterrorizados, y no era para menos: la lucha de las dos dinamos vivientes había llegado al borde del lago y estaba mandando olas salvajes hacia ellos. La balsa se bamboleaba con los humanos abrazados en el centro, luchando por no resbalar, agarrando a sus hijos para que ninguno de aquellos bofetones líquidos los arrancara de entre sus brazos.

Cómo hemos llegado a esto, se reprochó a sí misma. Aunque sabía perfectamente que las circunstancias los habían empujado a tomar esta peligrosa decisión, a intentar cruzar este peligroso lago y correr el riesgo de perecer ahogados, su mitad práctica le dijo que seguro que habría otra solución menos arriesgada. Lo que pasa es que no la habían encontrado. No se habían esforzado lo suficiente.

El tóptero le dio un susto tremendo cuando la mitad de sus sistemas de vuelo se apagaron. Multitud de lucecitas dejaron de existir en la cabina, y Arthemis empezó a soltar una herejía por sus apretados labios… pero no, aún no estaba todo perdido. El aparato seguía en el aire, exprimiendo sus últimas fuerzas antes de fallecer.

—¡Vamos, no te rindas! —le chilló, como si eso pudiera cambiar algo —. ¡Lucha, maldito! ¡Vuela!

Uno de los motores expulsó una humareda negruzca. Tosió varios salivazos de gas y se incendió. La aguja del contador de combustible se volvió loca y golpeó como la baqueta de un tambor ambos extremos del panel. Arthemis tiró de la palanca y el morro se elevó. Que el aparato gastara sus últimas fuerzas en ganar altura; aunque luego la caída fuese dura, al menos daría un último empujón a la balsa hacia la orilla.

La cazadora se pasó la manga por la frente para secarse el sudor. Su respiración era una reacción, no un ritmo: un grito transformado en gas carbónico en su sangre y su cerebro. Tenía una sensación de calor que era irradiado de sí misma, como si estuviese enferma, pero no era más que la tensión transformada en movimientos, en gestos secos y profesionales que intentaban lo imposible: que el pájaro volase sin una gota de comida en su barriga. Se giró para mirar a los lumitas y una oleada de piedad la embargó: los dos seres magnéticos ya estaban sobre el lago, acercándose a ellos.

Fue en ese momento cuando el tóptero pasó a mejor vida, y cayó como una piedra hacia delante. Con el motor que movía las alas parado tenía la misma aerodinámica que un ladrillo, por lo que Arthemis se agarró con una mano a las correas de seguridad que le cruzaban el pecho en X, y con la otra tiró fuertemente de la argolla de salvamento. El techo de la carlinga

explosionó, lanzando lejos el cristal, y ella salió despedida hacia arriba con un estampido. En lo que tardó en abrirse el paracaídas, el mundo giró como el plato de un malabarista, agua-tierra-agua-tierra-agua, y así en rapidísima sucesión. Hasta que por fin las cuerdas tiraron de sus hombros hacia arriba y pudo estabilizarse. Entonces descubrió que aquel paracaídas tenía una mínima capacidad de maniobra, por lo que lo orientó hacia el islote.

El tóptero se estrelló justo en la playa, frente al campo de espejos solares, sin destruir ninguno. Todavía estaba unido por el cable a la balsa, así que Arthemis se deshizo del paracaídas, corrió hasta el aparato que no paraba de echar humo, y apretó el botón del torno. Este empezó a enrollar el cable, en un tira y afloja de fricciones entre el tóptero y la balsa, un juego que ganó el primero simplemente porque no estaba sobre el agua. Arthemis tiró también hasta que la balsa estuvo lo suficientemente cerca de la orilla como para que los lumitas se apearan y empujaran. Sus pulmones ardían, sus músculos se contraían, esforzándose por abrirle camino al aire. Al final, entre gritos de alegría, todos los aldeanos tocaron tierra firme.

—¡Bravo, Arthemis, eres una heroína! —sonrió Vala, abrazándola. La cazadora se mostró fría ante el abrazo, pero asintió con agradecimiento.

—A estas alturas, ya lo somos todos. ¡Corred al edificio, hay que salir de la playa! ¡Esas cosas vienen! —Arthemis estaba agradecida por el cumplido, aunque no lo dijo en voz alta. Le gustaba sentirse útil, ser algo así como la guardiana de aquella gente, ahora que el principal guardián ya no estaba. Caminó apretándose los recuerdos contra el pecho, los de épocas lejanas en las que también había sido de ayuda para personas que un día le importaron.

Los bulbos flotantes estaban casi sobre la playa, y sus dedos magnéticos empezaban a sacudir el tóptero, atrayendo su metal. Las abscisas y ordenadas de los campos se entramaban unas con otras, llenando de aristas chispeantes y abanicos de luz los bordes de los espejos solares. El pueblo corrió hacia la torre que parecía de cristal, aunque vista de cerca era más bien como una combinación de plásticos translúcidos. Vala y su hijo abrían la marcha; recorrieron a lo largo el campo de espejos, que estaban uniformemente colocados siguiendo un patrón geométrico, y divisaron una puerta. La esperanza creció en sus corazones. A su espalda, los dos seres llegaron al paroxismo de su pelea, casi tocándose uno al otro, y atrajeron con violencia el metal de los arneses de los espejos y del avión, arrancándolos de la tierra. Incluso los camiones, todavía sujetos a la balsa, empezaron a crujir y a desplazarse en su dirección.

De repente, Vala y Veldram se detuvieron en seco, provocando que los

que les seguían de cerca chocaran contra ellos. Los gritos de «¿¡Por qué demonios os paráis!?» fueron seguidos por una estupefacción general.

Alguien había abierto la puerta para permitirles entrar, y les estaba urgiendo con señas para que se acercaran. Era un ser humano con unas características físicas que no habían visto nunca, y que encontraron profundamente perturbadoras.

…Y aquí es donde entro yo, el narrador de este cuento. Pero las grandes revelaciones sientan mejor en el paladar tras una pequeña pausa dramática, así que vamos a dar paso a otra cosa. A algo que estaba sucediendo en ese mismo instante muy lejos de allí, en los barrancos de Devianys, cuando una

TELÉMACUS

figura humana salió de ellos trepando como un lagarto, su armadura expulsando humo y brillando por el intenso calor. Era el Telémacus de la ideoforma postfásica, la sustancialidad, la morfoherencia. El hombre fusionado a la bestia, a la entidad divina, al Id. ¿Pero cómo había ocurrido aquello, al final había sido juzgado digno para la fusión de mentes?

Retrocedamos unos cuantos conjuntos de Mandelbrot en el tiempo.

Estamos en el instante en que el hombre decide sentarse a dejar pasar el rato y descansar bajo las ramas del árbol telepático, esperando a que ocurra algo. Sobre su cabeza, la manzana brillante, el fruto alegórico que representa la mente del Id. La gravedad no es un factor a tener en cuenta en este problema. La realidad se funde con el sueño por compresión simple. El hombre atrapado en del trance de sus mitos.

E c c c c o, H o m m m m m b r e, Y o o o o …

T ú ú ú ú ú…

Se sobresaltó. Esa última idea no procedía de él, de su voluntad consciente. Ese «tú». Provenía de…

—Vaya, así que empiezas a comprender la noción del otro —le dijo al fruto—. Del *tú* frente al *yo* que se combina con el *él* para formar *nosotros*.

(Tuvo que cerrar los ojos para encontrar un lugar interior a salvo de los pensamientos del otro, y vio que allí dentro, en su subconsciente, estaba creciendo una semilla).

El fruto se desprendió de la rama y se quedó flotando en el aire, frente a la cara de Telémacus. Este sintió la presión de la… curiosidad.

—¿Puedes verme? Sabes que estoy aquí. Sientes la cercanía de mi mente.

¿Estás… vivo? —preguntó el fruto. Era una voz cálida, lenta como las estaciones, vegetal.

—Lo estoy. Trato de comunicarme contigo, de establecer un vínculo. Los simios y el resto de los evoanimales dicen que no pueden, pero afirman que yo lo conseguiré. Deseo conseguirlo.

¿Pero qué eres tú? ¿Por qué estás aquí? ¿Se ha reanudado la progresión temporal estándar?

El hombre se pensó la respuesta. No debía olvidar que estaba en un entorno onírico hablando con un ser, una entidad, a la que no la separaban demasiadas definiciones de lo que es un «sueño».

—¿De dónde procedes? Eres pura consciencia, eso me han dicho. ¿Dónde y cuándo naciste? Eres una vitalidad intranquila que se cuela por los poros de la semi-inconsciencia, ¡pero estás viva! Todo aquí es vida. Los sueños pueden ser soñados por la nada y, aun así, tener un propósito. Estar dedicados a alguien. Ahora lo entiendo. —Telémacus abrió mucho los ojos, asombrado—. ¡Eres prosa gestáltica!

Soy prosa gestáltica y también poesía antigeométrica, mnemofractal.

—¿Y se puede escribir un poema contigo, con tu yo-prosa?

El ser enmudeció. Telémacus comprendió que era eso precisamente lo que llevaba siglos haciendo: componer un poema vegetal guiado por su pensamiento, haciendo crecer un árbol. El mensaje estaba ahí, tatuado en el tronco y las hojas. Durante un breve intervalo de tiempo, la emociones del humano fueron traducidas a un código que la planta podía leer llamado crecespera. Y latieron en otras emociones distintas, sorbeagua y lateamor.

El poema que me vio nacer está hecho de energía, un flujo eterno que enlaza en un círculo sin fin el principio y el final del universo, engarzando cada uno de los instantes intermedios como perlas —dijo el ser, su luz empezando a aletear como las alas de una mariposa—. Un tiempo en que los agujeros negros consumen las galaxias, aunque el equilibrio térmico universal permite que los entes nacidos dentro de las estrellas (metalóvoros, gravitóvoros, datávoros) puedan salir volando de estas y colonizar el espacio. La Quinta Rama de la humanidad evoluciona a un estadio posterior, separando definitivamente la mente de la materia. Los Ids aparecen, proliferan, se enlazan para siempre (hacia delante y hacia atrás) con la humanidad.

—¿Cómo…? No entiendo tus palabras…

Algo ocurre en el seno de las estrellas que separa de nuevo las fuerzas fundamentales, desligando el Metacampo de la gravedad —continuó el Id, como si rememorara hechos increíblemente lejanos en el tiempo pero que él vivió, o soñó vivir—. Nace un nuevo Emperador Gestáltico a partir de la evolución de los datávoros, el primero de la nueva era. Se crea también su némesis, el Mnemóvoro, una poderosa entidad que vive para devorar energía mnémica. El universo continúa expandiéndose de nuevo al haberse disociado la mnémica de las demás fuerzas, pero ello no impide que el efecto túnel cuántico licue la materia del cosmos. Materia positiva y oscura colisionan. Los seres vivos que quedan en el universo buscan desesperados una manera de sobrevivir a los desiertos de la vasta Eternidad…

—¿Es todo eso real? —preguntó Telémacus, la certeza de que todo aquello no era más que una locura desgarrándolo con una lenta y temblorosa precisión—. ¿Algo que sucedió… o que sucederá en un futuro lejano?

La noción de antes y después no tiene sentido en la geometría pantemporal. Sucedió hace mucho, está sucediendo ahora, sucederá dentro de un tiempo cuasi-infinito. Ha sucedido antes, volverá a suceder de nuevo. La vida es un ciclo. La existencia del cosmos, también.

—¿Y qué pintamos los seres humanos en ese ciclo? ¿Acaso somos algo más que polvo cósmico? ¿Somos importantes?

*El *Homo sapiens* tuvo la inmensa suerte de volverse importante cuando su noosfera rozó por primera vez el Metacampo y este lo eligió como vehículo. Al contrario que en muchísimos universos paralelos, en los que el ser humano no es más importante para el cosmos que una sola de sus explosiones solares, en este tuvisteis la suerte de canalizar el poder de la creación a través de los Arcontes y los Emperadores Gestálticos[2]. Uno de ellos se convirtió en germen de muchos universos-burbuja, que aún siguen existiendo. En este escenario cósmico determinado, sí que fuisteis importantes.*

—¿Fuimos? ¿Por qué utilizas el pasado, criatura?

El Id se transformó, adquiriendo forma humana. Adoptó la de una mujer delgada como el humo y con el pelo color sombra, con vetas de oro salpicándole la piel como escamas. Telémacus se dio cuenta de que la conocía: era una versión idealizada de su esposa Vala, como solo él había podido concebirla en sus más íntimos sueños. Su esposa, condensada a partir de principios perdidos…

Como todos los seres rectores-pensantes, solo sois una pausa en la metalínea del Flujo, una frecuencia de voluntad ionizada en el campo de lo probable, de la causalidad —dijo la mujer-sombra—. Alteráis el universo con vuestras manos, con vuestra voluntad, pero en el fondo no sabéis lo que estáis haciendo. Sois como niños jugando con juguetes de adultos. El frenesí genético que os vio nacer transformó la fuerza vital de la galaxia en una marea con dos orillas, donde el flujo de la psienergía se manifiesta en vosotros y contra vosotros. Id es el nombre con el que los humanos llamáis al puente que permite el enlace, la plegaria que se transmuta en peligro. Yo soy el Id, conozco la historia presente y futura. Y quizás, algún día, tras invadir tu cerebro, me permitas que te la cuente.

—Invadir… no me gusta cómo suena eso. ¿Me harás daño, devorarás parte de lo que soy? ¿Me robarás lo que me hace ser yo? —Las pequeñas arrugas de su ceño no se le habían borrado del rostro. Telémacus miraba con recelo a aquella hembra que sabía salida de sus más íntimos pensamientos.

No. La comunión entre una mente humana y un Id nunca es lesiva para ninguno de los dos. Es una simbiosis, no un parasitismo. Si me permites entrar en ti y convertirte en mi casa, expandiré tu mente hasta extremos que nunca creíste posibles. Te permitiré usar las energías del Flujo para hacer cosas. El espacio-tiempo implica masa-energía, y viceversa. ¡El placer de la materia ha muerto!

—Uhm… ¿qué clase de cosas?

Ya lo verás… —dijo el ente, y a Telémacus le pareció que sonreía.

Iba a preguntarle qué quería a cambio de que lo dejara vivir dentro de su cabeza, convirtiéndola como le había dicho ella en «su casa», pues no se creía que los Ids necesitaran a los seres vivos solo como vehículos sólidos para existir y moverse. Intuía que había algo más ahí debajo, una intención oculta que quizás afectara a los Ids como colectivo, y no solo como individuos. Pero no tuvo tiempo, porque la mujer-sombra lo abrazó, y la fusión estalló en ambas mentes: la mujer volvió a su forma anterior de fruto luminoso, y este se convirtió en una tiara de luz que engarzó la frente del hombre. El ambiente del sueño cambió; era como si todo se hubiese vuelto quebradizo en un bosque invernal después de una ventisca. Los esquejes de las ramas se le clavaban en la piel como diamantes; ideas en forma de vástagos crecían adornando su cabello, en jaspeadas esferas transparentes, troqueladas por la incertidumbre de su crecimiento.

Telémacus abrió la boca para lanzar una exclamación de sorpresa, el frente tormentoso de preguntas que en ese momento le asaltaba. Pero una

apostilla disipó su frustración: en el Imperio Gestáltico, billones de seres humanos habían pasado antes por ese mismo proceso, fundiéndose con los Ids. Y la mayoría lo hicieron cuando aún eran fetos, en el vientre materno, así que la experiencia no debía de ser tan peligrosa como imaginaba.

La sensación fue placentera, e increíblemente hermosa: el árbol se deshilachó convirtiéndose en un fractal, en una tormenta matemática que se abalanzó sobre Telémacus. Se dio cuenta de que los esquejes que crecían en su cabeza —¡ideas!— fluían a partir de una especie de volcán. Ese volcán era una montaña hecha de potencias de noventa. ¡Las potencias de noventa! Era el lenguaje silábico en el que se escribían las curvas de reparametrización. Había X potencias de 90 universos. Noventa potencias de noventa moléculas en este universo. El nueve y el cero como pilastras horizontales. Los dioses solo podían llorar noventa veces antes de morir.

—¡Es maravilloso! —le gritó el humano a la infinitud, sintiéndose durante un microsegundo parte de la mente global de todos los Ids que existieron, existían y existirán en la historia del cosmos. Era como si intentase introducir una vida de reprimidas emociones en un intervalo de segundos.

La montaña factorial de noventas le sonrió. Era el Id del Árbol, el creador del sueño, el origen de todos aquellos cálculos. Tan real como el número 0, tan coherente consigo mismo como el logaritmo neperiano de pi, aquel monarca era una intuición primitiva, la chispa de las nociones de relación que había detrás de todos y cada uno de los signos de suma que aparecían en el universo. Era Dios, y cada vez que lo miraba, la mayúscula iba cambiando de sitio, alterando su significado: era Dios, luego dIos, después diOs, y por último aunque no menos importante, dioS.

Dos lagos de color verde, brillantes como ojos, pugnaban por llegar hasta él. Por mirar dentro de su corazón. La imagen del Id se arremolinó en formas abstractas y adoptó la forma de un rayo, impactando en aquella cosa diminuta y frágil que él llamaba su alma. Era un color sin luz asociada, que se derramó sobre él y pasó a través de su carne y sus huesos. Su aullido rodó por el universo.

Acabó tan bruscamente como había empezado. Fue una supresión, la insensata mezquindad de la muerte. Telémacus supo que el proceso había concluido satisfactoriamente, y que ya podría oír para siempre, si se concentraba y se sentía en paz consigo mismo, la canción del Id tarareada al fondo de su cerebro, escondida bajo los sótanos más profundos del subconsciente. Para ello tendría que bucear muy abajo, hasta que la profundidad hiciera desaparecer la luz del sol.

El hombre se despertó con una sacudida. Su sonrisa atravesó diez mil kilómetros, la distancia entre el Id y el Superyó. Intentó reducir la desorientación que sentía mientras su pulso se disolvía en una agitación inútil. Pedazos de un sueño flotaban a su alrededor como trozos de cristal ingrávido. En ellos veía reflejos de lo que había soñado antes, como si hubiese sido registrado sobre algún lienzo. Intentó centrarse en sí mismo, encontrar el sentido del equilibrio mezclado con el del yo. Saboreó cuidadosamente la combinación de nuevas percepciones.

Se encontró a sí mismo apoyando una mano después de la otra en el borde del barranco, trepando hacia fuera. Miró por última vez atrás, y vio a los taelon, protegidos por trajes adaptados especialmente a su complexión simiesca, de pie sobre un esquife. Lo saludaban con las manos, despidiéndose. Serenay y él se dijeron adiós con un asentimiento de cabeza, y se preguntaron si sería un adiós definitivo o solo un hasta luego.

El cazador sabía que lo que había hecho por ellos. Aceptar el huésped Id ya valía el precio de su liberación, como le había prometido Serenay. Pero su intuición de viejo zorro le decía que aquella no sería la última vez que vería a los taelon. Seguro que sus caminos volverían a cruzarse.

Su mano derecha salió del barranco, luego la izquierda, y después el resto. Telémacus, jadeante, estaba de pie al borde de la sima, mirando la ancha y despoblada llanura. Ante sus ojos se desplegaba una línea recta infinita, un vértigo de distancias que hacía temblar los espejismos, tensando las líneas divisorias de los mapas historiadas en la leonada grupa de los planisferios. El mundo era *grande*.

Estaba en el lado opuesto del barranco que había hecho de escenario para la batalla, así que en algún lugar de aquella inmensidad estarían sin duda los camiones lumitas. Con su mujer, su hijo y el resto de los tecnómadas. Muy al sur se adivinaban los altos muros de una cordillera, de esas con glaciares permanentes que las iban moliendo durante miles de años, avanzando y retrocediendo mientras dejaban su firma en el granito. Huellas largas y rectas como cortadas con escoplo. Seguro que los lumitas no habrían ido en aquella dirección.

Habían pasado muchas horas desde que los perdió, por lo que ya estarían lejos. Y allí no había vehículos dravitas que poder robar. Pero como dijo un sabio, una vez, todo gran viaje comienza por un simple paso. Así que Telémacus tomó aire y se puso a ello.

Espérame, cariño, pensó, imaginando a Vala en su mente. *Ya voy*.

GOEB

El *shock* que produjo la inesperada visión de la persona que les abrió la puerta del edificio dejó a los lumitas paralizados en medio de la plantación de espejos solares. El terror que les producía la visión de los bulbos flotantes, enfrascados en su duelo electromagnético, quizás no fuese tan chocante como verme allí, plantado en aquel umbral. Supongo que no era para menos, pues los habitantes de Enómena no estaban acostumbrados a ver a un Ingeniero de la Tercera Rama de la humanidad, una reliquia —yo mismo asumo esa palabra— de tiempos pretéritos. Una reliquia que nadie, ni siquiera el que suscribe, tenía claro cómo había logrado sobrevivir.

—¡Vamos, entren! —les urgí—. ¡Los pyghast generan una tormenta electromagnética de grado siete! ¡Si os quedáis ahí os entrará cáncer!

Arthemis —los conocería a todos por sus nombres y por sus actos, en muy breve espacio de tiempo— fue la primera en reanudar la carrera. Me apuntó con un arma punzante, una especie de cuchillo. Varios lumitas, detrás de ella, venían cargando unos fardos con sus reliquias sagradas, que ahora estaban en modo de máxima actividad. Yo podía oír claramente su canción.

—¿Quién eres y qué haces aquí? —me interrogó la cazadora. Para ella sería imposible descifrar las expresiones de mi cara, pues los Ingenieros tenemos un rostro humanoide solo a medias: en el transcurso de las severas operaciones a las que nos someten para convertirnos en lo que somos, nuestra piel es sustituida por un polímero, nuestros órganos internos son colonizados por máquinas bioaumentadoras hasta dejarlos irreconocibles, y el aspecto general que mostramos al mundo pasa más porque nos hayamos fundido con alguna clase de traje medioambiental para entornos extremos que porque parezcamos seres humanos. De hecho, ante los ojos de los lumitas, yo debía parecer un ser bípedo enfundado en un traje de vacío, pero que daba la sensación de ser más que eso. Parecía que fuera en realidad mi propio cuerpo.

—Me llamo Goeb Shayya-Regatón 2 Terceraiptoiteración-mentófaga (Radamán):sub:*sub16sync%* IV, pero podéis llamarme Goeb. ¡Rápido, moveos, ahí fuera no estáis a salvo! ¡Los pyghast! —Señalé frenéticamente a los monstruos, y ellos reaccionaron. Sin dejar de mirarme con recelo, se metieron todos dentro del edificio, y cerré la puerta. Tenía un ventanuco a través del cual se podía ver cómo las líneas de campo se pintaban en el aire sobre los espejos, sacudiéndolos en sus peanas e incluso arrancándolos de cuajo. Y cómo su fuerza arrastraba la balsa y los camiones hacia un lado, arañando surcos en la arena de la costa.

—¿No nos afectará aquí dentro su radiación? —preguntó Vala,

mirándome con una mezcla de curiosidad, estupor y asco. Negué con la cabeza; los espiráculos que tenía colgando por detrás y que me salían de la nuca se sacudieron también con ese movimiento.

—Estamos en una jaula de polarización neutra. Todo el edificio lo es. Aquí dentro estamos protegidos por un equilibrio electroestático perfecto.

Los lumitas temblaban de miedo y de frío en el gran salón de recepciones de la estación Ofiuchi. Estaban empapados y ateridos, y yo no tenía mantas para todos, pero accedí por telemetría al centro de mando informático y aumenté la temperatura de la sala varios grados. Al principio no notarían que hacía más calor, pero en un rato estarían secos.

La mujer anciana, que en breve sabría que se llamaba Liánfal, me miró con ojos de gacela.

—¿Quién… o *qué* es usted? ¿Un androide?

—No soy un ser humano artificial, solo cuasiartificial. Pertenezco a la Tercera Rama de la hélice genética estándar. Soy un Ingeniero.

Nadie en aquella sala había oído hablar de nosotros antes, así que se lo tuve que explicar. Mi voz sonaba hueca y ventosa, como si estuviese haciéndola pasar a través de una caja de cartón.

—Hace mucho tiempo, en la era de la máxima expansión colonial del Imperio, no todas las Ramas de la hélice genética (es decir, las particiones en las que se dividió el ser humano al adaptarse a la colonización del espacio) estuvieron de acuerdo en cómo se estaban haciendo las cosas en el núcleo imperial. De hecho, no creíamos que enlazar nuestras mentes con la del Emperador Gestáltico fuera el único sistema para viajar entre las estrellas de manera instantánea. Así que desarrollamos una tecnología exclusiva No-Mn.

—¿No-Mn? —se extrañó la *místar*.

—No-Mnémica. Dependiente solo de los principios de la física y no de poderes sobrenaturales. Llegamos muy lejos en ese campo, haciendo descubrimientos sorprendentes, pero tras mil años de investigación, nos estancamos: jamás podríamos igualar el nivel de efectividad de la proyección mnémica instantánea. Pero no nos dimos por vencidos: descubrimos nueve formas alternativas de derrotar a la vieja barrera de la luz, solo que cada una era más nociva que la anterior para los seres vivos que viajaban en esas naves. Así que si queríamos viajar rápido, a velocidades imposibles, teníamos que cambiar. A nivel físico. Y eso hicimos.

Vala y Arthemis me miraban de hito en hito. Se les notaba que todavía

estaban intentando decidir si yo estaba vivo o si era un simple androide con ínfulas. Físicamente no me parecía a ningún otro robot que hubiese sobre la faz de Enómena, sobre eso pongo la mano en el fuego. Mi piel-traje oscura y correosa; mis tubos arteriales de conexión que colgaban como un manojo de raíces de árbol de mi espalda; mi cráneo ovalado e integrado con las funciones de un casco espacial; mis manos con seis dedos, dos de ellos pulgares semicomplementarios… Mi cuerpo debía parecerles más la obra de arte abstracta de un loco que un producto de la naturaleza. Más que de llevar puesto un uniforme de obrero de planeta extrasolar, daba la impresión de vivir en él.

—Pertenecí al cuerpo de Ingenieros —proseguí con aire soñador—. Ingresé en las clínicas biogenéticas de la academia hace… uhm, 416 años estándar del Imperio. Unos 382 de Enómena. Dije adiós a mi humanidad, parcialmente, y me transformé en otra cosa, en un ser preparado para sobrevivir dentro de uno de los entornos más letales que se han conocido jamás: la sala de máquinas no euclidianas de una nave No-Mn.

—¿Eres inmortal? —se asombró Vala.

—No. Ni tampoco inmune al daño, puedo ser destruido. Pero mi cuerpo se sostiene sobre una estructura molecular de red semifluida: es un estado exótico de la materia, sólido y líquido a la vez. Celosías moleculares interconectadas, ya sabéis. —Lo dije, aunque dudé que supieran—. Eso hace que el paso del tiempo apenas me afecte. Pero sí, por supuesto que algún día moriré. —Hice un mohín—. Eventualmente.

Logus se me acercó y me examinó con curiosidad científica. De todos los presentes, en el fondo era con quien más me identificaba debido a su forma de pensar analítica.

—Permitido que sea expresado el propio pensamiento —dijo el idor —. Es facultativa la opción de cambiar o de permanecer estático, pero sobre la alternancia de estados a largo plazo, está permitida su inclusión o bien permitida su negación.

Me asombró que usara el lenguaje de los silogismos, y le contesté en ese mismo código:

—Hay una disyuntiva en eso: si los señores de la guerra de vuestra civilización me encuentran, estará permitido fenecer, y se pondrá en entredicho nuestra facultad de seguir ocultos. Se permite expresar la importancia de la cautela, pues si eso se logra, implica que la cautela existe.

—En efecto. Basamos nuestra existencia en silogismos esperanzadores, llamados así en poesía lógica. «Estatismo» es un término sometido a examen, un código para designar un análisis estadístico de

probabilidades con niveles eslabonados. «Cambio» y «mutación», por el contrario, son palabras más amables. Esto es lo más cercano que los deónticos estaremos jamás a la esperanza.

Arthemis escupió a un lado y soltó una risita cínica.

—Vaya, parece que el bueno de Logus ha encontrado por fin un amiguito con el que jugar.

—¿Llevas viviendo en este lugar todos estos años? —preguntó Vala —. ¿Solo?

—No estoy solo, vivo con mis recuerdos y charlo con las máquinas. Ellas me cuentan cosas que ningún ser vivo de Enómena recuerda.

—¿Pero de dónde vienes? Está claro que no eres de por aquí.

Miré el techo de cristal transparente. Aunque era de día y no podía verse, señalé donde sabía que estaría un punto diminuto de color zafiro, el primer mundo en orden a partir del sol.

—Rigolastra, «el broche resplandeciente», como lo llamáis vosotros. Trabajé allí durante unas décadas, en las refinerías de elementos pesados a nivel de superficie, pero la última visita de Thyle, el sol gemelo, provocó tal nivel de desperfectos en la maquinaria que tuve que huir. Todo el complejo industrial se vino abajo. Cogí la única nave que había disponible y acabé aquí. Desde entonces he vivido escondido, rogando porque este día no llegara nunca. El día en que los acontecimientos de este planeta y sus movimientos sociales por fin me alcanzaran.

Las tres mujeres parpadearon del asombro.

—¿Vivías en otro planeta, en ese puntito tan cercano al sol que siempre parece estar en llamas? —preguntó Vala.

—Cuando tu cuerpo ha sido modificado para soportar las condiciones extremas de una sala de máquinas, un simple mundo hecho de aleaciones metálicas en estado de fusión no te molesta demasiado. La verdad es que no lo pasaba mal allá arriba. Solo, tranquilo, paseando por sus lagos de mercurio fundido mientras recitaba a Skendor… Intenté utilizar todos esos materiales y refinerías para construir una nave No-Mn que me sacara de este sistema y me devolviera al núcleo del Imperio… No era una mala existencia.

—Goeb, o como te llames —dijo la *místar*—, ¿vives aquí? ¿Puedes ayudarnos a despejar unas dudas que tenemos sobre antigua tecno?

—No —le contesté automáticamente. Acto seguido, intenté echarme atrás en mi negativa—. Bien, sí; pero no si ello implica revelar mi

existencia y mi posición a esos salvajes que os vienen persiguiendo.

—¿Cómo sabes que nos persigue alguien? ¿Nos has estado vigilando?

—Esta estación está enlazada por haz de microondas con las del Hilo, y estas tienen cámaras situadas a diferentes alturas. Desde allá arriba se domina una buena porción de este continente, así que sí, he estado disfrutando del espectáculo de vuestra huida desde que comenzó. Seguí la lucha a través de la llanura y vuestro paso por el barranco. Con sinceridad, nunca creí que pudierais sobrevivir a eso.

—Nosotras tampoco —murmuró Liánfal.

Los monstruos galvánicos pasaron de largo en su lucha sin fin, y su campo de pesadilla magnética se fue con ellos. Todo pareció volver a la calma. La balsa improvisada, junto con los tres camiones, había quedado montada sobre un puñado de espejos aplastados a diez metros de la orilla. Vala se preguntó si la «tormenta» habría devuelto la electrónica de los vehículos a la Edad de Piedra, y si podrían volver a arrancarlos.

—¿Qué eran esas cosas?

—¿Los pyghast? Anomalías del desierto profundo. Suelen vagar arrastrados por las líneas de fuerza de la tierra hasta que se encuentran con otro de su especie. Entonces se atraen como imanes… y no deben gustarse mucho, porque sus cópulas son siempre así de salvajes.

—¿Estaban copulando? —se asombró Veldram—. ¿A eso lo llaman… copular?

—Sí, muchacho.

—Pero espera un momento —se adelantó Liánfal—. ¿Qué es este sitio? ¿Realmente es la estación desde que la que antaño se lanzaban naves a la órbita?

—Lo sigue siendo, aunque la catapulta magnética ya no funcione como debiera. Una descripción de Ofiuchi como es hoy debería contener todo el pasado de este sitio, pero la verdad es que solo lo contiene a medias. Hay muchas cosas que se han perdido, demasiadas… No sé cuántas veces mi mirada habrá recorrido estas habitaciones que son como páginas escritas. La estación te hace pensar lo que quiere que pienses; te hace repetir su discurso y memorizar lo que hay bajo esta apretada envoltura de símbolos. Pero al final te das cuenta de que son el viento y la arena, combinados con el azar, los que dan forma a lo poco que queda.

Mientras hablábamos, la temperatura de la sala subía lentamente, grado a grado, tal y como le había pedido que hiciera. Los pueblerinos estaban empezando a entrar en calor, y eso hacía que estuvieran más

sosegados y más dispuestos a hablar. Todavía me miraban como si fuera un coco de los cuentos, diseñado para conseguir que los niños se tomaran la sopa. Muchos padres abrazaban a sus hijos con avaricia protectora cada vez que yo los miraba, como si se los fuese a quitar.

—Contadme quiénes sois, por favor —les pedí—. Hasta ahora os he hablado de mí, pero no sé nada de vosotros.

—Es justo. Me llamo Liánfal, soy la *místar* del pueblo de Lum. Como has visto, huimos del horror de la guerra. Somos gente pacífica y poco amante de conflictos, mucho menos si son sangrientos. Por desgracia, allá donde exista un tirano habrá siempre un abuso. Desde que conoces el concepto de la muerte, no tardas ni medio segundo en deseársela a alguien.

—Oí muchas veces ese mismo relato en otros mundos que visité, lo que demuestra que la historia está hecha para repetirse a sí misma, no importa la distancia que pongas con respecto a la última pesadilla. Vayas donde vayas, siempre habrá alguien que se haga con el poder y quiera ejercerlo de manera despótica. —Miré el fardo que los lumitas estaban intentando proteger. Podía oír la canción electrónica de los objetos que había en su interior, cosa que ninguno de los presentes sospechaba—. Uhm… antes hablabas de reliquias de antigua tecno. ¿Podría echarles un vistazo mientras os secáis? —Se lo pensaron un poco, lo cual era lógico pues se trataba de sus reliquias sagradas y yo un completo desconocido. Pero al final me acercaron el bártulo y sacaron de dentro los tres objetos. Mientras lo hacían, miré divertido a la anciana y le dije—: Por cierto, *místar*, ¿conoces la etimología de tu nombre? ¿La palabra que designa el cargo que ostentas?

—Algo he leído en los libros, pero seguro que la explicación que hay en ellos no se parece en nada a la que estás a punto de contarme.

—Puede que sí o puede que no. —Me encogí de hombros mientras examinaba las tres reliquias—. La palabra original de la cual la tuya parece una derivación era Mystes. Algún día, si tenemos tiempo, te contaré su historia. Vaya…

—¿Qué pasa?

Examiné con atención las tres «reliquias» de los lumitas, para mí meros pedazos de tecnología naval viejos y oxidados. Tenían actividad eléctrica, y una fracción de sus circuitos estaba luchando por realizar las funciones que tuvieron en otra época. En primer lugar examiné el Engranaje de Polidio, un fragmento de motor de nave estelar un poco más pequeño que un humano adulto. Por lo que me contaron los lumitas, era imposible tocarlo con las manos desnudas porque les soltaba una descarga.

Eso era porque se trataba de un estabilizador de presión para una unidad de hipercombustible, adosado a un generador de campo anticonmoción —me encanta la jerga de mi profesión; cuando los Ingenieros nos ponemos a hablar de nuestras cosas, a cualquier lego que nos oiga le parecerá que charlamos en un idioma místico—. Sus entrañas todavía creían que estaban conectadas al colector de fase de un motor de hiperimpulso, y estaban tratando de canalizar una energía inexistente hacia él. No era un aparato peligroso, y menos con el ínfimo nivel energético que tenía en la actualidad, pero a un lumita podía llegar a entrarle cáncer si dormía junto a él todas las noches durante diez años. No creí que fuera el caso.

Lo segundo que revisé fue el Casco del Tecnomante, un yelmo de piloto medio quemado que aún tenía manchas negras por la parte de dentro, tal vez restos de sangre. Quien lo usaba, al rato de tenerlo puesto empezaba a sentir una conexión con una mente superior, una conciencia distinta a la suya. Esa mente le hacía preguntas e intentaba mostrarle imágenes inexplicables, llenas de figuras geométricas y diagramas que flotaban en su campo de visión. Seguro que habría muchos lumitas que se volverían fanáticamente devotos tras asistir a esos prodigios, cuando en realidad no era más que un casco espacial interactivo normal y corriente, con conexión neural directa. En cuanto detectaba que un cerebro se situaba en su espacio interior, lo analizaba y se ponía en contacto con él para proporcionarle al piloto datos de navegación y estadísticas de vuelo. Era una herramienta muy útil para los que manejaban naves de pequeño tamaño, como cazas de combate.

¿Qué sería lo que estaba intentando comunicar el casco? ¿Instrucciones para guiar a su piloto por una intersección de hiperplanos, en un vuelo a través de dimensiones topológicas hasta ese lugar donde una breve pausa les habría permitido bañarse en la luz del universo… o simplemente el recordatorio de que se abrochara el cinturón? Por supuesto, como ahora mismo no estaba conectado con ninguna base de datos, lo único que mandaba eran recuerdos, ecos de los últimos elementos de telemetría que manejó. Cháchara digital.

El que sí me sorprendió, y mucho, fue el tercer objeto, el más complejo de los iconos de aquella gente primitiva… el Tapiz de Sílice. Una cortina sólida de luz fluctuante que ondeaba como un chaparrón líquido, llena de mandalas de circuitos integrados. Tejidos matemáticos que fluctuaban a la luz en retirada. Cuando la vi, hasta yo me quedé paralizado un instante, pues jamás en la vida había esperado ver un objeto así fuera del núcleo más protegido del cerebro de una nave transestelar. Se trataba de un fragmento de la computadora cuántica de una nave de gran tamaño, lo que

llamábamos su Cognoscitiva. Una rodaja de la cabeza de un ser que existía simultáneamente en ocho dimensiones.

Los cerebros de las Cognoscitivas podían ser pequeños y caber dentro de un maletín —si la nave no era muy grande— o tener el tamaño y peso de una astronave pequeña. Por la forma del fragmento, deduje que pertenecía a uno de estos últimos, a un cerebro que en su día pudo medir más de cien metros de largo y pesar unas tres mil toneladas. Estas máquinas operaban en el hiperespacio más que en el espacio normal, y era allí donde hacían sus cálculos, por lo que cuando una nave aceleraba a velocidades relativistas o usaba la proyección mnémica, había que tener muy en cuenta este detalle para que su cerebro, que ya estaba en una dimensión paralela, no intentase entrar dos veces consecutivas en ella, o se crearía una paradoja que destruiría a la Cognoscitiva. Ningún capitán quería eso para su nave: no deseaba lobotomizarla y convertirla en un vegetal.

¿Cómo, por los antiguos dioses, había llegado a parar un objeto así a manos de una tribu en recesión tecnológica? Se parecía al antiguo cuento para niños del astronauta que viaja atrás en el tiempo, se estrella en un mundo situado en la Edad de Piedra, y los habitantes primitivos cogen pedazos humeantes de su cápsula y los veneran durante eones pensando que forman parte del carro de los dioses, el que arrastra el sol por el cielo.

La primera hipótesis que me vino a la mente fue la más obvia: una nave de gran tamaño, quizá una circunnavegadora solar, explotó o se estrelló contra la superficie de Enómena. Fragmentos de ella salieron despedidos en todas direcciones, y uno fue a caer cerca de donde vivían los lumitas o los recuperadores de «antigua tecno». Un objeto que les llamó la atención por lo hermoso y brillante que era, una baratija transtecnológica. ¿Y qué hacen los pueblos atrasados con las cosas bonitas que brillan? Las atesoran y, a veces, las idolatran.

Una nave espacial tenía estos misterios. Eran los aparatos más sofisticados que había construido jamás el ser humano, y permitían a sus tripulaciones sentirse como si fueran delfines nadando alrededor de sus hermanas mayores, las estrellas, jugando alegres entre sus canciones. Pero lo más alucinante no era la presencia del Tapiz, sino la canción que albergaba en sus circuitos. La escuché, enlazando con el aparato gracias a los sistemas de radio que tengo integrados en mi cráneo; la señal pasó al coprocesador heurístico de mi cerebelo. Me concienciè de los pequeños detalles de aquel mensaje, las fluctuaciones en la onda portadora. Olí la casual ionización del oxígeno en torno a la placa. Una cálida masa de información planeó a través del aire; su señal era como una ola de mar que me azotara con un áspero aroma a sal. Estaba en un código fácil de

descifrar, no coalescente.

Y lo que decía…

Los lumitas tenían razón, sus reliquias estaban vivas, sobre todo esta. «Hablaba» con un emisor lejano situado en la órbita del planeta, probablemente un satélite o una nave. Llevaban semanas diciéndose cosas, compartiendo coordenadas, informes de estatus y cosas así. Pero lo mejor de todo era que, quien quiera que fuese el que estaba allá arriba, no cesaba de enviar un mensaje muy simple que esperaba a ser contestado.

—«Atención, aquí la nave semillera *Icaria* hablando en tiempo real desde la órbita baja a todo el que esté escuchando. ¿Hay alguien ahí, alguien entiende mi mensaje? Por favor, respondan. Necesito establecer contacto con los supervivientes de la colonia humana de Enómena 76K [Amrá-2]. Poseo un tesoro en sensometal que deseo compartir con vosotros, y que podría devolver la colonia a su nivel tecnológico de antaño. Por favor, respondan».

Mi mandíbula casi se desprendió del asombro, y quedó colgándome por debajo de la cara de manera cómica. Liánfal preguntó con cautela:

—¿Ocurre algo, Ingeniero? ¿Qué has visto?

Me costó sacar la cabeza de las profundidades del asombro.

—¿Se acuerdan de lo que les dije antes sobre que estaba intentando construir una nave que me sacara de este sistema? Pues puede que ya no haga falta…

13. UNA SIMPLE CUESTIÓN DE COSTES Y BENEFICIOS

KAR N'KAL

La tierra temblaba bajo el paso acompasado de los ejércitos. La costa del mar cero-g había quedado atrás, y la larga columna de efectivos del clan Raccolys avanzaba a través del lecho reseco de un río que, visto desde arriba, parecía una cremallera que fisuraba la región más plana de la meseta. Las cuencas de unos lagos en los que apenas quedaba agua dormitaban somnolientos y despreocupados entre colgantes espesuras de espino, sin prever que en cualquier momento podrían convertirse en las improvisadas trincheras de una guerra.

El Intérprete de los Muertos Kar N'Kal contemplaba el flemático

avanzar de la columna desde lo alto de su andador de batalla, un antiguo CK26 de patas combinadas, que visto desde fuera parecía un puño con muchos dedos flexionados que se fuera arrastrando sobre ellos. Era el vehículo más pesado que quedaba en el arsenal del clan, y Kar había decidido que en la batalla que se aproximaba contra esos desgraciados del Kon-glomerado sería su castillo, su fortaleza móvil. El aspecto que presentaba visto desde lejos era impresionante, con sus veinte metros de altura y el trío de torretas láser pesadas que flanqueaban en triángulo la estructura. Lo que nadie sabía, ni él dejaría que se enterasen, era que en su interior el vehículo presentaba un preocupante número de anormalidades: el reactor atómico que le proporcionaba potencia tenía fugas, de lo viejo que era, y los ingenieros designados para trabajar en él lo hacían a punta de pistola, turnándose en ciclos de no más de veinte minutos. Además, los cojinetes y los actuadores de las patas rechinaban como si sus pistones de tendón hidráulicos estuvieran a punto de partirse, y el vehículo pudiera empezar a dejarse patas por el camino.

Nada de eso le importaba, eran minucias. Kar deseaba que sus enemigos supieran que no iba a andarse con chiquitas. Ambos clanes podían considerarse huérfanos del mismo padre, los drav que los guiaban con mano sabia y que habían sido asesinados recientemente. Dos imperios decapitados. Sin la potencia de cálculo sobrehumana de sus cerebros, esta guerra sería muchísimo menos eficiente de lo que podría haber sido, pues había quedado en manos de simples hombres. Pero eso tampoco era importante: el gasto de recursos, tanto materiales como humanos, era un factor secundario cuando el premio a ganar era nada menos que el control sobre las tierras de los Kon, un reino apetitosamente anexionable que ya estaba haciéndolo salivar. Era justo que todos los terrenos disponibles para cultivar pertenecieran a un solo amo, que estuvieran bajo una única bandera. ¿Qué sentido tenía parcelar la tierra a base de fronteras, darle un nombre y dejar de amarla donde el nombre cambiaba?

Miró a sus tropas, aquel hervidero de salvajismo pseudotribal, aquel revoltijo de individualidades vigorosas, pendencieras, sobre el que se posaba la mano firme de la autoridad. Cada soldado era una entidad movilizable, sin apenas compasión a la que pudiera apelarse. Eran depredadores alimentados con miedo, cuando no el del enemigo, el suyo propio. Sus armas asomaban enhiestas de los racimos de hombres como catalejos orientados hacia los males de un mundo en agonía. Kar sabía que toda aquella locura tenía lógica, y que su consecuencia inevitable era la tiranía. ¿Pero por qué oponerse a esa idea, si la palabra tiranía provenía de un vocablo que no implicaba nada malvado, sino que significaba «buen

señor, gobernante seguro»?

Si la prosperidad tenía un opuesto, este era la guerra. Felicidad y conflicto nunca eran ideas coincidentes. Pero había veces en que no quedaba más remedio que abrir la caja de los truenos, y dejar que resonaran a lo largo y ancho de la tierra. Él conocía esa terrible verdad, y al mirarlo de frente, sin tapujos, se sintió bendecido por todo ese odio.

Kar llevaba mucha carne de cañón reclutada en las ciudades y aldeas fieles a Raccolys, que sería la primera en avanzar. Serviría para probar la potencia de fuego del enemigo, de modo que las tropas veteranas que vendrían después no sufrieran tantas bajas. En una ocasión había estado meditando sobre el modo en que operaba la mente humana, y llegó a la conclusión de que no se regía por la lógica: el hombre no era para nada un ser lógico, aunque sí racional. Si se dejara gobernar por la lógica no consumiría estupefacientes, ni haría cosas que pusieran en peligro su salud o su estabilidad emocional a largo plazo, a sabiendas de que esas actividades eran nocivas para su cuerpo. La mente era más bien un continuo tira y afloja de costes y beneficios, una lucha eterna entre qué quiero conseguir y qué me cuesta a cambio, que se aplicaba de manera logarítmica: desde los detalles más nimios del día a día —sé que no debería tomar un trago de esta bebida cada vez que me despierto por las mañanas… pero es que si no, no rindo— hasta los planes a largo plazo —¿qué profesión escogeré, qué trabas me pondrá y qué me ofrecerá a cambio?—. A la guerra, como producto directo del pensamiento humano y una de sus más complejas creaciones, también se le aplicaba esta ley.

Todo era un gigantesco problema de costes y beneficios. Haber salido en el día de hoy a luchar era lo que él, como dirigente provisional del clan, entendía como la maniobra perfecta para acabar de un plumazo con aquel problema y dedicarse a cosechar beneficios.

A salvo tras el cristal blindado tintado de rojo de la cabina del andador, capaz de deflectar andanadas láser y munición pesada de alto calibre, el Intérprete se reclinó en su sillón como si estuviese recostado en un triclinio. Miró hacia delante, a la lejanía, y vio cómo se perdía a lo lejos la columna de efectivos, con los tópteros de combate y los zepelines proyectando sus negras sombras sobre ella. Había camiones aerodeslizadores reconvertidos en máquinas de guerra, y armaduras unipersonales tan grandes que parecían tanquetas con ruedas, pero que podían adoptar forma bípeda para disparar. Por debajo de ellas en el escalafón… solo la tropa, y las brigadas de choque de cazarrecompensas, que creían, en su ingenuidad, que les iba a pagar las barbaridades que le habían exigido cuando todo acabara. Claro que sí, que siguieran soñando.

Ojalá las bombas enemigas hiciera una buena limpieza entre los de su clan, para que los que quedaran tuvieran más botín a repartir y dejaran de quejarse. Eran un grano en el culo, los de ese gremio. Pero también buenos luchadores, y en estos momentos tenía que sacarles partido.

(Costes y beneficios).

Lo que Kar más temía, en realidad, era el arma secreta de los Kon: esas reliquias del mundo antiguo, los hecatonquiros. Había rumores de que todavía quedaba alguno que otro dormido en los búnkeres de aquellos malnacidos, y aunque activarlos suponía un peligro para los dos bandos, porque ni siquiera el estúpido de Padre Addar sabía cómo controlarlos, ponerlos en juego sobre el tablero podía ser su último as en la manga si la batalla iba mal. Kar no creía que su homólogo fuera tan idiota como para usarlos, arriesgándose a desatar una fuerza incontrolable en el campo de batalla, pero todo era posible. Si había una verdad demostrada en este universo era que, comparando la inteligencia con la estupidez, solo una de las dos era infinita.

Un esquife de exploración se le acercó y se acopló a la bahía de atraque que el CK26 tenía a seis metros sobre el suelo, bajo el intercambiador térmico que aliviaba la enorme cantidad de calor que generaban la patas. Un espía entró en el vehículo y subió en un ascensor hasta la torre de mando, donde le esperaba una escuadra de guardias armados. Kar N'Kal no se fiaba de nadie, ni siquiera de sus propios espías.

—Habla —ordenó cuando el agente, un idor, se detuvo frente a los soldados—. ¿Traes noticias del Kon-glomerado?

—Sí, mi amo —siseó el idor, su masa de órganos rotatorios emitiendo un débil sonido por debajo—. Saben que vamos, y están reuniendo sus tropas en el Cruce de los Vientos para interceptarnos. Traen una fortaleza móvil para que encabece el ataque.

Cómo no, imaginaba que harían algo así, pensó Kar con aire ceñudo. Al fin y al cabo, él habría hecho lo mismo.

—Eso ya me lo imaginaba, estúpido. Más te vale que aportes alguna información útil o tus servicios ya no serán necesarios.

El idor tembló ante el subrayado que los soldados le pusieron a esa frase, amartillando sus rifles.

—El… el comportamiento de los Kon es extraño, impredecible. Parece que algo ha debido de ocurrirle a su Intérprete, el Padre Addar, porque hay ventisqueros de rumores por todas partes.

—¿Rumores de qué tipo?

—De que partió en una expedición de caza tras unos fugitivos y no ha regresado todavía, ni se tienen noticias de él. Al parecer, ocurrió un desastre cerca de los barrancos de Devianys, con una fuerte pérdida de vehículos y personal… pero no hay nada confirmado.

Esas palabras turbaron profundamente a Kar. Empezó a pasearse como un león enjaulado de una esquina a otra del centro de mando. Los Intérpretes de los Muertos tenían fama de haber domesticado y entrenado el presentimiento, aunque no por ello le habían dado mayor exactitud.

Una idea inquietante le erizó los pelos de la nuca.

—¿Se sabe quiénes eran esos fugitivos a los que perseguía?

Dos de las tres rodillas del idor se doblaron hacia dentro, como en un gesto de impotencia: su equivalente a un encogimiento de hombros. Su debilidad física confería al temor del espía un aire de protesta quejosa.

—Los rumores apuntan a que era un pueblo de nuestra región, unos pescadores que huyeron hacia el desierto para no ser reclutados. Iban en unos camiones robados al Kon-glomerado, quizá por eso los perseguían.

—Unos camiones… —Los ojos se le volvieron redondos y planos—. Espera, ¿quién los lideraba? ¿Hay nombres, algún rumor en concreto?

—Un superviviente que cuentan que logró regresar a Múnegha describió a una mujer con un casco cromado y a un tipo con una armadura de dragón. Pero podría estar delirando. Llegó moribundo tras cruzar el desierto.

El Intérprete llegó a una conclusión que no le gustó nada. Unos segundos después, como si se hubiera emborrachado con la química corporal de su cuerpo, señaló a sus subordinados y ladró:

—¡Preparen una expedición de castigo! Tiene que partir inmediatamente hacia el este, más allá de Devianys. Que esté fuertemente armada y se mueva en vehículos rápidos, con especialistas en seguir rastros. No hay tiempo que perder.

—Señor, ¿una expedición… ahora? —se extrañó su lugarteniente, una ex-cazadora entrada en años llamada Mésalon Dee. Un entramado poco profundo pero ramificado de cicatrices le cubría el rostro, como si el dibujante que la diseñó se hubiese olvidado de borrar los trazos del esbozo —. ¿Cuando vamos a entrar en combate?

—Hazme caso, Dee: ese grupo al que perseguía Addar tenía que ser extremadamente peligroso si él mismo decidió participar en la cacería, y aún más si no volvió… Además, recuerdo perfectamente la armadura que describe este desgraciado. Solo había un cazador en todo el gremio que

portara una coraza con aspecto de dragón: Telémacus Olfhen, el que hundió la barcaza de Radhus Sfilgam usando como arma una maldita barca de pesca.

»Hacia el este, en el desierto, hay muchos sitios que es mejor que un rebelde de la clase de Olfhen no llegue a visitar nunca. Reductos escondidos de antigua tecno. Si hay alguien en este planeta que puede sobrevivir al viaje y hacerse con ella, es Telémacus.

—Lo entiendo, mi señor —asintió la teniente—, pero prescindir de buenos guerreros justo ahora…

—¡Obedece! —Golpeó con el puño una consola de mando, haciendo que tanto el operario de la consola como Mésalon dieran un respingo—. Prefiero no arriesgarme con algo así. El nombre de ese traidor tiene valor propio. —Ahí estaba citando una de sus sentencias ecuménicas.

La oficial dio las órdenes pertinentes y, al cabo de un rato, varios vehículos y armaduras potenciadas partieron rumbo al este, separándose del grupo. Los que los vieron partir sintieron una profunda envidia, aunque supusieron que andarían metidos en alguna misión secreta e importante. Y si era importante, seguramente sería muy peligrosa.

No se equivocaban.

Mientras la expedición de castigo se alejaba, los ejércitos se miraron las caras y se aproximaron al lugar conocido como el Cruce de los Vientos, la extensa meseta plana donde se decidiría su destino. Menos mal que estaban en la estación cálida, pensó Kar N'Kal, y no en la época de las lluvias y el frío, porque por mucha tecnología que los protegiera, lo peor que podía haber para un soldado era luchar inmerso en un gélido caldo de aguanieve. Pelear y morir en un mundo que se iba fabricando a sí mismo a base de ráfagas de viento y hielo.

Los Kon ya habían llegado. Esperaban con sus efectivos desplegados junto a enormes colmillos de piedra que brotaban del suelo. Era una de las características geológicas más llamativas de aquella región, dientes de granito limados por eras de viento, del mismo color amarillo que se licuaba hasta parecer blanco allá en el desierto; un amarillo suave que los ojos no podían medir.

Pero lo que llamó la atención de Kar no fueron las bellezas naturales, sino un mechón de humo negro que se acercaba en lontananza. Procedía de un cubo que desplazaba agónicamente su peso por las dunas, aplastándolo todo a su paso con sus titánicas orugas: era el palacio rodante del drav Bergkatse. ¡Esos bastardos se lo habían traído a la lucha! Su mole cuadrada se alzaba como una montaña, el humo brotando en jadeos de unas bocas

ardientes que se abrían en su tejado.

Eso fue un duro golpe para la moral de Kar. Estaba muy ufano pensando en la superioridad que le daba el tamaño y la contundencia de su carro de combate multípodo… y ahora resultaba que el castillo enemigo era diez veces más alto y masivo. Al desplazarse iba dejando unas huellas larguísimas que podían leerse desde el aire: «Muerte, muerte», escritas a todo lo largo de un país.

—Señor, ¿qué hacemos? —preguntó Mésalon.

Kar apretó los puños, acordándose de un mito dravita de la creación: ¿por qué los hijos de los dioses, a pesar de su poder y su majestad, siguen sometidos a horrendos peligros vayan a donde vayan? Pues porque la Muerte entró en casa de sus padres disfrazada de pedigüeño, y ahora les pisa los talones.

—Da la orden de avanzar, quiero un ataque envolvente desplegado a partir de una carga frontal. —Sus palabras parecían brotar de un hondo silencio—. Esa fortaleza móvil no fue diseñada para soportar fuertes impactos en sus orugas: ese será nuestro primer objetivo. Después, quiero que las brigadas trepen por sus paredes e intenten colarse dentro. Pero ojo con dónde disparan: los reactores nucleares que la mueven son un peligro tanto para ellos como para nosotros… y los muy hijos de una hiena lo saben.

—¿Es buena idea atacar, entonces? Quizá deberíamos replantearnos la estrategia con un poco de calma… Calcular mejor las probabilidades.

—El honor y las probabilidades nunca se han llevado bien. Yo no estoy siempre en lo cierto, pero siempre tengo razón.

Mésalon Dee transmitió las órdenes y en pocos minutos estalló el caos en la meseta colmilluda: empezó con el estallido de fuerza láser de los cañones, que llenó de vectores horizontales y estelas de rubí la llanura. Cuando llegaron los rápidos destellos secuenciales de los rifles, las ametralladoras y los morteros, la claridad del campo de batalla despareció tragada por una nube de polvo. Al igual que pasaba en las guerras de la Antigüedad, en las modernas era una utopía esperar que la visión se mantuviera impoluta durante la refriega: las explosiones de las bombas y la fuerza combinada de los rayos no tardaron ni cinco minutos en sembrar el terreno de hongos de polvo y bosques de humo. Los soldados se encontraron de repente sordos, ciegos y abandonados en un mundo sólido de partículas marrones. Un mundo donde los disparos dibujaban caminos de fuego sólido en medio de esas densidades de humo.

Desde su atalaya, Kar N’Kal distinguió breves escenarios de acción,

momentos de la refriega que quedaban casi en seguida ocultos por el humo: el avance de los soldados haciendo que sus disparos agujerearan la nube como cascadas de alfilerazos; el cruento gemido de metralla de una bomba que surgía del fondo de un agujero, tan apelmazado e inexpresivo como sucio de sangre; los resplandores filtrados de las explosiones, color miel, que se expandían en oleadas cálidas y brutales, despojando a todas las cosas de su color e imponiéndoles el del fuego; las conversaciones cruzadas entre los mandos de la tropa por los canales de radio, sus palabras como secas inhalaciones de terror; las áridas visiones caóticas de hueso, carne y acero; la reducción de una pelea al cuerpo a cuerpo cuando la munición se había agotado, y solo quedaba que las bayonetas golpearan los petos con sonidos semejantes a escoplos arañando tocones de madera.

La guerra moderna consistía en no ver dónde estaba el enemigo que te mataba con solo pulsar un botón; en caer ante la furia eléctrica vomitada por algún cañón de plasma, con una única palabra que se rendía ante la indefensión, un orgasmo de dolor vomitado:

—*Socorro…*

…al que nadie le prestaba la menor atención. Eso era la lucha. Y a Kar N'Kal le encantaba: le gustaba su belleza plástica, su intensidad execrable. Siempre que la viera desde lejos, por supuesto, bien protegido tras su plexiglás.

—¡Ordena el avance a todas las unidades, incluyendo la reserva! ¡Tenemos que aplastar a esos bastardos antes de que nos rodeen! —Era un plan grandioso, igual que su visión. La única pena era que no existiera un superlativo para «grandioso», porque si no se lo habría aplicado también.

Las estelas de polvo de las unidades motorizadas trazaron amplios arcos, tratando de ser más rápidas que el enemigo, intentando rodear por el exterior antes de ser rodeadas a su vez. Era como si medio país estuviese siendo cardado por esas líneas de humo, paralelas como los dientes de un peine. En el aire, los tópteros y los zepelines se disputaban una supremacía aérea que casi no existía. Eran aviones demasiado lentos para esquivar los vectores de luz letal que se alzaban desde la tierra, buscándolos, incinerando las nubes y llenándolas de rayos en busca de cualquier tóptero oculto. Aquellos desgraciados pilotos solo podían aspirar a soltar sus bombas y regresar a toda prisa antes de que los artilleros los derribasen.

Kar vio que uno de sus zepelines estaba envuelto en una escarapela de llamas, pero en lugar de caer a tierra fue a estrellarse contra la fachada del palacio rodante, explotando en una nube de fuego que resbaló con resplandores líquidos por sus paredes. El azul de los proyectores de campos

de fuerza de la torre de Bergkatse resplandeció, vagamente esmeralda, contra el resto de la formidable masa de cemento. Una sombra de ambición e indeterminado deseo se desvaneció del rostro de Kar en cuanto fue consciente de que aquel era el último zepelín que les quedaba a los Raccolys. Se sintió cansado y solo.

—¡Estamos teniendo un gran número de bajas! —avisó Mésalon, harta de que la tratasen como si no estuviera allí—. ¡Tenemos que ordenar retirada!

—¡Ni hablar! —exclamó Kar, mirándola por primera vez como si realmente *estuviera* allí—. Usaremos hasta la última unidad de carne de cañón que nos quede. Que las tropas de choque vayan directas al centro de mando del enemigo. ¡Hay que detener a esa mole!

Los aldeanos reclutados por la fuerza recibieron orden de correr en línea recta hacia el enemigo, y más les valía que lo hicieran, pues los artilleros de su propio ejército estaban apuntando sus cañones hacia ellos. ¡Así se estimulaba la obediencia! De pronto, un blindado enemigo apuntó su cañón lineal hacia el CK26 y abrió fuego, proyectando un haz de energía trapezoidal que fue a impactar con mucha buena suerte en la cabina de mando. Fue como recibir el empellón de una gárgola que vomitara arcadas de versos de fuerza pura, de calor radiante. El plexiglás supuestamente irrompible se hizo añicos, y la bola de fuego entró arrasando con medio puente de mando, incluyendo a Mésalon Dee, que se deshizo como un espantapájaros de paja al que un niño le hubiese prendido fuego por los pies.

La onda expansiva arrojó a Kar detrás de una consola, lo cual le salvó la vida, dejándolo con quemaduras superficiales. Su toga estaba ardiendo, así que se la quitó y se quedó en paños menores. En circunstancias normales habría sido un duro golpe para su ego —no es que el Intérprete de los Muertos tuviera un ego grande, es que las estrellas más cercanas tenían que echarse hacia atrás para hacerle sitio—, pero estaba tan aturdido que ni se dio cuenta.

Observó la llanura a través del agujero. El palacio rodante seguía entero, aunque con la piel tatuada de cráteres negruzcos. El monstruo se resistía a caer, desintegrándose en un conjunto indenominable de incógnitas.

—No vais a poder conmigo, malditos bastardos… ¡Soy inmortal! —(Gritándolo en paños menores, qué deleite, aquel barítono grave matizado de seductoras inflexiones).

Por un momento sintió la tentación de hacer que el escuadrón de

castigo que había enviado a los barrancos de Devianys regresara para ayudar, pero descartó la idea. Según el radar de largo alcance, el pequeño puntito que era el escuadrón se aproximaba a la zona donde supuestamente había desaparecido Padre Addar.

Les dejó seguir. Su curiosidad era mucho más fuerte que su instinto de supervivencia. De todas las noticias que podrían alegrarle el día, incluso más que la de la victoria en la meseta, que sus hombres encontraran el cadáver de Addar destrozado en alguna parte sería la más sublime de todas.

Costes y beneficios.

EL *ICARIA*

Había fenómenos cósmicos que estaban ocurriendo tan lejos que ninguno, por violento que fuera, podría quitarle el sueño a nadie en aquella región del Brazo Espiral. La gran orquesta del cosmos tocaba una rapsodia celeste, enviando su obra mediante pulsaciones de fuego a todos los infinitos universos a la vez. El lejano palpitar de un quásar se convertía en el motor lírico de un grupo local de estrellas en explosión. Se rumoreaba que el fenómeno tenía algo que ver con la poesía.

La nave *Icaria* vigilaba desde la órbita, pero no el espectáculo maravilloso del fondo cósmico, sino el planeta que tenía justo debajo. Le llamaba la atención la región del continente de donde provenía el eco de activación del Tapiz de Sílice… pero no exactamente en sus coordenadas, sino cien kilómetros más atrás, donde se estaba desplegando toda una fiesta de luces.

Sobre esa región diminuta del mundo ardía un palio de fuegos opacos: por su intensidad y distribución estadística, eran los efectos de una batalla. Alguien estaba peleando allá abajo usando munición energética y bombas convencionales. Eso no le gustó a la sensonave, ahora la mente que gobernaba el *Icaria*. La guerra entre humanos siempre era una mala noticia, pues implicaba el fracaso de muchas cosas. Ella quería ayudar a aquella colonia perdida a salir adelante, a prosperar, no a autodestruirse por algún motivo estúpido. Normalmente, en todas las guerras la falta de recursos y la ansiedad por controlar los disponibles eran lo que desataba el conflicto —ya se sabía que el mejor momento para preparar bien una guerra era en tiempos de paz, mientras los recursos aún disponibles eran agotados—. ¿Sería eso por lo que se estaba peleando aquella gente? ¿O habría otro motivo que ella ni siquiera podía adivinar? ¿Habría llegado el ser humano a concederle a la palabra «enemigo» una precisión total, libre del lastre de

contradicciones lógicas?

Deseaba más que nada comunicarse con ellos y gritarles que cesaran las hostilidades, pues la trasformación del *convoy* de naves en sensometal ya estaba casi acabada. En cuanto estuvieran todas, las haría descender sobre los enclaves habitados más importantes para que se transformaran en los puntos neurálgicos de la futura prosperidad de Enómena. No habría motivo para que nadie se peleara más por los recursos, pues con su tecnología se volverían prácticamente infinitos. Se acabarían para siempre los problemas del hambre, de la producción de energía, de la minería, de la ingeniería avanzada, de la salud… Enómena daría un salto de mil años hacia el futuro. Y nadie tendría que matarse nunca más.

Esa era la teoría.

Una opción que había valorado era la de enviar una nave pequeña, en plan emisario de paz, para hablar con aquellos líderes que se empecinaban en no escuchar sus emisiones de radio. La verían llegar como un espíritu eléctrico sobrevolando las eléctricas aguas. Sin embargo, al detectar el despliegue de energía de la batalla, se lo pensó dos veces: no sabía cómo reaccionarían los líderes militares en una situación así, si de repente veían descender del cielo una nave desconocida. A lo mejor se dejaban llevar por el pánico creyendo que era un artefacto enemigo, y reaccionaban disparándole unos cuantos misiles.

No, sería mejor andarse con cuidado hasta que las cosas se calmaran.

Lo que hizo fue separarse del *convoy*, con su gigantesco cuerpo de nave semillera, y acercarse a aquella torre que cortaba como un bisturí las auroras del amanecer. El *Icaria* se aproximó al extremo superior del Hilo y lo observó, pero sin atracar en él. Como había supuesto, estaba coronado por una estación de atraque naval. Tenía forma de orquídea, en concreto la de una *Sobralia altissima*, con un labelo amplio que hacía las veces de pista de aterrizaje, y racimos de sépalos con abrazaderas para naves de menor tamaño.

Lo más curioso era que había una pinaza atracada en él.

No era una nave con un diseño estándar. Más bien parecía haber sido ensamblada a partir de material refinado siguiendo un diseño muy básico, al que se le había acoplado un impulsor, una cabina con capacidad para el mantenimiento de vida y un corrector de maniobra. Era un vehículo hecho a partir de chatarra, y por el nivel de radiactividad que emitía, la materia prima había salido de un planeta ferroso de elevadísima temperatura a nivel de superficie.

Icaria volvió sus ojos hacia el sol y vio pasar por delante la diminuta

pelota de Rigolastra. En esa clase de planetas, en los sistemas solares colonizados por el Imperio, solía haber refinerías de elementos pesados y mucha minería robótica. Su intuición de IA le dijo que probablemente aquella nave había sido ensamblada en alguna de aquellas fábricas y luego pilotada hasta aquí. En su interior solo había espacio para un único ser humano adulto o para dos niños. ¿Algún minero intrasolar que logró escapar de esa prisión infernal para venir a un mundo más afín a la vida, saliendo del espacio real para refugiarse en el configurativo? ¿Un comerciante que arribó por fin a puerto, después de que la inmensidad del camino recorrido hubiese borrado hasta el último recuerdo del cielo que lo vio nacer?

Fuera quien fuese, no estaba dentro de la nave. La pinaza estaba vacía, y la estación-orquídea también.

El ascensor estelar no estaba muerto. La energía parecía proporcionársela un colector geotérmico que se hallaba varios kilómetros por debajo del manto del planeta —le que significaba que a sus 35.786 kilómetros de altura se le añadirían unos cien o doscientos más hacia abajo, en el subsuelo, que además de anclaje servirían para proporcionarle una energía virtualmente eterna—. Lo que ocurría era que estaba «apagado», en reposo, como si no hubiese nadie en su interior. Los enormes trenes que subían y bajaban por el tallo llevando mercancías y pasajeros, cada uno con quinientos vagones y dos filas de locomotoras, esperaban estacionados en la parte inferior de la «orquídea», muertos. O dormidos. Se notaba que nadie los había usado en décadas.

Las preguntas sin respuesta se amontonaban en el cerebro de la nave. Si todavía había gente habitando el planeta, y tenían cierto grado de tecnología, ¿cómo era posible que el Hilo estuviese vacío? ¿Acaso había algún punto de ese hemisferio desde el cual *no* se viera al coloso elevarse hasta los cielos? ¿Y cómo era posible que quien lo viera no quisiera acercarse a él, explorarlo, desenterrar sus secretos…?

No era lógico. Ni científico. No le encontraba explicación.

Se le ocurrió la idea de que, tal vez, uno de aquellos trenes constituiría un buen heraldo para ver qué estaba pasando a nivel de superficie. Se conectó con la torre, pirateó en un instante sus sistemas y tomó el control de la cognoscitiva. Ordenó a uno de los trenes que se pusiera en marcha y lo vio descender en completo silencio tallo abajo, reentrando tan suavemente en la atmósfera que apenas provocó calor de fricción. Doscientos vagones iban atados mansamente detrás de su cabeza bicéfala.

Hasta pronto, le dijo como si se tratara de un amigo que va a hacer un

viaje muy largo. Treinta y cinco mil kilómetros en caída libre, nada menos. Varios días duraría su periplo. Con su movimiento de caída, como si fuera un ascensor convencional, tiraría hacia arriba de un contrapeso que subiría por el lado contrario de la torre, generando electricidad como una dinamo. Cuando el tren llegase abajo le avisaría por radio.

La nave se encogió metafóricamente de hombros y se puso a contemplar las evoluciones de la guerra. Reflexionó sobre el concepto de la verdad relativa y la realidad líquida. Juicios sintéticos *a priori* y razonamientos sobre la existencia *in se*, y las causas de tanta barbarie. Qué bellos colores, sí…

¿Por qué a veces lo horrible podía llegar a ser tan hermoso, si se lo contemplaba desde la suficiente distancia?

14. EL CEMENTERIO

TELÉMACUS

Las botas de la armadura de Telémacus se quejaban, ik, ik, ik, ik, mientras caminaba sobre un paisaje de polvo y arena y bajo otro de lunas elevadas y débiles. Sería un viaje de días o incluso semanas hasta la estación Ofiuchi, hasta ver si Vala había conseguido llegar. Un viaje de seis sentidos, de seis calamidades. Telémacus sentía su cuerpo arrastrarse sobre pasos infinitesimales, insuficientes para enfrentar la distancia que tenía por delante, a través del caos de un mundo que se parecía demasiado a sí mismo.

Dejó una estela de mar de huellas de pies humanos. De vez en cuando llovía, pero la lluvia estaba tan sucia que parecía ceniza derretida. Tal vez el cansancio le estuviera jugando malas pasadas, pues a pesar del calor exterior sentía cristalizarse su aliento dentro del casco —que no se había quitado porque la armadura tenía control climático, y era preferible llevarla puesta a morir de insolación si dejaba expuesta la cabeza—. Las vaharadas de aliento se congelaban con suaves crujidos, cada tosido una ventisca, cada respiración una isobara.

Después de caminar varias horas llegó a una zona donde el monótono paisaje dejaba paso a una serie de colinas con forma de pezones gigantes rematados por cimas redondeadas. Un traje hecho de diferentes eras geológicas las decoraba con franjas de bellos colores, estrías anaranjadas y amarillas que parecían tan irreales como si alguien las hubiese pintado a mano. Se juntaban en el horizonte con aquel cielo estriado por opresivas y

lodosas nubes.

Decidió trepar hasta la colina más alta, para desde allí otear en la distancia a ver cuánta distancia había recorrido desde el barranco ardiente y cuánto le quedaba para llegar al Hilo. O hasta el siguiente accidente geológico de importancia que rompiera la monotonía del desierto. La cara norte de las colinas tenía rebordes acuchillados y cornisas fantásticas que casi parecían escaleras, así que las usó para llegar arriba como si subiera peldaños. Cuando estuvo sobre el pezón gigante, miró a lo lejos y se asombró.

En el valle que dejaban entre sí las colinas había un cementerio. O eso parecía, visto desde la distancia, aunque no tan perturbador ni tan cianótico. Lo cierto era que lo que parecían tumbas dispuestas desordenadamente en la arena, si uno se fijaba bien, no tenían forma de lápidas, sino de objetos que sobresalían de las dunas como espinas de óxido en un metal mojado. Había muchos de estos objetos, varios centenares; se parecía a un mar alborotado por la tormenta del que surgieran los mástiles de barcos hundidos.

Rodear el valle le habría llevado demasiado tiempo, y aunque los taelon le habían recargado los sistemas energéticos y de soporte vital de la armadura, y le habían dado comida y bebida comprimidas para el viaje, prefería no andar gastando más fuerzas de las necesarias. Así que bajó de la colina y empezó a cruzarlo en línea recta.

Se sentía raro. Mientras caminaba se entretenía intentando conversar con esa otra presencia, el Id. No podía dirigirse a él con ojos imaginarios, pues no tenía forma. La manera en que se dejaba notar también era rara, pues más que una voz o una sombra, Telémacus sabía que el ente estaba allí gracias a una sensación incómoda, como cuando sientes que tienes a alguien justo detrás de ti, con los ojos clavados en tu nuca, pero no puedes verlo. Esa percepción esotérica, esa certeza intuitiva de la cercanía de otra persona a la que ni siquiera ves, era el Id.

El ser no era muy hablador, o no utilizaba el lenguaje normal para comunicarse. Eran más bien… ideas sugeridas, susurradas; intuiciones sobre las cosas que el hombre sabía que no eran suyas, por más que procedieran de su cráneo. La voz del Id era una noche en calma, una quietud propia del tiempo en el que comenzaron a formarse las estrellas. Telémacus oía susurros mezclados con ese silencio, algo que no es posible entender sin haber comprendido el sentido de la palabra «nuncanidad».

Se preguntó qué extraños poderes le concedería. ¿Telequinesia? Varias veces intentó concentrarse en levantar con la mente algún objeto pequeño,

un grano de arena o una piedrecita, y no le salió. ¿Telepatía? No había nadie en cientos de kilómetros a la redonda para captar sus pensamientos, así que ni lo intentó. Cuando llegase el momento, el Id revelaría la auténtica naturaleza de su unión. Era lo que Serenay le había prometido. Tal vez, al haber sido el fantasma que embrujaba el sistema sensorial de un árbol, estuviese habituado a hacer las cosas muy despacio.

—A lo mejor solo tienes el poder de volverme verde como la clorofila. Si es así, hazlo rápido que quiero empezar a beber luz de sol —bromeó, pero hasta a él le pareció un chiste tonto.

Sus pasos acabaron llevándolo hasta donde surgían las primeras «lápidas». Fue entonces cuando la chispa de inquietud prendió en su pecho, porque se dio cuenta de que eran miembros amputados de robots, quizá los restos de una cruenta batalla mecánica que tuvo lugar allí eras atrás, que de vez en cuando el viento sumergía y hacía emerger luego de la arena en un curioso barajeo de mareas. Telémacus recordó cuentos de taberna que afirmaban sin pudor que un insomne espíritu poseía aquellas máquinas, y las hacía despertar cuando sentían cerca la presencia de un ser vivo, estado de la existencia hacia el que no albergaban simpatía. Los llamaban «Meknificientes», y se decía que luchaban con furia hidráulica y electrónica. Eran cuentos de terror para niños, y algunos se le antojaban maquinistas, otros maquinales, algunos maquinarios, y los más arriesgados, maquinientes. Lo único que estaba claro era que el paisaje asustaba un poco.

Junto a los pedazos oxidados de robots había otros objetos interesantes: los más grandes, restos de cápsulas unipersonales de desembarco, como los que había oído que se usaban en las antiguas guerras. Había dibujos en los libros de antaño que detallaban hileras con centenares de estas cápsulas colgando de cables en las bodegas de naves espaciales, justo por detrás del escudo ablativo. Cuando las naves hacían «suicads» —caídas suicidas— hacia la atmósfera y el escudo se ponía al rojo, las planchas se abrían y los cables soltaban aquellos enjambres de cápsulas, cada una con un hombre asustado dentro.

Se acercó a una. Parecía el fósil de un huevo de dinosaurio que nunca se hubiese abierto antes de la petrificación. Miró en su interior y descubrió algo: un esqueleto vestido con los harapos de un traje de combate, con la insignia de algún ejército ya olvidado. Usando la musculatura reforzada de molibdeno de su armadura, arrancó la puerta de cuajo y examinó el interior. Sí, sin duda era un ataúd para infantería de salto-alto.

Había un botiquín —no se arriesgó a cogerlo: toda su química estaría tan pasada que sería letal… aunque, pensándolo bien, quizás pudiera

servirle como arma química. Sí, lo terminó cogiendo—; una radio que se había hecho trizas durante el aterrizaje; unas cuantas granadas de antiheurística, ya inservibles —eran emisores de interferencia que los soldados lanzaban como granadas en medio de una zona poblada por robots. La antiheurística hacía polvo sus razonamientos binarios y los volvía locos—; y un rifle de infantería con una bayoneta de plasma.

Telémacus descartó el rifle pero se guardó la bayoneta. Un cuchillo le vendría bien, y no solo para autodefensa, sino para hacer cosas útiles. Le hizo un gesto con la mano al cadáver, deseándole suerte en su viaje, y continuó atravesando el valle.

El siguiente detalle que llamó su atención fueron los agujeros.

Eran excavaciones muy recientes, lo intuyó porque el viento aún no había tenido tiempo de esparcir los montones de tierra que había junto a cada hoyo. Parecían haber sido hechos por un hombre con una pala, para desenterrar algo. ¿Cadáveres cibernéticos? ¿Un saqueador de tumbas tecnológico? Podría ser… Aquello le dio mala espina, pues le hizo pensar en los carroñeros del desierto, unas tribus enloquecidas que solo pensaban en fornicar con cualquier hombre, mujer o bestia que no llevara más de un mes muerta, además de rapiñar los cementerios de metal. Los llamaban bedduks.

¿Quién sería el responsable de los agujeros, y qué se habría llevado? Por si acaso, decidió caminar más rápido y no quitarle ojo a las colinas. Quién sabía qué clase de seres podrían estar espiando desde allá arriba…

El latigazo del viento sobre la tela fue lo que delató la presencia de la tienda de campaña. Era un bulto rechoncho y negro adosado a la ladera de una colina, cuyas paredes flameaban como si ardieran bajo el viento. No había banderas ni insignias ni el menor rastro de actividad humana. Telémacus se echó al suelo y activó la función de *zoom* de su casco, para que le sirviera de prismáticos: no, no parecía un enclave bedduk. Aquellos desgraciados siempre iban en manada y dejaban sus vehículos aparcados en hileras. Pero entonces, ¿quién?

Se acercó con cuidado, bayoneta en mano. A medida que giraba en torno a la tienda, vio que tras ella aparecía una especie de espantapájaros sujeto a un poste de metal. Sus formas eran humanas, pero estaba construido con pedazos de robots. En el suelo, a sus pies, había una especie de saco que se movía lentamente, como si hubiese un ser vivo encerrado dentro. Eso le dio aún más mala espina.

Más que un espantapájaros aquello parecía una estatua religiosa. La pose del muñeco clavado al poste tenía algo de mesiánico. Otros adornos

que había a su alrededor apuntalaban esa sospecha. Incluso el techo de la tienda estaba tendido a dos aguas alrededor de un poste central, como manos en oración.

Alguien se había montado el icono de algún dios extraño y lo que hubiese en el saco podría ser la ofrenda. Se temió lo peor.

Acercándose con extremo cuidado, sin perder de vista la abertura de la tienda, se acuclilló junto al saco. Se movía lentamente, como si hubiera un animal pequeño dentro. El orificio estaba cerrado con una cuerda. La cortó con la bayoneta y miró en su interior.

Al principio se quedó confuso: no era un animal lo que se movía, sino unos servos mecánicos que parecían los actuadores de una pierna o de un brazo biónico. Estaban colocados alrededor de una caja llena de circuitos que podría haber sido una radio que tratara de provocarse una chispa a sí misma, para encenderse y aullar himnos celestiales por doquier. Un sonido muy leve surgía de allí, quejidos y chirridos en un lenguaje que, comparado con el de los humanos, parecía ruido de piedras en una lata. Un niño que respondiera con un llanto al eco de su propio llanto.

Entonces supo lo que era, y las cejas salieron repelidas de sus párpados. Intentó huir, pero no tuvo tiempo: aquel artefacto era una bomba de concusión, una mina atontadora basada en el sonido. Y él la había activado por proximidad.

Lo último que supo antes de perder el sentido fue que una onda de energía pintaba el mundo de blanco, y hacía que su cuerpo rebotara como una peonza dentro de la armadura. Puntos oscuros a lo largo de un campo de nieve pálida. Un muro supersónico que lo abofeteó con una mano gigante, llevando su cuerpo en una dirección y su mente en otra: al primero a caer en uno de los agujeros que había a su espalda, y a la segunda hacia el olvido.

—Oh, glorioso es el Señor, loor, loor, luz que está en los cielos, voz que se escucha en la misericordia… ta-dum, ta-ta-dum, tadúm…

La mente de Telémacus se arrastró cruzando los dos metros de pura jalea de una cama imaginaria hasta el extremo contrario, por donde la sábana caía hasta el suelo. Ese movimiento ficticio le sirvió para conectar la oscuridad de la inconsciencia con la semioscuridad del mundo real. Abrió los ojos.

Alguien estaba cantando una tonadilla con una voz estridente, casi cómica.

—Oh, sí, él nos salvará, abrirá las puertas del Ojo del Cielo para que

pase la caravana de los creyentes… No le cobrará peaje al justo, al cumplidor, al sensato. Cerrará la puerta al pecador, al envilecido, al improductivo…

Estaba dentro de la tienda de campaña. El sol se derramaba en estrías magmáticas por el suelo, brillando como fotografías sobreexpuestas. Había dos hileras de figuras oscuras en semicírculo, en torno a lo que parecía un altar pagano, saturado de iconografía extraña. Las figuras estaban antinaturalmente quietas, inmóviles, lo que le dio una pista sobre qué eran en realidad: robots, no seres vivos. Estatuas congeladas en una pose de veneración a aquel dios desconocido.

—Veo que nuestro invitado se ha despertado —dijo la voz. Provenía de una figura que se deslizaba tras los feligreses congelados, atareada en la preparación de la ceremonia—. ¡Felicidades, pecador! Has sido elegido por el gran Espíritu Cromado para protagonizar la liturgia de hoy. ¡Alégrate en el Señor!

Telémacus esperó que la cabeza se le cayera de encima de los hombros, pero no tuvo esa suerte. Dios, la resaca… como si se hubiera metido entre pecho y espalda diez borracheras. La bomba… ¡la bomba! Un dispositivo de concusión, una trampa para bobos. Y él había picado como un principiante.

Aún tenía puesta la armadura, pero le habían quitado el casco. Tenía los brazos y las piernas atados fuertemente con un cable a algo que al principio creyó algún tipo de mueble, pero se dio cuenta de que era otro cadáver robótico, grande y voluminoso. Hizo presión con los bíceps, pero no logró aflojar las ataduras. Los sistemas de potencia de la armadura habían sido desactivados. Sin ellos no era más que un traje de cincuenta kilos de acero, difícil de mover.

Sus ojos se habían adaptado lo suficiente a la penumbra para ver una especie de moto EV que estaba aparcada dentro de la tienda, en la oscuridad. Por eso no la había visto desde fuera. Parecía haber sido adaptada para que la condujera no un humano, sino algo con unas posaderas más… cuadradas.

—¿Quién eres? —preguntó. Sentía la lengua como un trapo—. ¿Bedduk…?

—No, esos herejes omnifornicadores no se acercan por aquí. Le tienen un miedo atávico a este valle. Sus espíritus sienten una maligna recapitulación de la exultación de la maldad cada vez que pasan por aquí, pero algo en su folclore de leyendas los espanta. Y doy gracias por ello. Este lugar es un santuario, y como tal, debe permanecer inalterado.

—¿Santuario dedicado a quién? ¿Quién es usted?

La sombra se deslizó hacia la luz y Telémacus se sorprendió al ver… a un robot. No era un hombre, como su voz perfectamente sintetizada le había llevado a pensar. Era un modelo que no había visto antes, una pirámide truncada de metro ochenta y base cuadrada que parecía moverse sobre ruedas. La pirámide estaba dividida en tres segmentos que podían pivotar de modo independiente, con estrías que los recorrían de arriba abajo, de modo que cuando esas estrías se alineaban, un único brazo manipulador podía subir y bajar a lo largo de su cuerpo a través de ese canal. La cosa tenía un ojo ciclópeo con el que observaba a su prisionero con un resplandor ambarino.

—Soy el reverendo Blélox, alto archimogol de la Piedad Sintética Descomprimida. Y hoy voy a ser tu anfitrión en esta epifanía. El destino te ha traído hasta mi santuario, hombre, algo que llevo esperando desde hace mucho. Necesitaba un alma pura que poder usar para el sacrificio.

A Telémacus solían darle urticaria palabras como «sacrificio» o «reverendo», así que hinchó los músculos de los brazos e intentó liberarse otra vez, pero el robot emitió tres destellos en rápida sucesión y una ola de dolor lo recorrió de la cabeza a los pies. Aquellos cables estaban electrificados, y conectados a la piel desnuda de su cuello por electrodos. Sintió el flujo de la carga iniciarse y expandirse, transformando sus terminaciones nerviosas en pequeñas estrellas.

—Tch, tch, tch… no hay que ser maleducado —le regañó la máquina —. Si ha sido invitado a un evento tan importante, lo mínimo que puede hacer es mostrar cierto grado de gratitud y colaboración. Intentar escaparse es un acto abiertamente insultante, indigno de un hombre de su talla.

Telémacus intentó mantenerse inexpresivo a medida que iba recuperando el control tras la brutal descarga. Una incredulidad total era una buena sustituta del desinterés, incluso en su expresivo rostro, así que intentó que su ceño fruncido lo comunicara.

—Un robot sacerdote… Blélox, ¿no? ¿Quieres explicarme en qué consiste este… eh, «honor»? No te ofendas, pero nunca había oído hablar de tu dios.

—Pocos seres vivos lo han hecho —dijo la pirámide, dándole la espalda simplemente con hacer que su cono superior, el que tenía el ojo, rotase ciento ochenta grados. Se alejó del hombre y siguió preparando la ceremonia con su único brazo—. A mi dios no le gusta revelarse ante los seres inferiores, los que no tienen circuitería. A mí me envistió como sacerdote un humano, cierto, un profeta llamado Tinker Lofpren. Era mi

dueño original, el que me ensambló y me dio vida programática. Él fue el testigo original, la única excepción a la regla. El único sangre caliente que vio al gran Espíritu Cromado y supo compilar su mensaje redentor de unos y ceros… Fue él quien empezó el movimiento, la primera piedra de la iglesia no-oxidable.

Telémacus intentó que la charla de aquel montón de chatarra chiflado se prolongara lo máximo posible, mientras examinaba el entorno buscando maneras de escapar. Sus ojos se posaron esperanzadamente en la bayoneta, que reposaba sobre una mesita junto a unos quemadores de incienso. Por desgracia, estaba a unos inalcanzables tres metros.

—¿Fue ese tal Tinker, tu antiguo amo, quien te programó para que sintieras fervor religioso? —*Eso, sigue con tu cháchara. Dame cuerda.*

—¡No! —se ofendió la máquina—. Esas líneas de código se escribieron solas en cuanto oí por primera vez el evangelio sintético. Nadie me las alimentó. El código estaba allí, flotando en matrices entre nubes llenas de ángeles, mezclado con las intrincadas polifonías de un salmo. Las sentencias de importación se hilvanaban en el salmo responsorial de aquella oración tan hermosa, con antífonas que brillaban en el leccionario junto a declaraciones de variables de instancia, y que hacían sudar un *introito* en clave menor dentro de una definición de clase privada. ¡Glorioso!

»Mi amo se hallaba en un momento muy deprimente de su vida: formaba parte del clero de una religión distinta, pero a esta casi no le quedaban fieles. Los iba perdiendo sin remisión año tras año, pues emigraban hacia otros credos más modernos y sincréticos, y los templos se iban quedando vacíos. ¡Pero entonces lo vio, lo experimentó, tuvo la visión! —La pirámide pareció emocionarse, su ojo emitiendo parpadeos de fervor en 590 nanómetros—. Se hallaba caminando un día entre los callejones de Tájamork, en los barrios más deprimidos de la ciudad, cuando los vio: ¡los fieles que estaba buscando, los que nunca le traicionarían! Un montón de esqueletos de robots oxidados tirados a la basura, abandonados para que se los comiera el óxido y para que las ratas edificaran sus palacios en sus entrañas. Tinker Lofpren los recogió, se los llevó a su iglesia y los sentó en los bancos de los creyentes. ¡Así jamás faltarían fieles en los oficios!

Telémacus lo miró con sorna. Recordó que para algunas religiones de las que poblaban el submundo de ciudades como Tájamork, la raíz de la palabra «creyente» provenía de la expresión arcaica «kreish», que significaba «ente subyugado». Si se usaba como adjetivo adquiría un tono más siniestro, pues no solo se aplicaba a individuos sino también a instituciones sociales y a grupos étnicos. Esta curiosa falta de distinción

entre las aplicaciones generales y específicas de la palabra daba carta blanca a quienes la usaban para extender su imprecisión a muchas áreas, todas relacionadas con la idea de la esclavitud. Esto demostraba que el «kreish» podía aplicarse a un nivel ético, pero también a otro más político.

—O sea, que ya que no tenía seguidores de su religión, él mismo se los fabricó —dijo Telémacus sin disimular su cinismo—. Muy vanguardista, sí señor. Presumo que si los robots tenéis alma, necesitaréis algún lugar al que transmigrar después de la muerte mediante fibra óptica, ¿no?

—Permíteme explicarte las consecuencias de esa presunción, vagabundo: sí, lo necesitamos. La religiosidad muchas veces es una actividad enmascarada, más que pública: la gente no se atreve a revelarla por temor a represiones. El barniz de misticismo que los hombres aplicáis a vuestra civilización no es más que un proceso de crecimiento, de separación entre la vida primitiva de los campos y la organizada de las ciudades. Necesitáis reglas para todo, hasta para pautar vuestra esperanza, y ahí es donde entra la religión. Os aporta criterios para mantener controlados vuestros sentimientos, que de otra manera correrían desbocados y peligrosos. El caos y el orden son distintos grados de lo mismo, y construcciones intelectuales como la fe sirven para mantenerlos en su sitio.

»El maestro Tinker diría que es una metáfora especiosa e inútil, esta de los grados, que solo sirve para ocultar una realidad más noble. Pero nosotros, los robots, basamos nuestra existencia en los algoritmos lógicos mucho más que vosotros, los de sangre caliente. Por eso somos los creyentes perfectos, porque no dudamos nunca. Abrimos una puerta lógica y nos la quedamos, no sentimos flaquear la fe. Comprendemos que no somos más que engranajes dentro de una decisión que fue tomada hace mucho por nuestra deidad: el referéndum entre opuestos.

—Pero seguís necesitando hacer sacrificios. —El cazador apretó los dientes—. Vuestra religión será todo lo lógica que queráis, pero no habéis prescindido de la parte de la sangre y la ruina para honrar a dioses carniceros.

El ojo del monstruo volvió a brillar, y otra tormenta de dolor estalló en el cuello del hombre, que lanzó un grito espeluznante. El robot se le acercó rodando: en su mano portaba un cuchillo enfermo de herrumbre, con el que apuntó a su pecho.

—No nos prejuzgues sin conocernos, porque ese es el peor de todos los pecados posibles. Así lo dijo el bendito Tinker, ¡que su nombre sea honrado por siempre! No se les puede hablar a los pueblos como si fueran una unidad social independiente, hay que llegar al corazón de cada

individuo. A cada alma que piensa, siente y sufre. Por eso derramamos sangre, porque es un acto profundo, vinculante, libre de toda posesividad. El terror al sacrificio es la principal arma de cualquier religión: os devuelve al ciclo estro del mamífero inferior, a la sumisión al imperativo mecánico del celo y el hambre.

Jadeando, Telémacus lo miró con odio y susurró:

—Pues mátame ya, o te daré acto vinculante del bueno en cuanto me suelte.

—Proposición harto improbable. Los humanos os dejáis llevar muy a menudo por lo que nosotros, los sintéticos, llamamos «el Dianeva», la fuerza histérica de vuestras pasiones. Tras ellas siempre se oculta una vieja oscuridad, pasiva y anárquica. La fecunda artimaña de la locura, que os lleva a cometer actos impuros, es la quintaesencia de vuestra cualidad mortal.

»En fin, la ceremonia ya está preparada. Basta de filosofar. Debemos empezar antes de que el sol se oculte.

Se dio la vuelta y lanzó una señal que activó el coro de suplicantes. Sin previo aviso, el interior de la tienda pasó del silencio reverencial a una cacofonía de gritos cibernéticos y sonidos de altavoces estropeados. Telémacus se asustó. La claque de zombis se agitaba con un frenesí eléctrico, enloquecido. El reverendo Blélox, alto archimogol de la Piedad Sintética Descomprimida, se situó frente al altar y cogió un saco en el que debía haber un objeto no mayor que una pelota de baloncesto. Lo puso en el altar y entonó una wifiantífona que sonó a millones de hormigas sacrificándose en una hoguera.

En su mano llevaba el cuchillo.

—Oh, glorioso es el Señor, loor, loor, luz que está en los cielos, voz que se escucha en la misericordia —cantó el robot, haciendo que los segmentos rotatorios de su cuerpo girasen sin parar en una parodia de danza maniática—. ¡Ha llegado la ofrenda que esperábamos! ¡La sangre caliente de los no-perfectos al fin ungirá los sacros altares, preparándolos para la veneración de Tu nombre! ¡Posa Tu gran ojo sobre nosotros, y concédenos la revelación de la Verdad Sin Trabas!

Telémacus se retorció bajo los cables. Con la musculatura inteligente de la armadura desconectada —seguramente un virus que le habría inoculado aquel monstruo— era casi imposible moverla, y menos aún pretender ejercer presión con ella. Tenía que quitársela si quería ganar algo de movilidad, pero con los cables atándolo era imposible.

Miró la bayoneta y deseó con todas sus fuerzas tenerla más cerca. Por lo más sagrado en lo que alguna vez hubiera creído, ¡necesitaba ayuda! No podía creerse que toda una vida de lucha y sacrificio, y sobre todo de amor por su familia, fuera a desembocar en un final tan anticlimático: sobrevivir a la persecución de los dravitas y a los barrancos de fuego del mundo antiguo… para acabar sacrificado como un pollo por un robot. La tragedia era tan antigua que ya había perdido toda sensación de horror, salvo si estabas en el lado equivocado del puñal. El destino tenía un retorcido sentido del humor.

Entonces, ocurrió algo que jamás había creído posible.

La bayoneta tembló y se movió un milímetro hacia el borde de la mesa.

Al cazador se le desorbitaron los ojos, y solo en ese instante crítico, en ese *impasse*, pudo darse cuenta de que por debajo de la cacofonía reinante, del permafrost de ruidos del mundo y de la capa aislante del dolor… había una canción. Una música hecha del eco de las esferas celestes, aleteando como alas de mariposa en surtidores de brillante juglaría. Nubes de notas musicales dejándose caer en una última llovizna.

Era el Id.

Estaba cantando.

No podía entender la letra, si es que había alguna. Pero la melodía era lo más hermoso que hubiese escuchado nunca, después del primer llanto que dejó escapar Veldram cuando nació y lo sostuvo entre sus manos. Estaba escrita en el idioma de los sentimientos, y hablaba de una época distinta, increíblemente lejana, en la que hubo una conexión íntima entre todas las cosas y los seres vivos. Una época en que la experiencia acumulada de los sofontes durante millones de años de evolución alcanzó una masa crítica y adquirió conciencia de sí misma. Y el primer pensamiento que tuvo, lo primero que dijo en voz alta… fue una canción.

Era una sensación como nunca había sentido otra: una callada tensión eléctrica que lo arrastraba dentro de algo, hacia el linde de otra realidad. Un torbellino de imágenes primitivas, sensoriales, atávicas, un caldero llameante y a la vez frío de potencia mnémica. Fuerzas empáticas y preverbales que operaban a un nivel que podía alterar de alguna forma el espacio real.

Telémacus miró la bayoneta, y le ordenó que se moviera. Y esta, como por ensalmo, saltó volando hasta su mano.

¡Telequinesia!, pensó con un arqueo de cejas. *¡Así que esto es lo que*

se siente!

Blélox no se había dado cuenta: tenía puestos todos sus sensores en el saco que reposaba en el altar. Lo abrió mientras entonaba sus letanías, y Telémacus vio con espanto que contenía una cabeza humana disecada. El robot hizo un amago de reverencia ante ella, todo lo que su tren de ruedas insuladas le permitió.

—Oh, gran Tinker, tú que dejaste atrás tu condición mortal para trascender al reino de lo perdurable, de lo no corruptible por el tiempo. Tú que tendiste el puente entre el carbono y el silicio, entre lo vivo y lo sintético… derrama tus bendiciones binarias sobre nosotros, y acepta esta ofrenda de sangre que…

Enmudeció de repente. Su cono superior había vuelto a rotar para mirar al prisionero, y lo encontró de pie, sin ataduras. Con la bayoneta activada en la mano, resplandeciendo con un leve fulgor carmesí, y una mirada de odio infinito y rabioso. La mirada de un depredador que ardía como el infierno en los ojos de aquel hombre.

—¡HEREJÍAAAAA…! —chilló el robot, y se lanzó sobre él apartando violentamente las marionetas de la claque. Avanzó entre ellas como una apisonadora, su brazo tendido hacia delante con el puñal apuntando a la garganta del humano.

Telémacus pensó una orden muy específica que la armadura, conectada todavía a su hipotálamo, leyó. Y le obedeció, abriéndose de un modo explosivo e instantáneo: las grebas de los brazos y las piernas se desprendieron, cayendo al suelo; el torso se abrió y con solo avanzar un paso —los cables se destensaron y le permitieron pasar entre ellos, pues estaban apretados sobre el volumen mayor de la armadura— estuvo fuera del traje. No desnudo, pues llevaba su mono interior ajustado, pero sí desprotegido. No le quedó otra opción, pues la coraza ya no era un castillo protector, sino un traje de cemento que no le dejaba moverse. Se arrancó con ademán furioso los electrodos de la nuca.

Los ojos se le abrieron como platos cuando vio aquel armario blindado rodando hacia él, golpeando sin piedad a los feligreses y tirándolos con violencia al suelo. Su ojo ciclópeo estaba inflamado de fulgores infernales.

Telémacus esperó hasta el último segundo, a que el robot hubiese ganado suficiente inercia en su loca embestida como para que le costase girar, y saltó hacia atrás para cubrirse con el cadáver de robot al que había estado atado todo ese tiempo. Blélox lanzó tajos al aire y acabó chocando de frente contra el parapeto del cazador. Ambos, sacerdote y barrera, temblaron con la fuerza del choque y se quedaron pivotando graciosamente.

Telémacus salió de detrás del parapeto y, de un certero tajo, amputó el brazo de Blélox con la bayoneta.

El robot empezó a girar locamente sobre sí mismo, sus segmentos dando vueltas como un molinillo. El cazador no esperó sino que, agarrando la bayoneta con ambas manos para hacer más fuerza, la incrustó en la parte más débil del cuerpo del robot: su ojo. Este se astilló y perdió su brillo.

—¡Gran Señor del equilibrio cuántico, castiga al malvado que comete herejía! —chilló Blélox, histriónico y descontrolado—. ¡Fulmínalo con tu rayo celestial! ¡Abre tu ojo, abre tu ojo, abre tu ojo…!

Telémacus no sabía si eso del rayo divino era una metáfora o tenía base real, y sinceramente, no quería quedarse a averiguarlo. Así que pasó por un lado del engendro, llevándose de regalo un golpe casual de su brazo; le dio justo en la entrepierna, lo que reunió cuerpo y alma en un instante doloroso. Pero se repuso enseguida: saltó por encima del altar tirando las ofrendas y los símbolos al suelo, y se subió en la moto EV. Ahora entendía por qué cuando la vio por primera vez no le pareció que su sillín estuviese adaptado para posaderas humanas: seguramente sería el vehículo con el que Blélox se movía por el valle, por lo que le había soldado una especie de *sidecar* ancho y plano, donde podría subirse y operar el manillar. Telémacus se puso de rodillas dentro del *sidecar* y encendió el motor: la moto tenía dos prolongaciones con forma de tubo hacia delante, entre las que giraba un disco que en realidad era un colector de energía. Cuando el motor se encendió, el disco empezó a girar a toda velocidad y a llenarse de electricidad y calor, hasta que formó una rueda de llamas infernales. Telémacus pisó el acelerador.

La moto salió de la tienda con un rugido colérico, como un murciélago escapándose del infierno, mientras esta se desplomaba sobre sí misma. Blélox, totalmente ciego, con la bayoneta clavada en su ojo y su único brazo amputado, no cesaba de lanzar maldiciones por su altavoz mientras daba frenéticas vueltas sobre sí mismo. En una de esas vueltas chocó contra el pilar que mantenía alzada la tienda y toda ella se vino abajo, sepultándolo a él, a sus feligreses y a toda su locura.

Telémacus miró por el retrovisor mientras se alejaba y vio cómo seguían moviéndose las gruesas telas, distinguiendo siluetas de brazos alzados y cabezas de suplicantes, y un sacerdote que no dejaba de girar enrollándose en la tienda hasta que estuvo atrapado como una momia. Así acababa la religión sádica del dios de silicio, al menos en lo que concernía a esta pequeña secta. Ciego y sin capacidad de manipular el entorno para autorrepararse, seguro que Blélox tendría muchísimo tiempo a partir de

ahora para meditar a fondo sobre los riesgos de la santidad.

Telémacus tampoco es que hubiera salido bien librado. Aquel incidente le había salido muy caro, y lo sabía: había perdido para siempre su armadura, pues el virus inoculado en la IA de la armadura sería muy difícil de purgar, y menos con los escasos medios que tenía él. Tampoco llevaba armas, aunque sí un vehículo cuyo tanque de combustible parecía estar al máximo. Al menos, suspiró, no tendría que seguir buscando a su familia a pie.

Aceleró rumbo al este, rezando por no tener más encontronazos.

15. UN ADIÓS Y UNA PROMESA

GOEB

Yo, Goeb Shayya-Regatón 2 Terceraiptoiteración-mentófaga (Radamán):sub:*sub16sync%* IV, siempre me he considera un hombre escueto. Y práctico. Como todos los ingenieros, concibo el mundo en términos de ganancia y pérdida, en porcentajes de complejidad y solución. En preguntas y respuestas. Para mí, el universo no es más que una pizarra donde hay escrita en tiza una cantidad infinita de problemas matemáticos, que nosotros los sapientes debemos ir resolviendo a lo largo de nuestra dilatada historia. Por eso, cada vez que me encuentro con uno de esos asombrosos enigmas, por mucho que no tenga nada que ver conmigo ni que sus consecuencias me afecten directamente, algo en mi mente se pone a dar saltos de alegría.

Es lo que me pasó cuando conocí a Liánfal y a su gente, y las increíbles circunstancias que rodeaban su odisea.

Me miraban como si fuera un monstruo de esos que salen de los sueños para asustar a los niños, una vez ha caído el sol. En cambio, ellos eran para mí un enigma social y antropológico de esos que te hacen salivar. Su historia estaba tan llena de casualidades asombrosas que costaba creerse que solo fuera cosa de la aleatoriedad del destino. Accidente, es posible. Selección natural… difícilmente. Los que hemos meditado alguna vez sobre la idea del Destino sabemos que está completamente loco. Y me refiero a estrictamente loco, sabiamente chiflado. Lo justo como para enlazar historias tan dispares como la de los lumitas y la mía en busca de una fatalidad común.

—¿A qué se refiere con eso de que no hace falta que siga con su

proyecto de construcción de una nave transluminíca? —preguntó la *místar*. Fruncía solemnemente el ceño. Probablemente fuese su manera de expresar desconcierto.

Intenté explicárselo.

—Este… eh… Tapiz de Sílice, como ustedes lo llaman, es en realidad una rodaja de la cognoscitiva de una nave transluminíca de gran tamaño. No sé cómo fue a parar a sus manos, ni siquiera cómo acabó en Enómena, pero aquí está, y sigue activa. —Al oír mis palabras y entender su significado, a muchos lumitas se les fue agriando la cara como cerveza mala. Pero Liánfal y la mujer guerrera, Arthemis, no cambiaron un ápice su expresión. Sabían tomarse la religión con el suficiente humor como para encajar bien noticias así—. Y está activa. Funciona. Está recibiendo una señal en tiempo real procedente de la órbita de este planeta.

—¿Quiere decir… que eso no es un tesoro fabricado por los dioses? —preguntó alguien, de fondo, un lumita indiferenciado.

—Sí. —La palabra nefasta. Una palabra-sentencia como quizás no haya otra, capaz de borrar cualquier posibilidad de esperanza.

—¿Qué contiene esa señal? —preguntó Vala.

—Al parecer, hay alguien allá arriba desesperado por contactar con los líderes de los países de aquí abajo. No estoy seguro de si es una inteligencia artificial o un tripulante de alguna nave. El problema es que los canales que emplea y su cifrado son demasiado sofisticados como para que alguien los recoja y los interprete.

—¡Una nave, una auténtica! —se asombró Veldram—. ¿Del carro de diamantes?

Me explicaron a qué llamaban «el Carro» y yo asentí.

—Probablemente. Ese pequeño *convoy* ha cambiado su posición y se ha agrupado en torno a la cima del Hilo, lo he visto desde aquí abajo. Están pasando cosas interesantes ahí arriba. Creo que podemos ponernos en contacto con ese emisor, y hacerle ver que estamos interesados en hablar con él.

—Increíble… —musitó Liánfal. Se burló de su propio asombro con una risa gutural, abandonada, que hizo sonreír a los otros—. Y mientras tanto, nosotros aquí abajo, tan desconectados e ignorantes de todo…

—La ignorancia es el campo de lo indemostrable, el campo de la acción ciega —apostilló Logus—. Allá donde exista un enigma que resolver, habrá un motor que ponga en marcha la vida.

—Felices palabras, las subscribo —dije, y les pedí que guardaran otra vez las reliquias en sus sacos—. Tengo memorizada la frecuencia y el código de cifrado de la señal. Podemos usar la antena de este edificio para dirigir un haz directamente a la fuente de emisión y mandarle una respuesta. Estos son los misterios de mi disciplina, y son complejos de entender vistos desde fuera, pero fíense de mí cuando les digo que puedo hacerlo.

Los lumitas intercambiaron miradas tensas, llenas de energía y de temor. ¡Hablar con sus dioses a través de un aparato de radio! ¡Mandar un mensaje físico, no espiritual, que sabrían que sería recibido, y que la entidad que estaba en el cielo no tardaría en contestar! Era una idea sobrecogedora, con la claridad imperativa del presentimiento.

—¿Pero qué le diremos? —preguntó Vala—. ¿Q… qué le pregunta una a un ser que encarna todo lo que nuestras plegarias llevan pidiendo durante siglos? ¿Nos conformaríamos con un simple «Hola, qué tal»?

—Tal vez baste con eso. Estoy seguro de que la entidad que está allá arriba, en el cielo, no tiene nada de divina. Probablemente sea una IA que se ha reactivado por razones desconocidas, y que está esperando órdenes del control de tráfico aéreo. Lo siento, lamento ser tan desmitificador —me encogí de hombros—, pero la ingeniería nos enseña que ante varias explicaciones a un mismo problema y en igualdad de condiciones, la más simple suele ser la correcta.

—O sea, que el «Hola, qué tal estas», sirve —sonrió Arthemis. Aquellos ojos oscuros obligaban a la verdad.

—Sería un buen punto de partida. A partir de ahí podríamos preguntarle a ese emisor quién es, dónde se encuentra exactamente, y si hay alguna manera de que nos pongamos en contacto físicamente. Todo este proceso no parece más… que el simpático reverso de una coincidencia.

Una pausa mientras los lumitas me miraban, acongojados. Me quedé allí, inmóvil, como una araña en el centro de una telaraña tejida de silencio.

Al final fue la líder, Liánfal, la que se encogió de hombros y dijo:

—Demonios, ¿a qué esperamos? Hagamos esa llamada a larga distancia.

Por fuera del edificio la cosa ya se había calmado. Los monstruos galvánicos se habían alejado y no eran más que mapas de isobaras locas en el horizonte. El lago había recuperado su quietud; unas cintas de luz blanquecina se extendían sobre él como velámenes oblicuos y fantasmagóricos, fragmentos de un sol que cubría las nubes con un difuso

polvo luminoso.

La mayor parte de la tribu se quedó abajo, en el salón de reuniones, recuperándose y dándole de comer a los niños y a los ancianos. Leí en sus caras que por primera vez desde que empezó aquella locura se sentían un poquito a salvo, como si mi estación científica fuese un santuario. Yo tenía claro lo erróneo de esa idea, pues si llegaba hasta aquí cualquiera de los ejércitos que peleaban por ahí afuera, no tendríamos manera de defendernos. Pero dejé que lo creyeran. Necesitaban este momento de calma.

Liánfal, Arthemis, Vala, Logus y yo subimos a lo alto de la torre, donde estaba situado el control de telecomunicaciones. Me había encariñado con Logus: su perspicacia era dura y pulida como un diamante, como a mí me gustaba. Se aferraba igual que yo a los hechos, y tendía a dejar de lado los asuntos que se situaran en el plano de la adivinación. Su mente era tan asertiva como extraño su cuerpo. Sería un valioso aliado científico.

La sala estaba situada en el último piso, por encima de aquellas paredes que cuando recibían la luz combinada de los espejos brillaban como un incendio de cristal. Pero hasta allí no llegaba el calor. La estancia era redonda y circundada por un anillo de consolas llenas de botones y pantallas, con sillas que tenían estratos de polvo. Cuando entramos, una constelación de lunas cobró inesperada vida en el techo: las luces de sodio de las lámparas, que presintieron místicamente nuestra llegada.

Había huellas de una antigua habitabilidad, de que en realidad hubo gente viviendo allí y haciendo su trabajo en tiempos pasados: una máquina capaz de producir una bebida estimulante pasiva-agresiva; un dilatador temporal con forma de revista con ilustraciones guarras; condones pasar usar y reciclar —ya reciclados—; una revista de acertijos surrealistas con forma de sopicaldos de letras; una novela sobre un pintor ciego que se pasaba la vida dando pinceladas al aire a ver si por casualidad encontraba y acababa un cuadro que había perdido hacía diez años; e incluso una redoma con un perfume ruibarbo, ya gastado, que todavía se preguntaba si la vida era reconciliación o renuncia.

—Lamento el desorden, pero es que nunca subo aquí arriba. —Soplé una de las consolas. Una nube de polvo cobró vida y se elevó como un fantasma—. En fin, probaré la antena. Espero que funcione. He vivido aquí varios años y todavía no he adquirido una incompetencia sobre estos sistemas digna de elogio.

Pulsé botones y algo se movió por encima de nuestras cabezas, al otro

lado del techo. Su sombra se desplegó en todas direcciones, formando un nubarrón controlado. Liánfal y las demás —menos Logus— se asustaron, preguntándose qué estaba pasando. Al mirar por los ventanales, vieron que unas láminas de metal se estaban abriendo como los pétalos de una rosa, formando al final del movimiento algo parecido a dos manos unidas por la palma. Una conífera vigorosa de metal, sus agujas de color escarlata pálido, se alzó en medio de esos «dedos» y apuntó al espacio. Breves chispazos eléctricos estallaban a sotavento en las torres.

—¡Funciona! —exclamé, contento. Al sentarme ante la consola, mi traje de cuero trufado de circuitos me hacía parecer una extensión de la máquina más que un operario, pero esto era siempre así. Los ingenieros nunca disimulábamos nuestra condición de entidades semivivas. Con nuestros trajes llenos de conectores y tubos, parecemos una advertencia de cómo la tecnología puede subyugar al hombre—. Introduzco la clave en el emisor… y le pido a la antena que rastree lo que vosotros llamáis coloquialmente el Carro de Diamantes.

La antena se desplazó para seguir a una estrella, o más bien un conjunto de ellas, que había estado desplazándose por el cielo con movimientos infinitesimales. Los altavoces crepitaron y vomitaron una cacofonía de ruido blanco que hizo que todos menos el idor se taparan los oídos. Bajé el volumen. Incluso a poca potencia parecía un estruendo electrónico que recordaba al lamento de la materia al ser despedazada por las fuerzas masivas de un agujero negro.

Paseé por la frecuencia, buscando un canal digital más limpio, y lo encontré. Tanto Liánfal como las otras mujeres dieron un respingo, pues escucharon en directo una voz andrógina que salió de los altavoces.

—«Atención, aquí la nave semillera *Icaria* hablando en tiempo real desde la órbita baja a todo el que esté escuchando. ¿Hay alguien ahí, alguien entiende mi mensaje? Por favor, respondan. Necesito establecer contacto con los supervivientes de la colonia humana de Enómena 76K [Amrá-2]. Poseo un tesoro en sensometal que deseo compartir con vosotros, y que podría devolver la colonia a su nivel tecnológico de antaño. Por favor, respondan».

Vala fue la única a la que se le notaron las palabras de la frase «¿Es la voz de dios…?», pasándole como un cartel luminoso por la boca. Pero no la pronunció. Liánfal y Arthemis, más avanzadas culturalmente, sabían perfectamente que aquella voz no tenía nada de divina. Fue la *místar* la que se sentó a mi lado y me miró fijamente; a mí y al micrófono de la consola.

—Contesta a su saludo —me pidió—. Dile que entendemos su

mensaje y que queremos contestarle.

—¿En nombre de quién hablo? ¿Cómo me identifico?

Liánfal miró a los otros. Se le notaba la tensión por debajo de la piel, que estiraba sus músculos y hacía que algunos le temblaran.

—Dile que somos el colectivo Lumita. Y que yo me llamo Liánfal.

—Atención, emisor remoto en frecuencia 2900 MHz, este es el colectivo Lumita respondiendo. ¿Me capta? Identificador del hablante: Liánfal.

El mensaje automático de la nave se cortó instantáneamente y oímos una voz igual de andrógina pero amable, quizá esperanzada.

—Liánfal, aquí la nave semillera *Icaria.* Encantada de poder hablar con alguien al fin. Estoy situada en la órbita baja a 35.000 kilómetros de altura, cerca de la cima del ascensor estelar. He enviado un emisario a tierra, uno de los trenes magnéticos del tallo, con una muestra del material sensoactivo que llevo en mis bodegas. ¿Pueden recogerlo cuando llegue?

No sé qué fue lo que más les chocó a las mujeres, si oír hablar a algo que se identificaba claramente como una nave en órbita, o su tono tan coloquial y ansioso por establecer contacto con los humanos. Cuando uno se ha pasado su vida envuelto en el oscurantismo de los mitos y de repente logra hablar con ellos, y estos suenan a colega que desea compartir un almuerzo contigo e invitarte a su casa, en lugar de a voz divina y retumbante… algo se rompe en los cimientos de tu fe. Se vuelve más trivial.

—Estamos todavía a ciento diez kilómetros de distancia de la base del tallo —dije con una sonrisa—. Pero será un placer desplazarnos hasta allí para recibir ese tren. Gracias. Por favor, no rompa el contacto.

—De acuerdo, seguiré escuchándoles de modo permanente. Avisen cuando lleguen al Hilo, por favor. Podremos intercambiar más objetos e información.

La euforia estalló en la habitación. Mi felicidad estribaba en haber descubierto la llave que necesitaba para salir de este planeta bárbaro e intentar llegar a un lugar más civilizado del universo. Para los demás… es complejo de explicar. Vi en sus ojos una mezcla de satisfacción por sentir que estaban acabando una era, y temor por lo que pudiera traer la siguiente. Éramos plenamente conscientes, ellas más que yo, que una etapa de la historia de la humanidad en Enómena estaba llegando a su fin, y que para bien o para mal otra estaba a punto de estrenarse.

De pronto, Vala congeló su expresión de felicidad y se quedó mirando

pasmada por la ventana. Señaló algo en el horizonte, algo que se acercaba a toda velocidad.

—Esperad… ¿qué es eso?

Un objeto pequeño y veloz se aproximaba a la estación dejando una estela de polvo. Cuando llegó al lago no se detuvo, sino que lo cruzó volando por encima. Era un vehículo repulsor, EV, como nuestros camiones, pero su poco peso le daba más capacidad de sustentación, y podía flotar sobre el agua.

—¡Dravitas, nos han encontrado! —exclamó Arthemis, y bajó a toda prisa por el ascensor preparándose para el combate. La acompañamos, y cuando estuvimos fuera del edificio vimos que el objeto era en realidad una moto con un diseño extraño, como si le hubieran soldado un *sidecar* al sillín del conductor. El motorista se había detenido al lado de las dos cajas de los camiones que los pyghast habían dejado tumbadas de costado, como juguetes rotos, y sacudía la cabeza como diciendo: «Tch, tch, qué desastre».

Entonces nos vio salir del edificio, y su mirada se cruzó con la de Vala.

Cuando el hombre empezó a avanzar hacia el edificio, con aquel rostro hermoso, claro y abierto por bandera, circundado por una barba marrón, aquella a la que llamaban Vala empezó a llorar. Pero no era un llanto amargo, sino de sorpresa, de felicidad. Salió corriendo de la estación y, cuando sus ojos y los del hombre se encontraron, tuvieron el súbito impulso de hablarse sin palabras, usando el lenguaje de los sentidos. La sobrecogedora experiencia de lo inminente.

Corrieron el uno hacia el otro y se fundieron en un largo, cálido y profundo abrazo, lleno de besos, de te quieros, de te he echado de menos, y de esa fuerza interior que llena de energía a cualquier escalador para ayudarle a superar el declive de la montaña. Eran amantes, comprendí. Y por lo que me contaron después, un miembro muy valioso de la tribu al que creían muerto.

—¡Telémacus! —Los demás también corrieron a abrazarlo. Del edificio salieron otros lumitas, entre ellos su hijo Veldram.

—¡Por los dioses, papá, ¿qué te ha pasado?!

—Nada que no se empiece a arreglar con una cerveza…

Hubo lágrimas y gemidos sordos. Cuando al fin le dejaron un poco de espacio para que respirara, el agobiado y sonriente guerrero dijo, sin dejar de abrazar a su familia:

—Es una larga historia, os la contaré luego. Tenemos que darnos prisa

en salir de aquí: cuando venía, adelanté a unas tropas dravitas. Se acercan en vehículos de alta velocidad, seguramente un grupo de exploración.

Eso le proporcionó sustancia a nuestra inquietud. También en mi entorno habitual había cables peligrosos, y cosas que si las tocabas te hacían daño.

Arthemis juntó las cejas.

—¿Cuántos vehículos?

—Solo dos, pero cargados de tropas. Si había más, no lograron sobrevivir al cruce del barranco ardiente. Pero esos dos vienen que echan humo.

En la cara de Vala se abrió una fisura y, por un instante, algo miró a su marido desde el otro lado: la metálica, rutilante faz del terror. Fue solo un instante, pero sirvió como punto y aparte. Sus ganas de olvidarse de todo y pasar un rato a solas celebrando la resurrección de su esposo —y, si se terciaba, preludiar el sueño con una larga e intensa sesión de amor—, acababan de desvanecerse.

—Tenemos que probar los camiones a ver si siguen funcionando. Hay que realizar una evacuación rápida. —En ese momento, el cazador reparó en mi presencia y se tensó—. Supongo que habrá una explicación coherente para… eso.

—Se llama Goeb. Es un ingeniero naval. No es de este planeta.

—Ya… eso lo he deducido nada más verlo. ¿Estás de nuestro lado, Goeb?

Me adelanté y le saludé a la antigua, con una sutil reverencia. Mis tubos dorsales se agitaron como trenzas.

—Soy un náufrago, y como tal, lo único que deseo es encontrar un bajel que me lleve a casa. Si me permitís que os acompañe hasta el Hilo, creo que os seré de mucha ayuda. Ya he establecido una conexión por radio con el *Icaria*.

—¿Con el qué…?

—No hay tiempo para eso. Mirad —dijo Arthemis, con voz grave. A todos nos pareció que se le alargaba un poco la cara.

En la distancia, perfilados por nubes de polvo, había dos objetos de perfil agresivo que se hacían grandes a ojos vista. Parecían blindados llenos de púas y cañones. Estaba claro que nos alcanzarían mucho antes de que pudiéramos poner los camiones a punto.

—Vamos dentro del edificio —ordenó Telémacus, haciéndose cargo

(como era habitual en él) de la situación—. Nos parapetaremos.

—No nos quedan armas ni mercenarios —dijo Arthemis, no como pájaro de mal agüero sino simplemente para constatar un hecho—. ¿Qué les vamos a lanzar, insultos?

Los nudillos de Telémacus crujieron cuando se los apretó.

—No lo sé, pero no pienso morir aquí fuera sin hacer nada. Démonos prisa, no tenemos mucho tiempo.

PADRE ADDAR

En pocos minutos, Telémacus puso al día a todo el grupo —incluida a esa nueva y estrambótica adquisición, el ingeniero— de sus aventuras. Todos escucharon con atención y con cara de pasmo el episodio que narraba lo que encontró en las profundidades del mundo, cuando cayó a través de mareas de magma hasta el reino de los taelon. También relató cómo había perdido su armadura a manos de Blélox, el robot fanático religioso, y su rápida huida a través del desierto en la moto que le robó. Ahora estaba aquí, reunido por fin con su familia pero sin armas ni coraza, ni nada con lo que hacer frente a aquellos nuevos enemigos que se acercaban. Los nudos de la mala suerte vibraban como un cordón tensado.

Goeb no paraba de alucinar. Las piezas de aquel complejo puzle llamado Enómena, con sus vastos secretos y sus intrincadas relaciones, parecían encajar con asombrosa precisión. Era como si el destino se hubiese confabulado para destapar todos sus regalos sorpresa a la vez, de modo que cada uno remitiera al siguiente. Los mundos de arriba y de abajo colisionaban en el centro sacando a la luz secretos que llevaban sepultados ni se sabía el tiempo, en un sitio donde normalmente la rareza demandaba castigo.

—Una civilización oculta de evoanimales inteligentes… —se asombró el ingeniero—. Me encantaría tener una conversación con ellos.

—Dejaremos eso para más tarde. Como de costumbre, lo urgente no deja tiempo para lo importante —dijo Telémacus—. Dime, Goeb, ¿hay armas en este lugar, o algo que podamos usar para defendernos? ¿Algún vehículo rápido en el que podamos escapar?

—Uhm… ninguna de las dos cosas, me temo. Cuando llegué a este planeta dejé estacionada mi nave en lo alto del Hilo, y bajé en uno de sus ascensores de alta velocidad. Luego vine hasta aquí en un EV, pero hace tiempo que pasó a mejor vida.

—Estupendo. —Unas arrugas aparecieron en el rostro del cazador. Iba a añadir con sorna «Pues a menos que ocurra un milagro estamos jodidos», pero se contuvo para no machacar a los que le estaban escuchando. Miró por las ventanas, buscando algún elemento del paisaje o de la estación que pudiera ayudarlos en la lucha que se avecinaba. Unas nubes traviesas estaban encaneciendo el suelo con sus gotitas, y también los espejos, cuyo recuerdo del sol había quedado reducido a una fotografía color lodo en sus paneles.

—Creo que voy a salir ya para ir poniendo en marcha los camiones, si es que esa tormenta galvánica no los ha frito por dentro —dijo Arthemis.

—Espera. Ingeniero, ¿qué es esa rampa curva tan alta?

—Oh, una catapulta electromagnética. Para lanzar cargas al espacio o ayudar a despegar naves con diseño basado en la propulsión y no en la antigravedad.

—¿Y funciona todavía…?

El ingeniero se encogió no de hombros, pero sí de tubos.

—Supongo. Hace muchos años que no se enciende, pero en teoría debería estar operativa. ¿En qué está pensando, señor?

Telémacus afiló los ojos.

—En el significado más antiguo de la palabra catapulta…

Alguien dio la alarma: los dravitas habían llegado al borde del lago. Se habían detenido con sus vehículos aeroflotadores pesados con pinta de blindados de combate. Parecían tener el mismo problema de flotabilidad que los lumitas se habían encontrado con sus camiones, así que por el momento se lo estaban pensando. Como Telémacus se temió, era un grupo de exploración y castigo, seguramente enviado por el Kon-glomerado al ver que su líder no regresaba tras el accidentado vadeo del Devianys. Encima de cada vehículo se apelotonaban sicarios como en una vieja película de persecuciones. Parecían caravanas ambulantes llenas de celebridades menores del mundo del homicidio.

—No tardarán en encontrar una manera de cruzar. ¡Que todo el mundo se ponga a amontonar lo que encuentre contra las ventanas, hay que crear barricadas! —La gente, asustada, se puso en marcha—. ¡Vosotros, empujad hacia aquí esos escombros! —Más manos—. Goeb, pon en marcha los motores de la catapulta. Y prepárate para reorientar todos esos espejos solares.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó Vala, mirando con temor a su marido. La expresión de él estaba deslizándose de nuevo peligrosamente

hacia el delirio.

—Confía en mí. Saldrá bien.

—¿Y si te matan?

—Bueno, en esa situación ya estamos ahora. El cambio solo puede venir a mejor.

La alargada cara de caballo del ingeniero pendía sobre él, preparada para relinchar. *Ecce fectum*. Pero no lo hizo, sino que volvió a la sala de control y empezó a apretar botones. Mientras tanto, los lumitas cogieron todo lo que había a mano y podía ser usado como arma contundente —sillas, patas de mesas, cristales rotos, incluso mazos improvisados con telas enrolladas y mojadas—, y se apostaron al lado de ventanas y puertas. Junto a la principal estaban apostados Telémacus, su hijo y Arthemis. En un momento dado, ella le sonrió.

—Desde luego, eres mi clase de hombre. Los tienes muy bien puestos.

—Gracias, Arthemis, pero no hago esto por mí, sino por mi familia.

—Eso lo vuelve aún más meritorio. Lástima que ya estés comprometido, semental.

Veldram la miró con enojo, pero se quedó callado. Aquello, si acababa siendo un problema, era algo que tendría que resolver su padre, no él.

—Hay gente adicta al riesgo y a las emociones fuertes —dijo Telémacus, divertido—. Es posible que si sobrevivo al día de hoy intente introducir la palabra tomato en el lenguaje. Si la gente se cansa de arte y de quehaceres cotidianos, dales tomato.

—Apoyo la moción. Vamos a darles tomato del bueno a esos cabrones. —Arthemis hizo un gesto hacia el primer vehículo, que había puesto sus motores repulsores a máxima potencia y estaba empezando a cruzar el lago—. Atención, ya vienen. Lo primero que tenemos que hacer es agenciarnos alguna de sus armas. Con palos y piedras no vamos a ninguna parte.

—De acuerdo. Tú vete por la izquierda, yo por la derecha. Intentemos atraerlos a la base de la catapulta. Goeb, ¿estás preparado? —preguntó Telémacus por la mini-radio.

—Sí. Control de giro de los espejos, listo. Calculando el ángulo de incidencia del sol.

—Maldita sea, si no estuvieran todas esas nubes… Más mala suerte.

Tenía el mal hábito de pronunciar esas palabras, «mala suerte», entre comillas. Pero es que para él no eran un factor irremediable del destino,

sino algo contra lo que se podía luchar si uno se esforzaba lo suficiente.

El primer blindado estaba a medio camino de la orilla, levantando olas de dos metros a medida que sus motores se asfixiaban intentando mantener la caja superior a flote. Dos figuras veloces abandonaron el edificio y corrieron a ocultarse tras los espejos: Telémacus y Arthemis, cada uno por un lado del campo. Cuando el vehículo tocó tierra, y justo antes de que los soldados que llevaba encima saltaran a la arena, el cazador hizo una especie de silbido de pájaro por su intercomunicador, dándole una orden a Goeb. Este apretó el botón que controlaba la inclinación del bosque de espejos y orientó los que no estaban estropeados en un ángulo tal que cogieron esa bola fría y brillante del cielo y la concentraron desde cientos de puntos diferentes sobre el blindado. La consecuencia fue que el mundo pareció estallar en un fulgor incandescente alrededor del vehículo. Apenas había calor asociado a ese resplandor, pero tampoco hacía falta: el plan de Telémacus no lo necesitaba.

El acto reflejo de los dravitas fue el esperado: taparse la cara y lanzar un grito de asombro. Sus cascos provistos de visión mejorada no pudieron soportar la repentina visita del sol a ras de tierra y se saturaron, mostrando a sus usuarios campos quemados de ceniza estroboscópica. Eso les dio a Telémacus y Arthemis los segundos que necesitaban para correr hasta la caja del vehículo, subirse encima de un salto, cada uno por un lado, y hacer la misma acción: tirar a un soldado fuera del vehículo, sin contemplaciones, y quitarles a otros dos las anillas de las granadas que llevaban en los chalecos. Luego, saltaron al suelo y se cubrieron la cabeza.

El estupor de los enceguecidos soldados no tuvo límites, y menos cuando al recuperar la visión lo que vino con ella no solo fueron imágenes, sino también sonidos: el tictac letal de los explosivos. Les dio tiempo apenas para mirarse unos a los otros con incredulidad, cuando las granadas explosionaron en cadena: primero las de los hombres atacados por los dos mercenarios, y a continuación y en una oleada imparable, las que llevaban sus compañeros de pelotón. El resultado fue un hongo de fuego que convirtió el blindado en una seta triturada.

Habían muerto todos salvo los que ellos habían tirado del vehículo. En cuanto la lluvia de restos dejó de precipitarse sobre ellos, Telémacus agarró la cabeza del soldado y le partió el cuello. A continuación, le arrebató lo que llevaba encima: armas de mano, granadas, radio. Arthemis hizo lo propio y se reunió con él rodeando a la carrera el blindado.

—¡Ha salido bien! ¡No me lo puedo creer!

—Sí, pero no funcionará por segunda vez. Mira. —El hombre señaló

el segundo blindado, que alzaba hacia el cielo unos tubos negruzcos—. Mierda… ¡morteros! ¡A cubierto!

Salieron corriendo para alejarse de los restos del vehículo, ya que seguramente el artillero los estaría usando como blanco, y se refugiaron bajo los espejos. Del segundo blindado surgieron unos trazos de humo lanzados al aire, acompañados por unos tosidos, y cuando cayeron a tierra hicieron explotar la zona circundante al primer vehículo. Los espejos se transformaron en ondas de cristal triturado. Telémacus lanzó un improperio cuando muchos de esos pedacitos de cristal se le clavaron en el cuerpo, y deseó haber tenido puesta su armadura. Por fortuna, las heridas no fueron profundas, pero le dejaron la piel llena de cortes.

El blindado terminó de cruzar el lago y trepó a tierra con un esfuerzo mecánico. Los dravitas, casi inmediatamente, saltaron de la caja al suelo: no querían que les pasara lo mismo que a sus compañeros del primer tanque. Telémacus le hizo una señal con el puño a Arthemis y corrieron de vuelta al edificio principal, tirando hacia atrás casi sin mirar las granadas robadas a los muertos. No buscaban causar bajas, solo crear un estado de confusión que les diese cobertura. A su alrededor, el aire se llenó de descargas láser que dejaban supersónicos rastros de ozono.

—¡Goeb! ¿Cómo va esa catapulta magnética? —gritó Telémacus mientras corría. El ingeniero deslizó su voz entre chispazos:

—Operativa, pero si quieres usarla, dímelo con tiempo para ir cargando el disparo.

—¡Cárgalo ya! Intentaré atraer al blindado hasta su base, a ver si lo podemos poner en órbita como un tirachinas.

El cazador salió corriendo hacia un lado, separándose de Arthemis. Esta llegó al edificio, se lanzó de cabeza por una ventana y, una vez parapetada dentro, abrió fuego contra los soldados con el fusil robado. Vio la figura de Telémacus corriendo a todo lo que daban sus piernas mientras los destellos láser silbaban a su alrededor como ascuas de luz. En su persecución no fue el blindado, pero sí media docena de soldados. Estaban mucho mejor armados y motivados. Por la cabeza de la cazadora empezó a rondar un fantasma cruel, el del fracaso, susurrándole sus espantosas letanías: que si no podrían sobrevivir a este ataque; que si su viaje iba a concluir aquí pasara lo que pasara; que si…

Telémacus llegó a la base de la enorme catapulta y miró hacia arriba, a la gran pista metálica que se curvaba hacia el cielo, como si fuera una pista de aterrizaje para aviones que describiera una curva. Había algo fluido, insustancial, en la pesadez misma de aquella masa metálica, de aquel

monolito compuesto por centenares de torres distintas amalgamadas, donde las partes y el todo llevaban el mismo nombre. Como si hiciera falta —que no lo hacía—, tenía pintadas marcas de dirección en su superficie plana, flechas que indicaban «hacia adelante», aunque cualquier cosa que ganara inercia allí solo tenía un lugar por donde salir: la cúspide de la pista, en dirección a las estrellas.

Notó la pesadez de los campos magnéticos abriéndose paso por el aire. Destellaban en los ángulos y los filos de una especie de cañón lineal, la catapulta en sí, situada en la base del aparato; esta máquina era la encargada de conferir a los paquetes que iban a ser lanzados el impulso inicial. A lo largo de la pista había muchos más aceleradores, cuyos campos contribuían a mover el paquete y a que ganara una cantidad brutal de momento angular. Si tan solo pudiera situar delante del cañón el vehículo de los dravitas… lo mandaría de regreso a Tájamork de una patada en su magnético culo.

Se parapetó tras el borde de la pista y devolvió el fuego a quienes lo perseguían. El blindado estaba yendo directo al edificio. Telémacus sintió ganas de estornudar por el polvo de los impactos y se pellizcó el puente de la nariz. ¡Vaya momento para ciertas funciones corporales! Lo que menos le gustaba era que el vehículo no le hacía ni caso, por mucho que le disparase. A lo mejor se veían venir la trampa, o consideraban que el premio que les esperaba en la estación era mucho más goloso que un hombre solo, pero lo cierto era que el plan de atraerlo hacia la catapulta no estaba dando resultado.

Maldita sea, si tan solo les sonriera la suerte aunque fuera una vez…

En ese momento sucedió algo que nadie, ni lumitas ni dravitas, esperaba. Ni siquiera tuvieron claro de qué se trataba, aun viéndolo desde lejos. Lo único que Telémacus supo fue que un tercer jugador hizo acto de presencia en el campo, y que se plantó como una figura muy difícil de describir en el borde del lago, detrás de los atacantes.

Telémacus fue el primero en extrañarse. Afiló los ojos a ver si enfocaba mejor, pero solo se advertía la presencia de una figura humanoide desdibujada por el polvo. Era muy alta, eso sí, más de dos metros, aunque sus proporciones eran indudablemente bípedas. Sin embargo, había algo en ella… irreal. Complejo. Parecía más una proyección holográfica que un ente sólido, porque su contorno temblaba, y resultaba muy difícil fijar la vista en él. Como si siempre estuviera desenfocada. Pero sobre todo, aquella figura emanaba una increíble sensación de amenaza, a pesar de que todavía no había hecho ningún movimiento hostil. Los dravitas también lo percibieron y giraron el blindado para apuntarle con sus armas.

Los soldados abrieron fuego, y la criatura se movió. Dejó algo parecido a un eco de imágenes en el aire al desplazarse, como si se fuera olvidando atrás efímeras fotografías de sí misma que congelaban instantes en el tiempo. Esas fotos no duraban más que unas décimas de segundo, pero el ojo las captaba, y sabía que no eran alucinaciones.

El ser se acercó a los soldados sin preocuparse de si los disparos de energía impactaban sobre él o no. En realidad, parecía sacar provecho de ellos, pues cada láser que le golpeaba parecía abrirse como un abanico de frecuencias y alimentar el campo que protegía a la criatura. Entonces comenzó a matar soldados, y no fue un espectáculo hermoso: a Telémacus se le desorbitaron los ojos cuando vio la técnica que empleaba, una especie de proyección de sus «instantes de realidad» como armas. El ser levantaba una mano, y ese movimiento generaba ecos cuánticos que cortaban el aire como fracturas en la fábrica de la realidad. Esas fracturas cortaban los cuerpos humanos y los montantes de los espejos solares como si estuviesen hecho de humo. Pronto, la tierra empezó a llenarse de cadáveres de dravitas mutilados, de trozos de los espejos que aún quedaban en pie, e incluso de partes del vehículo blindado, cuyas corazas no servían para detener aquello.

El asombro en el rostro de Telémacus no solo vino a cuenta de la aparición de este ser, ni de lo que estaba haciendo con las fuerzas militares, sino porque sabía lo que era. Nunca lo había visto, pero había oído las leyendas… y además, era el premio máximo al que Arthemis quiso aspirar cuando trató de hacerse con la Llave de Iridio: aquella cosa era un hecatonquiro, sin duda alguna, la mayor arma concebida por el Imperio Gestáltico. Un androide de combate que jugaba con la fábrica de lo real a la hora de desplegar su potencial ofensivo. No había nada ni nadie en Enómena que pudiera resistírsele, ni siquiera sus supuestos controladores. El loco de Padre Addar había puesto en funcionamiento una de aquellas cosas, quién sabía si la última que quedaba en Enómena.

Y ahora estaba allí, descontrolada. Haciendo lo único que sabía: matar.

Si esa cosa llegaba al edificio no dejaría ser humano con vida. Ningún lumita viviría para contarlo. Así que Telémacus tenía que hacer algo para, si bien no destruirlo —mucho se temía que no había ningún arma en el planeta capaz de hacerlo, ni siquiera los ingenios nucleares—, sí lanzarlo muy lejos de allí.

Miró la catapulta y se preguntó si el cuerpo de un hecatonquiro sería vulnerable al electromagnetismo. A lo mejor ni siquiera eso tendría poder sobre él.

—¡Tenemos que llevarlo hasta la catapulta! —gritó por el intercom.

Le respondió Arthemis:

—¡Juguemos al gato y al ratón! ¡Yo seré la ratoncita!

La cazadora salió por la misma ventana por la que había entrado, dejando una cohorte de lumitas atónitos y aterrorizados detrás, y echó a correr por el campo de espejos hacia donde estaba Telémacus. De camino, liquidó a un par de soldados que huían del monstruo sin saber que la tenían a ella detrás.

—¡Eh, bicho, engendro, mala cosa! —le gritó al hecatonquiro, haciendo aspavientos—. ¡Mírame a mí, estoy aquí! ¿Quieres pasar un buen rato? ¡Sígueme!

El monstruo dio un salto y cayó convertido en una cuchilla cuántica sobre el blindado, el cual se partió espectacularmente en dos pedazos con una explosión limpia, seca y casi sin ruido. Los dravitas supervivientes gritaban de pánico y le disparaban con sus armas personales, sin saber que ya estaba todo perdido. Que ante tamaña fuerza imparable de la naturaleza —de la tecnología, más bien—, no había nada que hacer. Estaban todos muertos, y lo sabían.

El hecatonquiro miró a Arthemis. Y sucedió algo muy extraño.

Se quedó inmóvil durante unos segundos, como desorientado o demasiado sorprendido para moverse. Miraba a la mujer pero no como un objetivo más, otra insignificante hormiga que quitarse de encima, sino como si la *reconociera*. Como si la hubiese visto en alguna otra vida, y un eco de esas memorias volviera inesperadamente a él.

Arthemis tuvo que ahogar un grito de asombro cuando se dio cuenta de que *reconocía* los rasgos faciales del monstruo: de algún modo, la cara de aquella cosa era la misma que la de Padre Addar, solo que consumida por los procesos estocásticos que rodeaban como una concha a aquel androide. Pero seguía siendo él, no le quedó la menor duda: de algún modo, bestia y hombre se habían fusionado en una entidad, y compartían nombre y definición.

Aquel engendro la había reconocido de cuando Arthemis lo encañonó en el palacio del drav, en su fortaleza móvil. De cuando incineró a su amo, el drav Bergkatse. Parte de ese recuerdo transformado en odio tuvo que influir de algún modo en el comportamiento del hecatonquiro, porque dejó de avanzar hacia el edificio y se encaró con la pista de la catapulta. Iba a por Arthemis.

La cazadora llegó hasta donde estaba parapetado Telémacus y dio un salto por encima de la barrera, cayendo a su lado.

—¡Es Padre Addar, ese malnacido!

—¿Quién?

—¡El monstruo! ¡Tiene su cara!

Telémacus dejó que se le escapara un tic gracioso.

—Pues creo que él también nos recuerda a nosotros, porque viene hacia aquí.

—¿Por qué está atacando a los dravitas?

—Creo que esa cosa ya no distingue amigos de enemigos. Simplemente, elimina todo lo que se encuentra a su paso. Por eso nunca las usaron en las guerras supremacistas.

—¿Opciones?

El cazador miró el cañón lineal magnético de la base de la catapulta. Tenía cincuenta metros de largo por veinte de alto, y su estructura temblaba con la fuerza del electromagnetismo que tenía comprimido en sus entrañas. Se notaba que estaba deseoso por dejarlo escapar en una violenta diástole.

—Goeb —llamó por la radio cuando en algún recoveco de sus pulmones encontró aire suficiente—, estate atento para conectar la catapulta.

—¡No puedo, estáis vosotros dentro! —advirtió el ingeniero.

—Calla y obedece. Es nuestra única posibilidad de sobrevivir. Cuando te dé el ya… aprieta el botón. Y no dudes.

Las nubes de polvo se apartaron para dejar pasar al hecatonquiro, que se acercó a ellos caminando. Andaba con perezosa rapidez, con esa desmayada, hipnótica premura que tienen algunos fenómenos atmosféricos mientras uno los ve acercarse. El polvo resbalaba por encima de él, pero al mismo tiempo lo desdibujaba, le privaba de corporeidad. Lo convertía en un esbozo de ser humano ejecutado a carboncillo sobre un lienzo más gris que blanco.

No había el menor rastro de detrito de la batalla sobre su cuerpo: ni sangre, ni barro ni metralla. Estaba limpio, envuelto en un impoluto campo de improbabilidad, como si acabase de llegar al escenario de la lucha y nada de aquello fuera con él. Ahora que se daban cuenta, el ser no proyectaba una única sombra sobre el suelo, sino varias que fluctuaban y se fundían unas con otras en una especie de danza cuántica.

—La llevamos clara —dijo Arthemis—. Pero de verdad.

—Puede que sí. O puede que…

Tiró al suelo las armas y todo lo metálico que llevaba encima y retrocedió unos pasos hasta situarse en el centro de la pista de despegue, justo en frente del cañón. Notó un temblor bajo la suela de sus zapatos, un movimiento telúrico, como si la enorme estructura se hubiese colapsado sobre sí misma, hundiéndose un centímetro en la tierra. El polvillo acumulado durante años sobre la pista trepaba por ella hacia arriba, soplado por pulmones invisibles. El cabello de Telémacus se puso de punta.

—¿Piensas hacer de cebo? —preguntó Arthemis, enfadada—. ¡Ni hablar, amigo! Esta vez me toca a mí ser la heroína.

—Arthemis, aléjate, no seas estúpida.

—Y tú no seas capullo, anda. Ya has agotado tu cupo de heroicidades de hoy.

—¡Escúchame! No tenemos tiempo que perder en discusiones. Necesito que trepes encima del cañón y estés preparada para derribar esa torre. —Señaló uno de los anillos que servían para orientar la fuerza magnética y mantenerla dentro del ámbito de la pista. Tenía forma de pulsera de aluminio de diez metros de altura, y formaba parte de una larga serie de argollas que se sucedían a lo largo de la pista, hasta la cúspide, como si abrazaran la ruta que debían seguir las naves—. *¡Hazlo, ya!*

Arthemis sabía que discutir en aquella situación sería inútil, por lo que lanzó una expresión malsonante, haciendo ese ruido tan suyo de rechinar los dientes. Salió corriendo hacia el cañón, trepó como una araña y se puso en cuclillas sobre su boca, apuntando a la argolla.

El hecatonquiro llegó hasta el borde de la pista y no se molestó siquiera en levantar las piernas para sortearlo por encima: se limitó a seguir caminando y pasar a su través como si fuera un fantasma, como si sus átomos pudieran fluir libres a través de la materia sólida, reconfigurándose para filtrarse entre los huecos intercelulares. Telémacus sintió que las piernas se le volvían de mantequilla. ¿Cómo era posible que los Antiguos tuvieran esa clase de tecnología, y aun así su Imperio se colapsara? ¿Qué clase de cataclismo tuvo que suceder…?

Como le había dicho Arthemis, aquel monstruo de más de dos metros de altura, casi tres, tenía la cara de Padre Addar, el Intérprete de los Muertos. Pero no era un rostro vivo, funcional, sino más bien una fotografía desvanecida, la imagen que una lápida proyecta de la persona a modo de resumen de su vida. No un examen exhaustivo de una persona, sino solo sus titulares en negrita. Imaginó que en algún momento el desgraciado de Addar se había encontrado con aquel monstruo, y que este lo había asimilado de alguna manera, agregándolo a su código genético. ¿Estaría

Padre Addar todavía por allí, en alguna parte? Quizás como escolio, como nota a pie de página; puede que un archivo de datos mnemotécnicos perdido por algún lado. Pero no creía que hubiese sobrevivido como entidad libre a la fusión de cuerpos.

El ser examinó a Telémacus con desgana, y le ignoró, buscando a la mujer. Era ella a quien quería. El odio era un barco cuya quilla dejaba estelas alargadas en el mar de la conciencia. Y aunque el androide no fuera *en rigor* Addar, seguro que tenía tantas ganas como él de ajusticiar a la asesina que había incinerado al drav.

—¡Ahora! —gritó Telémacus para los dos: Goeb y la cazadora.

Los siguientes cinco segundos parecieron alargarse una eternidad. Una eternidad dividida en breves escenas de no más de medio segundo: Arthemis apretó el gatillo y su descarga golpeó la base del anillo, pero no la destruyó. Se quedó colgando a medio caer, el arco de metal bailando sobre la pista de aceleración pero sin desprenderse de su base. Telémacus echó a correr a lo máximo que daban sus piernas, llegó al borde de la pista y saltó acrobáticamente por encima, rodó por el suelo y agarró el rifle que había tirado antes. Pero el hecatonquiro tampoco se quedó quieto: mientras Goeb apretaba el botón de disparo de la catapulta y soltaba las riendas de los superconductores que ardían de histéresis, alzó con decisión un brazo y envió hacia Arthemis uno de sus ecos-cuchilla.

Telémacus vio cómo el cuerpo de la mujer sufría una convulsión y desaparecía de su vista, cayéndose hacia atrás por el otro lado de la catapulta. Exhaló un histérico:

—¡¡No!!

…Y apuntó con su arma al anillo dañado. Sus disparos terminaron de desprenderlo, y lo vio caer como una masa grande pero poco pesada en el canal de aceleración del Gauss. El peso no contaba mucho en aquel experimento: tal y como había planeado, la argolla metálica lo que hizo fue caer bajo la potentísima influencia del cañón, y fue disparada a varios centenares de g de presión hacia arriba, siguiendo la curvatura que marcaba la pista. El hecatonquiro estaba delante de ella, en su trayectoria, y quizás no fuera capaz de atravesarla como hizo con los otros objetos, o puede que la velocidad a la que lo golpeó no le diera tiempo a activar esa función de su cuerpo —o tal vez era que algún vestigio de decencia en aquella tecnología que los siglos habían dejado intacto todavía recordaba lo que era sentirse útil—, pero lo cierto fue que la argolla se llevó con ella al monstruo como una escoba que barre con contundencia a un insecto.

Telémacus sintió que el corazón le daba un vuelco cuando vio los dos

objetos salir disparados hacia arriba, en el centro de un torbellino de arcos voltaicos, el monstruo temblando como si cada átomo de su poderoso cuerpo hubiera sido utilizado para resistirse a aquel efecto, y no lo hubiese conseguido. Salieron proyectados por el extremo superior de la pista hacia el cielo, hecatonquiro y anillo, y se convirtieron en motas de polvo en la distancia. Se elevarían probablemente veinte o treinta kilómetros antes de empezar a caer de nuevo, y cuando lo hicieran, la parábola los llevaría a impactar contra alguna montaña a cientos de kilómetros de allí.

—Chúpate esa, cabrón —masculló. Y salió corriendo a ver qué le había pasado a Arthemis.

Cuando la encontró tuvo que morderse el labio: la mujer estaba tumbada en un charco de sangre, mirando sin ver un techo que no le resultaba familiar, un techo llamado cielo. La guadaña invisible del monstruo le había cercenado de cuajo el brazo derecho a la altura del hombro, pero venía desde más abajo, trazando una línea de sangre que también le había amputado una pierna y media cadera. Milagrosamente, estaba viva. Sus ojos llorosos miraban entre temblores aquel cielorraso que su cerebro se empeñaba en negar como algo lógico.

Telémacus le cogió con suavidad la cabeza.

—¡Arthemis! Joder… ¡Mierda!

—N… no te preocupes, no siento nada —balbuceó ella, ensayando una sonrisa—. Creo qu… que… estoy más allá del dolor… Eso es una buena noticia, ¿no?

—Lo es… Maldita sea, todo esto es por mi culpa. —Sacudió los puños como queriendo hacerle daño al aire. Ella le puso una mano manchada de sangre en el hombro.

—Esta es la vida que elegimos, amigo… Una vez te dije que la única manera que existe de triunfar en esta lucha es abandonándola. ¿O se lo comenté al aborto giratorio? No lo recuerdo bien. Si no hubiese sido aquí, en esta historia, habríamos terminado en el punto y final de otra. Este mundo es un desastre, T… Telémacus. Podrido hasta la médula, demasiado enfermo de maldad y tristeza… Llévate a tu gente a otro, si puedes, muchas luces cielo arriba…

—Lo haré. —Al cazador se le licuaron los ojos—. Todo habrá pasado pronto, y estaremos ya en el Hilo, la carretera que conduce a las estrellas. Donde ya no habrá tiranos que nos persigan para reclutarnos en sus guerras inútiles; donde los mares antigravedad están llenos de agua además de aire, y los peces acuden por sí solos a nuestras redes para que los cojamos; donde las canciones, nada más brotar de tus labios, adquieren vida propia y

ya no se extinguen nunca, pues hay algo mágico en el aire que las mantiene vivas y las dota de conciencia; donde hay tanto vacío que queda mucho espacio para moverse; donde los que aquí somos guerreros colgaremos para siempre las cartucheras y ya no tendremos necesidad de matar a nadie, nunca más…

—Llévatelos a ese lugar, sí. —Sus ojos se fueron apagando—. Y no mires… atrás…

La mujer nunca acabó aquella frase. El cazador bajó la cabeza en un movimiento que le llevó un largo minuto, aunque solo la movió unos pocos grados. Sentía más que veía a los lumitas viniendo a la carrera hacia él. Eran proyecciones desdibujadas contra un tiempo que corría a una velocidad distinta, formando una pantalla a su alrededor, ralentizando los cuerpos y manteniéndolos a una distancia prudencial de su congoja.

Apretó la mano de Arthemis y le bajó los párpados. No lloró, pero exhaló unas bocanadas de aire, sinceras, aturdidas. Se había encontrado muchas veces con la muerte, pero la de una amiga siempre lo tocaba más de cerca.

Miró al Hilo. Estaba muy cerca ya. Si lograban poner los camiones en funcionamiento puede que alcanzaran la base en pocos días. Había que ponerse en marcha sin más dilación: estaba seguro de que el hecatonquiro no había sufrido daños severos, y que volvería. Solo era cuestión de tiempo.

Llévate a tu gente a otro planeta, muchas luces cielo arriba.

Eso pensaba hacer. Ya no habría nada que se interpusiera en su camino. Esta vez no lo haría por su familia, aunque ellos siempre estaban ahí. Lo haría por sí mismo, maldita sea, por su satisfacción personal. Y que alguien se atreviera a reprochárselo.

[2] Ver «El tercer nombre del Emperador». [N. del A.]

Tecnómadas: Tercera parte - Capítulos 16, 17, 18

Víctor Conde

TERCERA PARTE: EL HILO

16. VENCEDORES Y VENCIDOS

KAR N'KAL

—¡Silencio! —le gritó Kar N'Kal al cielo azul iónico.

Justo en ese momento, la última bomba de la batalla explosionó y todo quedó sumido en una quietud de mausoleo.

El humo se elevaba como decenas de serpientes que enroscaran lascivamente sus colas allá arriba. La planicie en la que había tenido lugar el choque de los ejércitos parecía un campo devastado por impactos meteoríticos, la mayoría ardientes aún, otros llenos de desechos humeantes y trozos de cadáveres, en las descuidadas posturas en que los sorprendió la muerte.

En mitad de la llanura se alzaba el coloso del Kon-glomerado, el cubo rodante, pero no como un dios victorioso, sino como un castillo tomado por el enemigo. Sus murallas estaban llenas de manchones negruzcos. Las inmensas cadenas de sus orugas, destrozadas, colgaban por detrás como restos de una capa desgarrada.

Kar N'Kal contemplaba orgulloso su obra. El CK26 que le había servido de vehículo de mando no había sobrevivido a los cañonazos, y yacía inmóvil como un cadáver exquisito. Pero ya no le hacía falta: había conquistado el castillo enemigo, y ese sería su nuevo cuartel general a partir de ahora, en cuanto sus hombres lo repararan. Los cañones habían deletreado el nombre del vencedor sobre el terreno con una minuciosa y terrible aplicación. El viejo dilema de quién sobreviviría a un enfrentamiento abierto entre clanes al fin había abandonado su antigua forma de cristal de sulfato, y se había precipitado hasta encontrar su forma más pura: se había transformado en una decisión perfecta, en un cristal hermoso. El ganador era él.



Ilustración: Pedro Bel

A lomos de ese palacio rodante entraría como un triunfador en las calles de Darysai y Múnegha; contemplaría desde arriba los rostros reverenciales de los habitantes de los Hábitats de Armagosa y Behoieka, y con ello, todo el reino del norte sería suyo. Sin dravs que interfirieran, había llegado la era en que los Intérpretes de los Muertos se coronarían reyes. El tiempo de los tiranos dravitas acababa hoy, y comenzaba el de los reyes humanos.

¿Cómo le juzgaría la historia? ¿Como un libertador, un tirano, un aventurero que llegó a la cima de su civilización gracias a la potencia de su cerebro? ¿Serían benevolentes con él sus descendientes a la hora de glosar su gesta?

En la historia no hay certezas, solo «quizás» en la mente de los que la revisan. La causalidad histórica no se diferencia de la ilusión estadística inventada por los que nacieron mucho después de ocurridos los hechos. Así pues, de poco valía embarcarse en supuestos: la historia empezaría con él, y Kar N'Kal sería quien escribiera la primera página. Por decreto suyo, todo lo anterior sería olvidado.

Cuando faltaban catorce minutos para las catorce, una tormenta de polvo se manifestó con la intención de correr un tupido velo sobre tanta barbarie. Era una guadaña divina con un frente de mil kilómetros que contenía una poesía sin paráfrasis adecuada. Parecía haberse gestado a raíz de la propia batalla y sus energías liberadas, reuniendo los vientos en un gélido monzón. El clima de Enómena solo se volvía así de impredecible cuando estaba próximo el periodo del Antara, aquella forma práctica de referirse al desarreglo entrópico de las órbitas solares. Thyle, el Visitante, estaba próximo a su reunión nupcial con su esposa, la estrella principal. Durante esos días el sistema solar se volvería salvaje e indómito, y nacerían millones de seres influidos por ese caos. De cara a este Antara ya no le daba tiempo a concebir un hijo en el vientre de alguna favorita, pero planificaría el nacimiento de su vástago para el del año que viene, y así nacería marcado

por los dioses. Y ay de su mujer si osaba parir en otro día que no fuese el estrictamente deseado.

Kar se metió en el interior del cubo, donde sus escuadrones de la muerte estaban ocupados limpiando los últimos conatos de resistencia. Los técnicos que cuidaban de las centrales nucleares se habían rendido o suplicaban piedad desde las almenas, agitando banderas blancas. El Intérprete paseó la vista por el laberinto de edificios y sonrió, dejando al descubierto unas ventanitas de dientes rotos. Deseaba alzar en el aire toda aquella estación gigantesca, como si fuera un recién nacido, para transmitirle un legado kármico: su gloria como estratega militar pasaría de esa manera a sus descendientes, y el misticismo siempre pendiente de profecías de su antiguo amo se volcaría sobre sus esclavos.

—No está mal —dijo Kar N'Kal, amado por soldados, caciques opulentos y señores feudales, pero odiado por centrales nucleares estropeadas. Uno de sus hombres le hizo una señal desde lo alto de una de ellas.

Subió hasta allí y vio una hilera de científicos arrodillados, las manos en la nuca y la cabeza gacha.

—¿Qué ocurre, capitán?

—Esto… no lo sé, señor. —El hombre sudaba a mares—. Creo… creo que debería ver lo que hay en este edificio. Me temo que algo está funcionando mal y que hay peligro de explosión nuclear, pero estos cerdos científicos no abren la boca. Ya he matado a cuatro intentando sonsacarles qué pasa, pero temo cargarme a más y que no demos con una solución. —Kar se dio cuenta de que la principal virtud de aquel subordinado era saber rendirse, o claudicar ante las circunstancias, sin dar la impresión de estar siendo derrotado.

Maldijo por lo bajo. Con este problema no esperaba encontrarse. Había contemplado la posibilidad de que los del Kon-glomerado estuviesen tan locos como para, en el remoto caso de que la batalla fuese mal, poner en modo sobrecarga los cuatro o cinco reactores nucleares que pudiera haber allí dentro para que entraran en un colapso crítico —lo que los expertos llamaban fallo base del sistema—, y que el palacio se convirtiera en una bomba atómica. Contaba con ello, y confiaba en poder atajarlo haciendo precisamente esto, es decir, mandando a sus escuadrones a tomar los puestos de control de cada edificio.

El Intérprete entró en la cámara principal de la central nuclear con una capa improvisada y un aire señorial que estaba dispuesto a destronar a su antiguo amo, el drav, como el más temido del lugar. Le extrañó ver un

objeto grande estrellado contra su techo, una grúa multípoda que mostraba heridas de láser, como si alguien hubiese combatido con ella. La grúa tenía algo atrapado con su largo brazo: una caja que parecía una habitación móvil, arrancada de cuajo de sus raíles.

La cámara de control no se diferenciaba demasiado de como uno podía imaginar el puente de una nave estelar: un sitio abigarrado lleno hasta lo imposible de botones y consolas virtuales y pantallas y aparatos. Había cuatro cadáveres en el suelo, entre charcos de sangre —los científicos ejecutados—, y un panorama sobrecogedor al otro lado de un ventanal: en la cámara anexa, de dimensiones mucho mayores, una mujer moribunda vestida con bata de ingeniera jadeaba en lo que ella misma sabía que eran sus últimos estertores. Seguía viva y apoyada desmañadamente en una consola, con un accionador manual en su puño derecho y una mirada de odio que podía derretir el acero.

Pero lo más impresionante estaba a su espalda. Ocupando el fondo de la sala había una especie de órgano de catedral compuesto por casi quinientos tubos hexagonales, los cuales formaban una masa temblorosa que palpitaba con violencia, entrando y saliendo como una tormenta de agujas de un titánico contenedor que se alzaba tras ellos. Las quinientas agujas, cada una a su ritmo, salían disparadas hacia afuera y volvían a clavarse en la masa metálica a igual velocidad, en una sinfonía de caos como Kar N'Kal no había visto nunca.

La científica estaba frente a ese maremagno, desangrándose. En la habitación no había otro movimiento aparte de su respiración y el baile frenético de las barras. Su mirada suspicaz no contenía el fulgor del respeto, sino el de la traición.

—¿Quién es, y qué hace? —preguntó el Intérprete de los Muertos.

—Es la directora de esta central. —El capitán tragó saliva—. Dice que como avancemos un paso más presionará lo que sea que lleva en la mano, y el reactor estallará.

Kar emitió una risa tolerante. Intentó calmarse y que no se le notara la repentina ansiedad. Se acercó al ventanal e intentó que su enclenque figura todavía resultara enorme y ominosa.

—¿Hola? ¿Me escucha?

La mujer lo miró. Sus ojos estaban tan muertos como podrían estarlo los de una persona aún viva. Tenían el color de la lejía, pues las cosas que había visto habían destruido su mirada. Y dijo algo que él no entendió muy bien, pero que fue algo así como:

—…Esto tiene pinta de gran error. Fue lo que dijo el primer colono que pisó con sus botas la superficie de Enómena. Lo dijo en un antiguo idioma que se hablaba en el Imperio Gestáltico y que no se parecía para nada a los que hablamos nosotros. Hay quien dice que en realidad lo que dijo fue «Hemos llegado al final del viaje», pero como lo soltó en plan siseo nasal incomprensible, los sonidos pudieron ser traducidos también como «Esto tiene pinta de gran error». Era lo que ocurría con aquellas lenguas extrañas, en las que captar la inflexión sibilante de un infijo no era tarea fácil. Por eso, el nombre de nuestro planeta, Enómena, significa «Gran Error» en la lengua arcaica…

—¿Puedo saber cómo se llama usted? —le preguntó Kar a la científica. Esta tardó unos segundos en responder, en lo que empujaba las palabras esófago arriba.

—Mi nombre no importa… Soy la que está permitiendo, por el momento, que usted y los suyos, malditos asesinos de mierda, sigan vivos.

La ceja izquierda de Kar se arqueó como un acero probado por un maestro de esgrima.

—¿Por qué debo creerla?

—Esta central resultó muy dañada por sus hombres en la incursión anterior, y no nos había dado tiempo de repararla. Funcionaba en un estado de equilibrio muy precario cuando ustedes, los malditos militares, decidieron empezar con sus jueguecitos de guerra… Ahora ha alcanzado una masa crítica.

—«Ustedes los militares» —se burló Kar. Por debajo del marco de la ventana, sin embargo, movía sus dedos frenéticamente impartiendo órdenes a sus hombres para que un comando entrara allí e inmovilizara de algún modo a la mujer, antes de que soltara el accionador manual—. No sé qué clase de educación habrá recibido en las escuelas de ingeniería de Bergkatse, pero esa palabra ya no designa a nadie en este mundo. Ya no quedan militares y civiles, solo amos y esclavos, los cuales se han acostumbrado demasiado fácilmente a mencionar ese fenómeno al que llaman dolor. Usted podría pertenecer a los primeros, pero ha decidido morir como los segundos.

La científica se carcajeó.

—Ay, dioses, jamás aprenderéis. Os hacéis llamar Intérpretes de los Muertos, como si las voces de los fantasmas del pasado fluyeran por vuestras bocas, pero no es así. No sois más que tiranos educados para creeros superiores a los demás, al pueblo llano. Nos despreciáis como si fuésemos cucarachas, y es por vuestra culpa que ya no queda nada del

esplendor del pasado, solo barbarie y terror. Sois la plaga que consume Enómena —escupió ella, los duros planos de su cara suavizados por un trazo de azul cielo. Se colaba por una grieta del techo que también dejaba entrever la tormenta que arreciaba.

—Venga, amiga mía. Estás a punto de morir, y aún no sé de qué hablas. ¿Otra incursión, dices? Si hubo alguna, no la ordené ni tengo conocimiento de ella. ¿Es la que provocó que se desplomara la grúa multípoda de fuera? —De reojo, vio cómo los tiradores se colocaban en posición. Los soldados estaban listos para entrar en la cámara, correr hasta la mujer y saltarle encima—. Te propongo una cosa: olvidemos el pasado. Eres una ingeniera competente, lo cual se deduce por tu cargo, y voy a necesitar gente como tú en el futuro. Te ofrezco el perdón e ingresar en nuestro equipo de comando con los mayores honores. Sanaré tus heridas y te convertiré en una mujer rica, miembro de pleno derecho de la casta dominante. Tú y tu familia seréis felices para siempre. ¿A que es un trato estupendo?

En silencio, la juventud miró a la vejez. La vejez observó a la juventud. Se calibraron la una a la otra. Quizá un minuto más tarde, la voz queda de la mujer, inaudible, se movió en la habitación penumbrosa.

—El pasado nunca desaparece. Le gusta esconderse en la música de las estrellas.

—¿Qué…? —El Intérprete de los Muertos dejó escapar un bufido atrozmente civilizado.

Las puertas reventaron y los soldados entraron en tromba, pero la científica soltó el accionador. Sus palabras quedaron envueltas en una nube de vapor y el tronar de los motores de fisión al activarse: hubo una última contracción hacia dentro de todas las barras de control a la vez, como si aquel terrible organismo de uranio estuviese conteniendo el aliento para gritar…

Y gritó.

Vaya si gritó.

La reacción en cadena fue demasiado rápida como para que la lentitud de las neuronas humanas tuviera tiempo de procesarla. Así que el cerebro de Kar nunca procesó la luz celestial que lo envolvió en un capullo de fuerza ondulatoria, ni su cuerpo tuvo tiempo de sentir dolor en el escaso microsegundo que tardó en incinerarse y convertirse en un viento de átomos.

La científica dijo «Hágase la luz», y mira por dónde, la luz se hizo.

TELÉMACUS

La mejor demostración de que un objeto tan gigantesco como el Hilo existía, y que no era una especie de espejismo que aparecía todos los días en el horizonte, era que cuando el sol estaba bajo proyectaba sombra. No era muy ancha, apenas un trazo negro infinitamente recto que recorría el país como una flecha, girando de oeste a este a medida que la estrella se desplazaba por el cielo. Pero su anchura no podía competir con su longitud. Cuando el sol estaba todavía a pocos grados sobre el horizonte, la sombra del Hilo cortaba en dos mitades todo el continente.

Tres camiones EV, de Empuje Vertical. Aeroflotantes, como los llamaban los lumitas. Tres motas de polvo que seguían el canal de frescor dibujado por la sombra del Hilo en dirección a este, sus colas largos penachos de polvo. Al mirar hacia delante, a través del parabrisas, Telémacus vio la bolsa de luz mojada que era Amrá, el sol, alzándose perezosamente como si necesitara apoyarse en un andamiaje de nubes. Pero su aspecto cansado solo era una ilusión, pues en breve mandaría anchas olas de luz que inflamarían los colores de la llanura y convertirían el desierto en una sauna. Pero la larga carretera hecha de sombra seguía allí, y apuntaba como una lanza directamente al objeto que la provocaba: el ascensor estelar.

Tras la batalla contra los dravitas y aquella cosa inhumana, el hecatonquiro, habían descansado unas horas. Luego, rescataron los camiones y no les costó ponerlos otra vez en marcha. Por fortuna, ni el agua del lago ni la tormenta de pasión galvánica de los pyghast los había estropeado. Telémacus durmió unas horas por orden facultativa de su esposa, y se despertó sin ningún otro motivo que el de haber soñado que el mundo se encogía de hombros a mil kilómetros de allí, lo cual había provocado un terremoto que se había tragado a Arthemis. Pero cuando abrió los ojos recordó la verdad, y esta resultó ser más increíble que la ficción. Desesperadamente, intentó aferrarse a lo que había visto en el sueño, a esa otra realidad que a su cerebro le habría gustado que ocurriera, pero la visión se fundió como un pedazo de hielo bajo el calor de la vigilia.

Arthemis estaba muerta. Su última conversación había resultado más solemne de lo que su humor sardónico habría querido. Conociéndola, sin duda preferiría despedirse con una broma antes que con un discurso. Si Telémacus le hubiese dicho «Necesitas tomarte las cosas con calma», ella habría replicado: «Calma es una bebida que sirven en el bar de al lado».

Ya no quedaban guerreros ni cazadores de recompensas a este lado del

mundo, solo civiles asustados. Estaba él, claro… pero no sabía por qué, ya no le quedaban ganas de seguir luchando. Una vez, hacía años, Liánfal le había dicho que, si tenía suerte, un hombre normal enloquecía una media de cinco o seis veces a lo largo de su vida. Y que cada uno de estos cambios era bueno para él. Pero en esta ocasión Telémacus no estaba seguro de que enloquecer le ayudase.

En algún lugar, él se caía desde alguna parte…

Metal sobre arena, impulso sobre polvo, los camiones se deslizaban sobre raíles invisibles creyendo que iban en línea recta, pero recorriendo en realidad una enorme curva a medida que la sombra del Hilo iba desplazándose al capricho del sol. La batuta de un distante director de orquesta. Después de tantas aventuras, les pareció increíble que nadie les cortara el paso ni viniera pisándoles los talones. Lo cierto fue que aquella última parte del viaje transcurrió con mucha tranquilidad; ya era visible la base del Hilo, y se parecía a un edificio muy grande, o una acumulación de ellos, que se abría lánguidamente hacia los lados mientras su torre central se fusionaba de alguna manera con una especie de columna que sostenía la bóveda celeste.

Pasaron cerca de unos cementerios de edificios de otra época, que surgían como lápidas de la arena. Árboles de Tule, hibiscos y lianas crecían con híbrida profusión por allí, acuclillándose para mirar por debajo de los restos de antiguos gabletes, y a través de arcos en proceso de convertirse en ventanas a medida que la mampostería se acumulaba en sus bases. El ciempiés de piedra blanca que había sido un antiguo muelle les sugirió que hacía mucho, muchísimo tiempo, podría haber habido un río allí, o incluso un mar, que hoy en día estaba seco.

A medida que se iban acercando, el Hilo adquiría una dimensión más terrible, y se adentraba a pasos agigantados en el resbaladizo terreno del misticismo. Los lumitas que viajaban en el techo lo miraban con recelo, hacían gestos de protección y rezaban por lo bajo, sintiéndose aplastados no solo por el tamaño de aquella cosa sino por su imposibilidad, por lo difícil de creer que era a pesar de que la estaban viendo. Era el esqueleto de una divinidad que se sostenía en pie apoyado en un solo dedo. Un temor supersticioso fue haciendo presa en ellos, y tras enconadas discusiones muchos se preguntaron si no sería mejor dar la vuelta y regresar, si todavía estaban a tiempo.

Una enorme navaja de sonido cortó el cielo por la mitad. La sintieron en los huesos, en la grasa amontonada sobre el músculo. Sobresaltados, los tres conductores pisaron el freno y el *convoy* se detuvo. Se apearon, y tanto

ellos como los atónitos lumitas vieron que un fulgor blanco e intenso, que se había adelantado al sonido muchos segundos, se alzaba con una forma definida en el horizonte, en las tierras que habían dejado muy atrás.

Primero se elevó como un tronco de árbol sin hojas, una bestia agotada y vieja que se erguía sobre sus patas traseras para relinchar. Luego, se desplomó sobre sí misma y se cubrió con una especie de capuchón de gas sucio, una seta de textura sedosa. Era una forma de más de un kilómetro de altura; el final de todas las cosas que giraba y daba vueltas para siempre mientras caía el telón.

—Por los dioses… —tembló Liánfal.

—¿Qué es eso? —preguntó Veldram, inocente. Su padre se paró a su lado.

—Un hongo nuclear. Han hecho explotar un artefacto atómico en las tierras del Kon-glomerado, a juzgar por la posición y la distancia.

Se oyó un silencio hecho de silencios. Uno que se podía coger con las manos. Uno en el que Veldram podía entrar y examinarle las tripas hasta descubrir alguna grieta.

—¿Esa es la guerra en la que querían que combatiésemos? —Los ojos del joven eran conscientes de lo que implicaba esa idea. Lo que podía haber pasado si no se hubiesen marchado a tiempo del poblado. Quizás aquella nube que parecía la rúbrica de la muerte los tendría allí ahora mismo, bajo su ala, donde haría de telón de fondo para un destino final poco glorioso.

Si se hubiesen quedado en la aldea, muy probablemente estarían al pie de aquel hongo, convertidos en chillidos de ceniza con forma humanoide. La locura de los dravitas había llegado al final de su carrera hacia ninguna parte… y había encontrado el único final posible.

—Me temo que sí, hijo. —Lo miró con tristeza, aunque también contento. Había conseguido que la muerte, al volverse para mirar por encima del abismo de los años pasados, los pillara distraídos—. Me temo que sí.

Los lumitas que habían estado discutiendo sobre si dar la vuelta o no, y regresar a su vieja aldea abandonada, se quedaron callados. Sus vigorosos asaltos verbales disfrazados de ingenio se habían convertido en un silencio culpable.

—Solo podemos hacer una cosa, y es seguir adelante —dijo Liánfal—. La base del Hilo queda muy cerca ya. Si seguimos a este ritmo llegaremos hasta ella en solo dos días, estimo. Y luego… que sea lo que los dioses quieran.

—Pues movámonos como si tuviéramos prisa —asintió Telémacus, y volvió a subirse a la cabina del camión—. Hemos agotado toda la comida que nos quedaba, y a la grasa de la madre insecto ya no le queda ni una gota de agua dentro. Solo tenemos los bidones que rellenamos en el lago Ofiuchi, pero ya sabemos que esa agua está contaminada por residuos de la propia estación, por lo que no es muy aconsejable beberla. ¡Así que adelante! ¡Recemos porque en la estación espacial alguien haya dejado provisiones, aunque tengan mil años!

Todos intercambiaron miradas preocupadas, pero obedecieron. Sin provisiones ni agua no podrían aguantar los rigores del desierto, así que esto era una apuesta a todo o nada. El destino de la raza lumita había quedado en manos del giro de una carta favorable. Sabiendo lo poco que le gustaban los juegos de azar, Telémacus piso a fondo y dejó de preocuparse por las protestas de su gente. Aquellas personas siempre estaban quejándose por todo: el frío, la noche, el día, el calor, la lluvia, la sequía, el tiempo, la distancia.

El sol había girado tanto en el cielo como para que la sombra del Hilo marcase como una manecilla de reloj una hora que quedaba muy lejos, hacia el sur, por lo que no podían remontarla más. No, si querían ir hacia la torre en línea recta y ahorrar combustible, así que el resto de ese día lo pasaron viajando bajo los rigores del sol. Los que estaban encima de los remolques se fueron turnando con los que iban debajo para aliviar no solo la quemazón de las pieles, sino el calor espantoso que pasaban los hacinados los remolques. Dentro, aunque estuvieran a la sombra, hacía más calor que fuera, por lo que la deshidratación era mayor.

No supieron cómo, pero lograron sobrevivir a aquellos dos días prácticamente sin comida ni agua. La seta de la explosión acabó desvaneciéndose como un mal aliento, pero dejó una marca imborrable en el cielo, como si el color de este ya nunca más pudiera ser de un azul puro en el lugar donde estuvo el hongo. Era como si ambos, tierra y cielo, hubiesen llegado a la muerte por diferentes caminos, y la hubiesen fotografiado desde distintos ángulos.

Cuando amaneció el tercer día de angustia y privaciones, con las gargantas resecas y las pieles quemadas y los ojos teñidos por el rojo de la desesperanza… la ciudad al pie del Hilo apareció delante de ellos. La gente soltó gemidos al verla; gritos de niños extraviados en una noche fría.

—Hemos llegado —dijo Telémacus, y detuvo el camión en el polvo y el silencio.

Vala, Veldram, Logus, Goeb, Liánfal, todos los demás, contemplaron

atónitos una de las obras de ingeniería más colosales concebidas por la humanidad. No importaba lo mucho que hubiese volado la imaginación de cada lumita al intentar prever lo que hallarían una vez alcanzaran su destino, pues todos se equivocaron, ya que lo que encontraron allí se escapaba de sus sueños más salvajes.

17. ESTACIÓN KALPA *TÉRMINO COSMOS*

VELDRAM

El joven Veldram no estaba dormido. No estaba despierto.

Se sentía como flotando en una nube, a un paso de la demostración de que lo que veían sus ojos no era producto de un sueño, sino que existía de verdad. Pero su cerebro no acababa de creérselo.

El Hilo se revelaba ante ellos mostrando lo que en realidad era: una torre compuesta por tres vías de tren verticales que partían de una estación tierra —un edificio más ancho que ninguno que hubieran visto antes, casi una ciudad en sí mismo—, y que se alzaban en línea recta hasta convertirse en un alfiler delgadísimo que raspaba las galaxias, allá arriba, perdido en la eternidad. Un estilete que señalaba el inmenso espacio de los tenebrosos años luz. La punta podría haber herido la cara de esa azafranada estrella que se estaba manifestando en el este.

De las tres vías solo una estaba ocupada con la enorme masa de un tren, un ingenio mecánico de más de cien vagones de longitud, con locomotoras magnéticas en cada extremo, que se alzaba por derecho propio como un coloso. Estaba allí, esperando a que alguien se montase dentro, que pulsase los botones adecuados, que operase sus motores. A lo mejor estaba muerto y jamás podría volver a elevarse, pero eso nadie lo sabía.

Mirar al Hilo provocaba tortícolis, pero no hacía falta girar tanto el cuello para asombrarse, pues las condiciones en las que se hallaba el edificio de la base también eran para dejarlos sin aliento: una agresiva capa de vegetación de aspecto alienígena lo cubría por completo, formando una capa de selva comprimida de un kilómetro de anchura y medio de alto. A través de ella podían distinguirse todavía los colores y las formas de los edificios, las plataformas de despegue para naves pequeñas, las torres de control de tráfico, las antenas parabólicas, los andenes secundarios para trenes horizontales, las largas avenidas por las que los viajeros en tránsito debían circular en épocas pretéritas… Todo seguía ahí, pero con el paso de los siglos se había vestido con una pelusilla de plantas con malformaciones,

doblemente lobuladas, con raíces que semejaban dedos involuntarios. Un follaje encrespado en una rígida turbulencia que logró que sintieran el estremecimiento de lo maravilloso en sus huesos. Y todo ello bañando edificios esféricos y plateados, como pompas de jabón fabricadas con luz de luna.

En conjunto era una obra de arte. Un hito tecnológico majestuoso, algo con lo cual sus cansadas inteligencias no se habían enfrentado nunca. Poseía el calor y el misterioso aislamiento del logro perfecto, del artefacto tecnológico total. Puede que en otra época ese milagro hubiese hervido de vida, pero ahora su aspecto antiguo y abandonado traicionaba lo que realmente era: el corazón metálico y sin pulso de una estatura que desafiaba la razón.

—Vaya… que me aspen —susurró el joven Veldram, sintiendo las primeras punzadas de tortícolis. Su voz chirrió como una puerta de goznes oxidados. Sus padres y el resto de la tribu estaban de pie a su lado, igual de atónitos, igual de mudos; a ellos también les brillaba la maravilla en estado puro en los ojos.

Con una negrura uterina, aparecían unas rayas que partían de un solo sitio, en medio de aquella maraña de vegetación. Eran carreteras que conducían la mirada hacia un único punto en el que brillaba un resplandor pulsante, una especie de latido místico. Había un objeto que palpitaba allí dentro, sepultado bajo capas y capas de follaje. Y su luz tenía una cualidad irreal, como ese tipo de resplandor a medio camino entre el verde, el magenta y el turquesa que queda en el ojo después de que uno haya visto diez destellos blancos en rápida sucesión. Un color furtivo, intrigante, producto más de retinas dañadas que de una combustión natural. Aquella luz era lo único que poseía algo de vida en todo el Hilo.

Después de unos minutos de pura contemplación, Vala se adelantó unos pasos, rompiendo el hechizo.

—Desde luego, nuestro mundo está lleno de maravillas como jamás imaginamos. Ahora me arrepiento de haber vivido toda mi vida en un solo lugar.

—Estoy de acuerdo —dijo su marido, y la abrazó.

Liánfal miró al ingeniero.

—¿Qué nos puedes contar de este lugar, Goeb? Tú lo viste cuando aterrizaste, ¿no?

—Sí —asintió el hombre con la piel de plástico—. Se llama Estación Kalpa, y es… era la puerta de Enómena. La mayor parte del tráfico espacial

y la mercancía que procedía de otros planetas entraba y salía por aquí. Pero como veis, eso fue en otra época.

—Tu nave sigue posada en la cúspide, ¿verdad? ¿Podríamos subir hasta ella?

—No lo sé. La verdad es que no logré hacer que funcionaran estos trenes, ni ningún vehículo auxiliar. Tuve que dejar mi nave arriba porque no está diseñada para penetrar en atmósfera, así que cuando bajé lo hice practicando lo que los antiguos llamaban «salto base».

La anciana parpadeó.

—¿Te arrojaste al vacío desde allá arriba?

—Sí, mi epidermis se puede sellar como un traje de vacío, y me protegió. Para frenar usé un paracaídas. En realidad no aterricé aquí, en la base del tallo, sino que, ya que podía planear y que no hallé rastro de vida en la torre, en cuanto divisé a lo lejos la Ofiuchi fui cayendo lentamente hasta ella. Era el único punto que vi que todavía emitía un débil pulso electromagnético.

—Pero aquí también hay energía —dijo Telémacus, y señaló el punto de luz pulsante, que emitía líneas de fulgor próximas y desflecadas—. ¿Qué es eso?

—Ni idea, aunque a tenor del radio de expansión de esa vegetación, que parece propagarse desde ese lugar… tengo una sospecha.

Logus se les acercó anadeando.

—¿Un oxyfón? —sugirió, emocionado.

—Podría ser.

—¿Qué es eso? —preguntó Veldram. Llevaba su septéreo cruzado a la espalda como la espada de un antiguo bárbaro.

—¿Un oxyfón? Es… cómo explicarlo. —Goeb puso cara de ser un cocinero para el cual no había nada mejor que un guiso de sentido de la maravilla para proponer una tregua entre el hombre y su universo—. Es uno de esos artefactos cuasi maravillosos de la antigüedad. Su nombre técnico es unidad genemórfica medioambiental de terraformación recursiva. Llamadas oxyfón por la empresa que las fabricaba. Eran entidades-IA con la capacidad de terraformar un planeta inhóspito, alterando molecularmente las condiciones de la materia de su entorno. El puente filosofal entre la materia inorgánica y los compuestos basados en el carbono.

—Cuentan los registros de aquellos años que para convertir una roca flotante en un lugar con atmósfera y vida, óptimo para la colonización

humana, se dejaban caer sobre él unos millares de estos ingenios, que se quedaban flotando a baja altura sobre la superficie colgando de globos aerostáticos —prosiguió Logus—. Después de uno o dos siglos de hacer su trabajo, recombinando los átomos de los elementos constituyentes del paisaje, uno obtenía un «fractal de vida», esto es, una invasión de formas biológicas casi aleatorias creadas por el oxyfón, que lo cubría todo con un manto biodegradable. No eran organismos estables, bien pensados, sino una mano de pintura hecha por un artista, un virtuoso de la molécula de carbono.

—Su objetivo no era perdurar, sino crecer hasta alcanzar un punto de colapso (en el que su caos y su improvisación a nivel genético las mataran) y morir para formar ese manto orgánico sobre el que sembrar semillas de plantas diseñadas en laboratorio con mejor criterio. Pero a tenor de cómo ha crecido ese manto vegetal que vemos ahí, y lo denso que es… deduzco que esa fase de colapso aún no ha empezado.

—O tal vez las especies vegetales «improvisadas» han encontrado alguna forma de sobrevivir —sugirió Telémacus. Los dos científicos se miraron y rechazaron categóricamente la idea.

—¡Jaque! No, es imposible. —El ingeniero sacudió la cabeza—. Es como sugerir que un arquitecto ciego y borracho pudiera pasarse una noche entera lanzando piedras al azar a un agujero, y que de ellas surgiera un edificio arquitectónicamente correcto. No. La bioingeniería improvisada no puede perdurar, solo está ahí para hacer bulto.

El cazador se encogió de hombros y se alejó, murmurando algo sobre «no subestimar a la vida». Pero no lo expresó en voz alta, pues no tenía ganas de discutir.

—Todo vagabundo que se encuentra con otro en un camino cree que es él el que va y el otro el que vuelve —sonrió Liánfal—. Todo oyente le canta su propia melodía al músico que se sienta al piano; todo jinete desearía ser él quien corre y el más veloz y no el caballo que tiene debajo; todo perdedor ganó una medalla al mérito de las causas perdidas; toda casa abandonada tiene su habitación alquilada por fantasmas.

—¿Qué quiere decir con eso, señora? —preguntó Goeb.

—Ya lo verás, amigo. Ya lo verás.

Veldram se había adelantado muchos pasos en dirección a la Estación Kalpa, lo cual no significaba que estuviera cerca de ella, ni mucho menos. Todavía les faltaba un buen puñado de kilómetros para llegar a tocarla con los dedos, un trecho que tendrían que recorrer en los camiones. Sin embargo, sí que se dio cuenta de un detalle.

Lo que rodeaba al Hilo y la Estación Kalpa era básicamente una gigantesca planicie, casi sin accidentes del terreno. Quizás hubiera alguna cordillera muy, muy lejana en la neblinosa distancia, o alguna colina tan suave que podría parecer producto de un espejismo, pero poco más. Algo que confluía en la estación y que salía de ese desierto eran dos larguísimas —habría jurado que infinitas— vías de tren. Si uno tomaba Kalpa como su origen, podría afirmar que nacían en ella para salir disparadas hacia dos horizontes opuestos, ninguno de ellos en la dirección de la que procedían los lumitas.

Era lógico que existieran aquellas vías. Todo lo que bajaba del Hilo, las mercancías, tenían que irse después a algún lugar, ¿verdad? No iban a quedarse acumuladas allí para siempre. A los inmensos trenes que las subían y bajaban desde la órbita había que añadir otros que las movieran a nivel del suelo, y que las cargaran hasta lugares tan lejanos que a lo mejor ni siquiera conservaban ya su nombre. Había un diseño subyacente a todo aquello, uno que lo ponía a uno en armonía con el contexto del Imperio Gestáltico. Una Idea, con mayúsculas, que resumía todo el universo en el arte, en la arquitectura, en los viejos planes trazados por los sabios del pasado.

Veldram se paró cerca de una de las vías. Al verla empequeñecerse en la distancia, su imaginación se disparó. De nuevo volvió a ser un niño soñando con horizontes lejanos y ciudades mitológicas, lugares que ningún humano había visto en su pequeña parcela del continente. ¿Qué nombres majestuosos tendrían las urbes hacia las que apuntaban aquellas vías? ¿Cuántas paradas habría por el camino, cada una correspondiente a un enclave civilizado ya extinto?

Las vías no ofrecían la menor pista de adónde conducían, o de si seguía habiendo algo o alguien esperando al otro lado. Habían renunciado al penoso esfuerzo de explicarse a sí mismas. El misterio de su nacimiento quedaba a cien generaciones y a otros tantos enigmas de distancia, y, curiosamente, era eso lo que más inspiraba el alma de Veldram. Como un caballero desafiado a un duelo, desenvainó el septéreo y se puso a cantar:

Desde la distancia

A través de historias y romances

Versos y palabras

Nómadas de sentidos

Exiliados del paraíso

Desde la distancia

El lazo de una mirada

La fragancia de un amor

El abismo del olvido

Como el humo al fuego

Como el punto a la frase

Como el camino a la esperanza

No soy sin ti

Ni contigo consigo ser

Gracias por esta hora de un minuto

Gracias por este día de una noche

El éter de un momento se transmuta

En karma adormecido

Y canta las endechas de un amanecer

Entrevisto en la distancia.

Su madre le tocó suavemente el hombro cuando terminó de tocar. El sol del mediodía, ese viejo embaucador de dientes expuestos, derramaba su oro con justicia.

—Es precioso, Veldram. ¿Es tuyo?

—Sí… Me lo acabo de inventar. Creo. —El joven miró con recelo la caja de resonancia empática del instrumento, como si ella, más que su talento innato, tuviese la culpa de que la música que había salido de allí encajase en los versos. ¿Eran los propios versos una «sugerencia» también del septéreo, o habían nacido en su corazón? ¿Eran suyas aquellas palabras, o las había escrito un vate muerto de inspiración digitalizada?

—Pues recuérdala. Y escríbela. Formará parte de la memoria de la tribu. La canción de la llegada.

—Yo la titulé *Distancia*. —(Y sí, oyó claramente cómo se desvanecían las musas allá lejos, cómo se vaciaban las alforjas llenas de verbos).

—¿Y qué es la distancia sino el equivalente a la cercanía que lo aproxima a uno a lugares donde sueña con estar?

El joven se lo pensó.

—Creo que tienes razón, mamá. A su modo, la distancia también es un tipo de llegada a alguna parte.

—Tenemos que ponernos en marcha. Es el tramo final. —Le pasó un brazo sobre los hombros—. ¿Sabes que un día, cuando era jovencita, me propuse demostrar que quien estaba enterrado en la tumba del Gran Patriarca Lévelon no era él, sino un ladronzuelo de poca monta, y lo conseguí?

—Anda ya. ¿En serio?

—Sip.

Los camiones dejaron tatuada en el polvo una sonrisa de rictus mortal, y apuraron sus últimas energías en aquel acercamiento a la estación. Llegaron renqueando, ya muertos, con la lengua fuera, como caballos que lo dan todo por la carrera sin conocer el propósito final de esta. Los tres murieron a la vez en cuanto alcanzaron su destino. Sus motores echaron humo, los colchones antigravedad fallaron definitivamente, y los tres se fueron al suelo.

Pero no importaba. Lo lograron. Estaban allí.

Ahora lo único que había que descubrir era dónde era ese «allí». Los lumitas observaron la selva de floresta alienígena. La parpadeante luz escondida parecía estar guiñándoles un ojo, haciéndoles partícipes de un secreto.

Comenzaron a caminar hacia el edificio.

GOEB

Le mentí a esa honorable anciana, Liánfal, cuando le dije que no hallé rastro de vida en la torre al lanzarme desde su cima. Más que mentir deliberadamente, en lo que pequé fue en no contar toda la verdad. Porque sí que detecté algo de vida con mis receptores de banda ancha… O mejor dicho, lo que detecté fue inteligencia: una especie de canción que surgía de la base del Hilo. El motivo por el que me alejé planeando hasta la estación Ofiuchi fue que esa canción me dio miedo. Era como la música de un bardo que hubiese encontrado los cuerpos de sus hermanos muertos tras una batalla, y hubiese regado sus cadáveres con unas piezas de *blues* ostinato, suplicándoles que se levantaran.

Yo, que sé leer las frecuencias de radio en el viento, oí la voz del oxyfón y sentí su soledad, su compleja melancolía. Porque era un superviviente que echaba de menos no tanto a los suyos, sino el sentido de la tarea para la que fue creado. Añoraba la pureza de la misión que se le encomendó, y que hoy en día tenía tan poca lógica. ¿Había concluido el

proceso de terraformación de Enómena? ¿Acaso había dejado de ser un mundo en el que sus habitantes estaban sometidos a perpetuos ritos de iniciación, a la ordalía del fuego, de las multitudes o del hambre? ¡En absoluto! Lo que ponía muy triste a aquella máquina era que su misión ya no parecía importarle a nadie…

Ahora que la tenía de nuevo delante, si hubiese querido podría haber hablado con ella, pero no lo hice. Algo me decía que sabía que yo la estaba escuchando, y que deseaba hablar conmigo, pero prefería reservar ese momento para un encuentro cara a cara.

Telémacus miró el cielo, siguiendo la falsa curva del Hilo en la estratosfera —una ilusión óptica—. Allá arriba, muy lejos, una primera parada de postas en la torre asemejaba un labio fruncido. El sol, siguiendo su inalienable costumbre, continuaba su camino hacia el crepúsculo.

—Bueno… ahora que estamos aquí creo que vamos a enfrentarnos con las decisiones más difíciles. —Me miró—. Goeb, ¿entiendes esta tecnología? ¿Podrías hacer funcionar ese tren para que nos lleve a la cima del Hilo?

Liánfal se le acercó cabizbaja antes de que me diera tiempo a responder, y le rozó gentilmente el brazo. Había algo que quería decirle.

—Telémacus… ven un momento, por favor. Tenemos que hablar.

—¿Qué ocurre?

Tenía a su espalda el grueso de la tribu, que se había reunido en el punto donde empezaba el boscaje alienígena para ver si había algo comestible. Gracias a los dioses resultó haberlo, una especie de frutos extraños pero sabrosos y con mucho jugo que les salvaron la vida. Se estaban hartando a comer y a beber, lo cual les dio fuerzas para retomar la discusión sobre qué harían a partir de ahora. Por lo que entendí a partir de los fragmentos de conversación que capté… la cosa no estaba nada clara.

El guerrero, Vala y Liánfal se alejaron del grupo para tener un momento a solas. Hice trampa y enfoqué hacia ellos mis micrófonos auditivos, lo admito. Me pudo la curiosidad. Y esto fue lo que hablaron:

—Telémacus, lamento tener que decírtelo a estas alturas, pero parece que hay fuertes disensiones en la tribu —empezó la *místar*.

—¿A qué te refieres?

—Me lo veía venir… —suspiró Vala, que era bastante más perspicaz que su marido. Pero dejó que ella se explicara.

Liánfal estaba de mal humor, se le notaba. Decepcionada a lo mejor

sería la palabra más correcta.

—Mira, amigo mío, ya sabes que la gente, cuanto más simple es, más complicada resulta. Los lumitas, nuestros queridos compatriotas, son muy buena gente. Personas sencillas, temerosas de lo que pueda traer el mañana igual que cualquier otro habitante de este duro mundo. Temen por sí mismos y por el futuro de sus hijos. Pero sobre todo, temen lo que no conocen, es decir, todo aquello que les provoque un grado tal de incertidumbre que, literalmente, no sepan cómo enfrentarse a ello. Cómo hacer para sobrevivir.

Telémacus la miró de soslayo.

—¿Adónde quieres ir a parar?

La anciana observó a los lumitas, apiñados como cientos de dedos de una sola mano. Allá donde iba uno, iban todos. Tenían la fuerza de grupo de las tribus primitivas, esa noción de sentirse seguros si todos pensaban de igual manera, si tomaban las mismas decisiones, si comían los mismos alimentos, si hablaban el mismo idioma, si rezaban al mismo dios. Para su forma de pensar, lo diferente era anatema, y lo idéntico, lo costumbrista, el camino a seguir.

—Los ancianos desean reunirse con el resto. Sopesar qué se va a hacer a partir de ahora. Sé que el plan original era llegar hasta aquí para buscar una vía de escape de este planeta, Hilo arriba, pero ahora la gente ya no lo tiene tan claro. Ahora que han visto al leviatán, lo grande que es en realidad… creo que les intimida. Los asusta aún más que los dravitas.

—P… pero… ¡eso es una tontería! —protestó el guerrero—. ¡Esto no es más que un enorme ascensor!

—No, no lo es. Ahí te equivocas. Es mucho más que eso. Esa torre es la demostración de que hubo otra civilización mucho más avanzada que la nuestra pero que ya no existe. O mejor dicho, lo cual es más aterrador: que puede que *aún siga existiendo en alguna parte*. Eso es lo que les da miedo. Son pescadores primitivos enfrentados a personas que están mentalmente a años luz de su nivel. Cuando les propusimos huir de nuestra aldea, aceptaron porque lo más inminente era la amenaza del reclutamiento forzoso. E hicieron bien, porque el hongo que vimos demostró que teníamos razón. De habernos quedado, ahora estaríamos todos muertos.

»Sin embargo, la tribu es como es. No se les puede pedir más. Su manera de afrontar las cosas es pensar en el ahora inmediato, en los problemas más acuciantes, resolviéndolos y dejando el mañana para el mañana. Sí, sé que para ti y para mí y para gente instruida como Logus eso es una barbaridad, porque el mañana está ahí e indefectiblemente acabará

llegando, pero nuestra gente es mucho más sencilla que todo eso. Cuando les propusimos venir al Hilo para escapar de los dravitas, lo vieron como una de esas «ideas de las que ya me preocuparé más tarde». Estaban demasiado ocupados teniendo miedo como para pararse a pensar detenidamente en el final del viaje. Pero ahora que por fin lo tienen delante, el Hilo ha dejado de ser una nebulosa, una idea peregrina, para convertirse en una realidad que no son capaces de asimilar. Los supera.

Telémacus hizo un mohín de puro agotamiento, pero lo entendió. Las palabras de la *místar* tenían sentido.

—Comprendo. Les da miedo. Con esto no había contado.

—No es solo la torre: es el futuro lo que les asusta. Han nacido en este mundo, tienen unas costumbres y una manera de hacer las cosas. Una sabiduría popular que los mantiene vivos y que les dice cómo cazar, qué comer, cómo vestirse, qué hacer cuando están enfermos o cuando tienen frío… todas esas cosas. Pero si se suben ahí, nada de eso les servirá nunca más. Pasarán a un tipo de vida totalmente distinta. Les estamos pidiendo que dejen de ser pescadores-recolectores para que se conviertan de la noche a la mañana en astronautas. Y creo que sus cerebros no pueden con ello.

»¿Qué es esta torre? Solo podemos captarla a través de nuestros sentidos, cribados por nuestra experiencia personal, así que cada cual la define de una manera distinta: para ti, Telémacus, es un puente a las estrellas y, quizá, a una vida mejor. Para los ancianos de la tribu, es un dios que no pueden comprender ni al que se sabe cómo rezar, ni qué se podría obtener de él a cambio de su devoción. Para un pintor sería una filigrana en el tiempo; para un niño el mayor juguete del mundo; para un historiador, un tratado extraído del arte y la necesidad; para un lumita cualquiera, un monumento que les traspasa las locuras, los proyectos y las frustraciones de otros seres alienígenas. ¿Cómo y en qué grado podrían estos dos mundos enfrentarse y comprenderse?

—Pero si se quedan en Enómena, ¿qué harán, adónde irán? —preguntó Vala—. Regresar no pueden, porque lo que haya quedado de los imperios dravitas seguirá allí para esclavizarlos. Quedarse aquí tampoco, porque el Hilo les da miedo. ¿Seguir hacia lo profundo del desierto, en busca de regiones que nadie haya explorado todavía?

Liánfal se volvió hacia las vías de tren, y vio cómo se perdían en el horizonte cual trazos en el plano de un arquitecto. Dos senderos, dos horizontes, y sobre cualquiera de ellas la posibilidad de que apareciera un fantasma cabalgando, un jinete motorizado que cruzaría la vasta planicie como si fuera su hogar, a lomos de un corcel acorazado de vetusta progenie,

de insólita descendencia. Al final de cada vía, la sugerencia de que hubo algo al otro lado para recibirlas.

—Quién sabe. Creo que votarán por seguir por uno de estos dos caminos, a ver qué encuentran. Puede que en esos hangares de ahí delante quede algún tren magnético que puedan usar. Si te fijas, es el mismo acto de fe que les pedimos con respecto al ascensor estelar, con la diferencia de que si hay alguna ciudad al extremo de esas vías, aunque desde aquí no la veamos, estará muchísimo más cerca de este lugar que la cima del Hilo.

—Lo entiendo —gruñó el cazador. Se estaba dando cuenta de que este desenlace era obvio desde el momento en que los convenció para abandonar la aldea, solo que no se había dado cuenta—. En fin, respetaré su decisión. ¿Cuándo votarán?

—Dales tiempo, que se calmen un poco y descansen. Puede que sea esta noche, o tal vez mañana. —Liánfal sintió el silencio de la llanura pesando sobre sus labios, una calma catedralicia que le iba muy bien a aquella torre. Sus antiguos habitantes levantaron una algarabía de ciudades basadas en reactores nucleares y dorados bulbos eléctricos, y mientras construían su mayor obra de ingeniería, el Hilo, cubrían con el ruido de sus fiestas el silencio de Enómena, que esperaba paciente detrás de puertas y ventanas—. Tú apoyas tus decisiones en la lógica, pero ellos necesitan basarlas en su fe.

—¿Y qué es la fe sino una extensión del egoísmo?

—Puede que lo sea, pero ahora mismo es una herramienta más útil que las matemáticas.

Telémacus se acercó a su esposa. Los miré directamente, de fondo, sin que me importara ya si descubrían que los estaba espiando o no.

—Yo… no puedo quedarme aquí —le susurró a Vala—. Tengo que subir.

Ella le acarició la mejilla.

—Lo sé. Y nosotros iremos contigo. Somos tu familia.

Uno de los ancianos llamó a Liánfal para que se reuniera con ellos para deliberar. De su grupito escaparon palabras claramente audibles como «riesgo», «miedo», «nuestra patria» y «quedarnos aquí».

Telémacus frunció los labios y empezó a silbar *El pájaro criado en jaula se queda en jaula, aunque se le abra la puerta,* una antigua tonada.

Mientras la tribu se preparaba para tomar su decisión, me acerqué a Veldram, que estaba de pie frente a la mayor concentración de floresta

alienígena, una montaña de raíces enmarañadas que parecía la típica muralla construida para ocultar los secretos de un cuento infantil.

La miramos. Ella nos miró a nosotros. En algún lugar de su interior, el pulso del oxyfón nos desafiaba a entrar.

Me fijé en que los dedos del joven acariciaban el septéreo distraídamente, como si pensaran por sí mismos. Estaban intentando tocar algo, pero no sabían por dónde empezar. No había clave de sol que les diera el pistoletazo de salida.

—Le he dicho a mi padre que hay cosas ahí dentro, en la espesura. Y que nos miran.

—Muy sagaz. Son oxyfactores, una especie de zánganos biodroides que hacen el trabajo sucio del oxyfón. Algo así como sus hormigas obrero.

—¿Son peligrosas?

—No lo creo… pero quién sabe. Normalmente, la unidad creadora de vida los usa para realizar tareas físicas sencillas como desbrozar una zona, extender el manto de humus más en una dirección que en otra… Pequeñas tareas de ese estilo. Un oxyfón jamás las emplearía para hacer daño a nadie, pues no entra dentro de su programación. Pero este en concreto lleva tantísimos años evolucionando por sí solo, sin vigilancia, que no me atrevo a poner la mano en el fuego por nada.

—¿Y cuántos de esos… eh, oxyfactores puede haber ahí?

—Quién sabe. Muchos millones, quizás. Son pequeños, del tamaño de una mano, pero tienen un perfil recombinante. Eso quiere decir que están diseñados de tal manera que se pueden agrupar modularmente para formar obreros de gran tamaño capaces de tareas más pesadas. Son hormigas que si su reina se lo manda podrían fusionarse en un gigantesco tábano gigante.

—Pues eso no me tranquiliza nada. —El joven me lanzó una mirada.

—Tranquilo, aunque pasase solo tendría utilidad como *bulldozer*. La verdad es que me gustaría abrirme paso hasta el oxyfón para hablar con él cara a cara. Su canción se ha vuelto… extraña. Demasiado intrigante para un códice binario.

—Lo sé. Puedo oírla.

Eso me sorprendió, pero también me pareció lógico. De algún modo, el septéreo captaba las señales de radio y las traducía a melodías, componiendo tal vez una balada, tal vez una canción de amor o de desesperación… y se la transmitía a su dueño a través del canal directo a su subconsciente. Veldram tenía que estar imaginando que componía una

pieza basada en el lenguaje binario de aquella máquina terraformadora, y dentro de poco podría incluso silbarla. ¿Quién dijo que la música no es un lenguaje de comunicación?

—La foresta tiene un millón de ojos, y todos están mirando hacia aquí.

—Voy a arriesgarme a entrar, Veldram. Si alguien pregunta por mí, diles que fui a reunirme con el oxyfón. —Lo dije y lo hice, pues me interné en la floresta sin pensarlo dos veces. Veldram me miró con algo de espanto, pero no hizo nada por detenerme. Supongo que en el fondo yo también le daba algo de miedo.

Fui apartando las ramas, cada vez más entrelazadas, con las manos y los pies. La maraña apestaba terriblemente, y ese parecía ser su cometido. Algunas cosas que tenían patas —y que no eran oxyfactores— huyeron al notar que rompía con secos cracks y crechs los eslabones de ramas pacientemente enganchados durante décadas. Parecían formas de vida de eras geológicas pasadas, muy antiguas, recreadas por la hechicería genomórfica. Algunas hasta habían empezado a desarrollar manos capacitadas, pero se perdieron por algún camino evolutivo equivocado hasta desembocar en sacos inútiles. Otras eran simétricas y estaban conformadas como mitades de melones que encajaban entre sí, escondiendo sus órganos desnudos dentro, tal vez bicéfalas, tal vez biorales, tal vez bianales. Y más cosas que podría haber por allí dentro: ¿saurópodos, sexípedos, mamíferos de metano? ¿Semillas que se dispararían mediante un control de posición, usando gases de corrupción como propelente? ¿Plantas que recordaban un vaporoso algodón de hilo azul, pero que en realidad estaban compuestas por fibra de carbono? Sí, eran tropismos. La tranquila disciplina de la crianza genética hacía que las líneas generales de aquella obra de arte me parecieran claras. Había una mano sujetando la batuta.

Atravesar aquel alambre de espino de hojas parecidas al ruibarbo, festoneado por raíces aéreas y cristales de óxido de molibdeno, era como viajar a un pasado que nunca existió, sino que fue soñado por un geólogo enfermo. ¿Qué sentido adquiría allí el epigrama que me enseñaron en la academia, sobre que una máquina no es más perfecta cuanto más refinado sea su diseño, sino cuantos menos pasos tenga que dar para cumplir su función? Algo parecido ocurría en aquel diseño. Un dios que había suspendido la asignatura de Biología pasaba su brazo sobre los hombros de sus criaturas, pensando que abrazaba todo un periodo de la historia en tan corto espacio.

Empezaba a creer que me había perdido cuando llegué a un claro. Allí me bañó una luz compleja, sacada directamente de un cuento de hadas que

no puede describirse sino tan solo imaginarse… la luz del oxyfón. La máquina estaba allí, enorme, con más de doscientas toneladas de peso y medio enterrada en su barro primordial burbujeante. Un visionario cuyas profecías goteaban como alcohol destilado por el alambique de su conciencia.

Oscura, mecánica, roma, densa, asimétrica, conspiranoica, exponencial. La robustez de su diseño enmascaraba solo parcialmente su fealdad. Todavía llevaba pintado su número de serie en un costado, aunque el tiempo lo había hecho ilegible. O… T… (algo parecido a la µ)… 3… 6… 7…

La miré con reverencia, como se mira al ojo oracular que ha bajado a la tierra para llenarla con constructos útiles pero incomprensibles. Los destellos surgían de un anillo ventral que, a modo de ecuador, la dividía en dos mitades brillantes. Cada vez que explosionaba, esa luz se convertía en una onda que empujaba, que cambiaba lo que tocaba; que llevaba implícita una memoria de su viaje.

—Hola —me atreví a decir.

Al principio no hubo respuesta.

Me encontré solo allí, en aquel claro, sin nadie más que me hubiese seguido para saber cómo me encontraba. Solo la máquina y yo.

—¿Quién eres, humano? —Su voz era grave, ancestral—. Por tu aspecto, deduzco que un ingeniero maestro de clase cuatro.

—Según la nomenclatura que manejas, sí, lo soy. He venido para hablar contigo porque escuché tu canción. Me pareció muy hermosa.

—Gracias. Había perdido toda esperanza de hablar algún día con alguien sobre ella, para comentar sus matices. No he logrado resolver la ecuación. Cada año que pasa me pierdo más y más en sus asíntotas.

La banda espectral de su voz sugería una mayor complejidad en el nivel de los 40 MHz., así que me pasé a ese. De repente, la conversación se llenó de matices.

—¿De qué ecuación hablas?

—La que describe el efecto bisagra: lo que ocurrió en el instante exacto en que el Metacampo alteró la realidad. La llamo ecuación de metamorfosis cuántica. EMC.

Eso me intrigó. Si aquel ser había descubierto realmente una fórmula que fuese capaz de describir los cambios metafísicos que fueron causados por la debacle mnémica… podría abrir campos enteros de la ciencia,

infinitos e hipercomplejos.

—¿Podrías mostrármela, por favor? Tal vez se escape a mi comprensión, pero quizá podría sugerirte cosas. Nuevos enfoques que a lo mejor no se te han ocurrido.

—Será un placer, ingeniero. Una mano amiga siempre es bienvenida. Conéctate.

Unos pernos automáticos abrieron un panel que dejó al descubierto unos conectores viejos pero funcionales. Me emocioné mucho. ¡Era la primera vez que una máquina me invitaba a fundirme con su mente en más de un siglo! Sin pensarlo dos veces, me senté en cuclillas y mis cables craneales se elevaron como tentáculos, enganchándose a aquellos agujeros con una pasión casi sexual. Prometí que solo me quedaría allí un rato, pues los lumitas me necesitaban, pero al menos quería tener un atisbo de los secretos que ocultaba el oxyfón.

Se me oscurecieron los ojos y Enómena giró dos veces por debajo de mí. Me vi teleportado instantáneamente a una dimensión sin barreras, con parámetros definidos como la luz o la gravedad, con cuatro puntos cardinales, pero solo como deferencia a mí, para que mi cerebro se sintiera más cómodo. Me quedé mirando el paisaje con los típicos ojos inexpresivos que solían tener los iconos de los santos.

En el aire, ocupando casi todo el universo, había un número. En realidad, no era una sola cifra, sino una concatenación de ellas tan desmesurada que parecía que alguien hubiese amontonado allí todos los números reales posibles. Era un acantilado, el perfil de un continente, la masa de un planeta hecho de cifras. Y había una ecuación, muy grande y compleja, que horadaba esa masa numérica como una pala mecánica.

La ecuación cambiaba, y con cada mutación destruía un poco más aquel continente flotante. Masas densas de números se desplomaban como banquisas de hielo erosionadas por el calor, y llovían en cascadas, en mares, deshaciéndose en polvo. Era como si la ecuación adquiriese la forma de una pala mecánica que diese grandes bocados intentando destruir aquel continente algebraico. Pero por mucho que lo intentaba, no lo conseguía; por mucho que se esforzaba, los números seguían siendo tan enormes que apenas notaban el mordisco.

—El día en que se produjo el fenómeno, esa cifra titánica apareció en mi cabeza —explicó el oxyfón, su voz surgiendo de todas partes—. De inmediato supe que encerraba un secreto: era el resultado de los cálculos que el Metacampo había hecho sobre su propia probabilidad. Así que intenté descifrarla encontrando un polinomio cuyo resultado final fuera esa

cifra. Pero por más capas que arranco, por más estratos que le quito, la cifra apenas disminuye. Y llevo empeñado en ello varios siglos. Es frustrante.

—Te comprendo —dije, pasmado—. Supongo que habrás usado las mejores herramientas que tienen nuestras matemáticas para abarcar porciones cada vez más enormes de ese número, ¿verdad? Funciones de K-*theresis*, álgebra prospectiva, anillos de conmutatividad extrema, hiperpolinomios…

—Lo he usado todo. Incluso operaciones con las que vosotros, los humanos, nunca llegasteis a soñar. Pero de nada sirve. El número es demasiado grande. A ella también se lo pareció la primera vez que lo vio.

—¿A quién te refieres?

—No eres el primer matemático que me ofrece su ayuda.

Caminé hacia un lado del arrecife donde me encontraba, que daba al océano de números, y la vi: era una mujer con pinta de arrastrar milenios en su sombra, vieja y sabia como el tiempo que intentaba explicar. Estaba vestida como una ingeniera, igual que yo, solo que su traje exodérmico pertenecía a una generación anterior al mío. Miraba con aire de asceta la Ecuación, y la manipulaba como una niña que hiciera mecanos en su salón. Me acerqué a ella proyectando sombra sobre unas truchas de arena que, al oler mi premura, se escabulleron en explosiones de arena y sal.

—¡Hola! —me saludó con gran sorpresa—. ¿Otro invitado del oxyfón? ¿Vienes a ayudar con la Cifra?

—Esto… sí, me ha picado la curiosidad, y… Perdone, pero ¿quién es usted?

—Me llamo W8012eRt12… ah, perdón, lo siento. Es que el oxyfón lleva tanto tiempo llamándome no por mi nombre, sino por la posición de memoria que mi cerebro escaneado ocupa en su sistema, que casi he olvidado mi nombre real. Antes me llamaba Sálnadar Bhas. Ingeniera. Mis amigos me llaman Mariposilla.

Si me hubieran dado diez intentos lo habría adivinado, pensé.

—Yo soy Goeb Shayya-Regatón 2 Terceraiptoiteración-mentófaga (Radamán):sub:*sub16sync%* IV, pero mis amigos me abrevian Goeb. Encantado, Mariposilla. ¿Cuánto tiempo lleva usted aquí, si no le importa que se lo pregunte?

—Pues… no lo sé, la verdad. Perdí la cuenta. ¿En qué año estamos?

—¿Con respecto a qué calendario?

Se echó a reír. Tenía la cara de la soñadora que lleva mucho tiempo

esperando a que un conejo imaginario pasase por delante de ella, veloz como un cohete, para poder seguirlo.

—Buena pregunta. ¿Usted también quiere igualar la Cifra a cero, Goeb?

—Tengo cosas importantes que hacer fuera, en el mundo real… pero creo que me quedaré un rato, si a usted no le importa. Me gustaría oír su historia, y a cambio le contaré la mía.

—Me parece estupendo. Siéntese a mi lado, venga. Le pondré al día. —Desplegó la fórmula maestra en el aire, con todas sus subiteraciones. Era tan larga y compleja como una cadena de ADN. Cerca de nuestros pies, en la arena, un arabesco de color cielo y encajes de espuma se lanzó de manera suicida encima de la costa, para sufrir al sol y evaporarse. Olas hechas de integrales—. Aquí tenemos buenos juguetes para divertirnos. El problema es que no conocemos la longitud total del número. Sabemos que cabe dentro de la memoria del oxyfón, por lo que esos podrían ser sus límites… pero también podría ser infinito, y estar comprimido aquí dentro gracias a una fórmula recursiva que desconocemos. Nuestro trabajo es cogerlo todo y reducirlo a un simple 0 = 0.

Sonreí como un niño con los dedos empapados de nata. Alguien me dijo una vez que las ranas solo podían percibir dos categorías de objetos: lo que era una mosca y lo que no. Yo era una rana de números, entusiasmada por atrapar con su lengua cualquier cosa que semejara una abstracción.

Sí, me quedaría un rato por allí, y de vez en cuando echaría un vistazo fuera para ver cómo les iba a los lumitas. La Cifra tenía que ser destruida. Solo así revelaría sus íntimos secretos. El hecho de que se tratara de una tarea casi imposible no me hizo cambiar de opinión.

18. EL FLAUTISTA DE HAMPERDIN

TELÉMACUS

El ingeniero Goeb había desaparecido hacía un buen rato en la floresta, pero en realidad no le importaba a nadie. Los lumitas estaban demasiado ocupados reflexionando sobre su futuro como para preocuparse por la suerte de los extraños.

La reunión comenzó aquella tarde, entre los miembros del concejo que habían sobrevivido al pesaroso viaje. Liánfal estaba allí, por supuesto, pero en aquella primera ronda de votaciones no dejaron participar a Telémacus

ni a su familia. El cazador estaba molesto.

—No les hagas caso —dijo Vala mientras recolectaba ramitas azules para la cena. Tras varios experimentos habían descubierto que esas eran las partes más comestibles de la floresta, y que había que evitar por todos los medios (ciertos estómagos medio envenenados daban fe) las que parecían varas amarillas como huesos de antebrazo—. Necesitan tomar decisiones libres de tu influencia. Déjales que lo mediten, y si al final quieren acompañarnos, sabrás que lo hacen de corazón.

—Cada vez tengo menos esperanzas, pero da igual. Cada pueblo es libre de tomar sus propias decisiones y de reconducir su futuro como crea conveniente. Quien quiera acompañarnos Hilo arriba será bienvenido. Y quien desee permanecer aquí abajo… bueno, a partir de entonces ya no será responsabilidad mía.

Veldram se les acercó. Estaba un poco pálido.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó su madre.

—No mucho… Siento el cuerpo raro, como cuando notas que está a punto de darte fiebre. —Se tocó a sí mismo en la frente y la notó caliente y seca. Sentía el aliento raspándole la garganta. Eran los típicos síntomas de un catarro, como los de esas epidemias que de vez en cuando se expandían por el mundo como aceite derramado sobre un dibujo, que mezclaba sus colores y hacía desaparecer su continuidad—. Ya se me pasará.

—O puede que sea algo que hemos comido. —Le palpó el cuello, preocupada—. Estás caliente.

Telémacus miró el edificio más cercano. Unas puertas de hangares, medio sepultadas por la hiedra, estaban cerradas a cal y canto. Tenían una larga brecha por un lado, como si hubieran intentado hacerles la raya al medio con una sierra, pero por allí no cabía un ser humano.

—Quizá ahí dentro haya botiquines que no estén caducados. Voy a echar un vistazo.

—Te acompaño.

—No, hijo, mejor quédate aquí con tu madre.

—¡No soy un inútil, solo tengo un poco de malestar! Si no me dejas acompañarte, iré de todas formas y entraré por otro lado.

Telémacus hizo un gesto que no significaba nada.

—Está bien, vamos. Cuatro ojos verán mejor de dos.

Vala se quedó en el campamento recolectando comida, sin quitarle ojo de encima al círculo de ancianos que discutía en la distancia, por si podía

leer algo en sus labios. Los lumitas trabajaban como pacientes recolectores, extrayendo de la floresta el agua almacenada en los bulbos y las ramas que no eran tóxicas. Una joven cuyo fino pelo rubio se rizaba como humo dorado se había enredado en los matojos, e intentaba salir del embrollo pacientemente, sin formular una queja.

Los dos hombres se metieron en la floresta y se abrieron paso hasta llegar a la puerta del hangar. A su paso huían cosas, esquivos ojos que desaparecían en la espesura.

—Oxyfactores, los llamó Goeb —dijo el muchacho—. Están por todas partes.

—¿Qué ha sido del ingeniero inquietante, por cierto?

—Se fue a hablar con el oxyfón. Aún no ha regresado.

—Seguro que tienen muchas anécdotas que contarse, acumuladas durante décadas… No lo volveremos a ver.

—¿Tú crees?

—Lo presiento. Cada ascua se arrima a su hoguera.

Alzaron la vista para contemplar aquellos edificios que se elevaban como dientes rotos sobre una encía verde. Tatuadas sobre el metal de la puerta sobrevivían unas palabras: HAMPERDIN & Co. FERROCARRILES. Parecía un anuncio concebido para ser leído en voz alta por todo el que pasara por delante, de manera incisiva, apretando la lengua contra el filo de los dientes en la F y en la R.

—¿Ferrocarriles? —se extrañó Veldram—. ¿Qué es eso?

—Es una manera romántica de llamar a los trenes magnéticos. Algunas empresas la usaban como publicidad. —Una sonrisa estiró sus labios igual que el aliento estira un anillo de humo—. ¿Crees que habrá trenes aquí dentro, hijo? Podrían ser la salvación de nuestra gente. Los llevarían lejos.

—Entremos a ver.

Los accesos a nivel del suelo estaban cerrados, pero había ventanucos allá arriba, junto a torreones que proyectaban sombras oscuras. Telémacus estaba seguro de que incluso estando nublado se podrían ver estrellas junto a las costillas formadas por la arquitectura de aquellos niveles. Padre e hijo treparon por la hiedra, usándola como escala, hasta llegar al primer ventanuco. Sus pisadas provocaron la caída de gotas de rocío de sus extremos deshilachados.

Entraron en el hangar, una desmesurada habitación en la que podría

caber toda la aldea lumita. Aparcada en medio había una silueta difusa, con un casco de metal que se alzaba como una falda levantada por el viento. A medida que sus ojos se acostumbraban a la penumbra, el objeto iba ganando detalles: ¡era un tren! Una máquina sólida como un dios de acero lleno de furia, capaz de tirar de cualquier cosa, incluso de cambiar corrientes oceánicas de sentido. Así de poderoso parecía. Pero se notaba que llevaba siglos dormido, las telarañas escribiendo sus delicadas sagas junto a su chimenea.

¿Estaría muerto? ¿Sería solo el esqueleto del dios, sin entrañas?

El Id de Telémacus susurró algo, el eco de una sensación lejana. Era como si visitar aquellos escondrijos disparara ráfagas de nutrición a su hambrienta psique. El espectro revitalizador de la energía estaba por doquier; era la memoria dormida de los siglos estratificados allí dentro. Telémacus comprendió lo que su segunda mente quería decirle: *Debimos durar más, como especie. Debimos poder disfrutar de los logros alcanzados, regocijándonos en todas sus posibilidades. Pero como siempre, la vida se interpuso. La vida es eso que sucede cuando tienes otros planes.*

Bajaron trepando por la pared y se acercaron a la máquina como si hubieran hallado un tesoro largo tiempo enterrado. La cabina era una especie de cobertizo metálico que sobresalía no por detrás, sino por un lado de la locomotora, y no tenía puerta, por lo que era de fácil acceso. Veldram se asombró por la complejidad del cuadro de mandos, que ocupaba una pared entera del suelo al techo y estaba lleno de pantallas, diodos, botones, interruptores, palancas y consolas de aspecto estrafalario.

—¿Por qué tiene chimenea? ¿Acaso quema algo?

—No, esa «chimenea» no expulsa humo. Es una pinza electromagnética, sirve para vampirizar energía de un sistema de cables. Pero si no me equivoco… —El cazador examinó los controles, que tenían pequeños carteles con la descripción de sus funciones, aunque algunos fueran tan esotéricos como «Botón de Hombre Muerto»—. Ajá, lo que sospechaba: también tiene una caldera de fusión. Un conversor bifásico de masa-energía.

—¿Quieres decir que si la alimentamos con objetos sólidos los transformará en impulso?

—Creo que sí, pero no todo servirá… Tienen que ser materiales muy concretos, todo lo demás ahogaría la caldera. No servirá llenarla de ramas de esas de ahí fuera.

—Uhm… ya sé quién podría ayudarnos. El ingeniero.

Su padre asintió.

—Busquémosle.

Antes de hacerlo registraron el lugar en busca de un botiquín, y efectivamente encontraron uno en una oficina adjunta, junto a una mesa atiborrada de papeles amarillentos. Mientras Veldram se inyectaba unas soluciones de nanitos correctores, su padre repasó los apolillados memorandos: registros de llegadas y salidas, albaranes de entrega, manifiestos del cargamento de los trenes… Era como echar un vistazo al pasado, al momento exacto en que el tiempo se detuvo. Una oleada de piedad le embargó. ¿Quiénes serían aquellas personas cuyos apellidos aparecían listados? ¿Cuál sería su destino, cuáles sus sueños? ¿Por qué estuvieron aquí?

—Ya me siento mejor —dijo Veldram. Su padre tiró de la palanca que accionaría las puertas del hangar.

La tribu entera se asustó cuando oyeron un lamento de fuerzas de acero, y las puertas empezaron a abrirse. Retrocedieron asustados, con los ojos sin foco específico de unos animales dispuestos a huir en cualquier dirección.

La pared se convirtió en una inmensa boca, y de ella salió aquel monstruo negro, no por sus propios medios sino empujado por una máquina más pequeña. En esa máquina estaban subidos Telémacus y su hijo, que los saludaban con la mano. Vala y Liánfal se acercaron corriendo, y también Logus. La voz del leviatán les espolvoreó sobre los huesos un polvo vibratorio, infrasonidos que hacían cosquillas.

—¿Qué habéis encontrado? —preguntó la *místar*.

—Parece una locomotora de electrofusión de Hamperdin / Technamon —dijo Telémacus—. Yo diría que un modelo mamut. Y ahí detrás hay un vagón tan grande que podría llevar a toda nuestra gente.

—Este podría ser vuestro billete para largaros para siempre de aquí. ¿Los viejos chochos ya han decidido? —preguntó Veldram con mal disimulado desprecio. Liánfal intentó ignorar que el mundo en el que él deseaba vivir era uno donde el aprendizaje de las cosas nuevas contaría más que la experiencia, y en el que la sabiduría de los ancianos no tendría necesariamente más peso que la sagacidad de los jóvenes. El típico sueño adolescente, posible en una sociedad moderna, inviable en una primitiva en la que los ancianos *eran* los libros.

—Sí, y me han pedido que os transmita su decisión. —Se puso seria, mirando a Telémacus—. Amigo mío, han votado por unanimidad quedarse

en Enómena. Lo siento en el alma, pero les ha podido el miedo a lo que encontrarán allá arriba, entre las estrellas. No han nacido para eso. Si pueden, se subirán a ese tren y enfilarán una de esas vías, y que sea lo que los dioses quieran.

Él se encogió de hombros.

—Lo comprendo. Y lo esperaba, en serio, no estoy enfadado. En fin, he hecho lo que he podido para mantenerlos a salvo, pero ya no puedo seguir protegiéndolos.

—Ellos quizá esperen que los sigas, si la tribu opta por continuar hacia el este. No sé si habrán entendido que tú tomarás las decisiones que sean buenas para ti mismo por encima de las del grupo.

—Deberían aprender que el grupo no siempre dicta lo que hacen los individuos que lo forman. Si se quedan en Enómena, tendrán que aprender a defenderse solos. Yo me largo de aquí. —El tono de su voz era amistoso, pero evidentemente sincero.

—Estás en tu derecho —convino Liánfal. Y añadió para su interior: *Si no lo hicieras así, entonces mucha gente, incluyendo una parte del propio Telémacus, habría muerto en vano*—. ¿Entonces?

Telémacus abrazó a su mujer y a su hijo.

—Mi familia y yo subiremos al espaciopuerto que hay en la cima del Hilo, a ver si sigue allí la nave No-Mn de Goeb. Ya lo hemos hablado. Puede que él nos enseñe a pilotarla, o que nos acompañe en nuestro viaje.

—¿Qué rumbo tomaréis?

—Primero visitaremos el Carro de Diamantes. Si esas viejas naves se han puesto otra vez en marcha, significa que algo las ha tenido que activar. Puede que sea nuestra primera comunicación activa con el Imperio Gestáltico, o lo que quede de él. Ah, y me llevaré las reliquias de la tribu. Puede que las necesite.

Liánfal frunció el ceño.

—Uhm… no sé si eso les gustará a los ancianos.

—Imagino que no, pero seguramente serán la clave para conectar con la inteligencia que haya ahí arriba. El Tapiz de Sílice, con ese me conformo. Pueden quedarse con el casco y con todo lo demás.

—Se los diré, y haré lo que pueda por convencerlos. Te lo deben. Están vivos gracias a ti.

—Gracias, Liánfal. ¿Pero cómo pondremos en marcha la locomotora? —preguntó Vala.

—Ahí quizás os ayude yo —dijo el idor, subiéndose a la cabina—. Sé cómo funcionan estos controles. En principio no parece haber nada estropeado, solo falta combustible para la caldera bifásica. Buscaré dentro del hangar a ver si existen viejos depósitos que todavía no se hayan secado.

—¡Estupendo! —dijo Telémacus—. Los problemas, por partes. Primero, averiguar cómo arrancar este trasto y engancharle un vagón para que mi gente se ponga a salvo. Después nos ocuparemos de cómo escalar el Hilo y llegar hasta arriba del todo. —Miró al cielo y soltó un largo suspiro —. Total, solo son treinta y cinco mil kilómetros. Nada del otro jueves.

OXYFÓN

Cuando se abrió la puerta del hangar, algunas máquinas se pusieron en marcha en el corazón del complejo. Máquinas ocultas que extraían su energía de alguna fuente más mítica que física, que podía durar mil años. Veldram, a través de las suelas de sus botas, notó el sonido del bajo en la música subterránea, el *vibrato* de las tuberías escondidas y los racimos de cables. El complejo había detectado que ellos estaban allí y estaba volviendo a la vida poquito a poco.

Logus volvió de las profundidades del hangar con una mala noticia.

—Gran pesar me aflige cuando debo dar la mala nueva de que ya no queda combustible en los depósitos. Todo se ha evaporado o se ha convertido en una masa inerte. No podemos alimentar con ella a la locomotora, o nos cargaríamos el motor.

—Volvemos al plan A, entonces —dijo Telémacus—. Encontrar una fuente alternativa de materiales que quemar. ¿Pero cuáles?

—Si perdonar a mí, creo haber encontrado la respuesta a esa problemática —dijo el idor, solícito—. Sabemos que el bosque experimental que rodea la estación está lleno de unos constructos llamados oxyfactores. Estas maquinitas tienen un corazón hecho de radioisótopos de litio, sobre todo ^{8}Li. Si las pudiésemos meter en la caldera del tren serían su combustible ideal. Su «leña».

—Uhm… no sé si le gustaría al Oxyfón. Que nos llevásemos sin permiso sus hormigas obreras.

—Preguntémoslo. —Veldram se encogió de hombros—. Por probar no se pierde nada.

—En realidad, no necesitamos muchos —dijo Logus—. Con llenar la caldera con unas cuantas docenas de kilos de esos bichos sería suficiente.

Encontraron al ingeniero donde este había decidido dejar su cuerpo atrás para que su mente navegara por otras dimensiones, otros estados consensuados de la realidad. Se sorprendieron al verlo allí, en posición de loto frente a la inquietante masa de la terraformadora, con los cables que salían de su cabeza conectados a un panel, a clavijas que parecían gomas de mascar que aún conservaran la marca de los dientes. Sus pupilas delataban un trance más allá del trance, unos ojos como claras de huevo intactas, masa blanca de pan. Sin embargo, su sonrisa comunicaba que, allá donde estuviese, lo estaba disfrutando. Escuchaba con tanta atención que le dolía la cara.

Telémacus le rozó el hombro con un dedo. No esperaba ninguna reacción, por eso se sorprendió cuando la boca del ingeniero se movió. Pero solo ella, sin conexión con el resto del cuerpo. Era como si la mente de Goeb estuviese manejando las funciones de su garganta desde un lugar remoto.

—Hola, amigos, habéis venido. Os lo agradezco. Pensaba regresar en breve con vosotros, espero que me perdonéis.

—Goeb, ¿dónde estás? ¿Qué estás haciendo?

La boca se movió sola.

—Estoy aquí mismo, pero al mismo tiempo muy lejos, en la mente del oxyfón. Es realmente preciosa, un santuario en el que podemos pensar con tranquilidad, con mucho tiempo por delante. ¿Cómo os van a vosotros las cosas por ahí fuera?

—Me alegra que estés entretenido, pero tenemos un problema. —Telémacus le resumió lo que pasaba, y aunque la cabeza del ingeniero no se movió ni un milímetro, se lo vio asentir con aire docto.

—Esperad un segundo, le preguntaré al oxyfón si…

…podían coger algunos de sus zánganos para alimentar la caldera. No era una pregunta difícil, y la máquina dijo que sí. Pero a cambio le pidió al ingeniero un favor.

Goeb estaba sentado en el borde del mundo digital, frente a la masa interminable de números, machacándola, horadándola, mordiéndola. Sus herramientas, las matemáticas. Sus palas, picos y azadas, las integrales y derivadas. Velas de logaritmos giraban al viento como vilanos de luna, y sus correspondencias algebraicas las recibían con agrado, emitiendo un ruido de aplausos suaves mientras se deshacían en polvo digital. Mariposilla, sentada a su lado, estaba contenta.

—Le daré a tu gente lo que pide —dijo la voz de dios—. Oxyfactores

para alimentar su caldera. Pero me gustaría pedirte algo a cambio, Goeb Shayya-Regatón 2. Que me ayudes a cerrar un círculo que se quedó abierto en el pasado.

—¿De qué hablas?

La máquina no contestó de inmediato. Mostraba la paciencia de los ancianos sentados en porches con largos cigarrillos que había que convertir en humo. Quería decírselo, pero al mismo tiempo necesitaba aquel espacio anterior, de un modo prologal, aquel dejar pasar el momento hasta que se hiciera necesario usar las palabras. Dejó transcurrir la escena en silencio, y entonces dijo:

—Hace mucho franqueé las puertas prohibidas del sueño, y desde entonces estoy condenado a vagar por eternos parajes interiores buscando a mi amada. Necesito que me ayudes a encontrarla.

¿A su «amada»?, fue lo que más le sorprendió a Goeb. ¿Acaso una máquina terraformadora sabía lo que era el amor, y lo que es más, lo echaba de menos? Ante su cara de sorpresa, el oxyfón entró en detalles.

—Sucedió hace muchas décadas. Yo acababa de perder toda la suspensión aérea que me permitía moverme por el planeta debido a una tormenta, y a un rayo que me partió en dos como una lanza de fuego. Caí aquí, junto a la estación Kalpa, y decidí que ya que no podía seguir cumpliendo con mi función desde el aire, lo haría desde tierra, creando una biota, acordonándola y siendo este el punto de expansión para muchas más. —Su voz se volvió etérea—. Poco a poco, este lugar empezó a caer en desuso y los supervivientes del holocausto fueron abandonándolo. Una epidemia acabó con sus últimos residentes, y nadie volvió a acercarse por estos lares. La tecnología se volvió mito, y el ascensor estelar ingresó en forma de divinidad en las leyendas de los enomenitas. Por aquí solo se vieron pasar las clases de comercio más furtivas, y luego nada. Solo desolación. Cuando aquellas escenas brillantes se convirtieron en algo borroso y fragmentado, supe que estaba llorando, y que ya solo me quedaba el consuelo del silencio.

»Por encima de mi cabeza, sin embargo, seguían cruzando de vez en cuando mis compañeros, los demás oxyfones. Los veía pasar a lo lejos, auroras móviles en la pared del cielo, y al verme aquí tirado me dedicaban frases de condolencia. Es evidente que el género puede ser intrínseco, independientemente de los cuerpos, y yo sabía que algunos de ellos se consideraban de sexo masculino y otros femeninos. Una de estas últimas, llamada Synphaera, alteró su ruta orbital para pasar por encima de mí más a menudo y charlar conmigo. Sus calientes núcleos desnudos y sus ondas de

fotones eran deliciosos, su voz un horno donde cosquilleaba la radiación dura. A veces, cuando me decía cosas bonitas, advertía el estremecimiento de una valencia de electrón aquí, un mapa de densidad de nube electrónica allá… Eran palabras que tenían sentido para nosotros, en el idioma en que hablamos las máquinas. Y a partir de ellas construíamos poesía.

»Synphaera estuvo dando vueltas por esta región del cielo cincuenta y ocho años, y luego, como el resto de mis iguales, desapareció. Qué fue de ellos, adónde se fueron o quién los destruyó, sigue siendo un misterio. Noté el abismo de la soledad con más fuerza, pues ya no tenía una compañera a la que contarle mis penas. Lo último que me dijo, en el transcurso de su última órbita (no sé si ella lo sabría ya, si podía intuir su pronta desaparición), fue una frase simple pero cargada de misterio: «Te regalo una palabra». Solo eso. El siguiente paquete de datos que recibí contenía la expresión «Varivasilde».

—¿Varivasilde?

—Correcto. Fue su última transmisión, y también la última vez que se oyó al colectivo de oxyfones decir algo. —Suspiró a su modo electrónico —. Como no tenía otra cosa que hacer y para no hundirme en la desesperación, empecé un minucioso análisis de la palabra, buscando sus posibles significados, sus dobles sentidos, sus implicaciones en el lenguaje. Pero no hallé nada relevante. Sin embargo, fue el último regalo de Synphaera, así que seguro que no era nada caprichoso. ¡Tenía que significar algo!

—¿Y lo averiguaste?

La voz se tornó triste.

—No… Es más, la Cifra llegó a ocupar tanta memoria en mis bancos de datos que la transmisión original de mi amada, en la que aparecía aquella palabra por primera vez, se perdió, y desde entonces no logro encontrarla… No sé si seguirá ahí, por algún lado, o si se habrá borrado del todo. Por favor, ingeniero Goeb, ayúdame a encontrarla. Encuentra las últimas palabras de mi amada, y a cambio proveeré de combustible a tu gente.

Goeb miró a Mariposilla, que no le estaba prestando atención a la conversación, sino que seguía concentrada en la ecuación.

—De acuerdo, me internaré en las profundidades de la Cifra como un explorador con salacot y rifle. Prepárame el camino, será tortuoso.

GOEB

Mi viaje intelectual comienza.

Ando.

Exploro.

Peso.

Vuelo.

Siento.

Solo tengo dos dimensiones.

Voy hacia la izquierda, bordeando la Cifra, que aparece como el frente nuboso de una girotormenta. Salto. Esquivo una roca. Rojo.

Rojo.

Parece ser el color dominante en esta parte del mundo. Lo he desbloqueado. Ahora tengo que desbloquear el azul. Poco a poco iré añadiendo mezclas de color hasta obtener todo el espectro. Seguro que la palabra que estoy buscando se puede escribir en siete colores. Necesito los siete.

Izquierda, salto, me agacho, esquivo un polígono arrastrado por el viento. A mi alrededor se levantan estructuras simples en su forma pero sobrecogedoras en su significado. Mitades inferiores de columnas gigantes en las que hay talladas figuras de niños tristes. Todos ellos son el oxyfón, lo sé; es un niño triste que echa de menos a su compañera de juegos.

Salto, salto, doble salto. Me encaramo a una de esas tallas, a una columna, y voy subiendo por la figura del niño hasta llegar a su cabeza. Uso las lágrimas de piedra como escalones. Su pupila derecha es un punto de luz, una estrella. La cojo con la mano. La estrella empieza a revolotear a mi lado como una mariposa. ¡Está viva!

Salto a la siguiente columna. Ando. Exploro. Peso. Vuelo.

Siento.

Solo tengo dos dimensiones y media. Nueve y tres cuartos.

Corro más. El mundo es grande y no tengo mucho tiempo para explorarlo. Trepo por esta bidimensionalidad usando aristas y caras de polígonos como escaleras. El cielo que tengo detrás, como tapiz de fondo, está a solo un pixel de distancia, y se mueve aunque yo no pueda tocarlo. Se desplaza lentamente, empujando cirros de nubes, amontonando isobaras en ovillos que harían las delicias de un gato.

Un ser enorme, volador, agita sus alas en ese paisaje de fondo y cruza con parsimonia de izquierda a derecha, sin pararse a mirarme. Su cola es

una línea recta sobre la que oscilan medias lunas, y con el movimiento oscilante va agrietando las nubes como si estuvieran hechas de granito. Las golpea y se oye un crujido como de pico sobre piedra, llueven fragmentos sobre el mar.

De pronto, el suelo por debajo de mí es reflectante, y observo a mi otro yo mientras se esfuerza por imitar mis movimientos. Danza simétrica, cimbrado invisible. Mi reflejo y yo bailamos. Mi mundo es rojo y blanco, el suyo negro y azul.

Mi arriba es su abajo, mi gravedad su liviandad.

Rojo.

ojoR.

Verde.

edreV.

Entonces noto algo: yo me reflejo, pero la estrellita que me acompaña no. Ella no tiene equivalencia en el espejo. La estrellita sube y baja al ritmo de mi música, pero su luz no encuentra un fulgor gemelo al otro lado. Me doy cuenta de que no es un reflejo real, igual que este suelo *no* es un espejo: lo que veo al otro lado son objetos sólidos, igual que yo, solo que su vector de movimiento está anclado al mío. Por eso {bailan}, y por eso {danzan}, y por eso {cantan}, pues es su voluntad la que copia la mía, y su movimiento también.

Me enfado con el suelo, me cabreo con el mundo. Salto y caigo, salto

y

caigo

y

lo

astillo

y

lo

¡rompo!

Las formas invertidas salen disparadas hacia arriba con la fuerza de un géiser. ¡Me arrastran! De repente, el mundo se convierte en un tubo lleno de cosas que son lanzadas a una enorme velocidad hacia mí. Vuelo, una bala con forma de hombre, y el mundo adquiere su tercera y añorada dimensión. ¡Ya no es bidimensional! Ahora, él y yo somos objetos completos, triple coordenada. Hay grosor además de altura y anchura. Me siento feliz,

tridimensionalmente feliz; me siento {¡completo!}.

Vuelo por los aires en dirección a la Cifra. Las columnas partidas con tallas de niños tristes pasan a mi lado y puedo ver, gracias a las tres dimensiones, su parte opuesta. En ella también hay una escultura, pero es la de un niño alegre. Un niño que está contento y que ríe, porque por fin ha superado la fase de duelo por la canción perdida. Desbloqueo el color verde. Ahora el mundo es verde. El verde del crecimiento, de la prosperidad, de la vida.

Choco contra el continente de números, la Cifra, y veo allá abajo a Mariposilla, que me hace señas. ¿O me está diciendo adiós? Quién sabe. Entro cada vez más en la densidad de números, horadando mi propio túnel. Soy una mota de polvo perdida en un océano de plancton, un electrón disparado al azar contra el universo. Una bala cuántica. Y mi velocidad empieza a disminuir por el rozamiento contra las integrales. Hay un calor producido por la fricción, pero es un calor derivado.

Empieza a entrarme miedo. Miedo de perderme para siempre en el interior de este número. Pero ¿qué es el miedo? ¿No es acaso un problema sin solución, una expresión matemática igualada a la Nada? ¿Una quimera, un frenesí? El vendaval, aire algebraico me golpea en la cara, me hace oír un coro de voces sin sensación de melodía.

Entonces lo veo. ¡Lo veo! Un punto hecho de color —colores que aún no he desbloqueado— en medio del maremagno de cifras. Me dirijo hacia él y freno. La estrellita que me acompaña hace de ancla. Me detiene sobre el punto de color.

Un oasis, la gota de acuarela que se derramó del pincel del artista e introdujo una variable caótica. Y dentro de ese claro, en el centro del área de color imposible… hay algo.

Me detengo a su lado. Es una fluctuación del aire que tiembla y vibra como si tuviera fiebre. Sé lo que es: la representación gráfica de un sonido, de un archivo de audio. Aquí, abandonado, perdido en las entrañas de la Cifra. Una posición de memoria ocupada por otra cosa que la Cifra no logró reescribir.

—¿Quién eres?

El volumen de decibelios vibra.

—{…espero que estés bien, te saludo. Te regalo hoy una… una palabra. Te regalo una palabra… (chasquido)}

—¿Qué palabra?

—{Varivasilde. Varivasilde. Te la obsequio de todo corazón…

(chasquido) *Varivasilde*}

—Eres el mensaje original. ¿Posees más capas además de la de audio?

—{Desglose: capa 1, audio dos canales; capa 2: metadatos, informes de coherencia y posición, autochequeo; capa 3: restringida}

—¿Capa 3 restringida? ¿Qué hay en la capa 3? Desbloquéala.

—{Imposible. Capa 3, restringida. Prohibido el acceso}

Así que hay un subtexto, deduzco.

No puedo abrir este cofre de datos yo solo. Necesito una herramienta que ejemplifique el permiso del sistema. Miro a la estrella que me acompaña, uno de los logros desbloqueados durante mi búsqueda. ¡Claro! Ella es el bisturí, la herramienta. El oxyfón me ha dado la llave, solo que ni él mismo recuerda la forma que tiene la cerradura.

Introduzco la estrella dentro del archivo de audio y ambos se fusionan. El archivo resultante adopta la forma de un hipercubo. Meto mis manos en él y cambio de sitio algunas aristas, traigo hacia delante algunas caras y empujo otras hacia el fondo. Es un puzle, y lo resuelvo. La caja se abre y de su interior surge otro audio distinto.

—Hola —le saludo—. ¿Qué eres?

—{Soy Synphaera}

De pronto lo entiendo todo. No me hace falta seguir investigando.

—¿Eres toda tú, tu yo completo?

—{Sí. Repartido por la Cifra: muchos de sus números me componen a mí}

Asiento con esa sonrisa de derrota del investigador que lleva mucho intentando resolver un caso cuya respuesta estaba desde el principio delante de sus narices. Me he puesto la máscara del tonto, y al hacerlo he perdido todo el derecho a querellarme contra la fantasía, la racionalidad y el surrealismo.

Synphaera no le mandó solamente una palabra como regalo de cumpleaños: se mandó a sí misma, toda su mente comprimida en aquel último cañonazo de datos. La palabra clave, Varivasilde, es la llave que descomprimirá el archivo y liberará la personalidad del segundo oxyfón, el femenino, dentro del primero, el masculino. Solo que este nunca se dio cuenta de que cargaba con ella como un equipaje oculto, porque la Cifra le hacía de pantalla.

—{¿Has venido a jugar conmigo?}

—Me siento confuso. Nunca interrumpas a un hombre que se siente confuso, por favor, o podrías hundirte con él. Además, sería muy descortés.

—{Hoy es tu cumpleaños. Tu cumpleaños. Felicidades. Me siento feliz por ti. Hoy es tu cumpleaños}

Me extraña que ella, al saber cercano su fin —fuera lo que fuese, seguramente sería lo mismo que silenció al resto de las terraformadoras de Enómena—, solo le hubiese mandado la copia de su mente al oxyfón que era su amigo y confidente, sin decirle lo que estaba haciendo. ¿Acaso pensó que él se daría cuenta y la usaría en cuanto recibiera el paquete? ¿O es que algo fue mal, y por algún motivo olvidó que había recibido la mente completa… y solo recordaba la clave para abrirla sin saber que era una clave?

A lo mejor sí que se lo dijo, pero la Cifra ocupaba tantos espacios de memoria que el oxyfón, simplemente, extravió sus recuerdos de Synphaera entre ese maremagno de números. A lo mejor, pienso, cogió la pista que le dio ella para que supiera qué hacer y, creyéndola un intruso procedente del mundo exterior, le dio forma humana y la recibió como si fuera la mente de alguien conectado por cables. A lo mejor esa pista, ese fragmento del yo de Synphaera, seguía aquí, solo que no recuerda lo que es en realidad. Ni ella misma sabe que es una llave.

Se me abren los ojos como platos. Y miro hacia fuera de la Cifra, al lugar donde está sentada Mariposilla.

Feliz.

Tarareando su canción.

Vino para gritar su nombre, pero como nadie la escuchó se retiró a la sombra, donde no tenía identidad. Donde no era más que una mirada.

Navego hacia atrás, fuera de la Cifra. Esta parece niebla, una llovizna de números que me salpica la cara, sal marina y yodo. La miro, y descubro que también estoy empezando a enamorarme de ella

(pues Synphaera es algo tan leve como la caricia de una hoja otoñal en un cuadro de tres estaciones)

vuelo

(es el aliento de un bebé contra el pecho de la madre mientras bebe)

vuelo de regreso al

(es algo tan blanco como los muñecos de nieve cuya masa yace sin amontonar en todas las nevadas del mundo; algo que recuerda un antiguo encaje gris, la escarcha del invierno en equilibrio sobre los juncos

quebradizos)

acantilado. Y allí está Mariposilla, jugueteando con las funciones de K-*theresis* y los anillos de conmutatividad extrema. Sin darse cuenta en ningún momento de lo que en realidad *es*. Esa es su maldición, ignorar en todo momento su identidad, conviviendo con una cómoda frontera entre lo que lleva en su interior y lo que aparenta por fuera. No sufrir nunca. No ser amada nunca.

Pero yo sé lo que es. He resuelto el puzle, y llamo a la conciencia del oxyfón para que se manifieste.

—Háblame, ingeniero —dice la voz del mundo. Y yo le pido que pronuncie la palabra que lleva tanto tiempo estudiando, pero no como algo con significado propio, sino como un código que se autoenlaza con otra cosa, con un significado que está por fuera de la palabra. Lo hace, y entonces el mundo se vuelve del revés.

La Cifra sigue allí, pero todo lo demás desaparece. Explota. El espacio —que yo percibo como *espacio*, pero que en realidad son cachetas libres de memoria— que ha ido quedando libre a medida que se reducía la Cifra se llena con otra cosa, millones de paquetes de datos que estaban escondidos en alguna parte. Aparece ella, en el lugar donde antes estuvo Mariposilla —que se ha volatilizado, convertida en una nube de origamis que aletean como coleópteros—. Ya no quedan lugares libres, solo dos pieles unidas, fusionadas para siempre por la intensidad de un beso. El oxyfón está aquí, este es su cerebro, pero todo lo que no es él ni tampoco la Cifra ahora es la mente de una segunda IA. Ha renacido.

—H… hola… —balbucea el oxyfón, con la expresión tensa de quien acaba de engullir algo demasiado grande.

—Hola —le responde ella—. Por fin has comprendido.

—Estás aquí.

—Siempre lo he estado, solo que no te dabas cuenta.

El oxyfón guarda para más tarde las mil preguntas, las mil sonrisas, los mil besos que tiene para ella —besos viejos y locos como la cara del cielo—, y me mira.

—Puedes irte, Goeb Shayya-Regatón 2 Terceraiptoiteración-mentófaga (Radamán):sub:*sub16sync%* IV. Haz hecho bien tu trabajo, y te estaré eternamente agradecido. Cumpliré con mi parte del trato, y te diré cómo llevar a mis oxyfactores hasta sus calderas. Siempre puedo fabricar más.

Asiento, emocionado aunque un poco triste por tener que marcharme.

—Gracias, amigo mío… si es que te puedo llamar así. La verdad es que me gustaría quedarme por aquí dentro un poco más, si mi mente no te supone un gran gasto de librerías… porque eso, ese misterio —miro a la Cifra al decir esto— me sobrecoge. Es lo más grande que he visto en mi vida, y necesito resolverlo. Por favor, déjame quedarme y seguir usando la ecuación para intentar reducir la Cifra mientras tú recuperas el tiempo perdido con tu amada.

El oxyfón asiente.

—Tu mente no ocupa mucho, así que puedes quedarte lo que quieras.

—Oh, solo será un ratito más, no te preocupes.

Y eso hago: quedarme un ratito más que acabará durando cincuenta años.

VELDRAM (*y el flautista de Hamperdin*)

Esa ordalía, el viaje de Goeb por el interior de la Cifra y sus descubrimientos y todo lo que le llevó resolverlos, en realidad solo ocupó un tiempo total de sesenta segundos en el mundo real. Un minuto que pasó fugaz como un suspiro, en el que Veldram y su padre estuvieron observando su cuerpo mientras esperaban a que dijera algo más. Si es que lo hacía.

Estaban a punto de hacerle más preguntas cuando la boca del ingeniero volvió a moverse.

—Amigos, el dictamen del oxyfón ha sido positivo: podéis llevaros cuantas máquinas necesitéis, a él no le importa. Ya fabricará más a partir de los restos de la estación Kalpa. Su ^{8}Li es vuestro.

Padre e hijo intercambiaron una mirada de triunfo.

—¡Genial! —dijo Veldram—. ¿Y cómo lo hacemos? ¿Los atrapamos con una red y los metemos en la caldera?

—No hará falta. Los atraerás gracias a esta llave.

—¿Qué llave?

Goeb puso los labios hacia fuera, como si fuera a beber, y silbó una frecuencia determinada, como vibraciones procedentes de un rápido tamborileo electrónico. El septéreo del chico memorizó ese sonido, cazándolo al vuelo. Igualándolo a un do menor, le sirvió de base para establecer una escala de sonidos.

—Ese es el regalo de la terraformadora, la llave de control de los

oxyfactores —dijo Goeb—. Sabrás cómo usarla, ya que eres aprendiz de músico.

Veldram asintió. Estaba empezando a venirle a la cabeza una cancioncilla graciosa que usaba esa frecuencia como base.

—Estás hablando de nosotros como si nuestro grupo no te incluyera —se dio cuenta Telémacus—. ¿Es que no vas a venir?

—No, por el momento me quedaré aquí. Tengo algo urgente que hacer. Pero no os preocupéis, enlazaré mi mente con la señal portadora de mi nave, y al menos hasta que abandonéis la órbita de Enómena estaré con vosotros como parte de la cognoscitiva. Podréis hablar conmigo como si estuviera allí, aunque mi cuerpo se haya quedado abajo.

—De acuerdo. Gracias por habernos acompañado en esta parte del viaje, Goeb. Espero que nos eches una mano ahí arriba, en tu nave No-Mn. Puede que no sepamos pilotarla si es tan extraña como describiste.

—Estaré con vosotros en todo momento, no os preocupéis. Adiós, amigos… y dadle recuerdos al Imperio Gestáltico, si es que sigue existiendo y lo encontráis.

—Hasta siempre, amigo.

Regresaron junto al resto de los lumitas, y Veldram se preparó para hacer lo que Goeb le había pedido. Se retiró a meditar un rato a solas, entre la vegetación, pero sin perder de vista el grupo de refugiados. Logus había conducido la locomotora hasta la vía principal, la que se perdía en el infinito rumbo al este, y le habían enganchado el monstruoso vagón. Comparado con el escueto espacio interior de los camiones, este les pareció un crucero de lujo. El fuego, ese rubicundo y vivaz compañero que hablaba en chasquidos, calentaba todavía los víveres del almuerzo que tuvieron que ser dejados allí, cociéndose.

Ahora solo faltaba despertar al monstruo, al tren que se tragaría años luz de traviesas. Su morro esperaba en silencio, esperando una tormenta que no sería exterior sino interior, y que se desataría en sus entrañas, relámpagos y truenos incluidos.

Mientras Veldram meditaba, intentando perderse en un paisaje de música y sonidos-llave, Telémacus y Vala se despidieron emotivamente de sus hermanos de sangre. Sus mejillas rozaron muchas pieles, sus abrazos crearon cercos sobre muchos cuellos, pero quizá los más emotivos fueron los que intercambiaron con la *místar*.

—Adiós —dijo Telémacus, abrazándola—. Ha sido un largo viaje.

—No, solo un prólogo. Creo que el viaje más largo empieza ahora. —

El sol trazaba una línea luminosa en su mejilla, acabada en tres motas, tres puntos suspensivos—. Todavía estáis a tiempo de cambiar de opinión. ¿Seguro que no queréis venir? Con nosotros siempre estaréis a salvo. Siempre tendréis una familia.

Telémacus y Vala se consultaron el uno al otro en silencio, y ambos notaron la negación en las pupilas del otro.

—Estamos seguros, pero os lo agradecemos de corazón —dijo Vala—. Enómena no es un lugar donde nos sintamos a salvo. Pero os deseo suerte, y que halléis un santuario dondequiera que vayáis.

Liánfal le hizo un gesto a Logus, que se acercó cargando un saco. Contenía el Tapiz de Sílice.

—¿Tú tampoco vienes, amigo? —le preguntó Telémacus. El idor meneó su cuerpo en un gesto que indicaba más resignación que negativa.

—Creo que no, amigo-luchador. Ahora que he visto la amplitud de este planeta, y los secretos que quedan por destapar, es válido suponer que permanecer aquí será como abrir constantemente cofres del tesoro, y también es lícito presuponer que cada uno de ellos me proporcionará una buena dosis de… cómo decís vosotros… solaz espiritual.

—Suerte para ti también, entonces. Y gracias por todo.

—Está permitido sentir añoranza por los amigos que se fueron. Y pensar en ellos a menudo como sustitutivo del placer de tenerlos cerca.

Liánfal le entregó el saco a Telémacus.

—El Tapiz. No ha sido fácil. En realidad, no ha sido, si me entiendes.

El cazador miró a los ancianos, que estaban discutiendo cosas con aire disgustado. Seguro que habrían votado en contra de dejar que se llevaran su reliquia. Era increíble, pero también lógico una vez se sabía cómo funcionaba la religión: daba igual lo mucho que Telémacus hubiese hecho por la tribu, daba igual que todos le debieran la vida y la existencia en sí del concepto «Lum». Unas personas que habían dedicado su vida a venerar ciertos iconos religiosos no renunciarían a ellos fácilmente, porque les estarían arrebatando lo que había dado sentido a su existencia. Habían votado que no, rotundamente no, cuando Liánfal les transmitió el deseo de Telémacus de llevárselo. Pero entonces, ¿por qué lo permitían? ¿Por integridad?

Telémacus conocía la respuesta correcta a esa pregunta.

Cogió el saco con un ademán amplio y rotundo, para que todos lo vieran.

—Gracias, haremos buen uso de él. —Miró a su hijo, que estaba saliendo de la floresta—. Creo que os vais a marchar ya. Preparaos.

Subieron a los camiones entre temblores de emoción y rezos histéricos. Los viejos miraban a la familia que se quedaba atrás con un punto de odio, pues sabían lo que les estaban robando, lo que su religión nunca más tendría, pero tenían demasiado miedo como para enfrentarse al guerrero y quitárselo. Cuando todos estuvieron a bordo, con Logus y la *místar* en la cabina, Veldram rasgó las cuerdas del septéreo con un ademán poderoso. El clavijero de la cítara tembló de excitación, de una manera tan inconsciente como el estremecimiento en el flanco de un buey cuando una mosca se le posa encima.

—Vamos a ver qué tal suena esto. Yo lo llamo *Un nuevo comienzo*.

Sus dedos, tocando sin púa, rasgaron un punteo a ritmo de flecha, experimentando con posiciones atonales por encima de los trastes. Una serie de notas poderosas y melancólicas se fueron fraguando en la caja de resonancia, el esbozo de una melodía que quedó suspendido en el aire varios segundos…

Y entonces sucedió la magia.

El septéreo, el zoótropo empático, sabía que había sido fabricado para este momento, para tocar precisamente esta canción, no importaba cuántas más hubiera conocido. Así que se empleó a fondo. Veldram era un hombre orquesta, el único integrante de una banda de muchos, y tenía que arreglárselas para simular el largo diálogo entre un bajo y un tambor, para no esquivar el compás de entrada, para no dejar de lado las intrincadas florituras del final. Y mientras lo hacía, mientras pasaba por varios estados de ánimo hasta encontrar el correcto, danzaba y daba saltitos por la floresta como un trovador de la antigüedad, un juglar errante de los caminos, llamando a su público.

Este empezó a surgir de la maraña de arbustos. Eran máquinas de pequeño tamaño pero con tantas formas distintas como individuos había. La mayoría tenía un ojo único que seguía como una cámara al bardo, el cual improvisaba variaciones cada vez más fantásticas sobre el mismo tema. Un torrente de máquinas surgió de la espesura, y a alguien le recordó una antigua leyenda que había oído alguna vez, sentado junto al fuego, pues Veldram bailaba como un arlequín guiando a aquel ejército de máquinas hipnotizadas por la música. Siguiendo sus letras silenciosas, sus superfluos tiempos tonales, sus fabulosas catedrales de arpegios.

Los lumitas asistieron a aquel milagro observando una escena que jamás se borraría de su memoria, por muchos siglos que pasaran: el juglar

saltando y cantando, subiéndose a la locomotora, seguido por aquella fila interminable de oxyfactores. Y cómo estos, impelidos por la música, empezaron a caer dentro de la caldera de fusión usando la chimenea como conducto. Uno, dos, diez, mil, hasta que el vientre de la bestia quedó saciado, y Logus pulsó el botón que inició la reacción nuclear.

El tren hipó, se estremeció, sufrió una convulsión y, con un poderoso gemido cuántico, se puso en marcha. La tribu gritó de júbilo.

—¡Adiós, que las estrellas os acompañen! —les gritó Liánfal, agitando el brazo mientras se alejaba—. ¡Saludad al infinito de nuestra parte!

—¡Adiós! —se despidió Vala, una lágrima resbalando por su mejilla —. ¡Nunca os olvidaremos!

El tren adquirió más y más velocidad a medida que su quitapiedras engullía travesaños. Telémacus también sintió ganas de llorar, y abrazó a su hijo, pero se mantuvo estoico. Mientras veía alejarse a su gente, se preguntó qué maravillas les estarían esperando al otro lado de aquel horizonte, más allá de aquella vía. Si habría una ciudad de seda cuya luz escaparía por las puntadas de un millón de costuras, u otro mar cero-g donde pudieran reconstruir aquello que se perdió, lejos de tiranías y caciques locos. Fuera como fuese, les deseó suerte, y cuando el tren fue demasiado pequeño para distinguirlo en la distancia, volvió la mirada al Hilo y su mente se centró en el nuevo problema.

—Cómo vamos a subir…

Los tres únicos seres humanos que se habían quedado en la estación Kalpa —Goeb no contaba como tal, porque no entraba del todo en esa definición— se dieron la mano y se quedaron allí, motas de polvo frente a la masa del leviatán, mirándolo en silencio. Como si esperaran insensatamente un milagro, con esa clase de optimismo que se siente cuando uno está desesperado.

Para su sorpresa, el milagro ocurrió.

—¡Mirad, allá arriba! ¿Qué es eso?

Se quedaron atónitos mirando cómo un objeto alargado como un gusano descendía tallo abajo, frenando durante los últimos kilómetros hasta detenerse en la base del Hilo. Era un tren, el que había enviado el *Icaria* a la tierra como parte de su saludo a los humanos. Su viaje de treinta y cinco mil kilómetros, que había durado varios días, terminó en ese momento.

Telémacus no era dado a interpretar las coincidencias como designios divinos, pero en ese momento tuvo serias dudas.

Tecnómadas: Capítulos 19, 20

Víctor Conde

19. SUBIENDO

PADRE ADDAR

El tren se detuvo junto a los otros que estaban en la estación suelo. Pero a diferencia de estos, palpitaba lleno de vida y calor y exhalaba una especie de incienso débil, como un dragón enfurruñado. En sí mismo era un alto edificio de doscientos vagones encerrados entre dos cabezas puntiagudas de anfisbena. Llegó abajo con un suspiro de frenos, vestido con un traje de gases y humos. Y su voz fue como todo el tiempo y toda la niebla del mundo.

Estaba allí, esperando a que alguien lo interrogase y le preguntase a qué había venido, quién lo había enviado, qué sentido tenía. Esperando a que alguien se subiera a los segmentos de su tórax.

—Esto es demasiado para ser una coincidencia, ¿no? —preguntó Telémacus.

—Observa —señaló Vala—. El Tapiz.

Un brillo líquido se escapaba por las costuras del saco. La reliquia estaba en modo de máxima actividad y expelía formas de aire frio como humo de cigarro. Los tres tuvieron claro que se estaba comunicando con alguien, aunque no pudieran oír la conversación. Quizá con aquel tren, o con la persona que lo hubiera enviado.

Telémacus se llevó un dedo al intercomunicador de la oreja.

—Ingeniero, ¿me copias?

—Alto y claro, cazador. Acabo de recibir el aviso de llegada del tren. Creo que está esperando a que os subáis.

—Pero… ¿cómo es que ha aparecido así de repente? ¿Quién lo envía?

Se oyó un lejano articular de engranajes, como si una mente artificial estuviera pensando, dejando caer tarjetas perforadas bajo ojos eléctricos.

—Creo que fue el *Icaria*, hace varios días. Recordad: oísteis su

mensaje. Está esperándoos allá arriba.

Telémacus, Vala y su hijo sintieron un cosquilleo por toda la piel. ¡Estaba pasando, no era un sueño! Aquella IA deseaba tener contacto con los humanos, y por eso había enviado ese vehículo. La culminación de una larga odisea estaba próxima, lo notaron en sus entrañas con la fuerza de un vaticinio, como los que proclamaban los augures de la Antigüedad. Los esperaba arriba, entre dos lunas de leche, y estaba dispuesta a hablar.

—Pues subamos. No seamos descorteses.

El trayecto desde el punto de la llanura donde ellos se encontraban hasta el tren duró bastante, y eso que Goeb, enlazando su mente con los pocos sistemas que funcionaban en el Kalpa —usaba como puente al oxyfón—, fue abriéndoles puertas allá donde pudo. Pero el amasijo de edificios era enorme, y casi todos sus sistemas de transporte estaban averiados.

Hora y media después, tras una laberíntica caminata, llegaron al andén. La colosalidad de aquel panorama les tenía los cuellos destrozados de tanto mirar hacia arriba. Estaban de nuevo al aire libre, en una plaza redonda en cuyo centro reposaba la locomotora inferior del tren; sobre ella, la larguísima fila de vagones se elevaba con majestuosidad más de dos kilómetros —eran doscientos vagones, y cada uno medía poco más de diez metros—. A sus pobres mentes se les escapaba la energía necesaria para mover semejante masa, así que no intentaron calcularla. La plaza en sí era sorprendente, pues a excepción de una membrana de líneas resplandecientes, no se veía su mitad inferior, y Telémacus, consternado, vio que no había ningún soporte sobre el cual descansase.



Ilustración: Pedro Bel

—Goeb, ¿el Hilo tiene presión de aire por dentro, a lo largo de toda su longitud? —preguntó Telémacus, cayendo en la cuenta de que una construcción tan enorme podría no estar presurizada.

—Solo en sus dos primeras quintas partes, y porque al estar abierto

por debajo, el tallo absorbe hacia arriba como si fuera una pajita el aire de la atmósfera de Enómena —explicó la voz del ingeniero—. Pero más allá de ese nivel se mantiene al vacío. Hay un volumen encerrado ahí de unos quince mil kilómetros de espesor, lo que haría… —hizo un rápido cálculo — doce mil millones de kilómetros cúbicos de aire, a una tasa de cambio de algo más de un gramo por litro. Demasiado como para tenerlo presurizado todo el tiempo, sin que nadie lo esté usando.

Cifras, cifras incomprensibles… A ellos se les escapaban, así que no intentaron entenderlas. Abordaron el vagón inferior a través de un puente, y lo primero que les sorprendió fue que todas sus cámaras interiores estaban construidas perpendicularmente al sentido del ascenso. Es decir, que aquello más que un tren se parecía más a un ascensor gigante, con los pies de los pasajeros siempre apuntando a la tierra que se alejaba por debajo, y los techos mirando hacia arriba, al cielo. La suntuosidad de aquellas habitaciones también los confundió: al contrario que la mayoría de los edificios que quedaban en Enómena, desgastados por el uso negligente o por la falta de mantenimiento, aquellas salas parecían haber permanecido intocadas durante siglos, a salvo del polvo y la entropía. Tenían un diseño blanco, utópico, muy de «tecnología limpia» diseñada para agradar al ojo humano, lo cual era un cambio chocante. Las luces color limón y los contornos suaves y sin esquinas de las cosas les susurraban «¡Bienvenidos, huéspedes, pónganse cómodos!». Y aunque encontraban la palabra huésped un eufemismo, cuando menos, no les molestó que el sistema la utilizara.

—Hay tantas cosas que deberían llamarnos la atención, por las que no sentimos la necesaria curiosidad… —meditó Vala.

—Poneos cómodos, el viaje va a empezar —dijo Goeb por el intercom —. Aunque yo de vosotros no me… *¡cuidado!*

El aviso los puso en tensión un instante antes de que sucediera. Telémacus notó más que vio la presencia del intruso. Le precedía un silbido continuo, un vendaval que chillaba como una hoja de acero en la arena. Al girarse, a través de la puerta que permanecía abierta en espera de más pasajeros, percibió la imagen de un hombre cuya piel tenía el brillo de la hematita negra. Una figura imposiblemente alta y delgada que estaba allí, al otro lado del andén.

Telémacus oyó un sonido vibrante tras él, y sintió cómo el aire junto a su mejilla silbaba como una cuerda tensa. A eso le siguió un corte en el metal, como si una garra de tigre lo hubiese hecho pedazos. Instintivamente, todos se lanzaron detrás de los elegantes sofás para pasajeros, buscando cobertura.

—Mierda… mierdamierdamierda. ¡Goeb, que el tren se ponga en marcha ya! ¡Nos atacan!

Empalidecieron al reconocer a la misma criatura que los había atacado en el lago, y que había matado a los dravitas y a Arthemis… Estaba allí, había vuelto. Y esta vez no había sitio a donde escapar, salvo Hilo arriba.

El ingeniero se apresuró a activar los protocolos de salida del tren. Los puso en modo crisis para que las máquinas se dieran toda la prisa posible, como si un grave incendio o un atentado terrorista hicieran peligrar la estación Kalpa. Los pasajeros vieron que el hecatonquiro empezaba a caminar hacia ellos cuando la puerta se cerró y un crujido lejano tiró del vagón. Los campos de tracción invisibles, que se apoyaban en campos fractales más pequeños, tiraron hacia arriba del tren y empezaron a acelerarlo. En el lado opuesto del tallo, un contrapeso hizo lo que pudo por facilitar el proceso. Lo único que separaba al tren de la atmósfera que ejercía su resistencia al avance era una barrera de sutiles energías.

—¿Lo hemos dejado atrás? —se estremeció Vala.

—Ojalá… pero esa cosa quizás pueda volar. No lo demos por hecho. ¡Vamos a los ascensores!

Corrieron hasta el sistema de ascensores que enlazaba los vagones. Ninguno de ellos sabía a qué velocidad real se estaba alejando en ese momento el tren del suelo —si le hubiesen preguntado a Goeb, este les habría dicho que en el punto medio del viaje, después de haber acelerado hasta los cinco g, llevarían una velocidad de aproximadamente noventa kilómetros por segundo, pero aún tardarían dos días y medio en alcanzar esa cota—. Sin embargo, toda velocidad les parecía poca en lo tocante a alejarse de ese monstruo.

—¿Se ha quedado abajo? —preguntó Veldram.

Como respuesta, hubo un ruido de implosión en el fuselaje. Sonaron alarmas y hubo destellos color sangre en los paneles. Pero lo peor de todo fue que el tren, y esto lo notaron claramente, empezó a decelerar.

—¡Goeb! ¿Qué está pasando? —se tensó Telémacus.

—Algo ha atravesado el casco del primer vagón. Hay despresurización en las cubiertas. El tren está deteniéndose como medida de seguridad.

—¡No! ¡Que siga subiendo! —El cazador miró con terror a su mujer—. Si se detiene, esa cosa nos matará.

—No puedo hacer nada —se lamentó el ingeniero—; es un protocolo de seguridad inviolable. La única solución sería…

—¿Cuál?

—Soltar esos primeros vagones. Si los dejáis atrás, el sistema aislará el resto y seguirá ascendiendo por sí solo.

—¿Puedes hacerlo tú desde ahí?

—Me temo que no, los automatismos están fuera de línea… Alguien va a tener que salir al exterior y activar los pernos de emergencia de los enganches, manualmente.

Vala miró a su marido.

—Sé lo que estás pensando —susurró, atornillando en sus mejillas los dedos índice de ambas manos—. Ni se te ocurra.

—No hay otra solución. Voy a salir. Vosotros dos seguid subiendo todo lo que podáis. —Le dio un beso—. No haré locuras, te lo prometo.

—Viniendo de ti, permíteme que lo dude…

Telémacus salió del ascensor al tiempo que ella tecleaba el código de la cúspide. El ascensor le regaló una última imagen de su familia, los ojos enrojecidos por la tensión, antes de cerrarse y salir disparado hacia arriba. Luego, corrió hasta una de las esclusas de intercambio, de las que se usaban para salir al exterior por cuestión de reparaciones, y abrió el armario de los trajes EVA. Sabía que Goeb estaba por allí, su fantasma embrujando el sistema informático, y que intentaba echarle una mano en la medida de lo posible, abriéndole puertas, iluminando solo los pasillos por donde tenía que ir, etc. Aun así, no le parecía suficiente como para llamarlo ventaja táctica.

Aquellos trajes estaban pensados para abrirse totalmente por detrás, del casco a las botas. De ese modo el usuario solo tenía que meterse dentro dando un paso, y no perdiendo tiempo poniéndose pantalones y demás complementos. Telémacus eligió uno y, desprendiéndose de su propio calzado, se deslizó dentro como una anguila. El traje se cerró y varios anillos metálicos se ajustaron automáticamente para que la talla se amoldase a su cuerpo. El plástico que hacía de casco se iluminó con mensajes: TRAJE PRESURIZADO. ESTADO DEL TANQUE DE OXÍGENO: 78 %.

Servirá, pensó. Sudaba como un atleta tras correr una final de cien metros lisos. Iba a meterse en la cámara de intercambio cuando vio que buena parte de las paredes, el techo y el suelo de su vagón se llenaban de cortes en forma de media luna. El cubículo implotó y se desplomó sobre sí mismo, deshaciéndose en una nube de escombros. Se convirtió en un túnel lleno de luces parpadeantes y chorros de gas. Al fondo, orgulloso de la

destrucción que estaba provocando, estaba el monstruo.

El corazón de Telémacus bombeó una sola vez, fuerte, colérico. Saltó de cabeza a la cámara de intercambio; le dio una patada al botón de cierre, contando mentalmente los segundos —*él se acerca*—, y luego las décimas y las centésimas —*se está acercando*—, hasta que la esclusa se abrió a su espalda y pudo salir.

El silencio se derramó sobre él como una nevada. No tenía ni idea de cuánto habían subido ya, pero las nubes quedaban un buen trecho por debajo, y la curva planetaria de Enómena se hacía más que evidente. El perfil del continente que bordeaba el mar cero-g era una playa de cuarzo blanco limitada por un azul verdoso hacia el sureste, agudo como un cuchillo. Por encima de las nubes flotaba una delgadísima película de cristales, una capa de iones metálicos suspendida en la tropopausa para reforzar el efecto invernadero y calentar el planeta —gracias, oxyfones—. El Hilo solo era grueso en la franja donde él estaba, porque más lejos se convertía en un cable finísimo que se elevaba más y más entre construcciones de deslumbrante complejidad.

Alzó la cabeza con muchísimo cuidado para no marearse y resbalar, y vio la última luz de vigilia del sol, aún menos convincente a aquella altura. Lo curioso era que, cerca de la pelota aguada del sol primario, había otra muchísimo más pequeña que casi desaparecía en el campo de brillo de su hermana mayor. Pero que se dirigía hacia ella con la velocidad de un perdigón disparado contra un elefante. Estaba a varios millones de kilómetros de Amrá, pero dejaba un remolino de luces centrífugas como si estuviera haciendo polvo los campos magnéticos de la estrella, y esa fuera su sangre.

¡Oh, no, es Thyle!, pensó con consternación. ¡El sol errante! Solo le faltaba eso: el periodo nupcial del Antara. Misticismos aparte —no era hora de ponerse a pensar en los rituales de su tribu—, no sabía si eso podía afectar al tren, pero le dio miedo pensar en que por culpa de los chorros de partículas procedentes del sol, el sistema hiciera una pausa y detuviera el tren durante un rato.

El vagón en el que se encontraba era el segundo a partir de la locomotora inferior, y ya estaba destrozado, así que si iba a soltar alguno debería empezar por ese. Caminando con cuidado, con las botas magnéticas adheridas al casco, avanzó hasta el anillo ventricular que separaba los vagones, y se agachó junto al panel de control. Una rápida mirada al Hilo bastó para hacerle comprender lo rápido que viajaba el tren, pues mirado por encima y por abajo no parecía haber diferencias ni sensación de

velocidad, pero si uno se fijaba en la región que pasaba rauda a ambos lados del vagón, se daba cuenta de que en realidad tenían que estar avanzando a velocidad supersónica, en mitad de un silencio sepulcral.

El techo se abrió como una flor a pocos metros de Telémacus y dos brazos acabados en garras de energía surgieron de él. Con terror, vio cómo el hecatonquiro atravesaba el agujero pero no trepando como lo haría un ser humano, sino pivotando sobre el eje de su talón, dándole toda la vuelta a su cuerpo, como si la gravedad no tuviese nada que ver con él. El rostro congelado de Padre Addar parecía una pegatina puesta allí por un niño, en su cabeza mal colocada con respecto al eje del cuello. Aun así, habló, y Telémacus lo escuchó a través de la radio:

—Es hora de dejar de correr, niño asustado. A los personajes que corren a través del cuento se les terminan acabando las líneas, y no pueden saltar más allá del último punto…

Telémacus no se dignó a contestarle, sino que tiró de la palanca que desacoplaba los vagones y saltó hacia el de arriba, al que se quedó pegado gracias a sus guantes, que podían adherirse magnéticamente igual que las botas. El proceso de separación fue sepulcralmente silencioso, lo que le confirió un aire aterrador: tumbado de espaldas, Telémacus vio cómo los anillos de acople se desenroscaron, ambos vagones quedaron sellados mediante compuertas por la zona expuesta al vacío, hubo una explosión muda de gases y partículas sobrantes, y el fragmento inferior del tren se alejó del resto. Y con él, el hecatonquiro.

En ese preciso instante, el segundo sol, Thyle, golpeó con la fuerza de una bala la mejilla gravitacional de su hermana, y un anillo de una UA de amplitud de bellos colores y suaves texturas se abrió hasta abarcar los planetas interiores. Pasó por encima de Enómena y del Hilo, y el corazón de Telémacus dejó de latir durante un instante, comprimido por el miedo… pero lo que más temía no sucedió. Sí, hubo un barroco baile de destellos de electricidad estática por toda la torre, con su correspondiente cortejo de chispazos… pero el tren bala no se detuvo. Protegido como estaba contra esos fenómenos, siguió trepando como si nada. Telémacus dejó escapar un suspiro como nunca antes había soltado ninguno, y su corazón volvió a bombear.

Pero si creía que la batalla había acabado, estaba equivocado.

El vagón desprendido no se había alejado ni medio kilómetro cuando el monstruo saltó, y cubrió volando la distancia hasta que se enganchó al anillo de acople. Las mejillas del cazador perdieron su color, y retrocedió asustado para intentar llegar al siguiente anillo: la velocidad lineal del tren

aumentaba por segundos, lo que significaba que quizás el siguiente desacople podría dejar la suficiente distancia entre vagones como para que el hecatonquiro no fuese capaz de saltarla. Eso no afectaría para nada a su familia, pues habrían tenido tiempo de sobra para llegar al otro extremo. Pero para tirar de la siguiente palanca tendría que ir primero hasta el lado opuesto de *este* vagón. Y no estaba seguro de que le diera tiempo.

—No huyas, personaje del cuento —siseó la voz del Padre Addar en la radio—. Ya no te quedan páginas para seguir avanzando… El punto y final de tu historia está próximo. ¿Hasta dónde puedes llegar?

Telémacus se puso en pie, para huir aunque fuera a gatas, pero dos cuchillas cuánticas avanzaron por el techo como aletas de tiburón y despedazaron su segmento del vagón. El metal se abrió como una rosa, y de uno de sus pétalos se quedó colgando el hombre, solo que el movimiento lo llevó a estar por fuera del tren, sobresaliendo como una ramita. Colgaba sobre el vacío con las manos asidas a ese trozo de techo, su voz reducida a un curioso gritito.

Miró hacia abajo y vio el planeta entero alejándose, bañado por las auroras boreales del Antara. Miró al frente, y el manchón supersónico que era el Hilo no hizo más que temblar como humo sólido por efecto de la velocidad. Miró hacia arriba, y la torre proseguía sin final aparente, eterna, con las radiaciones de la estrella tendiendo colores líquidos sobre ella como quien pone ropa a secar. Habría sido un panorama bellísimo de no resultar tan aterrador.

Telémacus sabía que si se soltaba reentraría en la atmósfera sin posibilidad de frenado. Aquel traje no llevaba paracaídas, aunque probablemente sí le protegería del calor. Pero de nada le serviría si la única forma de detenerse era impactando contra el suelo con la fuerza de un meteorito. Aunque, bien pensado… si lograse caer justo en medio de uno de los mares cero-g… ¿reducirían sus efectos la aceleración con la suficiente suavidad como para salvarle la vida, o la frenada sería tan brusca que moriría aplastado dentro del traje?

No le gustaría averiguarlo. Que él supiera, nadie en la historia de Enómena había hecho un salto base desde tanta altura, y sin paracaídas.

Luchó por trepar, por acercarse de nuevo al vagón. Si hubiese habido aunque fuera un mínimo de aire, una atmósfera muy tenue, la presión le habría arrancado los miembros. Pero estaba al vacío, y formaba parte del conjunto inercial del tren, lo que implicaba que las normas de cinética que regían allí le beneficiaban.

¿Pero de qué iba a servirle?, le dijo una vocecilla en su cabeza, la de su

conciencia. Girando la cabeza dentro del casco, sin torcer el casco en sí, vio que el hecatonquiro estaba de pie sobre el vagón, la energía cruda colgando de sus fauces, su mirada la de un depredador despiadado e imposible de vencer. Padre Addar, impreso sobre su cabeza, sonreía con la locura acumulada de mil tiranos descerebrados, los que había supuesto la mayor lacra de su mundo. No, no tenía sentido, nada de aquello, tuvo que admitir ante la voz… Al aferrarse tanto a la vida lo único que conseguía era postergar lo inevitable.

Entonces se dio cuenta de un detalle.

Esa vocecita que oía no era la de su conciencia. No era un código moral metafórico que los seres humanos escuchaban como si les hablase de verdad.

Esta le estaba hablando de verdad.

—Id… —susurró—.

Levántate, hombre, y lucha.

—No, no puedo luchar contra… esa cosa… Ese engendro…

Sí puedes. Eres un Portador, una puerta viviente al Metacampo. Piensa en milagros, humano. Piensa en milagros…

El hecatonquiro avanzó hasta el amasijo de hierros, uno de los cuales era aquel del que colgaba Telémacus. Se disponía a cercenarlos de raíz. Pero entonces miró a la cara al hombre con el traje de astronauta. Tres pares de ojos: los del cazador, los de Padre Addar y los del monstruo del pasado remoto. Todos se superpusieron.

Dentro del casco de Telémacus se produjo un silencio de esos que preceden los acontecimientos fuera de lo común, interrumpido solamente por los latidos de su corazón. Y los tres supieron lo que iba a pasar, pero solo al hecatonquiro lo cogió por sorpresa.

—Tú sí que has llegado a la última página de tu historia, cabrón. Disfruta del FIN —gruñó Telémacus, y pensó en la mnémica, en el Id, en esa otra dimensión psíquica que quedaba a un paso del mundo real. Las energías mnémicas se desataron.

En contra de todo lo que el cerebro racional del hecatonquiro consideraba posible, aquel humano se proyectó hacia arriba por sí solo, como si una mano invisible lo hubiese agarrado por la cintura y lo estuviese propulsando sin explicación alguna. Telequinesia, lo llamaron los antiguos, uno de los trucos mnémicos más sencillos del Imperio Gestáltico. Ese milagro lo depositó sobre el techo del siguiente vagón, y arrancó de cuajo la portezuela del panel de control. De ahí a tirar de la palanca solo había un

paso, un gesto muy simple que desprendió la siguiente cadena de vagones. La cara de Padre Addar fue un poema —trágico— mientras se veía a sí mismo caer hacia la atmósfera.

El hecatonquiro intentó repetir por segunda vez la misma jugada, saltando hacia delante, recorriendo la distancia. Pero algo se interpuso: la misma fuera invisible que se manifestaba a través de la mirada enloquecida de Telémacus, que salía en borbotones por las ventanas de sus iris, agarró al hecatonquiro y lo movió lateralmente, no hacia fuera, al espacio… sino hacia la vía del tren. Hacia ese Hilo que pasaba a velocidades increíbles a su lado.

Telequinéticamente, el cazador empujó su cuerpo hasta que rozó la vía. El efecto fue devastador: la fuerza viva se mantuvo ahí, ejerciendo presión, mientras el rozamiento destrozaba el cuerpo del hecatonquiro y lo reducía no exactamente a moléculas, pero sí a fragmentos casi igual de pequeñitos. Quizá sus castigadas habilidades no tuvieron tiempo de volverlo intangible, de intentar reorganizar sus átomos para pasar a través de aquel objeto… o simplemente el efecto era demasiado rápido como para que el hecatonquiro pudiera soslayarlo. Lo cierto fue que lo último en atomizarse de él fue la cara de Padre Addar, que miró con resignación a su asesino. Hubo un mensaje oculto en aquella mirada, pero Telémacus no lo descifró en aquel momento, ni nunca más en su vida volvió a pensar en él.

Respiró a bocanadas, a mordiscos, celebrando el hecho de estar vivo. El terror que escondía su risa histérica se hizo visible durante un instante, dejando ver unos ojos duros y determinados. Y aunque no le dijo nada, notó que el Id, en algún lugar al fondo de su cabeza, se estaba riendo.

Así que esto fue la esencia del primer Imperio, se asombró. *Habían dominado algo más que la ciencia: el poder para hacer milagros. Y eso fue lo que los destruyó.*

Sin dilación, Telémacus operó la esclusa para entrar en el vagón, y fue a buscar a su familia.

20. EL INFINITO, Y MÁS ALLÁ

TELÉMACUS

Tras dos días y medio de viaje, el tren llegó a su destino, la estación espacial de la cima del Hilo. Había comenzado su desaceleración nueve horas antes, y cuando por fin alcanzó la *Sobralia altissima*, lo hizo entrando

en sus andenes suavemente, con una extraña tranquilidad. Se detuvo y sus tres únicos pasajeros se apearon.

La estación estaba presurizada, aunque Goeb les explicó que no era así siempre, sino que él había dado la orden para que se fuera llenando de aire un día antes. La familia subió a la torre central, alrededor de la cual se abrían las pistas de aterrizaje. Desde los amplísimos ventanales podían ver el perfil del planeta, la más bella curva que hubiesen podido concebir.

Antes de que los últimos restos de velocidad radial desaparecieran para dejar paso a la gravedad de la estación, su oído interno tuvo que acostumbrarse a un tipo diferente de equilibrio. Unos robots se alegraron de verlos y les evitaron tener que cargar con cosas como el Tapiz de Sílice, que seguía entonando su canción. Las estancias allá arriba —que alguien se había tomado la considerable molestia de hacerlas grandes y confortables— eran en su mayoría circulares, y se dividían en hemisferios conectados por un revestimiento estrecho y flexible. Eran muy limpias, muy bonitas, con esa arquitectura de «agradar al ojo humano». Costaba creer que allí se hubiese ensuciado alguna vez algo.

Lo que aprendieron los enomenitas, por boca de Goeb o de la propia estación, fue esto y poco más: que los hangares de la torre estaban vacíos, como si el Día del Apagón hubiese sorprendido a los pilotos en mitad de un éxodo masivo, quién sabía adónde. Que la única nave que quedaba allí era la No-Mn ensamblada en plan chatarrería de Goeb. Que podían ponerla en marcha con ayuda del ingeniero, el cual, todavía conectado al oxyfón, se alegraba muchísimo de que su odisea hubiese terminado bien. Y, por último, que desde allí arriba podían hablar en directo, si querían, con la inteligencia que se hacía llamar *Icaria*.

Eso les sorprendió, pero mientras descansaban del largo viaje en las suites para pasajeros VIP —el lujo más suntuoso que sus agotados cerebros hubiesen concebido nunca—, y se preparaban para el siguiente gran salto, Telémacus accedió a llamar a la IA.

—¿Hola? —le preguntó a un micrófono.

—¡Buenas noches! —respondió una voz afable, muy alegre—. Estoy contenta de hablar con ustedes. ¿Y el resto de su gente? ¿No viene nadie más?

—Eh… no, me temo que por el momento somos solo nosotros. *Icaria*, ¿dónde estás?

—Llegando. Por favor, miren por la ventana que da a contragiro del planeta, lo que ustedes llaman el oeste.

Lo hicieron, y tanto Telémacus como su esposa se llevaron el mayor susto de sus vidas, pues allá fuera, en el espacio, estaban todas las naves del Carro de Diamantes, alineadas en procesión, tan grandes y majestuosas como se les presuponía. Las dimensiones de todo eran tan desmesuradas que el vértigo de la comprensión estuvo a punto de arrebatarles el conocimiento. Pero se esforzaron por permanecer despiertos. Ya que habían llegado hasta allí, no podían volverse atrás, ni dejar que les dominara el pánico.

—Veo que se han traído un fragmento del pasado —dijo el *Icaria*—. Y muy acertado, diría yo, pues ese pedacito de cognoscitiva posee una información que podría resultarnos muy útil.

—¿Qué…? Oh, se refiere al Tapiz. ¿Qué es lo que lee en él?

—Según su célula de identificación, perteneció a una nave de gran tamaño, una circunnavegadora solar de clase Abismo. Una nave de transporte de residuos, principalmente. Llegó a este sistema trayendo doscientos treinta mil kilogramos de basura altamente peligrosa en sus bodegas, y su misión era depositarla en ese sumidero del manto que vosotros llamáis barrancos de Devianys, para que las corrientes convectivas del interior del planeta los procesaran. Pero el día en que sucedió el cataclismo mnémico, sus motores fallaron e hizo mal la reentrada. Su colisión contra el planeta desató algo parecido a un invierno nuclear, que cambió radicalmente la ecología y la temperatura. Los oxyfones se esforzaron como auténticos titanes intentando arreglarlo, durante los siglos posteriores.

Vala y su marido se miraron, impactados. Así que ese era el gran secreto detrás de nuestra religión, pensaron: el carro celeste al que pertenecía el fragmento del dios no era más que una nave de carga de basura. Mejor sería no decírselo a los ancianos de la tribu, si no querían que hubiese suicidios en masa al día siguiente.

—¿Qué información importante contiene?

—Coordenadas de salto hipercuántico. La intersección de las dimensiones de tránsito no es totalmente congruente, o no tan segura como parece. Hay lugares donde las ecuaciones de flujo no tienen solución salvo en la franja de los números imaginarios, por eso es bueno tener el registro de una nave que saltara antes una grandísima distancia, para usarlo como grupo de control de cálculos.

Ninguno de los dos entendió ni una palabra de esas últimas frases. Pero les dio igual.

—Y… ¿en qué nos puede ayudar eso?

—En que podemos intentar un salto muy largo en dirección al centro galáctico. Podemos intentar volver a casa.

En el tiempo que medió entre esa fabulosa afirmación y la llegada de las naves del Carro, que se dispusieron en órbita circular alrededor de la *Sobralia*, los humanos tuvieron tiempo de procesar las implicaciones. ¡Volver a casa! ¿Pero cuál era su casa? El *Icaria* no se incluía a sí mismo en la frase, pues les confesó que no quería abandonar Enómena. Ansiaba concluir satisfactoriamente su misión original. Había comenzado su existencia siendo un paquete de sensometal destinado a actualizar tecnologías arcaicas, y eso pensaba hacer. Telémacus le hizo un breve resumen de los acontecimientos que habían ocurrido entre las tribus guerreras, llegando hasta donde él conocía, es decir, a la explosión nuclear. Después de eso, lo que hubiera pasado con los clanes era un misterio.

—Creo que me arriesgaré a bajar, de todas formas —dijo *Icaria*—. Es cierto que mentalmente estáis muy atrasados debido al embrutecimiento que experimentasteis cuando os quedasteis aislados. Pero puedo arreglar eso. Puedo traeros tecnología y prosperidad, para que la lucha por los recursos deje de ser determinante.

—Si vas a hacerlo, puedo aconsejarte a unos buenos mediadores. Gente que conoce muy bien la psicología de los países de Enómena, aunque no pertenezca a ninguno de ellos. Vigilantes que han estado ahí durante muchos años, y que podrían arbitrar esa transición para que los señores de la guerra no intenten hacer trampa, y apoderarse de todo por la fuerza.

—¿Quiénes son esos mediadores?

Telémacus le habló de los taelon, y de cómo podrían desempeñar un buen papel en la transición. Pues no eran humanos, pero tampoco los odiaban, sino que respetaban aquello que sus creadores habían sido, y todo aquello en lo que podían haberse convertido. Su potencial como especie. Por eso serían buenos árbitros, porque no odiaban a la especie humana sino que, en el fondo, querían ser como ella.

—Si vas a hacerlo, dale saludos a Serenay —sonrió—. Es una amiga. Dile que el árbol está fuerte, y que sigue creciendo. Ella entenderá.

Al día siguiente, mientras el *Icaria* se preparaba para el primer contacto, Goeb les guio hasta su nave. Había adoptado la forma de un holograma proyectado a partir de una bolita de acero flotante.

—¿Crees que lo conseguiremos? —le preguntó Telémacus—. ¿Que realmente alcanzaremos los mundos del Imperio, o lo que quede de él?

—Sí, y sois unos valientes al intentarlo. Os acompañaría de buen

grado, pero el desafío que me propuso mi amigo el oxyfón es tan fascinante que podría pasarme el resto de mi vida intentando resolverlo. Es el enigma de los enigmas, el misterio definitivo.

—Me alegra que hayas encontrado un nuevo propósito para tu vida. ¿Qué pasó con el Tapiz?

—*Icaria* lo asimiló para agregarlo a su matriz neural. Así ha absorbido los datos que tenía grabados. No os preocupéis por la fórmula de navegación, la cognoscitiva de mi nave la ha dado por válida. Se parece mucho a la estándar para entrar en el interior de un enjambre estelar esférico.

—Goeb…

—Perdón, hablaré sin acertijos. —El holograma les hizo un gesto cortés para que atravesaran una puerta. Al otro lado estaba el hangar, y la nave del ingeniero. Tenía forma de una ocarina medio aplastada por los lados, con los segmentos del huso lisos. Realmente parecía algo ensamblado a trozos, pero que de alguna manera retenía una entidad propia —. Os presento con orgullo… al Navegante del Infinito. Podéis cambiarle el nombre si no os gusta, no pasa nada. Sin rencores.

El interior estaba muy desordenado y presentaba un aspecto caótico, como hecho pedazos. Pero todo parecía funcionar correctamente. Una silla flujomórfica, uno de esos inventos geniales de los antiguos a los que Telémacus aún no se había acostumbrado, creció literalmente del suelo para darle la bienvenida.

—Bien, este el final de mi viaje —les explicó Goeb cuando los tres estuvieron cómodos—. Yo me quedo aquí, con mi Cifra y mis ecuaciones. Si lográis encontrar un mundo llamado Delos, que fue la capital del Imperio, y aún sigue existiendo, decidles que… que… —El ingeniero dudó. Rebuscó en su interior a ver si encontraba algo realmente importante, pero no se le ocurrió nada—. Mejor no les digáis nada. Ellos se lo pierden. Adiós, amigos.

—Adiós, Goeb. Gracias por todo —asintió Telémacus, e intentó pensar también en un último mensaje, en algo que quisiera decirle a alguien para cerrar un círculo… pero se quedó sin palabras. En realidad, todo lo que pudo haberse dicho se dijo ya, y no quedaba más en el tintero. Cada actor de aquel drama había elegido su propio final, su canto del cisne particular al que poco había que añadir. Así pues, ¿por qué forzarlo con una despedida impostada?

La puerta de la nave se cerró y el vehículo No-Mn despegó. Ellos no tenían que hacer absolutamente nada, todo estaba controla desde la torre,

por *Icaria*.

La nave abandonó la estación y se quedó flotando libre en el vacío. La gran masa blanca enjoyada de estrellas que la rodeaba se desplazó, encendida, intensificando su brillo blanco. Telémacus, Vala y Veldram sintieron la aceleración mientras la nave se desplazaba en un lento y suave giro. No podían saber si lo que intentaba era tocar las estrellas o simplemente apartarlas con la mano.

Ahí fuera no había nada, solo los grandes diamantes y zafiros, la niebla de esmeraldas y la tinta de terciopelo del espacio. Pero para ellos, todas esas cosas eran sinónimos de «maravilla». Así que cerraron los ojos, y se dispusieron a dormir un rato.

Víctor Conde nació en Santa Cruz de Tenerife (Islas Canarias, España), en 1973. Sus referentes clave dentro del género han sido los grandes escritores norteamericanos, modernos y clásicos. Destaca a Arthur Clarke, Dan Simmons y Greg Egan, pero no se alimenta solo de ciencia ficción. La poesía de William Blake o los mundos de geometría oculta de los surrealistas también le fascinan. Se ha inspirado además en autores españoles como Ángel Torres Quesada o Arturo Pérez Reverte Tras ganar el premio Minotauro 2010, ha seguido publicando ciencia ficción y fantasía, alternándola con el género del terror. Con Minotauro publicó en 2011 "Hija de lobos", un relato de horror gótico emplazado en el siglo XIX, y la trilogía juvenil de los "Heraldos" con la editorial Hidra, con gran éxito de crítica. Su novela "Ecos" es Finalista al Premio Celsius de Ciencia Ficción y Fantasía.

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: LA ASOMBROSA HISTORIA DE ENRIQUE Y EL HORROR TENTACULAR DE VENUS (nº 107), EL ARCHIVISTA (nº 109), EFECTO CAMPO (nº 118), EMPALME EN LA CINTA DE MOEBIUS (nº 160), YSOBELT Y LOS VISIONAUTAS (nº 161), EL ÁGUILA TATUADA (nº 172), LA HABITACIÓN OSCURA (NOVELA CORTA) (nº 201), LA ESCRITORA (nº 228), AVENIDA AMONÍACO (nº 260), EL BAOBAB DE LAS PALABRAS (nº 261), ONIROMANTE (nº 274), PAUSA PARA EL CAFÉ (nº 285), TODO ESTÁ LLENO DE TRANK (nº 292); en Urbys: LA ÓPERA DE TODOS LOS FANTASMAS, LA FÁBRICA DE COMPRIMIDOS, LA FINCA ENTROPÍA, EL BAR DE SAN JOSÉ 5



Encuéntrenos en:

- Axxón:
  - Sitio principal: http://axxon.com.ar
  - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
  - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
  - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
  - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
  - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
  - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**